

SANTI BALMES

EL HAMBRE  
INVISIBLE



Planeta

## ÍNDICE

Sinopsis  
Portadilla

Prólogo. Valiente o inconsciente  
Estación 0. El andén  
Estación 1. Cuando aún llovía  
Estación 2. El ocaso en medio de un amanecer  
Estación 3. Prólogo desubicado  
Estación 4. Román Spinelli, equilibrista mental  
Estación 5. «Ellos», mi particular ONU  
Estación 6. Viaje al centro de mi tierra  
Estación 7. ¿Dónde está Edith?  
Estación 8. El fiscal Román Cuso  
Estación 9. La avenida de la luz y las favelas de la psique  
Estación 10. El cementerio de Bruma  
Estación 11. El origen de las especies  
Estación 12. De cómo abandonaste a un niño en un descampado  
Estación 13. Jezabel. Tiempo de epifanías  
Estación 14. La tienda  
Estación 15. El barrio rojo  
Estación 16. Musa y el hambre invisible  
Estación 17. Despertares  
Estación 18. Musa y Halley  
Estación 19. Discurso en la universidad de los sueños  
Estación 20. Antilíbid  
Estación 21. Los diarios apócrifos de Líbid  
Estación enlace 22. FIDELIUS

Estación 23. La noche de la epifanía  
Estación 24. El vacío original  
Estación 25. Los burdeles del alma  
Estación 26. Los tres mosqueteros y el faro  
Estación 27. Román perturbado y el ring  
Estación 28. Segundo asalto  
Estación 29. Pertur  
Estación 30. Unos cuantos mensajes para Edith  
Estación 31. Los plácidos mundos de Román Bourgeois  
Estación 32. El síndrome de la estantería y cronos  
Estación 33. Bourgeois y los Ismos  
Estación 34. Bourgeois y cascanueces  
Estación 35. El síndrome de diógenes psíquico. El incendio  
Estación 36. En busca del mago  
Estación 37. El prisma del mago  
Estación 38. El mago y el río Brumario  
Estación 39. Las verdades del barquero  
Estación 40. El puente  
Estación 41. Cartas de un niño a su novia desde la trinchera  
Estación 42. Sumario  
Epílogo. Sigue lloviendo

Notas

Créditos

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

**Gracias por adquirir este eBook**

Visita [Planetadelibros.com](http://Planetadelibros.com) y  
descubre una  
nueva forma de disfrutar de la lectura

---

**¡Regístrate y accede a contenidos  
exclusivos!**

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

**PlanetadeLibros**

---

Comparte tu opinión en la ficha del libro  
y en nuestras redes sociales:



**Explora      Descubre      Comparte**

## SINOPSIS

A partir de un accidente en un concierto, Román Spinelli, alias, *Equilibrista*, llega a la conclusión de que su vida debe replantearse por completo. La caída no ha sido únicamente física, sino que simboliza un accidente mucho más profundo y abarca todos los ámbitos de su vida. Este es el punto de partida de un libro en el que el protagonista deberá emprender un viaje hacia las profundidades de sí mismo, una ciudad interior llamada Bruma, habitada por Áter Ego de la más diversa índole, a menudo contradictorios y todos ellos extremos.

*El Hambre Invisible* es una novela con trazos de autobiografía, ensayo, poesía, diario y regresión. En ella experimentaremos la necesaria búsqueda de nuestra esencia como personas, comprender lo que nos define y, de paso, identificar a nuestro enemigo interior a través del diálogo con uno mismo.

En definitiva, estamos ante un mapa del alma que puede ayudar al lector a configurar el suyo.

Santi Balmes

# El Hambre Invisible

 Planeta

## PRÓLOGO

### VALIENTE O INCONSCIENTE

Podría tratarse del título de una de sus canciones, pero para uno que ha tenido el privilegio de asistir desde la cercana distancia a la gestación de *El Hambre Invisible*, la valentía o la inconsciencia, esas dos farsantes, son la cara y la cruz de una misma incertidumbre que aún planea en mi cabeza. Una pringosa duda que tiene que ver con la razón que ha empujado a Santi Balmes a licuar sus neuronas en tinta.

Solo él lo sabe. Puede que Edith también.

Ambos son términos que en ocasiones se funden y en otras se confunden. Podría argumentarse, es más, que la valentía se alimenta de la inconsciencia en mayor o menor grado, dado que no siempre valoramos las consecuencias de nuestros actos antes de acometer empresas que conllevan determinado riesgo, como es el caso. A mí, desde luego, como escritor, me faltan muchos arrestos para acoger esas palabras abandonadas en mi palabrera, vacunarlas, peinarlas e integrarlas para que crezcan en frases y que estas terminen llenando unos capítulos como los que usted está a punto de leer. Llámeme cobarde, pero yo prefiero refugiarme de sus mordiscos encerrándolas en la prudente jaula de la consciencia.

Personalmente sostengo que el autor de esta novela no ha evaluado como debiera el peso de las consecuencias con el que va a tener que acarrear tras la publicación de *El Hambre Invisible*, ergo, bendita inconsciencia. Pero, claro, yo juego con la ventaja de haber recorrido Bruma en fase de construcción, y, al parecer, pasear por calles de la ciudad interior de Santi Balmes me ha otorgado el privilegio de abusar de estas sus primeras páginas. Una prebenda que quiero aprovechar para ofrecerle unas pinceladas del cuadro que sostiene entre las manos con el diabólico fin de enmarañar sus expectativas. Se trata de desnudo integral, sí, como lo es *La maja desnuda* de Goya, pero sin pose, sin depilar, y, me atrevería a decir que



sin duchar. Es el Sueño causado por el vuelo de una abeja alrededor de una granada un segundo antes de despertar de Dalí, tan difícil de interpretar como bello. Es la más fea de Las señoritas de Avignon de Picasso; el Autoretrat de Miró después de la resaca de un concierto; El grito de Munch en blanco y negro. Es el meollo de la cuestión que representa el Arlequín con guitarra de Juan Gris, la historia de un tipo poliédrico, sin rostro y multitud de caras, con guitarra en el título y representado sin ella. Una obra de trazo firme e histérico, de prosa puntiaguda, de estribillo imposible de memorizar, de preclara confusión y anárquica disciplina. Un sugerente mar en calma con bandera roja perpetua. Así se pinta El Hambre Invisible.

Desde una óptica más literaria debo añadir que usted está a punto de iniciar un viaje de corte dantesco, acompañado por varios Virgilio que no son sino las distintas voces que habitan en la cabeza del autor. Por ello, me veo en la necesidad de advertirle de algo: prepárese para dejarse seducir por la tonada del Joven Poeta Halley, no se resista ni se incomode por el discurso de Román Líbid, escandalícese si lo desea, pero no lo juzgue, que de eso se encarga el Fiscal Cuso. Trate de empatizar con ese coro de personalidades que nos habitan, esas a las que siempre oímos y que nunca escuchamos. Dispóngase a amarlos, y a odiarlos como a sí mismo, confíe en todos y no se fie de ninguno. No incluya prejuicios entre su equipaje, pues en la aduana del primer capítulo se los van a incautar, y participe de cada una de las etapas de componen este periplo sin más pretensión que compartir emociones. Permita el contagio de esta inconsciencia «bálmica» —que no balsámica—, y le aseguro que cuando llegue al final no va a querer apear. Entonces, estimado e inconsciente lectora o lector, cuando se descubra a sí mismo volviendo a las primeras páginas de El Hambre Invisible para descender de nuevo a Bruma y recorrer la Avenida de la Luz, se dará cuenta de que este que ahora se despide tenía razón: ¡Bendita inconsciencia la suya!

¡Y maldita valentía la nuestra!

CÉSAR PÉREZ GELLIDA  
Escritor

## ESTACIÓN 0 EL ANDÉN



—Me queda poco tiempo de vida. Necesito vivir al máximo.

—Vaya, me sabe muy mal. No sabía de su situación. Ahora lo entiendo todo, su afán, su inconformismo, su deseo, eso que usted llama **el Hambre Invisible**. Si me lo hubiera dicho antes, le hubiera entendido desde el principio. Si me permite la impertinencia: ¿cuánto le han dicho los médicos?

—Oh, no, no. No he ido al médico. Si digo que me queda poco de vida es porque, sea una semana o bien cincuenta años, siempre me parecerá poco tiempo. ¿No cree?

## ESTACIÓN 1

### CUANDO AÚN LLOVÍA



*Vamos a localizar el núcleo del error*

19XX. Está lloviendo y sabes que Dios te mira. Es el mes de mayo y tienes nueve años. El partido de fútbol se ha interrumpido por una lluvia cálida y brusca. En cuestión de segundos, el patio del colegio se ha convertido en un inmenso charco. Los niños han huido despavoridos hacia los porches justo al lado del edificio de bachillerato. La vieja pelota de cuero descansa en una de las esquinas valladas que separan el campo de fútbol sala de la cancha de baloncesto. Ni siquiera te has dado cuenta de que estás solo. Has empezado a cantar *Singing in the rain* inventándote todas las palabras. La berreas a pleno pulmón mientras la bailas, con los ojos cerrados o mirando al cielo, en círculos concéntricos imitando a Gene Kelly o a esa patinadora que conocerás tres años más tarde. Te gusta el caos. En el desastre te encuentras como pez en el agua. ¿Qué más da si llueve cuando la vida te pertenece? Eres el actor principal de tu propio destino o, al menos, eso crees en ese preciso instante. Recibes la lluvia como una bendición. Te complacen las cosas inesperadas que alteran las rutinas. Es primavera, tienes la vida por delante y esa vida te encanta. Tienes la sensación de que Madre-Vida te ama con desmesura.

Una lluvia de mayo no puede sino celebrarse. Estás vivo, hueles, palpas, miras y, lo que es mejor, eres consciente de todo ello de una forma pueril y holística. Tienes la intuición de que los problemas

reales están lejos tanto de este colegio como de tu vector temporal. El olor de las porterías oxidadas, los zapatos empapados, los calcetines convertidos en una especie de marsopa de algodón. Tu pelo son algas. Las gotas de lluvia te resbalan por la cara haciendo eslalon en tu pequeña nariz. Cantas *Singing in the rain* como un desesperado. No puedes parar de sonreírle al cielo. El partido de fútbol estaba resultando algo aburrido. Das patadas a los charcos como si bailaras claqué. Está claro que aún no sabes qué son los prejuicios. Es algo mucho más sencillo: te ha salido del alma.

Estas cosas sucedían cuando aún llovía.

Termina el temporal como si hubiera sido una broma.

Abres los ojos.

Estás en medio del patio.

Solo. No te habías dado cuenta en ningún momento de que estabas solo. Esta es la primera vez que te cercioras de que, ante muchas de las percepciones que tendrás en la vida, estarás solo.

Miras hacia el porche. A cubierto, cientos de niños te están mirando. Tienen los ojos como platos y la boca entreabierta, como si alguien les hubiera extraído una flauta.

Todos te miran.

Te acabas de dar cuenta de que eres raro.

Y te encanta.

## ESTACIÓN 2

### EL OCASO EN MEDIO DE UN AMANECER



#### *Treinta años después*

Me parto contigo, imbécil. Te lo digo a ti, sí, a ti mismo. Te lanzas al público de espaldas y llegas al final de la sala como el becerro de oro, confiando en brazos ajenos, en medio de la euforia del momento. Todo lo que ansiabas desde pequeño está aconteciendo. Suena la música de la banda como un delirio de ácido en un buen viaje. El concierto ha ido de menos a más a sabiendas de que el último tramo es una locura; entonces llega la canción *Algunas plantas* y te lanzas al vacío, imbécil. Porque quieres darlo todo. Porque no quieres perder la oportunidad que el destino os ha brindado. Porque no te conformas solo con un buen concierto, sino que tú y el resto de banda ambicionáis celebrar ese tipo de experiencias semejantes a los aquelarres. Te lanzas sobre la gente siendo consciente de que van a sostenerte, pero el éxito te hace confiar en exceso. El éxito te confunde durante un engañoso periodo en el que pareces impune, incluso durante años.

Y tarde o temprano sucede el accidente. Has llegado al final de la sala, y los últimos que te recogen te lanzan con la fuerza de sus brazos. Pero atrás ya no queda nadie. Notas ese vacío del suicida. Por un momento pareces ese personaje de dibujos animados que permanece suspendido en el aire durante unos segundos hasta intuir que la caída es inminente. Te desplomas desde dos metros de altura y tu cuerpo se derrumba encima de una botella de cerveza que un despistado ha dejado en el suelo. El dolor no te deja respirar. Una decena de

personas te rodean. Los ves desde tus bajezas. Sonríen, piensan que todo es parte del espectáculo, te hacen fotos en el suelo. La música de la banda suena atronadora. Nadie se ha percatado de que estás jodido excepto tú, y eso parece una metáfora de la misma vida. Entonces, medio aturdido entre ese bosque de piernas, regresa el recuerdo de la primera vez que viste a Edith, hace ya tantos años. Los dos habíais caído en el suelo desplomados. Eran esos tiempos en los que tú tan solo eras otro de tantos jovencuelos convencidos de que su destino estaba encima de un escenario. Hasta que llegara ese momento te conformabas como otros tantos creando bandas imaginarias y acudiendo a los conciertos que se celebraban en Barcelona, todos los que, claro está, tu raquítrico presupuesto personal podía permitirte. Hablo de esas salas con olor a cerveza pisada donde te fundías entre una masa hormonada y de psique alterada. Allí, te convertías en un número más entre los indígenas barceloneses que daban la bienvenida a los nuevos dioses del rock, embajadores todos de la libertaria colonización sajona. Edith acudía alguna vez a esas salas. La recuerdas como otra joven vestida de cucaracha para así honrar a sus ídolos. Quizás, a ojos de un juez, ni más atractiva que la mayoría ni más falta de encantos. Pero para ti se diferenciaba del resto de seres humanos: era Edith.

Sigues en el suelo. Preguntándote si volverás a caminar.

Como aquel día hace tantos años, la alucinación del espectro de Edith parece pedirte ayuda. La imagen metafórica de aquella chica a punto del coma etílico, rodeada de colillas, con la boca entornada como si pretendiera pronunciar sus últimas palabras, moviendo sus pálidos y casi macabros labios desprovistos de sangre, su mirada de mala noticia, mientras acerca su brazo derecho hacia tu persona y no. No puede alcanzarte. La chica intenta decirte algo pero la música — como siempre— se interpone entre los dos. En una ráfaga de tiempo que ha durado una milésima de segundo, teorizas. Escuchas la voz de un profesor de universidad con el timbre de Jarvis Cocker. El docente suelta a sus alumnos que a veces subimos el volumen para ensordecir nuestro ruido interno. Puede que sea cierto. Reconócelo. Llevas demasiados años en una campana cerebral fabricada con cristal que emite canciones a todas horas. Oyes, pero no escuchas. Puede que la caída sea saludable.

Un punto y aparte.

Que se haga el silencio. Ama, por una vez, el silencio.

Lo estás viendo todo con meridiana claridad. La visión de una joven Edith tirada en el suelo junto al espectro de tu pasado, los mismos que hace dos décadas se salvaron mutuamente de un naufragio. La visión te obliga a tirar del hilo, a averiguar qué mensaje están intentando transmitirte aquellos seres de tu más dulce pasado. Te preguntas cuánto tiempo hace que dejaste a Edith atrás.

También convendría que supieras cuánto tiempo hace que te dejaste a ti mismo atrás.

La semana pasada Edith te echó de casa y esta noche has sufrido una brutal caída en el concierto. En definitiva, acabas de tener un doble accidente, y las dos cosas te han pasado por imbécil.

Te duele el cuerpo y el alma.

Pero ahora debes terminar el concierto.

Y luego tienen que llevarte al hospital.

## ESTACIÓN 3

### PRÓLOGO DESUBICADO



Sería demasiado fácil explicar esta historia de manera objetiva. Contar, con todo lujo de detalles escabrosos, lo que aconteció durante un tiempo de mi vida. Sin embargo, sospecho que manejar semejante crudeza dejaría de ser un juego para vosotros, inquietos lectores. Para mí, en cambio, significaría reabrir cicatrices por la línea de puntos con la exactitud de un cirujano y la precisa navaja que es un relato objetivo. De ninguna manera. No sería inocuo. Me dolería demasiado, y me atrevería a asegurar que vosotros sentiríais el rubor del testigo involuntario que, al regresar a su casa, aún contempla las tripas de un ciclista atropellado en medio de la autopista.

Esto no es un libro de autoayuda ni una autobiografía. Lo que estáis a punto de leer pretende ser un viaje compartido. Estoy a punto de profundizar en lo narrado en el capítulo anterior, y sin embargo, lo enfocaré desde otro ángulo: el inconsciente. Este párrafo es algo así como un aviso para navegantes, porque así imagino a un lector: como a un navegante en un mar de tinta. Por tal motivo, emplearé un lenguaje simbólico que ya no abandonaremos hasta la última de las páginas de este antiensayo. Pienso que dicha perspectiva será mucho más estimulante para vosotros. Así pues, a buen lector, pocas metáforas bastan. Abandono desde esta misma línea cualquier voluntad de ser fidedigno a fechas, lugares o nombres de sus protagonistas, y apuesto por comprometerme a una sola cosa: experimentar junto a vosotros. Mi propósito es que, a partir de la próxima página, nos sumerjamos en la historia de alguien que tiene



«algo» que ver conmigo y que, no obstante, aparecerá en este libro escondido detrás de una gran variedad de apelativos. Pero, por ahora, nos quedaremos con el de Román Spinelli, alias Equilibrista.

Que os sea lindo el viaje a Bruma. Allá vamos.

# ROMAN SPINELLI



## ESTACIÓN 4

ROMÁN SPINELLI, EQUILIBRISTA MENTAL



Román Spinelli andaba por la cuerda floja del Circo de la Vida cuando se cayó.

Las malas lenguas —que siempre anteponen el placer de dar una exclusiva al mundo al hecho de que la noticia sea cierta— habían explicado su desplome por múltiples motivos: tantos años ejerciendo de funámbulo psíquico, el lógico agotamiento o quizás un fallo en el nivel de concentración fueron algunas de las razones que dieron sus allegados. Los más osados argumentaron que Román Spinelli se había dejado caer.

Por el lado derecho estaba el peso del Hambre Invisible. Mejor dicho: el deseo, o el deseo de desear. Presionaba en su hombro izquierdo como un punzón afilado. Desde el derecho lo zarandeaba la Culpabilidad, el miedo a escuchar demasiado tiempo el chillido de sus insaciables apetencias. Cuando el hombro derecho ganaba peso, al pobre Equilibrista le parecía que estar vivo (con todo lo que conlleva que vivir sea una forma de autocontrol) era algo semejante a vivir en la ciudad de *Minority report*, donde los ciudadanos eran detenidos tan solo por pensar en delinquir. La pregunta sobre si había otras vidas posibles saltaba por encima de su cabeza como un duende invisible con botines de punta afilada. Equilibrista andaba por la cuerda mientras pensaba si sería posible rebelarse contra sí mismo. Dar un

golpe de Estado al gobierno de su alma. Desde aquella vertiginosa altura, balanceándose hasta coquetear con la muerte, Spinelli escuchaba los aplausos.

Y sonreía.

*Diez segundos antes de la caída.* Equilibrista tuvo tiempo de reflexionar a la velocidad de la luz acerca de la evolución de su amado circo. Aquel espectáculo de pulgas humanas que años antes el propio Spinelli había creado junto a algunos de sus compañeros y con unas funciones a las que apenas venía nadie había crecido. Mucho. Sucedió en el momento en el que decidieron mejorar los números de maestros de ceremonias, payasos y bailarinas. Pero entonces el público se convirtió en experto y en juez. Cada uno se hizo una idea muy precisa de lo que tenía que ser el *show* para que los dejara satisfechos: qué sinuosas formas debería tener la función, su ritmo interno, incluso los números que debería albergar para que el precio de la entrada les supiera a poco. Como el público aumentaba (de hecho, ¡repetía!), la exigencia y el riesgo también fueron *in crescendo*. El afán por mejorar, el ansia por deslumbrar al prójimo con nuevos trucos de ilusionista. Hambre, siempre hambre, siempre invisible e inconsciente, que al final se convierte en codicia, siempre codicia, siempre tangible.

Los números cada vez eran más arriesgados. Equilibrista optó por sustituir los cables por una cuerda hecha de alambradas impregnadas de óxido. De este modo pensaron que podrían desmarcarse del resto de profesionales de su gremio. Su eslogan era: «**Más difícil todavía que el más difícil todavía**».

A raíz del nuevo número sobre alambradas, Spinelli aullaba de dolor a cada paso. Pero el funámbulo estaba convencido de que la gente tenía derecho a reclamar lo máximo. No hay excusas para un mal espectáculo, o peor aún, anodino. Las circunstancias, atenuantes de Culpa en un juicio, no tienen lugar en el mundo de la farándula. El creador está a merced de quien lo observa —hoy en día ni siquiera hace falta que uno pague—: es la ley. A un equilibrista no le juzga Dios, sino mil minidioses que lo miran desde el proscenio. Y no son idiotas. Ser audiencia es saborear la divinidad. Dios lo hace con nosotros, por lo que ejercer como público es nuestra infantil venganza. Nunca el ser

humano había dedicado tantas horas de su vida a contemplar ficción. A través de centenares de canales, abiertos o de pago, eventos al aire libre o en espacios cerrados, el *Homo spectatorum* se ha convertido en una mutación del *sapiens*. El *Homo spectatorum* surge, en parte, de la holgazanería emocional. Jamás a ningún monarca de otros tiempos, por poderoso que fuera, le habían contado tantos cuentos, había escuchado tantas sonatas o había tenido a mano a tantísimo bufón como cualquier ciudadano plebeyo de nuestro siglo. Sin lugar a dudas, esta nueva raza es la más inmisericorde que ha existido desde los albores de la creación.

Pagamos la entrada para poder gozar o marranear desde las gradas. Cumplimos con nuestros impuestos para alzar a nuestros ídolos y hundir a los muñecos en el lodo de la calumnia. Eyaculamos de lado cuando podemos aparcar nuestras sucias vidas para hablar de otro payaso. Todos somos público hoy en día y el dinero es el salvoconducto para experimentar sofisticadas copias de cualquier cosa. Pero nunca es suficiente para llenar algunos vacíos. Una vez escuché que el rey Fahd de Arabia Saudita llegó a tal punto de dejadez que defecó en su piscina. Da igual. Con dinero de por medio siempre habrá alguien que esté loco por limpiar la inmundicia ajena.

El espectáculo iba viento en popa. Caminar descalzo sobre alambradas, menuda idea. Equilibrismo, masoquismo, un funámbulo mezclado con un faquir. ¿Exhibicionismo impúdico? Sí, pero daba de comer a Equilibrista. Catalizar el dolor en una sola persona, desde tiempos de los mártires, siempre ha dado buenos réditos. «¡Redime nuestros pecados, hazlo por nosotros!», grita el *Homo spectatorum*. Nos enternece la debilidad humana mostrada en su máximo esplendor. Siempre que el artista se inmole por y para la masa. Somos así de apáticos. Necesitamos síntesis, incluso en referencia a nuestros sentimientos.

Todos.

Algunas veces Equilibrista hundía una de las púas de la alambrada en un orificio de la planta de sus pies. Nunca cicatrizaba del todo. Spinelli lloraba lágrimas de herrumbre, pero continuaba su camino. El dolor es inherente a todo espectáculo que se precie. Si no hay dolor, aunque sea pretérito, no hay autenticidad posible. La gente lo detecta como un perro sabe distinguir un hueso de plástico. Spinelli

se decía a sí mismo que el hecho de estar clavado al cable mediante aquellas heridas en la planta de los pies le garantizaba una perversa verticalidad. Otras veces no le encontraba sentido a su trabajo y estaba a punto de perder la concentración cuando se imaginaba como un muñeco de cera incrustado en el entramado de hierro de un candelabro.

Porque Equilibrista también tenía sus francos momentos de duda. Justo le venían como un temporal en primavera, siempre en los momentos más inoportunos, agazapado en su caravana en una ciudad ajena a su vida real: «Maldita sea. ¿Qué estoy haciendo?». Luego se consolaba pensando que la mirada extática de la gente era para el Circo su máspreciado alimento: sentirse admirado y toda la escala de necesidades primarias que padecen unos artistas circenses con algún tipo de desequilibrio emocional. Era otra Hambre Invisible, aquella que impelía a todo creador a ir más allá de los límites de sí mismo, a empujar el horizonte por muy latoso que fuese. Había muchos tipos de Hambre Invisible, aunque el bueno de Román Spinelli aún lo ignoraba.

*Cinco segundos antes de la caída.* Hay un momento en el que un funámbulo provoca un pálpito en el público: después de un tobillo que titubea o del brazo derecho perdiendo el eje viene un atribulado «oh» entre el gentío, de tonalidad morbosa y significado ambiguo. Sincerémonos. Hasta el más beato de nosotros ha deseado que el torero sea atravesado por el asta, que el motorista resbale, que el delantero falle la pena máxima, y que a nuestro vecino le vayan las cosas un punto peor que a nosotros. El caso de Equilibrista no iba a ser menos: «¡Que se caiga!», sentía el deseo del público como si en realidad lo hubiera verbalizado. Spinelli los veía llevarse el puño a la boca, mordiendo los nudillos y untándolos de saliva como un infante de meses. Acto seguido podía palpar sus pensamientos de redención: «¡No, no te caigas, continúa, Equilibrista, sálvate, sálvate, oh, Dios, perdona a esta alimaña que es tu hermano malvado!».

Casi siempre el funámbulo recupera el equilibrio y prosigue su paso. Pero esa vez no fue un «casi siempre». Aquella noche, Román Spinelli lo tenía todo más o menos controlado, hasta que unos

chiquillos del público —ávidos por conocer si el funámbulo escondía algún tipo de trampa en sus andares por las alturas— aprovecharon un despiste del técnico de luces. Aquellas repelentes criaturas accionaron un par de gigantescos focos directos hacia sus ojos. Un inesperado exceso de luz deslumbró las retinas de Equilibrista. El éxito, en sus fases iniciales, no es más que eso: un deslumbramiento próximo a la ceguera. A veces un triunfo mal llevado es el peor de los fracasos.

Y Equilibrista empezó a caer. En singular cámara lenta, Spinelli tuvo tiempo de pensar, quizás de manera más clara que nunca. Se dijo que los estados de ingravidez varían según estés en fase de ascenso o caída. En el caso de un hombre bala hay un par de estados intermedios, ambos flotantes, un par de parábolas esbozadas en el aire. En el caso de un equilibrista la caída es una vertical absoluta. El estado de *shock* desconecta a toda prisa los botones de la consciencia. La orden es llegar al suelo con la mínima sensibilidad. Mirad los ojos de un fracasado en un bar y entenderéis lo que os digo. Hay una autocastración de los receptores del dolor emocional. La piel del fracasado crónico adquiere húmedas texturas de anfibio. Todo le resbala por una simple cuestión de supervivencia. Spinelli también pensó que nadie es del todo consciente de cuándo empieza su caída personal. En algunos, el descenso dura demasiado tiempo, por lo que les resulta inapreciable en los primeros estadios. Sea como sea:

«La gravedad nos ama demasiado», pensó.

Las pupilas de los asistentes acompañaron a Spinelli en su viaje fatal. El ruido del impacto, sin embargo, sonó opaco, como un saco de harina lanzado desde un helicóptero. Román Spinelli había caído de espaldas. Más tarde los médicos le dijeron que aquel desplome generaría en su organismo extrañas réplicas de dolor, incluso años más tarde, como lo que acontece días después de un terremoto.

Estaba por ver si sus días como funámbulo habían llegado a su fin.

## ESTACIÓN 5

### «ELLOS», MI PARTICULAR ONU



El plano visual de Equilibrista había cambiado por completo. Ahora tenía a la misma multitud observándolo desde arriba, en un plano nunca visto por sus ojos hasta ese momento. El público, extrañado pero aún risueño, apenas se había percatado de su más que probable futura invalidez, por lo que siguieron emitiendo un concierto de chillidos que a nuestro protagonista ya le parecieron mudos. En aquel claustrofóbico silencio, dentro de la carpa ósea de su cráneo, Equilibrista tan solo escuchaba sus propios jadeos.

El gentío rodeaba al comediante herido en un círculo amorfo. Mediante gestos la audiencia lo increpaba para que se levantara y volviera a subir a la cuerda. La audiencia del Circo, presa de la euforia y contagiada por el Hambre Invisible, no concebía que el *show* hubiera tocado a su fin. «¡Más difícil que el más difícil todavía!», le recordaron. Equilibrista tenía que continuar con aquella celebración del riesgo, hasta el día del fin del mundo, y no podían ni siquiera plantearse que Román Spinelli fuera absolutamente incapaz de levantarse e intentarlo de nuevo. ¡Un profesional no hacía eso!

No hay nada más ridículo que aquellos instantes intermedios entre un accidente y el análisis de sus fatídicas consecuencias. Cuando comprendes que has subestimado lo acontecido. Las risas decaen y las muecas de excitación se tornan tristeza y franca preocupación.



«Quizás no está fingiendo», exclama entonces el más avisado. En el ser humano la incapacidad de prever catástrofes es prodigiosa. Siempre hay un retraso, aunque sea leve, en las reacciones de la masa impersonal. Entonces se hace el silencio y se inicia el primer chillido de histeria. Tarde, siempre tarde. Por culpa de este retraso sensorial alzamos a dictadores a la cúspide del poder y los ajusticiamos cuando ya han perpetrado todo tipo de fechorías. Los pensamientos del maltrecho Spinelli se ensañaban con el público. Pero ¿no era acaso aquella reacción de furia contenida un ejemplo claro de «morder la mano que te da de comer»? ¿Acaso Spinelli pensaba que aquel hormiguero de caras no albergaba dolor en sus vidas? ¿No tenían derecho a silenciar sus particulares monstruos a través de espectáculos televisivos, *sitcoms* o funciones circenses? «Tú elegiste esta profesión, Román Spinelli. Muéstrate digno. Hasta en la caída. Incluso en el ridículo más espantoso.» Por esta razón, incluso en aquellos momentos infectados de dolor, Román Spinelli, desde el suelo, les sonrió.

Equilibrista probó a expandir sus costillas. Tomó entonces el aire suficiente como para enfrentarse al gran interrogante: comprobar si sus piernas seguían teniendo contacto con su médula espinal. Acto seguido sucedió algo desconcertante y más sorprendente que el propio dolor. Miró hacia arriba y se cercioró de que aquellas voces que había escuchado desde hacía décadas en su interior se habían materializado en personas de carne y hueso. Eran versiones de sí mismo con diferentes edades y curiosos atuendos. Sus Otros Yoes lo examinaban con la frialdad de los médicos forenses. Uno de aquellos tipos empujó al resto con desprecio y ademán militar. Miró a Equilibrista y le dijo: «¡No me digas que no te lo había advertido!». No había terminado la frase cuando el hombre de duras facciones fue apartado mediante un sutil ademán por otro de sus Áter Ego. La segunda versión de Equilibrista estaba en el ecuador de la sesentena. Iba vestido de modo impecable, a juego con su deslumbrante sonrisa: «No le hagas caso, Equilibrista. Relájate. Ahora vendrás con nosotros. Nos vamos de viaje». «¿Adónde?», le dijo pensando que era demasiado joven como para morir. «A tu ciudad interior. **Bruma.**»

Fue en aquel instante cuando el Equilibrista sobre Alambradas Mentales comprendió que quizás ese Yo llamado Román Spinelli,

aquel ser central que todos poseemos, se balanceaba continuamente entre el ser social y el caníbal. Pero ¿acaso era aquel Yo Centrado el verdadero Román Spinelli? Estaba claro que, en líneas generales, Equilibrista había sido tomado por la inmensa mayoría de su entorno —incluso por los que creían conocerlo bien— ¡como el único habitante de su persona! Pero no era cierto. Spinelli pensó también que, por culpa de ese deseo de agradar a sus seres más queridos escondiendo sus momentos de debilidad, Equilibrista se había convertido en una burda copia de sí mismo. Por otro lado, Spinelli no estaba solo dentro de su soledad. Hacía meses que se había percatado de que llevaba una maldita eternidad como el director de su particular ONU interior y en aquellos momentos había una escalada bélica entre sus variadas personalidades.

Equilibrista estaba a punto de caer inconsciente cuando escuchó unos aplausos cerrados. De nuevo eran **Ellos**. Quiso preguntarles quiénes eran, pero el dolor era el mismo que si hubiese sido atravesado por las astillas de un iceberg. Sus compañeros de elenco, esta vez desde el mundo real, le dijeron que una ambulancia estaba de camino. «Te llevamos al hospital.» Pero en aquel extraño magma que mezclaba la realidad consciente con la onírica, escuchó de nuevo: «¡No! Insistimos. Te vienes con nosotros a Bruma». ¿A quién diablos debía hacer caso?

Equilibrista cerró los ojos.

Diez minutos después, ya en el camastro de su caravana, mientras aguardaba al médico de urgencias, Spinelli pensó que había llegado el momento de caer rendido y cerrar la carpa de sus párpados. Sin embargo, no fue una buena idea. Su dolorida duermevela provocaba que apareciera la vívida imagen de un lago donde desde el primer metro ya no se tocaba fondo. Equilibrista empezó a notar cómo dentro de él crecía una sensación de niño aterrorizado.

Al otro lado de la ventana de la caravana, Equilibrista adivinaba la silueta del Maestro de Ceremonias exigiendo a la chica de centralita aquella prometida ambulancia. Spinelli sintió una náusea indescriptible.

—**¡Crisis existencial!** —le salió semejante expresión como un incontrolable vómito.

¡Qué extraordinario, por complejo, era definir aquel momento! Parecía que una extraña ventana pateada por un vendaval hubiera abierto de par en par el interior de su espíritu y que fuera el mundo exterior, y no él, lo que había muerto para siempre.

Lo último que recordó Spinelli es que el Maestro de Ceremonias entró en la caravana, le dio un par de palmadas en las mejillas y, acto seguido, se oyó la sirena de una ambulancia aparcando al lado de su vivienda ambulante. Habían decidido llevarlo a un hospital lejano. Así pues, entre aquel vaivén de carreteras comarcales, postrado y mirando el techo de aquel vehículo de estridente sirena, a Equilibrista le dio por recordar aquellos extraños seres que lo habían examinado en la carpa del Circo. Y volvió a delirar:

Ha llegado el ocaso. Y no el de los dioses, sino el de los desgraciados. La gravedad nos ama desesperadamente, como las madres desean mantener a sus hijos en su regazo. El paso por las alturas es siempre circunstancial. Alehop, menudo tortazo. Estarás contenta, Edith.

Spinelli emitió entonces un gemido espectral. Miró a su alrededor. Empezaban a solaparse imágenes. El metálico interior de la ambulancia se yuxtaponía con la vetusta imagen de un coche cama de un tren centenario. Quizás estaba perdiendo el juicio. Todos los que se reconocen como Equilibristas Mentales acaban sucumbiendo, tarde o temprano, a una crisis de identidad de pronóstico reservado. Román Spinelli intuyó que su decadencia había empezado hacía unas cuantas décadas.

De hecho, la primera condición para ser Equilibrista, para subir a la cuerda, para seguir vivos, es estar un poco loco.

Era la magnitud de su locura lo que estaba por determinar.

## ESTACIÓN 6

### VIAJE AL CENTRO DE MI TIERRA

*(Escritor)*



Durante aquel viaje repleto de sueños absurdos y dolorosos baches, Spinelli recordó los últimos días con Edith, cuando aún se hablaban.

«Edith, no puedo decir que no me lo advertieras en su momento, pero el infausto día del accidente tú no estabas allí. Habían pasado unos segundos de negra y silenciosa calma en la ambulancia hasta que caí en la inconsciencia provocada por los calmantes. Acto seguido, desperté en otro lugar y en otra época, imagínatelo cerrando tus ojos-ventana tan semejantes a los de Natalie Wood y que tantas veces me han conmovido, ¡créeme, te lo ruego, aunque sea por última vez! La cuestión es que, poco a poco, la ambulancia fue desapareciendo y empezó a definirse ante mis ojos el contorno de una habitación profusamente decorada con nobles maderas. Y empezaron esos traqueteos que uno nota en su espalda en un tren nocturno ni más ni menos que del siglo pasado. Lo que oyes, Edith, dejé de estar dentro de las cuatro paredes de aquel vehículo sanitario para desplazarme en mi delirio a un tren de principios del siglo XIX. Ya sé, ¡ya sé!, no hace falta que me lo digas, todo esto es muy bizarro. Aún puedo oler el hollín, la humedad en la suela de mis zapatos y el perfume a dama de otros tiempos. Estaba componiendo un plano de mi nuevo entorno cuando irrumpió aquel infausto personaje, otro de los miembros de mi particular ONU interior, ni más ni menos que ESCRITOR, de sobras conocido por ti, Edith, tú siempre lo

has definido como tu principal enemigo, ¡correcto!, te he hablado muchas veces de él cuando me he excusado por no acompañarte a la cama. Pues, entre aquella agonía de dolor, ESCRITOR apareció ataviado como un perfecto revisor del Orient Express, sí, era él, me refiero al cabrón oportunista que en estos mismos instantes me chiva las palabras de este libro y me hace pensar que estoy poseído. Supongo que recordarás, querida Edith, y no de una manera precisamente amable, a aquel Escritor que tantas veces me separó de ti con sus exigencias de tiempo para darle a un relato su merecido final, por no mencionar aquellas noches en las que ESCRITOR me exhortaba a continuar escribiendo hasta las mil de la noche bajo el pretexto de encontrar una estrofa a un proyecto de canción dejada a medias. Tú ya lo sabes, aquel Otro Yo vocacional y obsesivo se había convertido en mi segunda esposa, y tú, Edith, lo has sufrido más que nadie en este mundo. Pues ESCRITOR, ni más ni menos que con mi propia voz, me dijo aquello tan manido en su persona consistente en que, a raíz de mi caída —no hablo del accidente acontecido en el concierto de la banda, sino de la debacle de nuestra relación—, se estaba empezando a generar dentro de mi alma la necesidad de concebir una historia compuesta por el elenco de espectros que anidaban en mi interior. El tipo, persuasivo como pocos, me propuso una trama en la que hubiera varios protagonistas, caracteres destilados de mi personalidad. Aquello me sonaba muy complicado, Edith, así que miré por la ventana de aquel tren irreal y descubrí que no avanzaba por tierra firme, sino por encima de las aguas, como en una escena de la fantástica película El viaje de Chihiro, momento en el que ESCRITOR me dijo que para escribir semejante libro necesitaba de mi desinteresada colaboración como mecanógrafo, a lo que contesté que redactara semejante experimento psíquico sin mi ayuda, a fin de cuentas eso es lo que siempre había hecho aquel cabrón esclavista, poseer mi mano y dejarme en un estado de trance del que salía, claro está, siempre y cuando ESCRITOR se sintiera del todo satisfecho con mi labor, y ahora vendrá cuando pensarás, mi querida Edith, que siempre he sido presa fácil de ESCRITOR, pero puedo jurarte que me negué una y otra vez, sin embargo él insistía, Edith, así que intenté sacarme el muerto de encima definiéndome como lo que yo era, un compositor, mientras que en mi vida privada, en las dependencias que existen intramuros, tan solo era un Equilibrista que intentaba cumplir aquella necesidad, tan simple y complicada, consistente en amar y ser amado, a veces con una desmesura que me llevaba a la frustración, ¡bastante trabajo tenía ya caminando por la cuerda floja de la vida! Deberías saberlo, Edith, he intentado, dentro de la psique de SBS, ser aquel Equilibrista que ponderaba

o intentaba unificar emociones diversas, ¡demasiadas veces contradictorias! En ocasiones, mis pensamientos, emociones, impulsos, eran corrientes de agua, opuestas entre ellas, y colisionaban muchas noches en una ola de angustia tan descomunal como las que puedas ver desde el faro de Nazaré. Me habías dejado, Edith, tu último mensaje era frío como un cadáver fallecido de hipotermia, de hecho me informabas de que podía ir a casa para recoger mi maleta, así que en realidad lo que necesitaba era silencio, calma, inactividad, una lobotomía temporal, dormir un millón de años, pero, ah, las cosas como son, cometí el error de infravalorar a ESCRITOR. Aquel tipo no admitía una negativa. Sacó un billete del bolsillo, me lo enseñó y me dijo:

—Tu destino es este. **Bruma**. Lamento comunicártelo, pero ya has partido.

¡Era tal su determinación por involucrarme en su nueva historia, Edith! Fíjate que, para darle más énfasis a su petición, mi Yo Cuentacuentos se quitó la gorra de revisor para secarse la frente como si estuviera en un apuro económico extremo y a los pocos segundos noté que llevaba preparado un arsenal de argumentos sobre que yo era el Equilibrista que cargaba con todas mis personalidades y que por lo tanto debería ser el actor principal, me estaba preparando una encerrona, fíjate que acto seguido el cabrón de ESCRITOR me sonrió con no poca malicia para desarrollar uno de aquellos rollos que siempre me soltaba a partir de la madrugada; que lo tenía todo perfectamente organizado y que la historia se estructuraría a base de realizar entrevistas a todos aquellos tipos que vivían dentro de mi alma compleja. Como ser central y supuestamente centrado, yo debería actuar como el responsable de un departamento de Recursos Humanos. Debería avanzar por los cables, enfrentarme a las alturas de mi propio vacío. Escritor me prometió que en ese transitar paladearía lo dulce y lo agrio de mí mismo, ¡menudo plan!, pero eso no es todo, Edith, tras inhalar una calada de cigarrillo, ESCRITOR añadió que aquel alocado proyecto iba a ser sin duda alguna el número de equilibrismo más arriesgado de mi vida, de modo que ESCRITOR finalizó sus seductores argumentos diciéndome que, quizás, con un poco de suerte, al conocer a aquellas personalidades múltiples que tanto habían pesado en mis viajes por los cables, a izquierda y derecha de mis trapecios doloridos, conocería por fin la causa de LA CAÍDA, ¡me estaba hablando de una posible CURACIÓN, mi querida Edith, no me digas que no sonaba tentador!, y más cuando ESCRITOR, con su consabida labia, me comparó dicho proyecto literario con una suerte de viaje al centro de nuestra propia Tierra, en definitiva, aquel tipo me exhortaba a practicar un deporte nuevo llamado espeleología interior, «Psicogeografías» fue el

primer concepto que me lanzó para que el viaje me pareciera interesante. Edith, ya ves, el persuasivo lo tiene todo preparado, tejer la red, atrapar al insecto, de todos es sabido que no hay descanso para el seductor, ni siquiera en la victoria.»

## *¡PSICOGEOGRAFÍAS! ¡PSICOGEOGRAFÍAS!*

(Yo solamente quería dormir un millón de años.)

Miré a Escritor y le dije que no me apetecía sacar a relucir mis infiernos. Mi bohemio Áter Ego se encendió un cigarrillo y cerró la cortinilla de nuestra dependencia.

—¿Infiernos? Podrían ser paraísos. Todas las personas somos como grandes continentes. El problema es que no tenemos la necesidad de salir de nuestra comarca más plácida, allí donde habitamos con frecuencia. Pero ese habitante es un Yo tan **pequeño**, Equilibrista... En la vida exterior hacemos todo lo posible por vivir en aquel céntrico lugar, tan común al resto y tan poco dado al conflicto. Al fin y al cabo, somos seres sociales. Pero hay veces, Equilibrista, que necesitamos emprender un viaje por nuestras provincias. Por este motivo te propongo iniciar una expedición en forma de libro. Tengo entendido que existen auténticos Amazonas del pensamiento, del todo desconocidos por nosotros, imagínate su disparatada extensión. También dicen que por debajo del continente de nuestra personalidad externa existen capas y más capas de suelo formadas en determinadas épocas vitales donde duermen algunos engendros. Los más atrevidos han atravesado esa corteza repleta de prejuicios hasta caer en el mismo núcleo de su propio ser, ese magma primigenio que quizás no es otra cosa que nuestros primeros años. Rilke decía que nuestra verdadera patria es la infancia y no conozco frase más acertada.

Pensé entonces acerca del hecho de escribir. A veces, era una adictiva vocación. En otras, una agradable condena. Quien tenga a un Escritor como inquilino de su cerebro sin duda me comprenderá. Desde tiempos inmemoriales aquel hombre que vivía en alguna recóndita habitación de mi cabeza me empujaba a teclear textos sin avisarme de las fatales consecuencias que provocaba abrir mil cajas de Pandora de manera simultánea. Su ensordecedora voz me conminaba a elegir palabras inauditas en una persona como yo, en apariencia

sensata. De los temas que me había obligado tratar a lo largo de mi vida, mejor no hablar. Unos cuantos habían sido editados en el mundo exterior en formato de canciones o relatos. Muchos de ellos llegaron a generarme una suerte de vergüenza ajena. ¿Puede alguien tener **vergüenza ajena de sí mismo?** La respuesta, si padeces de personalidad múltiple, es un sí rotundo.



## ESTACIÓN 7

### ¿DÓNDE ESTÁ EDITH?



Aquel tren victoriano seguía avanzando hacia las profundidades de mi espíritu. Llevábamos un par de horas de viaje y unos cuantos cigarrillos compartidos cuando Escritor consideró oportuno torturarme un rato más entre estaciones.

—Si te digo que es el momento para pasar a la acción es porque, aunque tú no te des cuenta, Edith ha desaparecido de nuestra alma. Puede ser que alguna de tus personalidades la haya secuestrado, ¿quién sabe? El caso es que no hay rastro de ella. Maldita sea, Equilibrista, tantos años andando por la cuerda floja con tu mirada perdida en el horizonte y no te has dado cuenta de lo que pasaba a tus lados. Cuando te digo que Edith ha desaparecido de tu ciudad interior me refiero a que es como si no estuviera dentro de ti. Ahora mismo es necesario infiltrarte en tus propias junglas porque **HAS VOLCADO**. Deja el éxito profesional de lado por una vez. Las cosas. No. Te. Funcionan.

Román Escritor era un tipo obstinado como pocos. Añadió:

—Por cierto. Tú bien sabes que sin Edith, bien..., eres medio dos. Has extraviado a tu musa. Necesitas alejarte de la Edith de ahí fuera para volver a ella desde tu interior. Regresar convencido de que lo vuestro sigue siendo real.

—Escritor. Si insistes en buscar el núcleo de nuestro ser, en caso de que seas un gato caprichoso al que se le ha metido entre bigote y

bigote coger nuestro ovillo de lana y desenrollarlo, hazlo tú. Tú eres el profesional.

Escritor empezó a dar golpes a la ventana.

—¡Hermano Equilibrista! ¡Edith ha desaparecido de tu vida en todos los sentidos! ¿Acaso no ves que hay alguien dentro de nosotros que está envenenando nuestra alma? Por esta razón nos dirigimos a Bruma. Porque tienes que «conocerlos».

—¿A quiénes?

—¡A los **Vergonzantes**! ¿A quién si no?

—¿Pero quiénes son los Vergonzantes?

Escritor dejó que le diera una calada a su cigarrillo.

—Ya los conocerás, y de paso, los recordarás. Son aquellas partes de ti que la gente apenas conoce, pero tú, por desgracia, intuyes. Cada uno de ellos ha gobernado de manera esporádica tus comportamientos externos.

—Exactamente... ¿como tú, Escritor?

—No seas sarcástico. A ver si te queda algo claro, Equilibrista. Yo soy tu vocación. ¿Agridulce? Es probable. Pero tienes mucho que agradecerme. Escúchame, imbécil. Podría darme igual el paradero de Edith, pero grábate esto en la cabeza: sin ella, yo moriré. ¿No crees que eso sería intolerable?

—Así que era eso.

—Exacto. No puedo negar mi desmesurado interés en que la encuentres. Pareceré egoísta, pero tengo muchas ideas pendientes de publicar. ¿Me entiendes? Morirme sería un ligero inconveniente.

—Te sobrevaloras, Escritor. Se me ocurren miles de maneras para sustituirte. Apuntarme a un gimnasio. Irme a dormir temprano...

—Eso no te lo crees ni tú. Tu trabajo consistirá en averiguar quién es el virus de tu desastre personal. Como decía Billy Corgan: «The killer in me is the killer in you». Hay veces que nos autodestruimos. Puede ser que prefiramos hacerlo nosotros mismos para así sustituir la tarea de Dios o a la misma naturaleza. Pero tu extraño suicidio en vida es demasiado precipitado y, por encima de todo, innecesario. Debes someterte a una auditoría psíquica. Y deberás ensuciarte las manos. ¡Zambúllete en nuestra ciudad interna! Esgrime cualquier pretexto para que el resto de Áter Ego salgan de su madriguera. Debes lograr

entrevistarte con ellos, que abran sus corazones sin que intuyan en ningún momento que están siendo analizados. Allí adentro te esperan para que resuelvas, descubras, señales y ejecutes. Tu obligación moral es encontrar al secuestrador de Edith y a NUESTRO asesino interno antes de que acabe pudriéndonos, a ti y a mí, hasta que solo seamos cenizas andantes.

Argumenté a Escritor que no sabía cómo empezar aquella búsqueda. Ignoraba cómo sería el rostro del Culpable, la vestimenta de aquel espectro, si eran huesudas sus falanges o si por el contrario su apariencia era hipócritamente afable.

—Lo averiguarás. Y es de obligado cumplimiento salir de las profundidades de nuestra psique con una víctima. Llamémosle una especie de Suicidio Parcial. Te suena el concepto, ¿verdad?

Por desgracia, me sonaba. La idea del **Suicidio Parcial** me vino a la cabeza una noche de noviembre mientras me miraba al espejo. Tres meses antes del accidente había escuchado una voz semejante a la mía, pero mucho más apagada, surgiendo del interior de mis oídos. Me gritó «**¡Suicidio Parcial!**» mientras me afeitaba, y lo repitió varias veces hasta que la voz era ya de terrorífico niño enojado. «**¡Suicidio Parcial, Suicidio Parcial!**» Extirpar una pierna para salvar el organismo. Cuando el subconsciente me repetía una idea más de tres veces, sabía que debía hacerle caso sin dudarlo. Sin embargo, no sabía qué tipo de ritual había que elaborar para llevarlo a cabo con éxito. ¿Cómo aniquilas tan solo a una parte de ti mismo?

Escritor chasqueó un par de veces los dedos para sacarme de mis pensamientos. Me pidió que no intentara planificarlo todo. Al ver que no había manera de que diera su brazo a torcer, argumenté que aquel encargo volvía a ser otro tipo de exhibicionismo. Algunas veces había oído otra voz en mi interior mucho más grave y acusativa que la mía gritándome como un enajenado: «**¡Pornografía emocional! ¡Te ganas la vida haciendo pornografía emocional!**». Cada vez que en un relato o en una canción me mostraba demasiado, aparecía aquella frase como una alarma histérica. **Pornografía emocional.** Me daba la sensación de que la había practicado demasiado aunque de mil maneras escondidas. Lo cierto es que estaba ya muy cansado de mostrar al exterior partes de mi vida, la real y la imaginada, me refiero a esas vibraciones indescriptibles, por complejas y envasadas al vacío

dentro de ese invisible táper que es una canción o un relato. Edith sabía mejor que nadie que, cuando descendía el telón, bajaba del escenario vacío como un médium. Aquella sensación de vaciado me llenaba de angustia<sup>1</sup>.

Me había encomendado matar a uno de mis Otros Yoes. Demasiados conceptos invadían mis oídos internos.

**Suicidio Parcial. Sicario de mí mismo. Psicogeografías. Pornografía emocional.**

Le dije a ESCRITOR que no creía en el concepto del Suicidio Parcial.

—¿Crees que es posible hacer las paces con aquella persona que amamos si con anterioridad hemos descuidado reconciliarnos con nosotros mismos? Te propongo que consigas una catarsis personal a través de una técnica radical. El asesinato frente al espejo. Reconócelo. Hace poco escribiste algo así como una fórmula matemática:

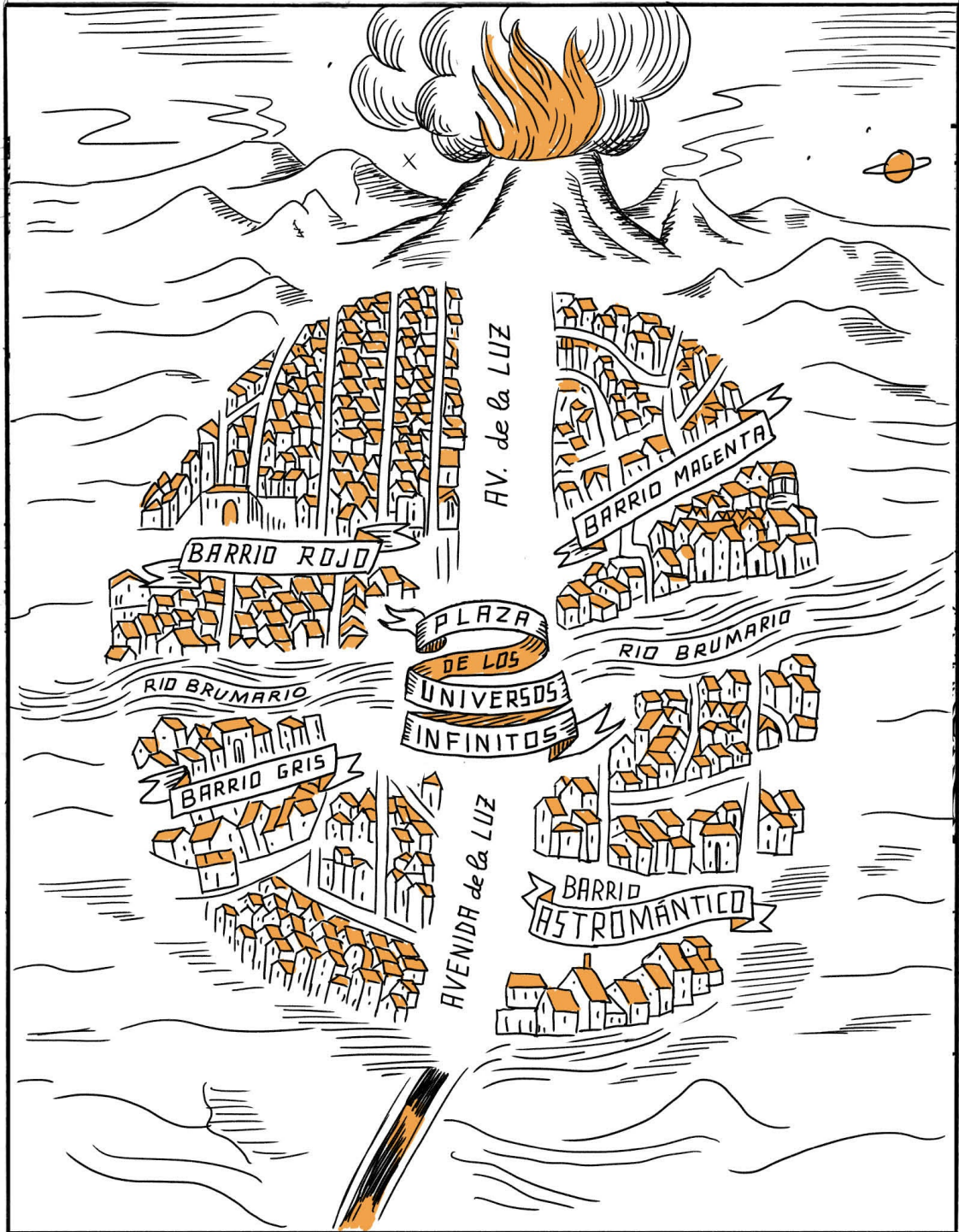
SER PERJUDICIAL PARA UNO MISMO, Y SIN EMBARGO ESTAR DEMASIADO ENAMORADO DE UNO MISMO COMO PARA PODER VERLO = MANTENER UNA RELACIÓN TÓXICA CON UNO MISMO.

Mi silencio sonó a rendición.

—Llegarás mañana por la mañana. Alguien te estará esperando en el andén. Mucha suerte. Por cierto, ahí fuera sigues inconsciente.

Acto seguido, Escritor se largó del compartimento, no sin antes realizar un cínico saludo militar. Segundos después vi que aquel cabrón había saltado del tren en marcha. Lo descubrí agarrado a uno de los pilares de hierro de un puente infinito, con su cigarrillo en la boca, sonriéndome de manera enigmática. Por la rejilla de mi dependencia entraba un aire cada vez más frío y húmedo. En la estancia del vagón encontré un bloc de notas vacío y un bolígrafo puestos a conciencia por ese tipejo. Y escribí lo siguiente: «Da igual lo que yo desee. Escritor siempre decide por mí».

Sea como fuere, había iniciado el viaje y ya no había vuelta atrás. Estaba resuelto a encontrar a Edith.



# CIUDAD de BRUMA

## ESTACIÓN 8

### EL FISCAL ROMÁN CUSO



Debían de ser las seis de la mañana cuando el tren frenó de manera abrupta. Desde el exterior unos nudillos golpearon la ventana.

—Siguiente estación, Bruma.

Bajé al andén de aquella estación psíquica. Me esperaba el tipo rapado al cero que había visto desde el suelo de la carpa. Me dio la bienvenida con la misma emotividad que la de quien lee una necrológica.

—Yo, Román Cuso, Fiscal General de su psique, o, lo que es lo mismo, de la ciudad interior de Bruma, autorizo a Román Spinelli, de profesión Equilibrista sobre Alambradas Mentales, a pernoctar durante cinco días improrrogables. Al final de su estancia será requerido para una serie de acciones que él, a cambio de nuestra hospitalidad, tendrá que realizar con el mejor de los ánimos. Creo que ya está informado de la gravedad de la situación. Comisaría ya ha impreso los carteles de búsqueda con la cara de Edith. Por cierto, mi opinión es que usted no debería estar aquí.

Mi otro yo acusativo era un tipo entrado en la cincuentena. Tenía las sienas hundidas, como si la comadrona hubiera intentado reventarle el cráneo en el momento de nacer. Su pelo, lacio y largo, aterrizaba en sus hombros y no dejaba de entrar en conflicto estético debido a su alopecia frontal, zona que prefería mantener rapada al uno militar. Se presentó ante mí perfectamente aseado y uniformado como

un lugarteniente de una guerra del siglo XX. De labios estrechos, gastaba mirada analítica y sonrisa de chacal. Román Cuso tenía mi misma cara, pero detecté que padecía de parálisis en el ojo izquierdo. Expresión de perpetuo enfado o sonrisa cínica. De aquellos que lo observan a uno de arriba abajo analizando el global y también el detalle. Intenté ganármelo ofreciéndole mi mano. El Fiscal de mi personalidad tardó en devolverme el gesto. Al presionar su mano me dio la impresión de que su interior carecía de huesos. Me dije a mí mismo: «Ponte a temblar. Este tipo no será fácil». Román Cuso, aquel ser de gelatina, me lanzó la siguiente pulla:

—En primer lugar, quiero que conste en acta que yo no soy su amigo, nunca lo he sido ni jamás lo seré. Aquí tiene un mapa de su ciudad interior. Moverse por Bruma es fácil, dependiendo de los barrios. Vamos. No perdamos tiempo. Un taxi nos espera.

Lo acompañé como un cabo primero sigue a su teniente, un par de metros por detrás, hasta llegar a la sala principal de la estación de mi ciudad interior. Durante todo el trayecto repasé el mapa que me había entregado. El diseño urbano de Bruma obedecía a una disposición circular con una avenida principal y un río que cortaba mi ciudad en cuatro barrios diferenciados. Leí que el gran bulevar se llamaba Avenida de la Luz, y el río, Brumario. También había dibujado un volcán en el sector norte. Una vez salimos por la puerta principal la odiosa humedad de algunos países europeos avisaba a mis articulaciones de que Bruma no era precisamente una ciudad para migrañosos. Haciendo honor a su nombre, la niebla se hacía presente en todas las calles como si Bruma fuera un inmenso plató psíquico y el regidor de aquella película hubiera dado la orden de accionar los cañones de humo. La niebla ascendía desde las rendijas de las alcantarillas. La visibilidad ni siquiera alcanzaba un cincuenta por ciento. Tendría que acostumbrar mis ojos a ese opaco destello y a tantas zonas que permanecían ocultas. Justo como mi personalidad.

Subimos a un taxi de color gris. Me sorprendió que el conductor también se pareciera a mi persona, pero un rápido análisis de los transeúntes me hizo ver que una gran parte de ellos mantenían unos rasgos comunes conmigo, ya fueran hombres, ancianas o niños. Versiones de mi propia cara. Me dirigí al Fiscal:

—Esta ciudad me resulta..., cómo se lo diría... Una ciudad «familiar».

—¿Está empleando el sarcasmo, Equilibrista? Oiga, vamos a dejar las cosas claras. Pocas personas tienen el privilegio de viajar a su ciudad interior. Pero le advierto que este viaje es muy serio. No pierda el tiempo con bromitas. Quiero que le quede claro que aquí dentro usted no es más que un investigador.

El taxista me miró por el retrovisor, como si se compadeciera de mi absurda misión. Opté por bajar la ventanilla. Las calles de Bruma olían a óxido, aceite de cocina en combustión, acera húmeda, carbón y roedor muerto. Dichos aromas copulaban con los sonidos de centenares de groseros mercaderes y lejanas campanadas de aviso procedentes de un tranvía. Mientras, un niño en harapos desaparecía entre el gentío con un radiocasete en el hombro expeliendo *Wish you were here*. De repente, y como si cumpliera un incómodo protocolo social, el Fiscal salió de su ensimismamiento para comentarme que los habitantes de Bruma podían denominar la niebla de cincuenta maneras diferentes según su intensidad, como hacían los esquimales con el color blanco. Me sentía culpablemente excitado. Desde que había salido de la Gran Estación de mi psique, parecía aquel chaval que con dieciséis años viajó a Londres y se pasó un día entero sin poder cerrar la boca. Empecé a familiarizarme con los edificios importantes, aquellos que me servirían de puntos cardinales en mi peregrinar por Bruma. Por ejemplo, de la misma manera que la Place de l'Étoile servía como centro neurálgico en París, la Plaza de los Universos Infinitos —con sus magníficos edificios, curvados en su estructura para adaptarse a su entorno circular— parecía el centro administrativo. Dicha plaza era atravesada por unas ocho pequeñas avenidas, pero ninguna de ellas podía compararse a la áurea grandilocuencia de la Avenida de la Luz, por donde transitábamos en aquellos momentos y, por lo visto, donde se ubicaba mi hotel.

Román Cuso continuaba sentado a mi derecha, erguido como un obelisco. Se le notaba satisfecho en su trabajo como Fiscal de mi personalidad.

—Equilibrista, la norma número uno es que no todas sus personalidades tienen autorización para pasear por la Avenida de la Luz. Son personas no gratas. Yo les llamo Los Vergonzantes y usted



está aquí para conocerlos en profundidad y, de paso, saber quién ha secuestrado a Edith. Pero para eso usted deberá desplazarse a sus barrios y vivir en el infecto ambiente donde esas alimañas se desarrollan. Le haré un resumen. En el Barrio Gris habita su Otro Yo, el predepresivo conspiranoico. Se llama Román Perturbado. En el Barrio Rojo se esconde, cual alimaña, Román Líbid, su Yo hipersexual. En el Arrabal de los Astrománticos viven un par de tipos: el Joven Poeta Halley y el supuesto Mago Román Tôdas. En el Sector Magenta vive su Yo acomodado, llamado Román Bourgeois. También se cuenta que existe un niño, pero no tenemos constancia real de él, ni siquiera lo tenemos censado. Le anticipo desde ya que los detesto a todos. Por cierto, cuando se entreviste con esos idiotas entenderá tan bien como yo las razones de mi veto, o por qué usted en la vida de ahí fuera los debe mantener escondidos. Son seres que han germinado de usted mismo, personajes deformados que nacieron en distintas épocas de su vida y cuya influencia hay que evitar a toda costa. Cualquiera de ellos puede haber secuestrado a Edith. Ya sabe que en la vida exterior esos tipejos le han complicado la vida demasiadas veces. Yo también soy una invención suya, pero ya verá que Román Cuso, Fiscal de Bruma y su orgulloso servidor, no significa para usted ningún peligro, sino todo lo contrario. Yo soy la salvaguarda. Como usted bien sabrá, para que ahí fuera funcione con total normalidad hay que establecer una leyes. ¡Y aplicarlas! ¡Y perseguir a Los Vergonzantes mediante edictos para la ciudadanía! El orden interno de nuestra psique nunca se puede resquebrajar, Equilibrista. Aquí no hay revolución que valga. ¿Revolución? ¡Mis huevos!

Le pregunté, con sumo temor a ofenderle, desde cuándo se había erigido como Fiscal de mi personalidad. El Fiscal General de Bruma se limitó a extraer un arrugado papel de su uniforme. Era una nota que por lo visto escribí con dieciocho años. Román Cuso me leyó unas cuantas líneas con entonación burlesca:

Bruma, Bruma, siempre la bruma. Empañando mis ojos desde el siglo pasado, esa maldita niebla. Dentro de ella tan solo alcanzo a ver resquicios de un brillo que chispea entre tanta densidad, como esa verdad que siempre avisto entre siluetas pero nunca sale de su madriguera. Nunca este día fue visto, en realidad, porque hoy no he sido feliz. Tan solo en mi imaginada Avenida de la

Luz se consigue ver el contorno del firmamento y se definen las facciones reales de mis semejantes. Sé que algún día deberé encontrarme con el chico del pecado y el ser que hace magia. Un día hablaré con la persona que lo goza y discutiré con el hombre que te culpa. Vamos a localizar el núcleo del error.

El Fiscal de mi ciudad interna señaló las palabras «el hombre que te culpa» y me soltó:

—Ya lo ve. ¡Ese soy yo! Usted nos ha creado. A todos nosotros.

El Fiscal Román Cuso abrió la puerta del taxi y me conminó a salir. Mientras el vehículo volvía a iniciar su marcha, bajó la ventanilla y añadió:

—Por cierto, en su billetera encontrará la dirección del hotel donde va a hospedarse. Ah, y le digo una cosa. Yo debería ser el investigador de la desaparición de Edith, y, por añadidura, quien detuviera y ejecutara al culpable. Ese es mi cometido dentro de su psique.

—Es a lo que he venido. No quiero engañarle.

—La culpa es silenciosa, Equilibrista. Usted se verá obligado a hacer pornografía emocional y este acto no quedará impune, se lo aseguro. Espero que no salgamos trasquilados de este experimento. Me refiero a todos Nosotros. Porque entonces me tendrá a mí para señalarle.

Y se largó señalándome con un par de dedos.

La mirada del Fiscal era una amenaza.

Un juramento.

## ESTACIÓN 9

### LA AVENIDA DE LA LUZ Y LAS FAVELAS DE LA PSIQUE



Me encontraba justo en el centro de Bruma. Decidí emplear la mañana del primer día en visitar esa famosa Avenida de la Luz de la que me había hablado el Fiscal Román Cuso. Para cogerle el pulso decidí tomarme un café en un bar de aspecto modernista llamado La Bohemia. Debía de llevar un par de minutos sentado en la terraza, embelesado con la amabilísima arquitectura de aquella travesía infinita, cuando alguien se sentó a mi lado sin pedir permiso.

—¿Me permite acompañarle, Equilibrista?

Lo reconocí al instante. Era el tipo del sombrero que después de la caída en la arena del circo había aparecido invitándome a Bruma. Tenía la voz del doblador de Michael Caine. Intuía que aquel hombre de ademanes caballerescos era otra versión de mi propia persona notablemente envejecida. No obstante, me consoló ver que cuidaba su apariencia. Sus sienes ya estaban plateadas, venía ataviado con un sombrero de bombín impoluto y una americana a rayas al más puro estilo británico. Me llamó la atención que sostuviera un bastón con empuñadura plateada con el que jugaba como si fuera un niño disperso. Cualquiera cosa que dijera la acompañaba con una sonrisa tan afable como contagiosa. Aquel desconocido caía bien al instante. Me cercioré entonces de que su americana llevaba un escudo, al más puro estilo universitario. Rodeando el contorno podía leerse un lema en francés:

## *La tempête est terminée*

—La tormenta pasó, señor Spinelli, pero ahora permítame que me presente. Mi nombre es Román Bourgeois, soy el concejal de Turismo de Bruma y también el responsable del diseño urbanístico de la Avenida de la Luz, es decir, su imagen exterior. Digamos que soy su parte más..., ¿cómo se lo diría?, estética. Estoy aquí para ejercer de anfitrión en su primera mañana en esta variopinta ciudad.

El tipo olía realmente bien. Pidió un *cappuccino* y soltó:

—Siempre he pensado que las personas somos como las ciudades. ¿No cree? La opinión que pueda tenerse de una ciudad varía en función de si preguntas por ella a un visitante ocasional o a uno de sus vecinos. Pongamos como ejemplo su ciudad exterior, Barcelona. En caso de visitarla durante unos días puede resultar un grato lugar. El visitante se deslumbra ante un itinerario recomendado antes de su salida. De hecho, ha viajado con la única intención de reafirmar el concepto que de Barcelona ya había adquirido a través de las opiniones esgrimidas por su entorno. Convengamos, pues, que Barcelona en líneas generales tiene buena fama. El mismísimo Cervantes, por cierto otro visitante, la definió como «archivo de la cortesía», y por estas razones el turista acostumbra a regresar a su país o ciudad de origen con un concepto ratificado sobre Barcelona. No ha reparado en que dicha opinión haya sido generada a partir de una parcialidad sensitiva, de una selección de estímulos sesgados de antemano por guías como las de *Lonely Planet*, lo cual ha desembocado en una puntuación final totalmente subjetiva.

En aquellos momentos el tipo empezó a jugar con sus gemelos de oro. Como si hubiera resintonizado consigo mismo, añadió:

—Pero en el otro lado de la balanza está el vecino de toda la vida que paga los impuestos con puntualidad suiza y raramente ve mejoras en su entorno. Ese habitante anónimo que conoce al dedillo las partes oscuras de la urbe. Los problemas del tráfico cuando hay huelga. La inseguridad ciudadana de algunas esquinas. El esnobismo sectario de ciertos barrios. El individualismo. Por el otro lado, las partes monumentales de Barcelona están tan asimiladas desde la infancia que le resulta imposible contemplarlas con la pasión del visitante y la

impronta que en su espíritu de viajero han dejado. Ni su mar. Ni su placidez. Esa diferencia entre visitante y ciudadano sucede también cuando uno intenta conceptualizar su propia persona: ¿qué emoción nos viene al corazón cuando pensamos en nosotros mismos? Algunos son vecinos de una ciudad interna ciertamente conflictiva, como usted. Claro está que siempre habrá narcisistas que serán incapaces de encontrar una sola faceta negativa en su personalidad.

—Son gente demasiado patriota de sí misma —le dije—. No es mi caso.

—Eso es fantástico, Equilibrista. Pero su problema no es este, sino el siguiente: la Superpoblación. Por esta razón, cuando a usted se le pide emitir un veredicto acerca de su propia personalidad puede llegar a ser dubitativo, o injusto, cuando no cruel consigo mismo. Usted es de ese tipo de personas que se conocen demasiado bien y acostumbran a autoexigirse con la misma intensidad. Sin embargo, al no ser un hombre «de una sola pieza», siempre le surgen facciones rebeldes y se generan guerrillas en sus particulares selvas. En usted anida la sensación de que su personalidad no está bien construida del todo. Bueno. Como concejal de Turismo y urbanista, he de decirle que se hace lo que se puede para lo más importante de todo: ocultarlo a los demás.

Bourgeois me sonrió cómplice. Su perfume, por cierto, acunaba mis narices en una pacífica serenidad. Parecía que a su lado era imposible que sucediera nada malo.

—Sin embargo, su entorno, aquellos que podríamos denominar «turistas», son mucho más benévolos con usted. ¡Porque la gente lo aprecia, créame! ¿Y sabe el motivo principal? Su círculo afectivo y social, por fortuna, no puede saber de su persona más que lo que usted refleja hacia el exterior, sobre todo mediante sus actos. «Por sus actos los conoceréis», dice la Biblia. En lo referente a su imagen exterior, su evaluación es positiva porque yo me encargo de filtrar la información. Quería tranquilizarle, Equilibrista. Estoy aquí a su servicio.

—Muchas gracias, señor Bourgeois. Pero otra cosa es mi interior. Yo no debería ir a la cárcel. Pero algunas de mis ideas... sí.

—No se apure. Todos nosotros intentamos potenciar lo destacable, como las ciudades hacen con sus principales monumentos. Exceptuando algunos malvados de espíritu, la gente tiende a

simplificar para bien. El ser humano con dos dedos de frente intenta ver lo positivo del prójimo, porque de no ser así nos sería imposible imitar. Y si no imitamos, no evolucionamos. Por cierto, ¿le gusto, señor Spinelli?

—No sabría qué decirle. Me parece una pregunta un tanto directa y precipitada. De todas maneras, no quisiera despistarme. He venido en busca de Edith.

El misterioso tipo, elegante como pocos, se alisó la corbata.

—Relájese con el tema de Edith. A veces las respuestas son mucho más sencillas, somos nosotros quienes formulamos preguntas innecesariamente retorcidas. Sé que le urge solucionar el tema de su musa, pero, por favor se lo ruego, disfrute del proceso. Y acostúmbrese a mi presencia. Con el paso de los años usted se transformará en mi persona, porque sus orígenes no son otros que lo que yo represento. La evolución hacia un viejo burgués será irremediable, por mucho que a usted, aún inmerso en un viaje que no ha terminado, le sea imposible aceptarlo en estos momentos. Olvídese del inconformista, del libertario y del libertino, incluso del poeta. Todos ellos son una hábil falsificación. —Bourgeois inclinó su cabeza hacia mi cara—. ¡Son impos-tu-ras! El plácido burgués es su única verdad. La vida es un círculo, y me atrevería a confirmarle que usted está a punto de completar una vuelta entera. Entonces llegará a mí, no lo dude. Una vez, claro, pase la tormenta y vuelva a recuperar su sonrisa. Rediós, Equilibrista. Desde hace unos meses su expresión es... apaisada.

Román Bourgeois chasqueó sus dedos. Al instante, un suntuoso vehículo se detuvo frente al bar La Bohemia.

—Vamos a dar un paseo, Equilibrista.

—¿No podemos ir andando?

—Oh, no, no. Si la naturaleza hubiera querido que anduviéramos no habría inventado los coches, ¿no cree? Para un burgués las excentricidades forman parte de su ser e incluso lo enriquecen, mientras que un pobre, en el caso de mostrarse como un excéntrico, no deja de ser tildado de..., ¿cómo lo llaman los jóvenes? Ah, sí, un «notas». No crea que dejo ver demasiadas rarezas al exterior, Spinelli. El verdadero burgués siempre mantiene un perfil bajo para no generar envidias u otro tipo de suspicacias, pero le recuerdo que estamos inmersos en una investigación propiciada por un sueño lúcido, así que

en estos casos las reglas tienden a ensancharse. Adelante, suba, amigo mío. *Chauffeur!* ¡Arranque! ¿Le gusta la Avenida de la Luz, Spinelli?

—Reconozco que es bonita, pero ignoro su significado.

—La Avenida de la Luz es lo que usted deja ver a los demás, una síntesis nazi de su personalidad. Todos estamos de paso en la Avenida de la Luz. Recuerde lo siguiente: en un futuro, lo único que quedará de nosotros será un vago concepto, o una sola emoción. ¿Qué mejor, pues, que nuestro recuerdo despierte una luminosa sonrisa en los demás? Por esa razón mantengo la Avenida de la Luz iluminada. En esta sociedad, Equilibrista, no vale únicamente con ser, también hay que sugerir!, y en temas de inspirar o aparentar, yo, el Burgués, soy el mejor maestro. Si no sugerimos, dejamos de estimular. Nos convertimos en materia oscura social. Por eso hay gente que nunca nació en realidad. Jamás encontraron su verdadero destino. Me refiero a esas personas que, después de verse tanto tiempo reflejadas delante de la versallesca galería de espejos que son los múltiples ojos de su decepcionado entorno, llegan a creer que no son más que meros comparsas en la vida de otros más importantes. Me refiero a la diferencia que existe entre una persona y un órgano, señor Spinelli. Ah, yo no quería que eso sucediera con usted, o mejor dicho, con Nosotros. Observe mi obra arquitectónica. Sus intenciones están claras, ¿verdad? Maldita sea, usted no es un analfabeto social. Conoce las reglas de gramática del buen gusto, sabe que en nuestra clase social radica el asentamiento de toda civilización. Sí, la burguesía, Equilibrista, aquel nicho mental del que usted, durante tantos años, ha renegado. Craso error. Porque en la Avenida de la Luz todo está en perfecto orden. Observe los comercios de alto *standing* que se han instalado en esta Avenida, o a las chicas bonitas de su recuerdo vital que pasean una y otra vez a lo largo de sus anchas aceras. ¿Y esos ejecutivos? Fíjese qué porte y distinción. Son sus neuronas positivas. Cada una de ellas lleva en sus maletas un pensamiento lúcido, un chascarrillo ocurrente, una melodía sinuosa o una broma preparada para el momento oportuno en una cena de amigos. Debido a su positivismo, a todos ellos les está permitido pasear por estos lares. Aquí solo se acepta lo que sirve para agrandar el insaciable ego de la Avenida de la Luz. Es su barrio comercial, Equilibrista. Aquí es donde

todos los visitantes y turistas se paran para comprar algún recuerdo de su persona.

Nos quedamos en silencio durante un momento. Bourgeois aprovechó aquel intermedio para planchar con los dedos sus pantalones de algodón inglés. Luego enderezó las blancas líneas rectas de su camisa e incrustó el sombrero de bombín en su amplio cráneo, ladeándolo esos milímetros que separan a una mona vestida de seda de un tipo elegante. Cuando se sintió cómodo de nuevo consigo mismo, empezó a puntear con su bastón los edificios de la Avenida de la Luz cuyo diseño le producía alguna admiración por encima del resto.

—Cada cien metros puede encontrar algún que otro monumento erigido en honor de sus triunfos en el mundo exterior. Aquí está el obelisco dedicado a su paternidad, en la Plaza del Orgullo Animal. Más a la derecha puede admirar el obelisco en homenaje a su supuesto carisma. La Avenida, por cierto, cruza de norte a sur la ciudad de Bruma y queda dividida por el río Brumario justo en el centro. Ah, menuda belleza. Fíjese, Equilibrista. En breve llegaremos al monumento erigido en honor de... Edith. En fin, lamento incomodarle, pero en su momento no se reparó en gastos. Alcanza los treinta metros de altura, ni más ni menos. Está confeccionada con oro puro y macizo, aunque estos últimos meses la tenemos algo descuidada, su desaparición nos ha dejado seriamente preocupados.

Me cercioré de que todos los vehículos procedentes de otras calles secundarias aminoraban su velocidad al entrar en la Avenida de la Luz, acaso para admirar sus continuas transformaciones. La Avenida de la Luz era con respecto a mi persona ni más ni menos que la Torre Eiffel en el momento de ser iluminada o la excitante columna vertebral de una chica desnuda. También comprendí que la Avenida de la Luz, o dicho de otro modo, mi imagen exterior, se mantenía estable aún en los momentos de revolución interna. Recordé entonces que, en las guerras modernas, se aniquila antes a los ciudadanos que a sus catedrales. No era de extrañar que por aquellos lares de mi alma todo fuera una repetición exacta del día anterior. «No hay problema, estoy bien, simplemente un poco cansado», decía en el mundo exterior a cualquier persona que notara en mí un claro abatimiento. El exceso de



trabajo siempre ha sido el gran parapeto con el que escondemos otro tipo de crisis personales.

Otra sensación que también experimenté durante aquel paseo en coche al lado de mi otro Yo burgués era que aquel bulevar albergaba en sí mismo una fuerza magnética desmesurada. La Avenida de la Luz era capaz de atraer a los incautos mediante sus dotes de seducción. Sin embargo, detecté que de sus alcantarillas doradas emanaba otro tipo de energía. Se trataba de una corriente, activa y oscura, como si un polucionado vapor gaseoso surgiera de sus rejillas y expulsara a todo aquel que pretendiera conocerme en profundidad. Dicho de otro modo, la Avenida de la Luz enviaba hacia las afueras todo lo innoble que existía en mi persona y lo hacía mediante oleadas de náusea nocturna. Por un momento me vino a la cabeza el escuadrón de limpieza de Barcelona cuando despejaba de polvo las aceras mediante fríos manguerazos. La inmundicia no estaba permitida en aquel bulevar. Las reglas de urbanidad concernientes a mi imagen exterior estaban claras y de ningún modo eran libertarias, sino altamente restrictivas.

Mis reflexiones se vieron interrumpidas cuando descubrí a varios agentes vestidos de paisano situados en cada esquina. Supuse que evitaban cualquier intento de que Los Vergonzantes se dejaran ver por esa magnífica calle.

—No puedo entender los motivos de semejante marginación.

—Oh, por el amor de Nietzsche. ¿Se ha preguntado alguna vez cómo son los proscritos de su ser, aquellos que en la vida exterior le susurran extrañas ideas por la noche o esos otros que le empujan a realizar oscuros actos? En nuestro interior hay gente que escapa del control policial. Son alimañas pedestres que viven en regiones de uno mismo que ni siquiera conocemos. Los Vergonzantes conocen mil maneras de camuflarse. Por eso casi siempre aparecen únicamente en los sueños más profundos. Son listos, pillastres, divertidos algunos. Pero esos tipos, aunque le caigan simpáticos, deben vivir siempre bajo el régimen de Libertad Condicional. Imagínese que le dominaran, Equilibrista, o que pudieran mostrarse por la Avenida de la Luz, o lo que es peor, rediseñarla. Sería el caos. ¿Quisiera reflejar en los demás la imagen de un tipo alocado e impulsivo, o aquel de tendencias libidinosas incapaz de dominar sus actos? ¿El poeta sensible podría

edificar una avenida con cimientos seguros? ¡No! Cualquiera de sus otras personalidades es un tipo demasiado extremo como para representarle a usted en un primer encuentro. En la Avenida de la Luz no hay lugar para sus vicios escondidos, sus fealdades, vilezas o contradicciones. Los trapos sucios se lavan en casa, amigo. Ningún concejal de Turismo enviaría a unos turistas timoratos a según qué barrios.

—Así pues, todos Los Vergonzantes viven en otros barrios.

—Como debe ser. Es lo que yo llamo las Favelas de la Psique.

Las Favelas de la Psique. Tuve la certeza de que en esas lejanas casas era donde acontecía todo lo interesante. Intuí que en esas calles retorcidas se escondía el auténtico meollo. Era allí, con toda seguridad, donde habitaba mi Yo Conflictivo, tan relacionado con mi Yo Creativo. Pese a encontrarme a gusto en la Avenida de la Luz, empecé a manifestar síntomas de ansiedad. Miraba por la ventanilla del vehículo y me preguntaba qué debería suceder en aquellas estrechas callejuelas con fachadas londinenses y estructuras caóticas. Las vislumbraba a cada lado de la Avenida. Era como si alguien las hubiera extraído de una novela de Dickens para incrustarlas en mi escenario psíquico. Supongo que el bueno de Bourgeois debió notar mi inquietud e insistió en que cualquier acto que sucediera en mis extrarradios se convertiría, gracias al destello de la Avenida de la Luz, en un mito urbano. Los vandálicos actos de mis Vergonzantes fueron definidos por Bourgeois como «la infrahistoria de cualquier ciudad psíquica».

—Ah, le compadezco, amigo mío. No me gustaría tener que emprender su viaje. Le aconsejo que grabe en su memoria la Avenida de la Luz y la rememore cuando en los próximos días visite esas otras zonas donde reina el caos. Allí experimentará el hedor de gente infecta escondida en sus tenebrosos y destartalados bloques. Y qué decir del interior de aquellas viviendas, repletas de vecinos gritones que se orinan en cada esquina. Estoy seguro de que dentro de unos días habrá llegado a la siguiente conclusión, y no es otra que hay ciertas partes de usted que es mejor que se queden en la penumbra. Aquí la gestión turística la llevo yo. Detesto la barbarie. Yo filtro y selecciono. Llámeme frívolo si quiere, pero es en la imagen exterior donde la

meritocracia adquiere su significado más alto. Debería felicitar me, Spinelli. Hasta ahora nuestra asociación ha dado buenos resultados. Gracias a mi persona, usted mantiene una aceptable imagen.

Sus palabras no terminaban de convencerme. Algo no encajaba. Le dije a Bourgeois que me parecía una avenida fría y distante.

—Lo sé, Equilibrista. «Gélida humedad», lo llamo yo. Perceptible hasta en las ventanillas de los taxis. Supongo que el fingimiento social supura, de algún modo. ¿Ostentosa? Un poco. ¿Parcial? Desde luego que sí, gracias a Dios. ¿Excesivamente armónica? ¿Qué hay de malo en ello? Cualquier persona debe identificar sus virtudes y potenciarlas. Que aparezcan en los libros de viajes. ¡Que provoquen la afluencia de turistas! A los concejales de Turismo nos encantan los turistas.

—No sé qué decirle. Parece que hable de las personas como mercancías que hay que vender, aunque sea escondiendo las taras. Si alguien asegura que mi imagen exterior es algo así como la avenida principal de un parque temático, es decir, un conglomerado de casas de cartón piedra, deberé darle la razón a partir de ahora.

—¡Como la de todos, maldito ingenuo! Pero no olvide que todas las personas tienen su propia Avenida de la Luz y que todas son igual de fraudulentas. Poca gente vive en ellas. No son calles para vivir, sino para mostrar. Por cierto, y en referencia a la discreción, los periódicos de Bruma deben ignorar cualquier noticia que no sirva sino para dignificar a nuestra persona. ¿Me ha comprendido, Equilibrista? La desaparición de Edith es demasiado reciente como para ir pregonando la noticia por el exterior. Asuntos Pendientes de Desclasificar, si lo quiere llamar así. Piénselo bien. ¿Para qué darles el gusto a sus enemigos? Tenga un poco de dignidad. Muestre que sigue con la moral intacta, a pesar de lo sucedido con Edith. ¿Acaso los demás no hacen lo mismo? ¿Disimular todo lo posible?

—Si uno deja de sincerarse con su entorno pierde la oportunidad de ser aconsejado, o confortado.

—Hágame caso. Demasiado a menudo buscamos consejos, y casi nunca les hacemos caso. En el fondo, cuando nuestro consejero habla por los codos, asentimos con la cabeza mientras pensamos: «¿Qué sabrás tú lo que realmente necesito?». Yo le diré lo que usted tiene que hacer: visitar su ciudad interna y arreglar el caos de aquí dentro, después de unos días de observación.

—De acuerdo. Pero si me preguntan...

Bourgeois se acercó a mí hasta depositar su frente contra la mía:

—Si le preguntan ahí fuera, usted sonría y desvíe la conversación.

Les contesta: «Bien, no me puedo quejar». Añada unos cuantos datos sobre la cantidad de gente que viene a los conciertos y punto. Deslumbrar sirve para esconder. ¿Dudas morales?, relájese. Casi todas las principales avenidas de los demás son entes de naturaleza clásica. Las avenidas son bellas e hipócritas.

—Son fraudes. No es correcto vender la parte por el todo.

—Su ingenuidad no tiene límites. Todos somos conceptos para los demás. Por ejemplo: usted no ama a la desaparecida Edith tal y como es en realidad, sino a la idea que usted ha creado de Edith a partir de sus vivencias con ella. Usted no ama a su musa, sino a la Avenida de la Luz de Edith. La imagen que tenemos de la persona a la que amamos es un montaje gestado por nuestro corazón en complicidad con nuestro cerebro, así que está contaminado de entrada. Demasiadas veces, la persona a la que más amamos es la que menos conocemos. Del mismo modo, el concepto que tenemos de alguien que nos ha herido está mezclado con nuestra propia bilis y, por lo tanto, es una mala digestión. Los conceptos sobre alguien en particular son mutantes y ninguno es del todo cierto. Opinamos de manera frívola, como aquel borracho que expulsa un vómito y sigue andando. ¿Sabe qué es usted para el resto de mundo? Una excreción mental. Lo ingieren, lo digieren y lo excretan.

—¿Soy una jodida excreción?

Bourgeois me miró de arriba abajo y sonrió:

—Oh, maldita sea. Usted siempre tan vulgar.



**CEMENTERIO** *de* **BRUMA**

## ESTACIÓN 10

### EL CEMENTERIO DE BRUMA



Me sorprendió que Román Bourgeois, con sus ínfulas estéticas, decidiera acto seguido llevarme al cementerio de Bruma. Aquel lugar, lejos de ser considerado sagrado, tenía su propia estación de metro en la parte más septentrional. Algunos suntuosos panteones competían con nichos con el nombre erosionado a la hora de llamar mi atención. Los pasillos y lápidas dibujaban extraños zigzags. El terreno era inestable, culpa de algunas raíces subterráneas que me hacían tropezar a cada paso. Pese a mis intentos por no ser un sacrílego, no pude evitar la irreverencia de pisar unas cuantas tumbas. También constaté que, para llegar a las más antiguas, debía andar en círculos hasta llegar al núcleo central. Parecía como si el camposanto se hubiera construido desde el centro, acaso imitando la espiral de un cefalópodo.

—Para entrar en este cementerio no hace falta morir —me dijo Román Bourgeois mientras daba toques con su bastón—. Este emplazamiento sigue una sola lógica: la de Bruma. Observe las lápidas, Equilibrista. En ellas descubrirá nombres de personas que aún siguen vivas en su realidad exterior. De hecho, son la mayoría. Atienda un segundo. El presente no es más que un recuerdo instantáneo. Para seguir hacia adelante disponemos de enterradores de recuerdos que no sirven para nada. Y aquí enterramos también a personas cuyo

recuerdo ha sido nocivo para nuestro día a día. Hay presencias del más allá que intimidan. Y seres vivos que hemos enterrado en vida. Hay de todo en la viña del Señor.

Leí con sorpresa los nombres de una hilera de nichos. Me supo mal comprobar que algunos fiambres pertenecían a mi generación. El cementerio era enorme. Mi particular Père-Lachaise.

—Si usted no recuerda a alguien, es como si hubiera muerto. Hay nichos y panteones, pero, en líneas generales, esto es un osario sin nombres. Las fechas de defunción, como en todos los olvidos, son indefinidas. Nunca sabemos el día exacto en el que dejamos de pensar en una persona. Son entierros sin invitados ni ostentosos funerales. De vez en cuando celebramos un Día de Todos los Olvidados y hacemos un genérico repaso de las personas a las que hemos dejado morir por dejadez. «La inanición del olvido», lo denomino. En el cementerio de Bruma se mezclan los olvidados de todas las categorías. Los realmente muertos y los que siguen con su vida. Está claro que el segundo grupo son aquellos que no nos marcaron demasiado, en todos los sentidos. Por eso apenas encontrará flores. Algunos están enterrados con dejadez, y otros con la ira con la que la ciudad de Bruma exhuma a los asesinos después de la horca. En cambio, hay personas que murieron en un plano físico y que, sin embargo, siguen paseándose por las avenidas de su memoria. Bruma tiene a muchos vecinos a los que usted ha decidido mantener con vida. Muertos a los que amó y vivos con los que no mantiene contacto pero a los que sigue amando.

—Comprendo.

—Otra cosa. Usted está en el cementerio de unos cuantos también. En otras ciudades interiores. ¿O qué se había pensado? Usted es importante para muy pocas personas. Afrontar semejante idea, pensar que usted ya está muerto para muchos, es ciertamente liberador. ¿Existe algo más libre que un muerto?

Con la plateada punta de su bastón, Bourgeois dibujaba en la tierra arcillosa el cinco de los dados de manera obsesiva.

—Cuesta asimilarlo, Bourgeois. El ego nos juega malas pasadas. Sobre todo es difícil pensar que ciertas personas nos han enterrado. Porque quizás no coincide con nuestra voluntad por mantenerlas vivas. Existe una irregularidad. Una falta de sincronía. Puede que sigamos recordando a alguien porque nos marcó, en cierto modo, por

algún gesto. Y es probable que esa persona ni siquiera recuerde nuestro nombre.

—Deposite en una pira funeraria sus ínfulas ególatras. A usted también le condenaron por irrelevante. O le ejecutaron por nocivo. El humo de sus cenizas sale del crematorio del olvido de muchos. Y algunas veces le enterraron como a un vulgar perro sin nombre. Usted también está muerto antes de tiempo, a ojos de muchos. ¡Muchos!

El lejano ruido de una pala hundiéndose en la gravilla me hizo girar la cabeza hacia el pasillo de mi espalda. A unos cien metros vi a un tipo semejante a mí, vestido de riguroso negro. Se encontraba en un sector lejano del cementerio, alisando la tierra de una fosa reciente. Cuando nos vio se fue corriendo. En un principio Bourgeois simuló que no lo había visto, pero por su expresión supe que algo importante había acontecido. Le pregunté por él.

—Es el enterrador. ¿Quién si no? Y ahora escúcheme, porque de veras que le aprecio. Quisiera ayudarle más, pero le aseguro que no puedo. Todo en el universo funciona como una espiral. Recuerde que los hallazgos no nos serán útiles si con anterioridad no ha existido un proceso de búsqueda, porque es justo durante el proceso cuando realmente aprendemos. Bien, vayámonos. Está oscureciendo. Ahora saldrá de nuevo a la ciudad. Aguce su vista. Encontrará a algunos muertos de su pasado caminando por los alrededores de la Avenida de la Luz porque usted sigue recordándolos. Y ellos continuarán saludándole, porque en esta vida hay gente inolvidable.

Bourgeois llamó a su chófer y, tras darme un apretón de manos, desapareció.



## ESTACIÓN 11

### EL ORIGEN DE LAS ESPECIES



Al encontrarme por primera vez solo en mi ciudad interna, decidí hacerle caso a mi instinto. Desvié mis pasos hacia la izquierda y entré en los confines del Sector Magenta, el distrito burgués de Bruma. Empecé a andar por la Travesía de los Ángulos Suaves. Las esquinas de todos los bloques de pisos eran redondeadas, así que el estado psíquico que provocaba en mi vecindario interior era de felicidad absoluta. En medio de la vía daban un espectáculo de marionetas. Entre todos los que se hallaban sentados en el suelo contemplé a un niño con las mismas facciones que yo tenía a los siete años. Observaba la función con los ojos abiertos como platos. Antes de que el pequeño teatro abriera sus cortinas, un tipo ataviado de negro de la cabeza a los pies saludó al respetable:

—¡Estimado público! Esto es lo que ocurre cuando somos concebidos.

Una música dio por inaugurado el espectáculo. El minúsculo escenario simulaba una especie de despacho sin más muebles que una mesa de cristal y un par de sillas con ruedas. Llegaron, desde puertas diferentes, un par de muñecos con indumentaria de abogado. Eran un hombre y una mujer de edades semejantes. Se dieron la mano con aquella desconfiada amabilidad llamada «cortesía». Ambos llevaban maletas cargadas hasta los topes. Por lo visto, iba a ser una

negociación durísima. En medio de la escena apareció una especie de notario, a quien a partir de ahora llamaremos Señor Natura, quien procedió a iniciar la negociación no sin antes dar un par de golpes con un hiperbólico martillo cuya proporción con la mano del actor hizo reír a los niños allí presentes.

—Mi cliente quiere que la criatura que ahora mismo se está concibiendo dentro del útero de su representada tenga la constitución craneal y el color de ojos de mi representado.

La abogada de la madre, vestida de rojo chillón, espetó:

—Si no hay más remedio, es decir, si su cliente tiene ese particular gusto estético, no vamos a discutir. Ya me habían avisado de que los abogados de un espermatozoide exigen chiquilladas, más que nada para que todo el mundo sepa que la criatura es claramente parecida a él. Mi clienta no es demasiado caprichosa. Me ha insistido en el tema de una cierta afabilidad de carácter y que sea proclive a perderse en ideas sobre el mundo en general.

El abogado que representaba la parte masculina de aquella fertilización la interrumpió:

—Aceptado. En otro orden de cosas, le propongo que la criatura nazca con una cierta capacidad para expresarse a cambio de un código moral flexible.

—No sé si mi clienta aceptará la propuesta. —Tras unos nanosegundos de reflexión, la abogada de la parte femenina infirió—: Como mínimo, introduzcamos en la futura persona un cierto sentido de la autocrítica.

El notario dio dos martillazos en la mesa. Los niños volvieron a carcajearse.

—La infancia será correcta —añadió el notario—. Será luego cuando dará problemas. En algunos momentos les plantará cara. Pero eso sucede siempre. La persona que empezará a gestarse en cuestión de segundos será creativa y a la vez dispersa. Como bien sabe usted, en las leyes de la genética cada virtud pide una tara. En otro orden de cosas, ¿qué prefieren para El Proyecto? ¿Absoluta nulidad en conceptos tridimensionales o que deteste los libros?

—Que deteste los libros, que deteste los libros —dijeron algunos niños.

—Tiene que amar los libros —exigió la abogada del óvulo—. Por otro lado, pactaría que Futura Persona viniera al mundo con las extrañas características mentales de su rama paterna, pero mantuviera la actitud vital de mi clienta, es decir, su sociabilidad, su estilo de afrontar la vida y apreciar el arte.

En aquellos instantes el tipo de negro salió de la parte trasera del miniteatro y se volvió a dirigir a los niños:

—Criaturas benditas. Tenéis que saber que en el momento de una negociación *post coitum* todo sucede en milésimas de segundo real. Vuestras características personales, vuestro carácter, se decidieron mientras vuestra mamá ya dormía y vuestro papá fumaba un cigarrillo. Y un aviso para las niñas aquí presentes: no olvidéis que los abogados de un espermatozoide siempre aprietan más. Vienen avisados de que una madre tiene más capacidad de aceptar al hijo, sea como sea.

La función continuó. A medida que pactaban, iban tirando unas curiosas fichas al suelo. Eran otras posibles combinaciones de persona que no tuvieron lugar.

Como protocolo final, ambos letrados se estrecharon la mano, momento en el que el Señor Natura volvió a martillar la mesa con aquella exagerada maza que provocó por tercera vez la carcajada general entre los infantes. Tras la lectura de unas cuantas páginas repletas de protocolos jurídicos, variados etcéteras y letras pequeñas que nadie más leía, el Señor Natura concluyó con lo siguiente:

—En líneas generales, será como ustedes pactan, pero dependerá del momento. Le advierto que Futura Persona tendrá que dominar su sarcasmo. Tendrá un punto asocial, como un ladrón de bancos, y buscará un cierto erotismo en todo acto vital. Le costará mantener la seriedad durante más de un par de minutos. Se sabrá más de él por las cosas que escribe o compone que por lo que dice. Querrá a la vida, pero no demasiado a sí mismo. Tendrá una ligera tendencia a la depresión, que solo podrá combatir manteniendo el cerebro a una velocidad exagerada. Es probable que muestre algunas trazas de ingenio y sentido del humor. El carácter que Futura Persona mostrará a los demás siempre será afable, aunque escurridizo en los primeros estadios de cualquier relación. Pocas personas atravesarán su escudo protector. Ah, y una última cosa. Aquí les dejo algo que tienen que

incorporar. No les pertenece a ustedes. Se llama el Hambre Invisible. Y es innegociable.

Ninguno de los dos abogados tenía ni la más ligera idea de lo que aquel concepto significaba.

—Bueno —dijo la abogada del óvulo—. Al fin y al cabo, ¿qué gracia tendría crear un ser humano si le quitáramos el factor sorpresa?

Aplausos. Los muñecos volvieron a la caja. Se disgregó la multitud y entre ellos aquel niño extraño, solitario y mugriento, que se había difuminado como por arte de magia.

Pese a que el espectáculo de marionetas me había resultado interesante, he de decir que no podía dejar de desviar mis ojos hacia aquel chaval de expresión «infandulta» (infantil y adulta a la vez). Su presencia me había dejado trastocado.

Porque era yo.

Procedí a buscar un cigarrillo en los bolsillos de mi americana. Para mi sorpresa me encontré una nota, escrita con algunas faltas de ortografía que prefiero obviar.

«Ya sabes dónde estoy», decía la nota.

Pues no. Lo cierto es que no tenía ni idea.

A veces uno tiene la absoluta certeza de que está perdido.

Esa certeza ya era algo.

Un nuevo punto de partida. ●

# EL JOVEN POETA

# HALLEY.



**ESTACIÓN 12**  
DE CÓMO ABANDONASTE A UN NIÑO  
EN UN DESCAMPADO



Digamos que es el año 19XX. Estás en un aula, Persona. Tienes diez años y estás rodeado de tus compañeros. Tiras gomas de una punta a otra de la clase, o te agachas para depositar chinchetas en la silla de tu compañera repelente. Huele a champú antipiojos y a piel sudada del patio. Estás estudiando los inicios de la Edad Media. En aquellos momentos el director de estudios llama a la puerta de tu clase. Puedes ver su circunspecta expresión desde el cristal del pasillo. La tutora lo invita a entrar. El director de estudios irrumpe con cara de circunstancias y dice tu nombre en voz alta. Levantas la mano en cámara lenta y temblando. El hombre, bajito y fortachón, te suelta:

—Acompáñame, por favor. Tu infancia ha terminado.

Se genera un concierto de murmullos seguidos de un silencio sepulcral. Te levantas de la silla. El director deja que recojas tus cosas. Lo haces en silencio. Abandonas la clase. Miras a tus compañeros, avergonzada(o) por algo que ni siquiera has provocado tú. El corazón te va a mil. Acompañas al director de estudios, cabizbaja(o), por el pasillo infinito cegado por la luz del atardecer. Miras el patio, donde hace un año bailabas por encima de los charcos. *Cuando aún llovía.* Escuchas un barullo entre tus compañeros, elucubraciones envueltas

en un eco que poco a poco va desapareciendo. La tutora llama al orden. Siguen con la clase. Bajas las escaleras junto al director. Atravesáis el patio y te conmina a abandonar el colegio. Le sueltas que no tienes un sitio mental donde ir. Te aconseja un descampado cercano. Duermes un par de noches allí. A la tercera, renaces en forma de adolescente.

De la costilla del Niño surgió una segunda versión de sí mismo: **el Joven Poeta Halley**. Aquel chico se observó en el primer espejo roto que encontró. Reinventado de manera prematura, Halley salió de las ruinas de la niñez «insano y salvo». Estaba manchado de cemento. Intentó lavarse, pero le fue imposible. Comprendió un par de cosas. La primera es que, por mucho que frotemos, algunas manchas persisten. Y la segunda es que en su suciedad radicaba parte de su atractivo.

Con las ganas de comerse el mundo de un solo bocado, el Joven Halley dejó a su «hermano menor» abandonado en aquel descampado. No podía hacerse cargo de aquel niño, y de veras que lo sentía. Antes de irse, el Poeta Halley miró por última vez al niño que un día fue. Estaba agazapado entre unas ruinas que aún olían a dinamita y a cemento en polvo. Le dio una manta para protegerse del frío y le aconsejó que no hiciera caso de los mayores, ya que cuanto mayores eran las bocas y más atronadoras sus voces, mayores tonterías decían.

—Por favor, regresa —le imploró aquel niño.

—Lo prometo —le dijo Halley. Y cruzó los dedos a la altura de la espalda.

Aquel niño desorientado en las trincheras de un descampado miró a su alrededor. Pensó que estaba solo. Luego, de cada edificación arruinada empezaron a surgir cabezas. El niño miró a los demás. Eran cientos.

El niño les preguntó:

—¿Creéis que algún día volverá a llover?

Nadie le contestó.

## ESTACIÓN 13

### JEZABEL. TIEMPO DE EPIFANÍAS



*Jezebel wasn't born with a silver spoon in her mouth.  
She probably had less than every one of us*

SADE

Eran las cuatro de la tarde de mi primer día en Bruma cuando me encontré con el Joven Poeta Halley. Mi Otro Yo llegó quince minutos tarde a la entrevista con el pelo alborotado, abrigo de tres cuartos, botas militares y aún barbilampiño al no superar los quince años de edad. Sin mediar palabra se sentó a mi lado en la terraza del bar La Bohemia, en la confluencia de la Avenida Universos Infinitos y la Plaza de la Esperanza, justo en el meollo del Arrabal de los Astrománticos. Aquel suburbio parecía un retoño nacido después de que el bonaerense barrio de Palermo y l'Eixample barcelonés hubieran tenido una noche húmeda y sin profilácticos. Los edificios de apenas dos plantas del barrio porteño se combinaban con los regios bloques de mi ciudad natal. Al ver la fantasmagórica imagen de mi juventud me enternecí como hacía tiempo que no me sucedía y a la vez sentí pavor por la opinión que Halley tendría de su Yo maduro.

—Tú me sueñas —me soltó.

—Sería hartito difícil explicar nuestro parentesco.

Las pupilas del Joven Poeta Halley se iluminaron.

—Maldita sea. Eres tú. ¡Mi Equilibrista! Yo a ti te he soñado. Así que de eso se trataba la citación que me llegó a casa firmada por el Fiscal.



—Por cierto, Halley. ¿En qué año estás?

—¿Lo has olvidado? Vivo entre 1984 y 1993. En este vector de tiempo siempre me encontrarás. Esos años son mi hogar, y supongo que tu recuerdo. Aunque, créeme, de todas las personalidades que has ido adquiriendo durante el resto de tu vida, **soy yo la única real**.

Una vez se hubo presentado, el Joven Poeta Halley me miró como haría cualquier joven al contemplar una foto de él mismo en el futuro:

—Maldita sea. ¿Así de jodido estoy con cuarenta años o es que tienes un mal día?

—He tenido un accidente ahí fuera.

—Pues imagino que los demás habrán muerto.

—No seas idiota. En líneas generales me encuentro bien.

Halley se encendió un cigarrillo. Aspiró el humo e intentó acomodarse en la silla simulando cierta desgana juvenil:

—¿Y bien? ¿Qué te trae de nuevo por tu ciudad interior?

—Tengo la sensación de que he perdido el mojo y he extraviado a mi musa. Ya sabes. Tengo ganas de enviarlo todo al carajo. Así pues, he pensado que estaría bien recapitular. Volver a ver cómo era.

—Entonces tomaré este onírico encuentro como una oportunidad para hablar con mi Yo maduro como si fueras mi primo mayor. ¿Me preguntas cómo me siento? Digamos que inestable, Equilibrista. En líneas generales me siento **desconsoladamente** optimista, **agobiadamente** solitario e **infelizmente** felicísimo. Hay algo dentro de mí indescriptible, una sensación asfixiante, perturbadora y **ciertamente** adictiva. Me siento poseído a todas horas por algo a lo que llamo el Hambre Invisible.

—Ya. Conozco ese término. Me ha acompañado toda la vida.

—¿Entonces sigo siendo un bicho raro en un futuro?

Le dije a mi espectro poético que no creía que fuera conveniente adelantarle acontecimientos. Mi actual crisis no tenía nada que ver con estar o sentirse **solo** de un modo literal. La sensación de aislamiento puede acompañarte siempre, incluso en momentos de máxima felicidad. Deberíamos extirpar al concepto de soledad su componente negativo. Por su culpa, acudimos a cualquier medio, barbitúrico o social, para huir de ella, pero a menudo olvidamos que puedes experimentar la felicidad desde tu más íntima soledad. Uno puede gozar de la dulce sensación que te produce abandonarse en el

gregarismo y gritar gol en un estadio de fútbol, abrazarse a un desconocido, y de la misma manera, hacerlo desde la plena conciencia de su soledad. Hasta que nuestros cerebros no estén conectados en red (al tiempo), será imposible huir de la asfixiante individualidad, por lo que la soledad es inherente a todos nosotros. Intenté decirle al Joven Halley que aquel no era el problema. Otra cosa, y muy diferente, era la ansiedad existencial. Me acompañaba desde hacía décadas. Era como si de chiquillo me hubiera caído en un pozo muerto. Mi perfume era el inconformismo y mi hedor la insatisfacción. Siempre pensaba que estaba en el lugar equivocado, o como mínimo, me preguntaba a mí mismo y a todas horas si donde estaba es donde quería estar. Era incapaz de relajarme. Le dije a Halley que había bajado a mis infiernos para clasificar los variados motivos de semejante inquietud vital. Le comenté a ese chaval, así como de pasada, que yo también andaba con un libro llamado *El Hambre Invisible*.

—¡Pero si es así como pienso titular mi primer libro! Oye, esto me preocupa. ¿Quiere decir que en un futuro aún no he publicado... nada? ¿Voy a tardar más de veinte años en terminar mi primer libro? ¿Acaso has acabado trabajando en un banco? ¡No me extraña que tengas una crisis, jodido cuarentón! Pero ¿en qué has andado perdiendo tanto el tiempo? ¡Maldita sea mi futuro, ahora soy yo quien está a punto de entrar en una seria crisis! ¡Me está dando un pico de tensión!

El impetuoso Halley estaba en el Génesis de su juventud. Se creía algo así como un genio en forma fetal, una mente ingeniosa en el estado larvario que suponen todos los inicios en el mundo de la creación. Halley estaba convencido, diríase que de una manera mágica, de que en breve podría ganarse la vida creando. No era una ilusión, sino una certeza absoluta. El Joven Halley pensaba que lo suyo era simple cuestión de tiempo. En consecuencia, me resultaba embarazoso decirle a aquel incauto idealista que en el futuro nunca presenté el primer proyecto de *El Hambre Invisible* a ninguna editorial. La realidad es que, conforme las hojas de los calendarios iban cayendo, fui sintiéndome menos identificado con algunos de sus capítulos. La primera versión, me refiero a la escrita por mi Yo jovenzuelo, me resultaba demasiado parcial y, sobre todo, parca en experiencias. La vida, entendida como un proceso en gerundio, me hizo ver que ese concepto llamado Hambre Invisible iba variando

según el paso del tiempo y dependía sobre todo de mis carencias en cada momento. Pasados los años comprendí que la carencia de sexo convertía mi Hambre Invisible en necesidad de carne, y que, paradójicas de la vida, el exceso de sexo también desembocaba en lo mismo. La ausencia de seguridad afectiva convertía mi Hambre Invisible en el afán por estabilizar mi vida al lado de gente que me amara de manera incondicional y a la que pudiera responder con mi reciprocidad. Y así, detecté decenas de hambres en mi interior que fueron sucediéndose a lo largo de mi vida. En realidad, el Joven Halley había escrito solo una parte del todo. Estas razones me llevaron a aparcar el libro hasta que mi vida hubiera dado al menos una vuelta entera. No obstante, en aquellos momentos opté por no revelar a Halley semejante información. Busqué algún dato real para que se sintiera aliviado. Sonreí y le dije:

—En la vida exterior publicarás cosas y sacarás unos cuantos discos, no te desanimes, hombre. Créeme que las cosas han ido mejor de lo que imaginabas.

—Es raro que hables de mi futuro empleando un verbo pasado —observó arqueando las cejas—. Supongo que eso sucede cuando hablas con tu Yo del futuro. En cualquier caso, me anima saber que en mis días venideros podré dedicarme a lo que me apasiona.

—Sí. Pero tardaste más tiempo del que esperabas, te lo advierto.

—Oh, si hay algo que detesto es esperar. ¡La palabra «paciencia» ya me impacienta!

Halley era así. Un atolondrado. Recordé entonces que dentro de aquel chico de pelo ondulado y fumador novel aconteció una gran metamorfosis y fue precisamente a partir del arte. Si bien el antiguo niño era pura docilidad y optimismo, el Joven Halley se caracterizaba por ser un tipo de irrefrenables ánimos, inflamable y no pocas veces pirómano. El arrojito interno del Joven Poeta le llegaba a provocar no pocas combustiones mentales espontáneas. Lo mismo se encontraba escribiendo un poema de su propia cosecha que se ponía a husmear en las canciones traducidas de Jim Morrison. Media hora más tarde se enamoraba como nunca, con los mismos síntomas que había experimentado el día anterior, a la misma hora, con otra chica de apariencia contraria a su inmediata anterior. Halley podía pasarse largos minutos haciendo cábalas sobre decenas de amores platónicos,

pero tan solo cinco minutos después ya habría cambiado de tercio para aporrear la guitarra española o una raqueta de tenis con la que practicaba gestos delante del espejo, visualizándose como miembro de una banda imaginaria con la que viajaría por todo el planeta burlando a la rutina. Le interesaría la política, pero no los políticos, el mundo esotérico, pero ninguna religión, o las canciones en sí mismas en detrimento incluso de sus autores preferidos, a los que suponía como unos pedantes maleducados. Pensó que el mundo del arte era el último refugio para los que anhelaban seguir confiando en algo.

El joven empezó a andar por aquel descampado de nuevo hacia la ciudad. Tenía una guitarra eléctrica en su mano derecha, un libro en su mano izquierda y unos auriculares funcionando a todo volumen. Estaba claro que Román Halley, con respecto a Román Niño, tenía una ventaja. Si bien el infante se veía incapaz de enfrentarse a la vida debido a su manifiesta vulnerabilidad, Halley tenía un bolígrafo y una guitarra eléctrica, y un arsenal de ideas en su cabeza.

Halley iba armado.

El Joven Halley era puro nervio, exquisita ineptitud, constante dispersión. ¿Y el mundo adulto? Quietud larvaria, tierra yerma, como esa milésima fotocopia de sí mismo que ha perdido los trazos del original. Por otro lado, viendo su entorno juvenil, Halley intuyó que su **búsqueda** era su particular **hecho diferencial**. Los jóvenes no saben usar su inmenso caudal de energía. Lo derrochan de la misma manera que el tipo a quien le han regalado un Ferrari y ya está pisando el gas a fondo, incluso antes de pensar hacia dónde se dirige. Demasiado motor para unos frenos de juguete. La juventud es como un cohete lanzado en la verbena de San Juan. Si asciende de manera vertical, languidecerá en el cielo tras haber recorrido su camino de manera pausada. Pero si su dirección es alterada por el leve contacto de una mano, existe la posibilidad de que la trayectoria se altere y el cohete se cuele por una ventana e incendie las cortinas. En el peor de los casos puede haber hecho su recorrido en tierra firme, dejando una estela de pólvora en el suelo del fracaso. En los tres supuestos, la fuerza vital será casi la misma.

Halley se dio cuenta de la inmensa suerte que tenía al haber descubierto su vocación. Podría enfocar ese caudal desmesurado de energía, su rabia y sus esperanzas en un objetivo: la creación. Mientras

la mayoría de subnormales ahorran para comprarse un coche con el único propósito de follarse a sus novias en el asiento trasero, Halley se gastaba el poco dinero que tenía en instrumentos musicales, discos o grabaciones de maquetas, mientras besaba a chicas en cualquier descampado.

Hay gente que ha vivido muchos años motivada por el deseo de venganza contra algo o alguien. Otros tantos evolucionan con relación a lo que no queremos ser y a quien no quieren parecerse, un personaje al que llamaríamos «el antiídolo». El caso del Joven Halley era dual. Mientras su ira iba dirigida como una saeta hacia una serie de códigos sociales establecidos en el mundo de la burguesía y parte de su entorno más cercano, personas como Bowie, las pintas de los New York Dolls o Robert Smith encerrado en un armario a punto de caer por un abismo junto a sus compañeros ejercían de contrapunto. Ah, maldita sea, ellos eran «el otro lado», y de tan esperpéntico, le pareció mucho más fidedigno al sinsentido de la vida. ¿Son los ídolos pop un ejemplo en sí mismos, o en realidad funcionan como seres cuyos códigos de conducta o imagen están en las antípodas de todo lo que te han enseñado en casa? ¿Qué funciona mejor para una mente que lo cuestiona todo: el ejemplo que nos deja un prohombre, o un Sid Vicious que reniega de todo lo que la mayoría de sociedad ha aceptado porque no encaja con su naturaleza? Puede ser que, dependiendo del grado de rechazo que tengamos contra el antiguo sistema, salgamos rebotados hacia «el otro lado» con la misma fuerza. El Joven Halley, por poner un ejemplo inofensivo, comparó la última misa de domingo a la que acudió —en realidad nunca visitó la iglesia por cuestión de fe, sino para contemplar a una mujer veinte años mayor que él con quien se excitaba mirándole los tobillos— con el Glass Spider Tour de Bowie. La liturgia eclesiástica le parecía bostezante, así como el paupérrimo juego de luces, por no hablar de la mierda de adaptaciones de temas de Simon & Garfunkel, auténticos atentados naïf. El Joven Poeta Halley observó el atuendo del cura y lo comparó con el del floreado Morrissey. La actitud de la feligresía zombi levantándose y sentándose a la orden de un cura desmotivado puesto al lado del griterío en el Red Rocks, en el concierto de U2 que quedaría materializado en el disco *Under a blood red sky*; la calidad del sonido de una iglesia de segunda división comparado con el despliegue cuadrifónico de *El muro* de

Pink Floyd. El alarmista sermón de un capellán calvo y en el otro lado de la balanza los libertarios dogmas de fe en uno mismo, soltados por líderes melencólicos; el servilismo católico hacia los poderes fácticos y en el otro lado de la balanza el inconformismo crónico de los jefes de ceremonias de la Religión Rock; las peregrinaciones a Lourdes al lado de ancianas bigotudas o los viajes a Glastonbury y sus desnudos bailes en el barro hasta arriba de LSD; los monaguillos alelados o los movimientos de molino de Pete Townshend. Aquello, eso, todo.

Llegar al éxtasis escuchando *Led Zeppelin IV* o rozar el misticismo con *Shine on you crazy diamond*. ¿Era el mundo del pop el becerro de oro que aparece en la Biblia? ¿Eran aquellos cantantes falsos ídolos? Quizás. Pero nadie podía discutirle al Joven Halley que aquellos becerros enfundados en pantalones tejanos o mallas ajustadas habían diseñado un espectáculo alucinante, y por Dios que él iba a formar parte, o como público o como maestro de ceremonias, dirigiendo el cotarro, paladeando el amor, la devoción, la euforia y, por qué no, la sensación de poder. De una manera u otra, el Joven Halley se juró ser parte de esa mierda.

Tiempo de epifanías = Excitación = Necesidad de más epifanías.

En segundo lugar, Halley se había declarado enemigo no del amor, sino de las circunstancias que enviaban el amor al garete. Había aprendido que fingir la felicidad para conservar la estabilidad era un mal negocio, penado por el destino mediante una multa kármica. Los intereses de semejante mentira eran altísimos, dependiendo del tiempo que hubieras dilatado el timo existencial. No. La felicidad no podía fingirse. La dicha era un alquiler a corto plazo, jamás una propiedad. Era el juego lo que debía ser excitante. Por tal motivo, Halley se prometió rodearse de gente que desprendiera luz. Halley pensó que la vida ya era una bruma demasiado opaca como para encima colaborar uno mismo en cerrar la puerta y bajar las persianas. No. Bajo ningún concepto. El Joven Halley intuyó que algún día sería un ser cien por cien autónomo y el único responsable de la nueva vivienda que habría construido. Y estaba dispuesto a diseñarla a su modo.

Halley intuía que albergaba un cierto talento en su interior, pero disponía de algo mucho más poderoso: la determinación. El talento no deja de ser amor por algo en concreto. Y el amor necesita constancia, y de ahí deriva la determinación...

—Recuérdame cómo eres, cómo era, añorado Poeta Halley. De veras que lo necesito.

Las pupilas del quinceañero enfocaron el suelo.

—¿Que cómo me siento? ¿Tanto he cambiado en mi madurez? En fin. Tiene que ver con la famosa Hambre Invisible. Semejante afán surgió cuando empecé a notar la picadura de un insecto llamado «hallazgo». Es como un veneno que te transforma en un ser voraz, y a la vez te aísla de la mayoría. La primera ocasión en que lo detecté fue hace pocos días. Fue el pasado viernes por la tarde. Andaba por fin liberado de los libros de texto baldíos subido en el autobús que me llevaba a casa. De repente sonó aquella canción en mis auriculares. Aquello fue una especie de cataclismo emocional. No pude controlar mi propio físico. Aquella melodía había tomado el control de mis reacciones como lo haría un titiritero. Detecté cómo un suave crepitar se iniciaba en mi nuca y descendía por toda mi espalda, y el mundo pareció cobrar orden durante cuatro minutos. Era como si un dedo invisible estuviera oprimiendo aquella parte del cerebro que comanda el placer. No podía entender cómo algo tan intangible como la música, un arte que, al contrario de la mayoría, ni siquiera ocupa espacio físico, llenara todos los huecos de mi organismo. Esa canción.

—*Take the long way home* —le dije, como si de repente despertaran toda una serie de recuerdos que hubiera depositado en una caja—. Lejos de bajar donde me tocaba, acompañé al conductor hasta la última estación para escucharla una veintena de veces más, hasta que sin darme cuenta hice el itinerario circular completo. Me sentía poderoso y del todo excitado tras haber roto la rutina hogar-escuela, media hora extra aislado en mis auriculares.

El Joven Poeta Halley sonrió por primera vez:

—¡Diablos, sí, ya veo que lo recuerdas! Y luego me sucedió algo así con *Space Oddity*. ¿Sabes? Durante un momento pensé que, al igual que yo, el resto de mi clase acudiría como un ejército a comprar esos discos. Tuve la esperanza de que vocearían esos gloriosos versos casi sin poder evitarlo, como un acto reflejo o el tic de un tipo con

síndrome de Tourette, un grito que violaría cualquier silencio de biblioteca. ¡Sí! Hubo una era en tu vida, Equilibrista, esa temprana juventud que yo represento, en la que estabas dominado por la esperanza. Estabas convencido de que los descubrimientos artísticos podían convertirse en la oportunidad de provocar un incendio mental mediante el orgasmo de la escucha o el placer de las palabras. Ambos soñábamos con milagros en los que no había intervenido ningún dios ni dudosos santos del pasado, sino que habían sido provocados por la propia capacidad del hombre de crear esa belleza que despunta del resto y que con toda seguridad posee un poder curativo. Parecía que Dios se sirviera de gente andrógina y pecadora para enviar su mensaje a los ciudadanos del siglo XX. Pensé entonces que, en los tiempos modernos, el nuevo santoral debería venir acompañado de estampitas de Cortázar, Robert Smith, Bowie, Kubrick, Dylan, Cohen y otros cientos de seres con el pelo teñido de rojo y vestidos de mujer, compositores de canciones que encajaban con nuestra vida de asfalto. Tú lo sabes tan bien como yo, Equilibrista, aquella melodía se iniciaba con una simple guitarra acústica rasgando un par de notas acompañada por una voz que te arañaba el alma: *Ground control to Major Tom*. Durante la simulación de despegue musical que uno puede atisbar en *Space Oddity*, me imaginé que el autobús abandonaba su roce con el asfalto, se elevaba hasta las alturas de los sobreáticos y surcaba los mares de Barcelona. Entonces, desde las alturas, soñaba con romper los cristales de todas las ventanas de todos y cada uno de los edificios de l'Eixample. Aquel día, Equilibrista, me agarré a la barra del autobús y ladeé mi cabeza al son creado por aquel extraño tipo inglés acunándome en un trance tan hermoso que parecía obsceno. Desde entonces, canciones como esa convirtieron mis habituales trayectos urbanos en algo más profundo, llámalos Viajes Internos del Alma, y me repetía: «¡Tengo alma, maldita sea, tengo alma!».

—Ya recuerdo, Halley. Te refieres a esos momentos en los que todo el trayecto urbano que atisbas desde tu ventanilla se convierte en una particular secuencia dirigida por tu imaginación, donde los pasajeros y los peatones ejercen de protagonistas secundarios, incluso sus movimientos adquieren la sincronía de un número de danza en tu particular clip.



—Ni siquiera me atreví a mirar mi cara reflejada en el cristal. Incluso llegué a sospechar que los otros pasajeros pensaban de mí que era una especie de retrasado mental. Me reía solo y balbuceaba melodías sin apenas importarme que en el exterior mi voz estuviera sonando como la de un enajenado.

—Me resultas entrañable. ¡Tanta pasión!

—Una semana después Bowie atacaba de nuevo. En aquella ocasión fue mediante la versión alemana de *Heroes* llamada *Helden*, creí que había comprendido ni más ni menos que el ritmo interno del siglo XX. La quinta vez que escuché *Helden*, con esa bella violencia fonética y su glorioso y asfáltico mensaje, llegué a creer posible que mis conciudadanos, imi gente!, interpretarían escenas como las que te voy a narrar: levantarme un día, somnoliento, escéptico, abrir la ventana y, ¡isorpresa!, descubrir que mis congéneres estaban citando, de oído a boca, de boca a oído, de labio sellado a aliento y un beso al aire como puente, versos enteros de *Charlotte sometimes* o párrafos de Goytisoló, pasajes, pasajes, pasajes, un menudo suma y sigue de sílabas abrazadas como paracaidistas acróbatas que en el aire hubieran dibujado frases o señales para cambiar el rumbo de sus vidas. ¿Resultado? Adicción a la epifanía. Desde la semana pasada no puedo dejar de soñar despierto que mi sociedad se rebela contra la rutina y que un nuevo orden de prioridades ha perpetrado un golpe de Estado. Imagino entonces que los habitantes de mi ciudad han aprendido a anteponer el placer artístico a los horarios preestablecidos y que su comportamiento social ha cambiado hasta tal punto que nadie tiene miedo de emocionarse frente al prójimo. Sueño con que una simple idea basta para emocionarlos o instigarlos hacia una revolución personal, aunque solo sea una revolución acontecida en un microscópico instante, como en mí han conseguido tantas personas que escriben y tantos otros que componen. Tengo quince años, lo sé, pero me pregunto: ¿cuándo veré una reacción así entre mi gente? ¿Cómo pueden vivir sin esa dosis diaria de estímulos? Y lo que es peor: ¿cómo es posible que nadie, jamás, en los asientos de al lado, comente con su amigo la música de Vangelis en la escena de la rotura de cristales en *Blade Runner*? Deseé que alguno de mis conciudadanos escribiera por sorpresa algún verso maldito de Rimbaud en un grafiti justo en el muro de una iglesia. Pero ni entonces ni ahora. ¡Nada! La

gente continúa con su vida. Explotan bombas, mueren personas, y después de un largo suspiro el ejército de hormigas sigue con sus particulares misiones y la fila de insectos vuelve al orden. Pero, aun a riesgo de ser tildado de «soñador», seguí visualizando varias veces cadenas de conocimientos susurrados entre estación y túnel, amor y engaño, pasión y rabia, todos cogidos de la mano. Eso creía, esperaba, soñaba hasta hace poco, Equilibrista, compartir con todos, y eso incluía a mi escalera, familia, barrio, estadio, metro, putas, guardias, tú, tú, tú, gente de mi tiempo, ¡GENTE DE MI TIEMPO! Tenía ganas de gritar: «¡Detengan sus andenes! Maldita sea, hijos de puta. ¡E-mo-ció-nen-se!». Quizás esto es lo único que había ansiado. Creí que la belleza ablandaría a mi gente.

»No conozco a mi gente.

Su ilusión me provocaba una terrible punzada en mis entrañas. ¿Seguía siendo como él o me había erosionado durante el camino?

—Ante la nula reacción de la mayoría de mis semejantes, he comprendido que a partir de ahora debo contenerme. Separar lo que sucede en mi interior para salvaguardarlo, de alguna manera, de las opiniones de la escéptica vida exterior. Por eso es tan importante **Jezabel**. Ya sabes. Ella es el punto de conexión, mi espejo femenino, un ser de mi misma calaña. Con ella me relajo porque puedo ser tal y como soy. Estoy empezando a compartir toda esa avalancha de información emotiva y, además, deseársela a todas horas. Intimar con ella está siendo algo así como la tormenta perfecta. Y a veces, en el momento de componer en mi habitación, es como si ella misma me estuviera soplando las melodías. Jezabel, aparte de ser la chica que amo, ya es uno de mis mejores amigos. ¡Coincidimos en tantas cosas y nuestro pasado es tan semejante! Es una de mis principales confidentes. Incluso me he visto capaz de contarle escenas mentales que me provocan cierto rubor. Por ejemplo, que cuando no tengo un chavo para pillar el autobús, soy capaz de contar los trayectos a pie por discos enteros, ya sabes, de mi instituto a mi casa hay dos *October*, de mi casa a la suya hay el tiempo para cantar de memoria todo un...

—... *Supper's ready* de Genesis, o un *Give'em enough rope* de los Clash.

—Me alegro de que recuerdes esos pequeños detalles, Equilibrista. A Jezabel le parecen inventos de encantador chalado. Es adorable.

Tuve que recordar a Jezabel a toda prisa. De manera imaginaria, me visualicé abriendo mi álbum de fotos emotivo y fui retrocediendo, año tras año. Ah, maldita sea, Jezabel, ¡claro que sí!, casi la había olvidado o, mejor dicho, estaba tan centrado en la desaparición de Edith que, para ser francos, otro tipo de relaciones previas me habían parecido una broma.

Mientras el vapor de mis recuerdos humedecía mis ojos, una mujer con traje de enfermera de la Segunda Guerra Mundial empezó a bailar un foxtrot en medio de la Plaza Esperanza junto a un hombre con cabeza de perro con una prominente lengua rosada que le llegaba al esternón. El peludo hombre llevaba mis zapatos. La enfermera era una imagen fantasmagórica y envejecida de la mismísima Jezabel. Parecía que la escena la hubiera dirigido el mismísimo Tarkovski. Entendí aquella escena a la perfección. Jezabel y yo bailando, en un futuro que nunca sucedió. Halley miró a la anciana, pero no la reconoció. La gente joven es incapaz de visualizarse llena de arrugas. Halley me sacó de mi visión:

—Con respecto a la gente, sé que poco a poco me iré enfriando con la mayoría. Ilusionándome con unos pocos, eso espero.

—Pero lamento decirte que eres injusto, Halley. Todos sabemos valorar lo bello. Otra cosa es que, si todo el mundo tuviera tal necesidad de belleza, la sociedad sería ingobernable. Creo que tienes al arte demasiado arriba en tu escala de valores.

—¡Es lo único importante! —me dijo ufano con su seguridad—. Y también importa tener alguien de quien enamorarse para poder crear. De hecho, la receptividad ante la belleza es lo único que me permite calibrar la capacidad de asombro de mi gente. Por eso, cuando se dan casos de sintonía, aquel ser humano recién venido a tu vida, algo brilla entre la mugre.

—Contigo no hay términos medios.

—¡Conmigo todo tiene que ser extremo, lo reconozco! Imperios cayeron o fueron creados para poseer y lamer unos tobillos en concreto. Miles de Jezabeles han movido al mundo. Estarás conmigo en que centenares de ellas han generado no pocas guerras sin saberlo. Jezabeles reales, Jezabeles como concepto, Jezabeles soñadas...

—Todas las Edith..., quería decir, todas las Jezabeles instigan.

—¡Bravo! Veo que aún no estás muerto, Equilibrista. Por cierto, ¿cuántos hijos hemos tenido Jezabel y yo en un futuro?

Me encendí un cigarrillo con la mano temblorosa. Como Equilibrista, sabía algo que Halley aún ignoraba. Que Jezabel iba a dejarlo en breve. En realidad, nunca estuvieron juntos, al menos de una manera ortodoxa. Jezabel y Halley compartían secretos y besos furtivos en los pasillos de su instituto. Pero Jezabel, por aquel entonces y aunque parezca mentira, había iniciado una relación que ya llevaba la «friolera» de dos años. La sensación de tiempo, definitivamente, es proporcional a la edad. Un bienio, en una persona que acaba de cumplir los quince, es casi una séptima parte de su existencia. La frase «Llevo toda la vida con él» es, con toda seguridad, la más parcial y nociva que puede pronunciar una persona joven. Y probablemente, una de cualquier edad.

Como no quería entrar en detalles, le pedí que visualizara una gran recepción de hotel en cuyas paredes había colgados una docena de relojes, con distinta hora cada uno: Nueva York, Madrid, Singapur, Nueva Delhi y otras ciudades de distintos puntos del globo terráqueo. Intenté entonces comparar a Jezabel con Singapur y a Halley con Nueva York.

—Jezabel y tú lleváis horas diferentes, amigo mío. Estas faltas de sincronía temporal sucederán muchas veces a lo largo de tu vida, te lo aseguro.

Halley fingió que no me entendía. Recordé entonces que Jezabel se despidió del Joven Halley con una frase que le tocaría el alma:

—Demasiado tarde, Halley. Te he conocido demasiado tarde.

## ESTACIÓN 14

### LA TIENDA



Halley, con la torpeza de quien se las da de mayor sin serlo, se encendió un cigarrillo, exhaló humo y me dijo:

—Por cierto, ¿sabes una cosa, Equilibrista? Ayer descubrí a los Smiths. ¡Menuda banda! Parece que en mi Planeta Cabeza esté cayendo una constante lluvia de asteroides. Entre impacto y deflagración, puedo llegar a la conclusión de que el descubrimiento artístico es, ¡maldita sea!, un momento incendiario.

Epifanías. Necesidad de más epifanías. Adicción.

En nuestros primeros veinte años todos somos muy semejantes al planeta Tierra en su ciclo inicial, cuando nuestra endeble atmósfera deja entrar meteoritos de un tamaño espectacular. Dichos impactos podrían compararse a los descubrimientos de los quince años. Las huellas de sus cráteres aún pueden contemplarse, millones de años después, en nuestra memoria afectiva. Pero como la Tierra cuando alcanzó su madurez, creamos una capa atmosférica a nuestro alrededor que provoca la desintegración de todo asteroide que pretenda colarse en nuestra psique. Y así es como empezamos a aislarnos de todo lo nuevo que acontece a nuestro lado.

Miré a Halley y le dije:

—A falta de otras experiencias extrasensoriales, algunos humanos

convierten el descubrimiento artístico en su particular religión. Supongo que ante el milagro del arte nos sentimos capaces de relacionarnos de manera muy íntima con su artífice, aunque haya muerto hace siglos. Es un milagro.

—¡Es un puto milagro! Cierto.

—Cualquier obra artística puede considerarse un desprendimiento del alma de su autor. Es el conmovedor acto de alguien que sabe que morirá. Por otra parte, la obra artística es, paradójicamente, un acto que surge desde el más generoso de los egoísmos: conserva una emoción de una persona en particular, pero el goce es de la globalidad. Es una nave que traspasa los límites de nuestro tiempo, una semilla mental. Porque hacer algo que nos trascienda es lo que más se parece a esa mentira llamada Vida Eterna.

El Joven Halley asintió:

—Supongo que por estas razones la mayoría de creyentes acérrimos no tienen la necesidad de recurrir al arte más que de una manera casual. Su fe les basta, y he de confesar que a menudo los envidio, Equilibrista. ¡Mi orfandad espiritual me abrasa! Dios no se manifiesta. Es un creador algo dejado, ¿no crees? Como no podía ser de otro modo, el arte y la ciencia han tomado la iniciativa. El truco del pop es que transforma a anónimos seres de mediocre vida en ángeles mitológicos. *We can be heroes, just for one day*. ¡Aunque sea por el instante de una canción! Pero hay un problema, Equilibrista, y es el siguiente: no me basta la obra de los demás. No he nacido para ser parte de un coro ni para que me entreguen una partitura compuesta por otro. ¡Debo crear mi propia banda sonora! ¡Necesito formular mis propias preguntas! Debo hacer una canción en la que, tras escucharla, me reconozca dentro de ella, y note que una parte muy íntima de mi persona permanece entre las líneas de una melodía. Estoy dispuesto a ello. Voy a componer aquellas canciones que me gustaría escuchar en mi radio imaginaria. Por eso me voy metiendo en todas las bandas *underground* donde me dejan y voy aprendiendo de los demás, tanto de las virtudes de cada uno de mis compañeros como de lo que no hay que hacer. Equilibrista, tengo el absoluto convencimiento de que he nacido para crear. Y debo darme a conocer, porque ninguna obra puede considerarse como tal si no viene apoyada por su consiguiente propaganda. Un relato guardado en el cajón de tu cuarto no hace el

amor con nadie. Para que una idea se convierta en una obra necesita de un emisor y un receptor, un padre y una madre. Hay que mostrarla al resto, porque la misma obra alberga en sí misma el Hambre Invisible, que no es otra cosa que su consustancial necesidad de reproducirse, de influenciar a sus receptores, y así poder instigar la creación de nuevas canciones, pinturas, películas, novelas. La obra artística es el espermatozoide y el público es el óvulo, en general y en particular.

—«Consustancial.» «El público es el óvulo.» Madre de Dios. Tú no tienes quince años.

La enfermera y el hombre-perro seguían bailando. Sin embargo, el Joven Halley no reparó en ellos. Estaba demasiado concentrado en verbalizar sus emociones conmigo:

—Quiero dejar claro que si sueño con vivir **DE** la música es porque así viviré **EN** la música. El dinero no significa nada para mí más que cheques de tiempo, horas que ganaré para poder componer mucho más que ahora, y así poder arriesgarme, experimentar y, por añadidura, sentir placer. Cuando una melodía invade mi cabeza llego a estados de trance, Equilibrista. Es como si estuviera inventando las bases de mi código creativo, pero me faltan aún ciertas letras del abecedario para completarlo. Lástima que vivamos en un país donde cuando dices que quieres dedicarte al mundo de la música te responden: «Muy bien, pero aparte de la música, ¿de qué piensas trabajar?». Así pues, y para tranquilizar a mi familia, he ideado un plan B de vida, más acorde con lo que esperan de mí. Otra cosa es que vaya a intentar que el plan B fracase. ¡Porque lo único que deseo es que algún día esos tipos se traguen sus palabras! Quiero encontrar a la gente idónea para desarrollar un proyecto musical. Pero ahora mismo soy un imberbe propietario de una horrenda guitarra eléctrica japonesa imitación de una Gibson y un amplificador barato de marca Marlboro. No es gran cosa, lo sé. El amplificador me lo ha vendido un tipo muy simpático, un exyonqui que había vivido en la calle. Me lo he comprado esta misma tarde, he ido con mi amigo Carlos. Es una tienda de instrumentos musicales de Barcelona que visitamos cada dos por tres, situada en esa vía subterránea por debajo de la calle Pelai. Maldita sea, ahora mismo el nombre de la calle no me viene a la cabeza. ¿Lo recuerdas tú, Equilibrista?

Era como si el Joven Halley me hubiera puesto los dedos para vomitar, como acaso hacen algunos psicólogos. Estaba experimentando una miniepifanía. ¡Diablos! ¿Cómo se me había pasado por alto? Después de mucho tiempo estaba empezando a entender la metáfora que mi inconsciente me estaba gritando desde que emprendí mi viaje a Bruma. Porque donde compré mi primera guitarra eléctrica fue en una tienda situada ni más ni menos que en la barcelonesa y subterránea...

Avenida de la Luz.

¿Cómo era posible que se me hubiera escapado tal detalle? Podía haber comprado aquella guitarra en cualquier otra tienda de Barcelona. Al final, pensé, con el paso del tiempo uno no tiene más remedio que empezar a tomarse en serio las indicaciones del inconsciente cuando este invisible órgano se pone muy pesado. La vida tiene alma de poeta y nos lanza metáforas a todas horas. En mi primer día en Bruma había descubierto que aquel chico de quince años que un día fui ya había iniciado un sendero repleto de significado casi metafísico. La Avenida de la Luz. Definitivamente, la alianza música-horizonte se había sellado para siempre. Quizás el nombre de la calle donde se ubicaba aquella tienda había sido una señal, un sendero del que no debía apartarme bajo riesgo de perderme para siempre.

Tiempo de epifanías = Excitación = Necesidad de más epifanías. Tiempo de epifanías = Excitación = Necesidad de más epifanías. Tiempo de epifanías = Excitación.



## ESTACIÓN 15

### EL BARRIO ROJO



*Solo los que allí estuvieron sonreirán...*

Mi primera cita con el Joven Poeta Halley finalizó de manera un tanto precipitada. El chico se despidió de mí argumentando que debía ir a clase. Por lo visto, Jezabel lo estaba esperando en el porche de su instituto. Recordé entonces que la única tarde que Halley se había citado con Jezabel en aquel pórtico fue para decirle que se olvidara de su cara para siempre.

Como la tarde se me había quedado cortada de cuajo, opté por aprovechar el tiempo y citarme con otro de mis Áter Ego, concretamente con mi personalidad carnal. Después de siete infructuosas llamadas, el tipo descolgó el teléfono y accedió a entrevistarse conmigo. Me puso una única condición: la entrevista debería realizarse en el Barrio Rojo. Así pues, cogí el metro de Bruma y en cuestión de quince minutos ya me encontraba delante de aquel extraño personaje. Román Líbid, mi cuarto Áter Ego, se había presentado a la cita, en el bar Cuando Diga Ya, envuelto en un pasamontañas nada discreto.

—Ojalá tuviera el mismo optimismo que se gasta mi polla —me dijo Román Líbid.

—¿Perdón?

—Me refiero a que mi polla nunca ve problemas en ninguna situación. ¡Es una suicida! Con esta reflexión quiero decirle que si todosuviésemos el mismo donaire y bravura que nuestras pollas o clítoris, maldita sea, ninguna batalla sería dada por perdida, ninguna

asignatura se nos atrancaría y cualquier negocio terminaría siendo un rotundo éxito.

—Me he desplazado hasta el Barrio Rojo para conocerte en profundidad —le dije a aquella especie de tipo disfrazado de terrorista—. Pero por tu indumentaria, creo que me lo vas a poner muy difícil.

Román Líbid: diecisiete años, pelo ondulado, insidiosa mirada de felino no domesticado. Así es como lo recordaba, viviendo en paralelo con mi otro Yo Lírico, aquel chaval al que había apodado el Joven Poeta Halley. Sin embargo, solo podía intuir su físico a partir de su insolencia verbal, ya que llevaba la cabeza cubierta con el pasamontañas. El chaval se encendió un cigarrillo, y antes de expulsar una bruma de nicotina, me soltó:

—Le estaba esperando desde que me dijeron que se había dignado a visitar su ciudad interior. Pues hagámoslo formal. Soy Román Líbid, una de sus tantas personalidades. Otra víctima, ¿por qué no reconocerlo si soy de los casos más evidentes!, de Hambre Invisible. Supongo que preferiría pasar su tiempo entrevistándose con el Mago, pero ya ve, aquí me tiene. Por cierto, ¿ya ha hablado con el pusilánime de Halley?

—Por supuesto. Pero no me parece un pusilánime. Ultrasensible, quizás.

—Es un idiota que lo tiñe todo de romanticismo cuando no todas las relaciones necesitan esa mierda wertheriana. ¿Sabe? Yo también tengo alma de poeta, aunque mi poesía conlleva una animalidad que a usted como Equilibrista le molesta ahí fuera. Por cierto: voy a tutearte. Soy tu ser carnal, maldita sea. Me alegro de que te hayas atrevido a cruzar el Puente de los Dos Nombres.

Recordé entonces haber cruzado un puente, pero no le di mayor importancia.

—Ignoraba que se llamara así.

—Se llama el Puente de los Dos Nombres porque si vienes de los barrios acomodados de Bruma, es decir, de tu personalidad políticamente correcta, y cruzas el puente hacia las sórdidas experiencias que te esperan en el Barrio Rojo, ah, entonces es conocido como el **Puente de la Perdición**. En cambio, si cruzas el puente desde el Barrio Rojo en sentido hacia el Barrio Gris, se le conoce como el **Puente de la Redención**. Uno cruza el Puente de la

Perdición con celeridad, disimulo y taquicardia, mientras que el Puente de la Redención se toma con espíritu alicaído y casi siempre con una mueca de estupor por lo vivido, y me atrevería a decir de horror por si uno lo recuerda demasiado en un futuro. Diría que el Puente de los Dos Nombres es uno de los más importantes de cualquier ser humano. Es allí donde la contradicción alcanza límites insospechados. No obstante, si te has atrevido a cruzarlo, entiendo que vienes a conocer a tu YO más animal, así que no hay más que hablar.

Entonces Román Líbid miró mis pies.

—¡Menudos zapatos! No, Equilibrista, no, ¡maldita sea! No puedes llegar al final del camino con las botas impolutas. Es inadmisibile. La fiesta de la vida, esta guerra diaria que emprendemos, este juego en el que aceptamos participar implica darlo todo, y por lo tanto, mancharse. La vida ensucia, y lo demás quizás no sea vida, sino aquella carrera que emprende el soldado prófugo entre ambas trincheras esquivando balas para esconderse en una granja abandonada y allí fallecer de inanición. ¡Debería estar prohibido llevar los zapatos tan brillantes, joder! Yo llevo la vestimenta de quien no duerme en casa. De quien escapa por una ventana. De quien tropieza con charcos. Puedo parecer un impresentable y, pese a todo, ser más interesante que tú. Yo provoco preguntas que no tendrán respuestas. Tú, Equilibrista, no provocas ningún tipo de estímulo. Tú solo te balanceas entre todas tus personalidades.

—Bastante tengo con caminar por encima del cable de la vida sin caer en el abismo de la locura, con todo el peso de personalidades como la tuya torciéndome la espalda.

—¿Peso mucho, Equilibrista? —soltó mi Yo Carnal con esa sonrisa de los tipos que están encantados de conocerse.

—Demasiado —le dije con un tono premeditadamente acusativo.

—Uno de tus grandísimos errores es que temes demasiado el abismo, pero ni tú ni nadie sabe lo que hay en el abismo. ¿No has pensado que quizás es algo bueno? Y mantienes la esperanza de que en tu tránsito como funámbulo llegarás algún día a algún lado. O acaso empiezas a pensar que el cable es infinito, por lo que tu única ambición es que te sorprenda la Parca encima del cable, como si este fuera tu destino más apropiado. Como si resistir en la cuerda tuviera premio. Con todo el cariño: menudo gilipollas eres.

—He venido a conocerte a ti, Román Líbid. No a hablar de mí.

—Pues échale una ojeada a mi barrio. En el Barrio Rojo de tu cerebro, los padres leen cuentos a sus hijos protagonizados por unos Hansel y Gretel con marcas suicidas en los brazos. En estas calles torcidas, húmedas, sombrías, enviamos a la hoguera a las que no son brujas. Fuera, en los campos de maíz colindantes con este barrio de Bruma, las peores féminas cabalgan desnudas en círculos antes de dar fin a su honradez entregándose esa misma noche. Aquí impera el deseo más básico e indiscutible. Aquí se arrodilla hasta el sabio y en las camas de estos edificios incluso el más memo puede ser considerado un genio, siempre que se entregue a la causa con pasión. Aquí vive tu desmesura. El vicio. También, deambulando por estas calles, encontrarás la versión más puta de tu amada. De todas las Edith, Musa o como coño se llamen las diosas que has conocido en tu vida y que te han sellado a fuego su nombre y el aroma de su vientre. Bienvenido seas al Barrio Rojo. Recuerda las órdenes: ver, oír, amar y callar.

»Soy el amigo con el que mejor te lo has pasado, pero ya sé cómo funcionas en el mundo exterior. En caso de que nos desdobláramos y coincidiéramos por la calle, está claro que no me saludarías. ¿O sí?

—Quisiera recordar cuándo apareciste en mi vida.

—Oh, el germen surgió muy pronto. Demasiado, a decir verdad. Asesor laboral. ¿Te suena? Tenías diecisiete años. Andabas tocando con una de tus primeras bandas cuando un tipo muy dicharachero llamado Toni que tocaba la batería con vosotros desde hacía escasamente una semana, ya sabes, aquel chaval que sonreía a todas horas y que llevaba un peinado tan rizado como un arbusto, de repente dejó las maquetas encima del Goliath, se lio un porro y os dijo que había conocido a una chica muy especial que te hacía todo tipo de cosas sin ni siquiera preguntar tu nombre.

—Empiezo a hacer memoria.

—Tus amigos y tú estuvisteis una semana entera pensando en los pros y los contras de ir a conocerla. Toni nos había contado una serie de detalles tan brutales como alucinantes: la chica trabajaba como secretaria en una asesoría laboral situada justo en el meollo de la ciudad de Barcelona. En horas de trabajo combinaba todo tipo de papeleo encomendado por su jefe con ciertos momentos de asueto en

los que practicaba felaciones a chicos de nuestra edad. Por lo visto, todo era tan sencillo como presentarse en horas laborables en aquel despacho, llamar al portero automático, subir las escaleras, entrar en el despacho y esperar instrucciones. El colmo de la solidaridad juvenil fue que Toni se había ofrecido a llevaros. Pero vosotros no lo teníais tan claro. ¿Recuerdas?

—Claro. Lo que nos pasaba es que teníamos que digerir aquella información delirante. Hasta aquel momento, nuestra experiencia erótica no pasaba de historias bonitas. *Absolute begginers*, como diría Bowie. Sin embargo, lo que aquel chaval nos había explicado tenía más que ver con los inverosímiles y excitantes argumentos que uno leía en los relatos eróticos de las revistas pornográficas, o los primeros cinco minutos de una película X. Honestamente, todos creíamos que el nuevo batería nos estaba tomando el pelo.

—Pero un día convenido lo llamasteis por teléfono, Equilibrista. Recuérdalo. Os habíais decidido, sí o sí. Hasta la fecha habías coleccionado una serie de relaciones que siempre finalizaban de manera extraña, como, por ejemplo, Jezabel. Llegaste a la conclusión de que, libre de novias o experimentos al uso, en esos momentos no tenías nada que perder. Así pues, cogiste el tren con tus amigos, justo media hora después de salir del instituto, y os largasteis a Barcelona con la excusa de ir a visitar una librería en particular. Lo hicisteis a una hora muy concreta, ya que Toni os había advertido que aquella misma tarde otra pandilla de chavales de diecinueve años también tenían previsto visitar a aquella chica y que salían desde otro pueblo en el coche de uno de ellos, por lo que era aconsejable salir una hora antes que ellos con tal de evitar posibles «aglomeraciones». Llegasteis al número estipulado de esa calle que no vas a mentar ni aunque te apunten con una pistola.

—Nos plantamos justo frente al portal y al cabo de cinco minutos ya había otros chicos más que también intentaron disimular sus intenciones. El líder de la otra pandilla se dirigió a uno de nosotros y dijo en voz baja y temblorosa: «¿Vosotros también vais al asesor laboral?». Eran tipejos de barrio igual de acojonados que nosotros. Recuerdo a uno de ellos de una manera muy vívida. Llevaba el pelo al estilo de Maradona en sus primeros tiempos y le temblaba el moflete

derecho. Toni, el batería dicharachero, tomó la palabra: «Oye, ya estáis ahuecando. Venid otro día. Hemos llegado nosotros antes».

—Correcto. Los tipos asintieron y se largaron un tanto decepcionados. Entonces Toni llamó al portero automático. Después del típico sonido parasitario, se escuchó: «¿Quién?». El batería dicharachero dijo: «¿Asesor laboral?». Como era un primer piso, subimos por las escaleras. Toni caminaba erguido y calmado. A pesar de tener nuestra misma edad, aquel chaval parecía que hubiera perdido la virginidad no una vez, sino en treinta mil ocasiones. Se abrió la puerta. Una secretaria morena de unos veintidós años nos miró con expresión de sumo desprecio y nos acompañó por todo el estrecho pasillo con expresión de institutriz malhumorada. El piso estaba dividido en dos secciones. El despacho que daba a la transitada calle era donde el asesor recibía las visitas de trabajo. Pasillo a la izquierda, sin embargo, llegabas a un despacho cuyo ventanal daba a un patio de l'Eixample. La secretaria malhumorada os dijo que tomarais asiento en la sala de espera. Lo que sin duda nos llamó la atención es que no discriminaba a los clientes, sino que mezclaba a los chavales granudos con otros caballeros de cincuenta años que venían a arreglar sus papeles con respecto a su prejubilación o a discutir con el asesor laboral sobre sus impuestos. Un hombre de unos sesenta años que estaba leyendo *La Vanguardia* en la silla frente a ti te observó un buen rato con todo el descaro del mundo y te dijo sorprendido: «Chico, ¿tú y tus amigos también vais al asesor laboral?». «Sí», le dijiste temblando como un flan en medio de un terremoto. Y añadiste: «Por un... accidente de moto». El tipo entonces retomó *La Vanguardia*. En aquel momento viste cómo aquella secretaria de piel morena decía un nombre en concreto: «¿Ismael Verneda?». Fue entonces cuando descubriste a otro chico, justo a tu lado. Tu estado nervioso lo había eliminado de tu campo visual. El chaval levantó la mano como si estuviera en clase y procedió a seguir a la secretaria de expresión enojada.

—Tienes razón. Recuerdo que era un chico enfermizamente aseado, con la raya del pelo alineada a la izquierda con la perfección de un delineante y un cabezón semejante al de Max Headroom, aquel robot futurista de la ABC.

—Veo que todo está volviendo a tu cabeza, Equilibrista. Habían pasado unos veinte minutos de la desaparición del tipo de cabeza cuadriculada cuando escuchaste unos pasos acercándose desde la parte izquierda del pasillo. Era el mismo chaval quien pasó por delante de la sala de espera en dirección a la salida sin mirarnos a la cara. Su pelo ahora recordaba el de la cantante de Siouxsie and the Banshees. Estaba irreconocible. Llevaba la expresión del estupor marcada a fuego en las líneas de su frente, como si hubiese visto al mismísimo diablo.

—Para mi suerte o desgracia, me estás sacando los recuerdos con fórceps.

—«¿Albert García?», dijo la secretaria amargada justo al cabo de diez minutos de la desaparición de aquel Siouxsie barcelonés. «Esto..., yo», le dijiste con la celeridad del rayo, intentando que tu nombre falso resultara creíble al ser pronunciado.

—Albert García. ¡Diablos! Hacía tiempo que no escuchaba ese nombre. Podría haber inventado otro alias, lo reconozco, pero lo escogí por la neutralidad del apellido y porque siempre me habría gustado llamarme Albert, ignoro el motivo. Maldita sea, jajaja. Le tengo especial cariño a ese tipo, sí.

—Aquella secretaria te llevó a ese frío despacho. Esperaste cinco minutos que te parecieron eternos. Tú aguardabas la llegada de esa legendaria sirena urbana. Lo hacías sentado encima de un enorme sofá de *sky* negro, mullido hasta lo incómodo, acaso de tanto sexo acontecido en su superficie. Movías las rodillas de manera frenética, como si ellas fueran tu toma de tierra. Luego sucedió lo que Toni te había adelantado. Llegó Stephanie. Te llevaba diez años. Era rubia con ojos azules y la nariz un tanto aguileña. Te gustó al instante, más que nada porque la tipa abrió la puerta del despacho «alternativo» con expresión de niña traviesa y por otro detalle bastante importante. ¿Lo recuerdas?

—Claro —le dije a Líbid—. Estaba completamente desnuda.

—Correcto. La tipa en cuestión empezó a jadear mientras te repasaba. Preguntó por tu nombre, aunque en realidad a aquel pedazo de mujer le importaba tres pimientos. Siguiendo las reglas de la cortesía elemental, le dijiste que te llamabas Albert y acto seguido le preguntaste por el suyo. Te dijo «Stephanie», pero tú sabías que el

nombre en cuestión era más falso que el de un espía doble. Nadie en toda Barcelona se llamaba así, a menos que la interfecta fuera francesa o que sus padres fueran unos excéntricos, y aquella tipa era cien por cien material catalán.

—En ese despacho nadie era quien decía que era. Todo el mundo salía de allí rebautizado. ¡Maldita sea! Me llamaba Albert. Sonaba varonil, ciertamente.

—El caso es que la tipa jadeaba sin dejar de mirarte la entrepierna. Luego te dijo algo así como que ansiaba palpar «el material». Te bajaste los pantalones en dos segundos y allí, a las siete de la tarde de un miércoles cualquiera, la chica empezó a succionarte hasta el delirio. Lo hacía como si le fuera la vida en ello. En aquel momento tuviste algo así como una revelación místico-sexual, una revelación química. Te daba la sensación de que estabas mudando de piel como una serpiente. Sin lugar a dudas, le estabas diciendo adiós a tu pasado, y lo estabas haciendo de una manera surrealista y abrupta. Incluso reflexionaste durante los dos primeros minutos de aquella felación, cosa admirable, tengo que reconocer.

—Muy amable.

—Hasta que, justo al tercer minuto, un recién nacido llamado Román Líbid, el aquí presente, tomó el control de tus actos por primera vez. Desconecté todos los botones de tu hemisferio racional, mi querido Equilibrista. En aquel momento tú desapareciste del mapa. Fue un auténtico golpe de Estado perpetrado por tus hormonas, comandadas por el general Líbid. Reconócelo. Ya no pintabas nada.

—Puede que tengas razón —le dije un tanto resignado—. Te di a luz aquella misma tarde, y contigo se inauguró la época más turbia, extraña y divertida de mi existencia.

—Correcto. El barco del sexo adulto zarpó. Stephanie me lamía de arriba abajo a una velocidad de crucero que me permitía disfrutar y a la vez me hacía gozar de una manera constante. A veces paraba de lamerme, me miraba de soslayo y sonreía como si la hubiera sorprendido robando en el monedero de su madre. Pura malicia naíf. Otras veces parecía que fuera a atragantarse. Entonces paraba y me pedía que le tocara un rato los pechos. En aquel momento deseé que la eternidad fuera eso; una especie de bucle, a partir del momento en el que Stephanie había abierto la puerta del despacho hasta el consabido



final. Hasta aquel entonces, todo se circunscribía a un plano digamos que superficial. No disponía de coche, ni yo ni ninguno de mis amigos, no teníamos ni carné de conducir. Ni una casa vacía. Las chicas con las que había salido eran igual de ingenuas que yo. Con ellas había practicado meros acercamientos bucales y linguales, metía los dedos hasta lo máximo, les hacía la pinza en el bosque o las besaba durante treinta minutos, sin pausa, hasta que la baba caía por mi mandíbula inferior y se desparramaba por mi cuello. En los primeros acercamientos bucales llegué a esbozar la Teoría del Glóbulo Ocular. Había constatado que en las chicas había una extraña relación entre su humedad vaginal y el estado de sus pequeñas venas oculares. Si sus ojos andaban enrojecidos, allí abajo manaba una fuente. Luego llegaba a casa y sobra explicar lo que hacía para aliviarme. Sin embargo, lo que estaba sucediendo con Stephanie era otra liga. Al final, y pese a que la avisé, me derramé en su boca, momento en el que casi me caí de aquel sofá, poseído por unas convulsiones cercanas a la epilepsia. No la había besado en ningún momento, ni Rock Hudson había aparecido por la televisión alertando a todos acerca de una extraña enfermedad llamada Síndrome de Inmunodeficiencia Adquirida. Ni yo ni nadie de mis amigos teníamos noticia alguna de otro tipo de enfermedades venéreas. La inocencia de la desinformación. El caso es que me vestí y pasé frente a la sala de espera. Pepe me preguntó con los ojos. Nunca olvidaré su expresión perruna. Alcé el dedo pulgar hacia arriba. Al abrir la puerta, justo cuando me disponía a bajar las escaleras hacia la calle, el mismísimo asesor laboral me dio una palmada en la espalda. Allí, entre el descansillo y el recibidor, el anciano con cara de liebre me dijo, con una sonrisa de agradecimiento, que tanto él como Stephanie esperaban mi visita de nuevo. Aquello ya fue el *summum* del delirio. Esperé a mis amigos ya en la calle, fumando como un perro. Tenía mucha curiosidad por saber de qué manera habían cambiado sus expresiones faciales, poder compartir experiencias con ellos. Nadie de nosotros volvió a ser el mismo.

—Lo recuerdo muy bien, Líbid.

—Volvimos a casa en tren. Carcajeándoos como enajenados. En otros momentos, optábamos por callar como putos cabrones. Mirábamos por la ventanilla del vagón mientras intentábamos asimilar lo acontecido. En aquel momento Yo, Román Líbid, empecé a

mirar a todas las chicas que se me cruzaban. A las chicas las enternecía aquel Joven Poeta Halley. Pero a quien querían besar era a Líbid.

—Te equivocas.

—Nah —contestó mi sexualidad—. Todas las chicas tenían un fondo Stephanie, aunque intentaran disimularlo o su particular Stephanie viviera en el fondo de su psique, hundida por un ejército de represiones socioculturales.

—Vuelves a equivocarte. Aquel extrañísimo árbol no te dejó ver el bosque. No te debería haber pasado aquello —le dije entristecido—. Te llegó demasiado pronto. Todo se enturbió. Créeme. Llegaste a conclusiones equivocadas. A partir de entonces se organizó una guerra entre el Joven Poeta Halley, quien se resistía a morir, y tu ejército de hormonas desbocadas.

—Podríamos estar hablando sobre este asunto durante siglos y no nos pondríamos de acuerdo. Poco después Toni se largó de la banda. Nuestro héroe decidió dedicarse a otros menesteres.

—Pero continuaste yendo. Yo no. Tú. Líbid.

—Cada dos por tres, obviamente. Aquello, para un chico de dieciséis años, era un bendito chollo. Una chica atractiva de veintiséis años follaba con chavales gratis. Porque en el caso de Stephanie nunca hubo ningún tipo de transacción monetaria por medio. Sin embargo, había gato encerrado, y pronto lo descubrimos. El anciano asesor laboral, un tipo de buena familia catalana, de vez en cuando abría la puerta y con todo el sigilo del mundo miraba cómo su jadeante secretaria montaba encima de mí como una amazona que cabalgara con los ojos cerrados. Uno de tus amigos ya te lo había advertido, pero no le di mayor importancia porque en aquella época todos éramos bastante fantasiosos. Pero aquella tarde descubrí la silueta del gestor, y luego su avejentada cara con sonrisa de liebre. El asesor, desde el otro lado de aquella puerta entornada, permanecía muy atento a lo que sucedía en el camastro de esa pequeña habitación, justo en el centro del inmueble, dotada de un tocadiscos que parecía sacado del embargo de un pub musical y una lámpara de lava con forma de cilindro. Si la primera vez te hacía un francés en el despacho falso, aquella segunda habitación era donde te llevaba Stephanie una vez había comprobado mediante la primera felación que eras un tipo que «funcionaba». Algo así como un protocolo que nadie se saltaba.

—Luego llegó la universidad.

—Sí. Y algunas novias que propiciaron intervalos de inactividad con la ninfómana. Sin embargo, cada vez que me dejaban, volvía allí al instante. Porque me dejaban ¡siempre! A pesar de que estuviera colado por ellas hasta quedarme sin fuelle al verlas. Siempre escuchaba la misma cantinela. Que se sentían atraídas por mí, pero que no se veían en una relación larga conmigo porque no les inspiraba confianza.

—Entonces volvías al asesor laboral. A arreglar tus «asuntos». No yo, sino tú, Líbid. Insisto.

—Por supuesto. Seguía sin coche, sin carné, y en mi casa no se largaba nadie ni con agua caliente. Pero sucedió aquello tan desagradable.

—Llamé a la puerta del asesor laboral y me dijeron que allí no existía ninguna Stephanie y que hiciera el favor de largarme.

—No te lo podías creer. El sueño *teenager* había finalizado de manera abrupta. Habías perdido tu ventaja con respecto a los demás chicos desesperados de tu quinta; en definitiva, habías vuelto al pelotón. Cabizbajo y hundido, diseñaste un plan en casa, bien, seamos francos, la estrategia fue fraguada por mí, te la dicté palabra por palabra. Y lo más sorprendente es que la llevaste a cabo. Te plantaste a las ocho de la tarde frente a la portería del asesor. Un cuarto de hora después, como un reloj, salió el viejo, vestido con una americana de pequeños cuadros grises, una optimista corbata amarillo chillón y zapatos de ante color crema. Apagaste el cigarrillo y lo asaltaste en medio de la calle. Le dijiste que eras un visitante habitual y el asesor te contestó que no hacía falta aquella presentación ya que tu cara era de sobras conocida en su despacho. El anciano te apartó de su camino con un gesto expeditivo. Te dijo que aquello se había terminado para siempre. Por lo visto, la demanda por los servicios de Stephanie se había salido de madre en los últimos meses. Unos chavales desagradecidos habían empezado a generar mal ambiente. Incluso dejaron pintadas en la escalera, para el disgusto del resto de vecinos. «En el piso XX vive una ninfómana.» Todo muy desagradable, según él, un tipo de modales exquisitos. Le dijiste si podíais hablar en privado. Te citó para el día siguiente a las cuatro de la tarde. Llegaste allí y el asesor te llevó por primera vez a su despacho. Te las diste de adulto, con tu mierda de diecisiete años. Cruzaste las piernas como un

buen negociante y te encendiste un cigarrillo. El tipo fue franco, era el tutor legal de Stephanie, y al darse cuenta de su enfermiza necesidad de sexo pensó que, lejos de llevarla a un psicólogo, lo más «sensato» era proporcionarle chicos desde un entorno seguro, por el «respeto» que les debía a sus difuntos padres. Surrealismo. A ti todo aquello te sonaba francamente a mierda, a podrida mentira de viejo verde aderezada con un entorno histórico digno de Oliver Twist. Huerfanita, claro. Unos cojones. El caso es que te hiciste el tonto. Teníais los testículos a reventar y aquel chollo no era para menospreciarlo. Le dijiste muy seguro de ti mismo que te comprometías a acudir allí, cual fiel y regular amante, un único día a la semana y sin necesidad de correr la voz a nadie. El asesor llamó por el teléfono interno a Stephanie y le repitió tu propuesta. La chica preguntó: «Vale, pero ¿y el resto de días?». Presionado por la furia uterina de Stephanie, la antimonogamia en persona, informaste entonces al asesor de que disponías de una agenda de amigos de confianza, una especie de círculo «virtuoso» de chicos discretos que podrían aliviar las necesidades de Stephanie el resto de días de la semana. Te lo inventaste todo sobre la marcha, y es que el ser humano tiende a infravalorar la capacidad de improvisación que ostenta el deseo sexual. En fin. Al viejo asesor laboral le pareció muy sensata tu propuesta. Te vio maduro y de modales tan exquisitos como los suyos. A fin de cuentas, tú también te habías criado en una familia catalana y burguesa y también te sabías *Los protocolos de los sabios Sion* de memoria: corrección, lavar los trapos sucios dentro de casa y perpetuidad en el pecado. Asintió sin sonrisa alguna y, tras el pacto, charlasteis durante un rato distendido. Te dijo que, años antes, también había acogido a un tipo con los mismos problemas que Stephanie, a lo que le preguntaste qué diferencia había entre un chico con los huevos a reventar (como era el caso de todos los chicos que allí acudíamos) y un «ninfómano». El viejo te contestó que aquel chaval no le hacía ascos a nada. Te preguntó entonces si te atreverías a pasar una noche con Stephanie y aquel tipo, con el que aún mantenía contacto. Te aseguró que podía ser divertido, siempre que te avinieras a hacer un trío que incluyera algunas dosis de violencia. Siendo precisos, te habló de algo así como un tablón de madera para dar golpes en los glúteos. Le dijiste que por el momento preferías seguir en

la pantalla del sexo al estilo «conocimientos de usuario medio», es decir, venir un día asignado a la semana, gozar del cuerpo desnudo de una chica diez años mayor que tú, y poca cosa más. Entonces te soltó, sin venir a cuento, que algunas chicas del sur de Italia preferían ser folladas por el culo antes que perder la virginidad. Y también te insinuó que él tenía contactos. Se jactó de que era un tipo imaginativo, perfectamente capaz de concebir situaciones muy divertidas para un joven ávido de experiencias. Como, por ejemplo, cuando te propuso que te fueras a un cine X de la misma calle a una hora determinada. Que entonces llegaría una desconocida que te haría un francés. Aquello te sonó interesante. Así pues, lo hiciste.

—Y sucedió tal y como me dijo el asesor.

—Sí. Pero era un poco mayor. Debía de pasar de los cuarenta, quizás era la segunda esposa del asesor, quién sabe. A ti tanto te daba ocho que... ochenta. El lunes ibas tú. El martes, un amigo tuyo. El miércoles, otro. Elegiste a los miembros del círculo virtuoso después de elaborar una ecuación malvada, mezcla entre amistad y ganas de ser considerado un capo. Todos te lo agradecieron, aunque en realidad pensabas que te deberían haber besado el culo con fruición. Un día, Stephanie se quejó. Te dijo que el miércoles no había acudido nadie, te exigió que no volviera a suceder, y te lo hizo saber mientras cabalgaba encima de ti a la vez que te abofeteaba. El caso es que, como estabas sin un duro, tu ambiente familiar era un pequeño infierno y acudías a Psicología, pero te pasabas todo el santo día fumando porros en el bar de la facultad, no era de extrañar que no entendieses una mierda, incluso la propia formulación de las preguntas en los exámenes te parecía bielorruso. Para cumplir con las exigencias de la rubia bruja, optaste a la desesperada por elegir a un tipo bastante *nerd* de tu clase y hacerte amigo suyo. Aquel tipo era virgen en todas las dimensiones y multiversos posibles. Una vez que te cogió confianza, le contaste con pelos y señales la historia del asesor. Pactaste que lo llevarías el día que él quisiera a cambio de sus apuntes. El *nerd* accedió y acudimos un jueves del segundo trimestre. Pero al cabo de quince minutos aquel imbécil bajaba las escaleras del bloque de dos en dos. En la calle te dijo que aquello no era amor. Que todo era muy turbio. Por lo visto, apartó a Stephanie de su glande de malos modos. Te dijo que no quería volver a verte. Ni en clase. Que te olvidaras de sus apuntes. De su letra

espectacular. A ti te daba igual su reacción. Lo que temías eran las exigencias de Stephanie.

—Recuerdo que dijo: «Un fallo más y no vuelves ni tú, Albert».

—Un día volviste y Stephanie andaba haciendo recados por el centro de Barcelona. El asesor sabía dónde encontrarla, y en cuestión de veinte minutos llegó jadeando. Lo más curioso es que aquella vez fue la primera en la que la viste con ropa y, acuérdate, no dabas crédito. Stephanie vestía como una jodida monja seglar que trabajara como profesora de inglés en un colegio para señoritas. Una barata falda de pana verde llegaba a cubrir sus rodillas. Sus zapatos, agrietados y de medio tacón, empujaban sus glúteos hacia el suelo, mientras que una chaqueta sacada de los mismísimos años cincuenta se encargaba de tapar sus protuberantes y maravillosos pechos. Sin embargo, aquel día notaste que no había mucha química entre vosotros. Lo supiste cuando la estabas masturbando y de repente del útero de aquella tipa surgió un chorro de líquido semejante al que expulsa una ballena. El chorro fue a parar a la pared más cercana y no impactó en mi cara de casualidad. Paraste y le dijiste: «¿Te has meado?». Y Stephanie te contestó: «Albert, algunas mujeres también eyaculamos. Por cierto, ¿el jueves vendrá alguien? Porque los chicos de hoy en día parecéis unos putos maricas moralistas». No era su deslumbrante físico, sino sus virulentas frases lo que empezaba a crear una falla entre aquella ninfómana y yo. Entonces se subió encima de mí y empezó a abofetearme esperando que le devolviera el impacto. No fue así. Jamás me ha complacido la violencia en ningún sentido. Stephanie me dio otro bofetón. A mí me dio la risa. Aquella carcajada me sentenció. Se vistió sin hablarme. Supe que no la volvería a ver.

—Durante un tiempo pensé en no volver.

—Pero volviste, cuando ya eras mayor de edad. Aquella tarde de marras en la que, isorpresa!, el asesor llegó a la sala de espera acompañado de una chica de diecinueve años a la que habías visto anteriormente como sustituta de la antigua secretaria con cara de perro. El anciano te dijo: «Ya es hora de presentarte a Sheila».

»Era realmente hermosa. Pero aquello ya te superaba por todos los lados. Le diste un par de besos y el anciano reaccionó, rozando la brusquedad y a un centímetro de perder los modales. “Pero bésala como los adultos, te vas a cortar a estas horas de la película, cojones.

Sheila te ha estado observando y también le gustaría, ya sabes”, me dijo el Asesor con su sonrisa de liebre. Ojiplático, miré a Sheila para preguntarle si aquello era cierto. Como la chica sonreía complacida, no tuviste más remedio que lanzarte al ruedo.

—Y vuelta a empezar.

—Con Sheila, vete tú a saber cómo se llamaba en realidad, te pasaste medio año. Tu plan del lunes era muy bestia. Salías de la universidad y comías en casa. Escribías un rato tus proyectos de canciones y luego te dejabas caer por la asesoría. Entonces Sheila te hacía un francés, acto seguido te vestías, le dabas un simpático y casto beso en la mejilla y volvías a casa. Por la noche te tomabas un Katovit, una especie de anfetamina del momento, y te ponías a estudiar, con la testosterona a nivel y tu cerebro activado. Para hacerlo más emocionante, combinabas tu sobrealimentación mental debida a la ingesta de Katovit con la imaginación desatada que te conferían un par de porros. Al día siguiente te examinabas. Dormías toda la tarde y, dependiendo de tu estado testicular, llamabas al amigo cuyo cuadrante coincidía y le preguntabas si iba a aprovecharlo o en su defecto acudías tú.

—Me da mucho reparo recordar aquellos años.

—Un miércoles de aquellos le preguntaste a Sheila por qué diablos hacía aquello. Te dijo que tenía novio formal. Que deseaba complacerlo. Y para eso necesitaba estar experimentada antes de casarse. Como detalle, te recordaré que no se dejaba tocar los pechos. Aquello era un manjar que estaba destinado de manera exclusiva para el santísimo catar de su novio. El resto, sin embargo, era territorio común para el resto de mortales. Fue entonces cuando viste claro que tu vida era un cúmulo de situaciones en las que, para escribir relatos de ficción que superaran tus realidades, deberías llegar a extremos posdelirio. Claro está, le intentaste tocar los pechos no pocas veces. Se convirtió en una obsesión.

—Pero aquella vez no informaste a los demás de la existencia de Sheila.

—No. Aquello ya era cosa de Han Solo, el llanero solitario del sexo. Aquel tipo que había conseguido eliminar al resto de competencia mediante una opa hostil ideada por mi mente enajenada.

—Todo eso está muy bien. Pero te recuerdo que luego desaparecí de nuevo. Porque en realidad una parte de mí no buscaba aquello.

—Sí. Volviste a tener novia formal, tipo aburrido. Pero como nunca confiaban en ti, volvió a dejarte. Entonces volviste a visitar a Sheila, esa vez un poco derrotado respecto a tu vida emotiva. Pero tu parte sexual andaba en el puto Everest de la confianza. Poseído por mí, fuiste tan inconsciente que una tarde te abrió la puerta una chica rubia de unos diecinueve años y, desde el primer repaso visual, empezaste a tomarla como objetivo. Así pues, cada vez que entrabas y salías de allí le dedicabas la mejor de tus sonrisas. Hasta que un buen día, con toda la piel de Sheila impregnada aún de mi sudor, tuviste los arrestos de decirle a la tercera secretaria en discordia, y lo dijiste delante de Sheila: «Oye, me gustaría conocerte, pero ¡fuera de aquí!».

—El consabido optimismo del pene.

—Correcto. El caso es que la tercera chica te sonrió y acordasteis veros en la calle. Sheila, por su parte, bajó por las escaleras y te dijo: «Mira, Albert, me da igual que ahora intentes llevarte a la cama a mi compañera, a fin de cuentas tengo novio, pero ni se te ocurra contar lo que sucede aquí dentro. No me decepciones. Y otra cosa. Aquí, al menos conmigo, no vuelvas. Se te va la olla, tío».

»Como por aquel entonces todo te daba igual, esperaste a la rubia en la calle. La chica era una monada de ojos azules y pecas en la cara. No recordarás su nombre, pero seguro que no se ha borrado de tu cabeza que la pobre ignoraba por completo lo que acontecía en ese despacho. Por supuesto, no estaba ciega. Repleta de preguntas, contemplaba cada tarde la ida y venida de mis amigos. También te comunicó que para entrar a trabajar en la asesoría tuvo que rellenar un test surrealista que incluía preguntas tales como: “¿Eres liberal respecto al sexo?”. Ella había contestado negativamente, así que el asesor optó por contratarla para hacer todo tipo de papeleo y quitarle trabajo a las otras dos “vírgenes vestales”.

—Sí. La besé en la calle. Era una chica maravillosa. Pensaba que todo el mundo, no únicamente el monte, era orégano. Sentí que aquel más difícil todavía era la cima de mi atrevimiento. Pero, insisto, no era yo, sino tú, Román Líbid. También supe que podía enamorarme de ella, pero me autocensuré. En el caso de entablar una relación sería con ella, a buen seguro que le hubiera tenido que confesar mis actos en



su puesto de trabajo. En definitiva, contigo, Líbid, vino la turbiedad de pensamiento. El Romanticismo falleció de un disparo en la cabeza. A partir de entonces, comparé a la burguesía con un papel decorativo de tacto blanduzco encima de una vetusta pared. Mediante un simple rasguño en el sitio adecuado, el papel salía a tiras y aparecía ante ti un muro antiquísimo, fustigado con todo tipo de manchas de humedad y podredumbre. Aquellos mohos eran esos defectos que con tanto ahínco escondía el burgués delante de su familia y allegados. Lo corroboraste cuando el último día que pisaste aquel despacho escuchaste al asesor laboral diciéndole a Stephanie: «He sido malo». Por la rendija de la puerta entreabierta viste al asesor arrodillado. Stephanie le propinó cuatro bofetadas con la mano abierta que hicieron temblar la parte superior de su dentadura postiza. El asesor se lo agradeció con una sonrisa. Años después supiste que Stephanie era una heredera. ¿Millonaria? No. Multimillonaria. De hecho, todo el bloque de pisos donde radicaba la asesoría le pertenecía. Era ella la jefa del asesor. Todo aquello era tan retorcido que decidiste desaparecer para siempre. La burguesía es una hermosa tapadera, querido mío. Y Stephanie fue nuestra particular *Belle de jour*.

—Que quede muy claro lo que te voy a decir. Nadie nos obligó. Todos nosotros acudimos con pleno conocimiento de causa. Y fue muy muy divertido. Ahora, si me disculpas, tengo que largarme. Buenas tardes, Equilibrista.

—Das puto asco.

—Exacto. Y por eso he gustado a algunas personas del sexo opuesto. En un mundo tan políticamente correcto, provocar un diez por ciento de repulsión es excitante, ¿verdad?

—Dejémoslo, estás completamente loco. Por cierto, ¿nos volveremos a ver?

Líbid estalló entonces en una carcajada.

—Soy tu parte sexual. Evidentemente nos volveremos a ver, romancón, tonto del culo.

Me largué del Barrio Rojo cruzando el Puente de la Redención. Como tantas veces había hecho en mi vida. Recordé que el asesor murió hace unos cinco años.

Pasó de la centena, el cabronazo.

## ESTACIÓN 16

### MUSA Y EL HAMBRE INVISIBLE



Más tarde, en aquel mi primer día en Bruma, volví a contactar con el espectro del Joven Halley. Por el tono de su voz, me percaté de que para él habían pasado unos cuantos años. Mi Áter Ego poético debía de rondar los diecinueve años y ya había conocido el sexo, tanto en aquel sórdido despacho del asesor laboral como en su vida normal. A diferencia de Jezabel, el nombre de su nueva amada me vino a la memoria sin esfuerzo. Se llamaba **Musa** y no era un asunto baladí para mi joven y querido Halley. Ni para mí.

Tras el abandono de mi Yo Infantil, Halley había optado por crear un caparazón de falsa seguridad donde se refugiaba. Pese a su aparente desparpajo, aquel adolescente era tan pequeño y frágil como un caracol. Halley expandía sus antenas únicamente en el momento en que escuchaba la lluvia de la música o las voces de aquellas deidades femeninas que iba encontrando en su despertar emotivo. Sobre todo con Musa. Se habían encontrado dos caracoles. Tocaron sus antenas y, de alguna manera, se reconocieron al instante.

¿Qué diferenciaba a Jezabel de Musa? Con toda seguridad, el Hambre Invisible de cada una. Si bien la primera había decidido cerrar las ventanas de su futuro con tan solo quince años, Musa, por el contrario, tenía las puertas abiertas de su alma a todas horas. Si la primera, pese a ser tan cándida y cómplice, se había mostrado como una cobarde existencial, Musa era una auténtica kamikaze emocional.

Te mantenía en vilo hasta bien entrada la madrugada, cuando la acompañaba a casa y luego me largaba, revuelto en mil estímulos. Musa, al contrario de la ensimismada Jezabel, te leía el pensamiento, luego sonreía, acto seguido te besaba, y entonces empezaba a hablarte mediante una lengua que parecía haber sido entrenada por el mismísimo Satán. A la atolondrada Musa no había manera de ubicarla en tierra firme. Y allí radicaba su magnetismo.

Con una sonrisa que desarmaba cualquier negativa, el Joven Halley me preguntó si quería leer su diario de aquella época. Sin esperar mi respuesta, me entregó su bloc de notas. Sería interesante retomar aquellas páginas que escribí en mi impetuosa juventud.

*Viernes, 8 de octubre de 19XX. Diarios del Joven Poeta Halley*

Todo se inició así. Era un sueño donde llegaba tarde a clase de humanidades, cosa habitual en mi realidad. Sin embargo, en el aula no había ninguno de mis compañeros, sino que estaba repleta de maniqués de escaparate. Permanecían inmóviles, sentados frente al profesor, en posiciones diversas. Me senté al lado de un par de muñecas de cráneo alopécico y pechos meramente simbólicos. En mi sueño el profesor se presentó bajo el nombre de Román Morrissey y empezó a hablarnos del Big Bang, no universal, sino personal. Parecía que me obligara a pensar por mí mismo hasta que averiguara el momento de mi creación. No tuve más remedio que extrapolar sus explicaciones hasta Musa. Si la vida había surgido a partir de un evento nanoscópico dentro de una supuesta nada, de la misma manera emergía el maldito enamoramiento. Porque, desde ese segundo instante en el que te bajaste por primera vez de mi Vespa esbozando esa ligera mueca que pasó inadvertida para el resto de mundo, se generó mi particular Big Bang, el choque atómico que nos llevó a lo que somos ahora y que quizás en un futuro generaría una prole de cachorros con nuestra cara. Y a mí me dio la impresión de que antes de ti había la misma nada que durante el segundo previo al Big Bang. Días después pude gozar por primera vez de toda tu extensión corpórea, allí, en medio de aquel bosque de cemento, te hablo de aquella noche en la que un técnico de luces llamado Luna enfocó el cañón de la luna hacia tu cuerpo desnudo, y volví a pensar lo mismo. Habían pasado miles de generaciones, se habían escrito no pocas Biblias hablando del origen, pero yo, como simple individuo, un ente más ridículo que un átomo, hasta aquel instante ignoraba estar vivo. Tú me diste cuerda. Aquella noche se activó el

universo de mi alma. Y todas mis esferas empezaron a moverse. Así se inició nuestro pequeño universo imperfecto.

En el sueño, el profesor interrumpió mis pensamientos con una segunda reflexión:

—¿Sabéis qué es el Hambre Invisible? —Se hizo un incómodo silencio seguido por unos mágicos murmullos que surgían de las mismas tripas de los maniqués—. Pues es cualquier cosa que sepa sacar de nosotros al héroe o al villano. El Hambre Invisible es aquello que ha estado siempre dominándonos, la auténtica dueña y señora de nuestras decisiones más importantes. Es la sombra a la que nunca adelantamos. Queridos alumnos, analizad vuestras vidas, logros, fracasos. —En aquel momento se acercó a mí, precisamente a mí, y a dos centímetros de mi nariz, siguió—: Piensa, por ejemplo, en Ella, porque todo el mundo tiene un «Ella». Pregúntate qué motivos te llevaron a escribirle y atosigarla hasta que sus muros se desplomaran. El Hambre Invisible es quien te empuja, estúpido ingenuo, iser que se cree tan auténtico y autónomo!, hacia las profundidades de la vida. Es el Hambre Invisible quien te aprieta el gaznate, quien te oprime las sienes para advertirte que algunas veces las cosas no funcionan como preveías. Es el médico que en la sala de partos te da la primera palmada para que despiertes y llores. Es el puntapié en el estómago cuando la ves. Los humanos estamos atados en la parte delantera de la locomotora. Afrontando el viento. No somos nosotros en realidad, sino el perenne rumor de insatisfacción externo quien nos posee y nos instiga. Es aquel ruido que percibimos en las entrañas de nuestra alma siempre que nos disponemos a escribir. Queridos alumnos, el Hambre Invisible decidirá cualquier aspecto de vuestro futuro.

»El Hambre Invisible son los primeros segundos de *Shine on you crazy diamond*, es la sensación que te indujo por primera vez a comprarte un instrumento musical en la Avenida de la Luz. El Hambre Invisible dio por ti los pasos hacia tu primer local de ensayo, a robar la primera revista pornográfica, fue quien te señaló las estanterías donde te esperaban los libros prohibidos. Tómatelo con calma, Joven Halley. Treinta años más tarde no habrán descubierto una cura para semejante afán. Lo único que aminora la intensidad del grito interno es, según dicen, el paso del tiempo, que funciona como una goma encima de un garabato llamado Personalidad, dibujado con imprecisión pero con suma rabia. Una goma de borrar que va convirtiendo el negro en gris. Pero el garabato nunca desaparece. ¿Se reconoce, joven, como un portador del Hambre Invisible? ¿Alguno de ustedes, queridos alumnos? Ojalá así sea. O no. Espero que exista dentro de alguno de ustedes la semilla

de un futuro poeta, un liberador de sociedades oprimidas, y no de gente neutra, o mucho peor, de un futuro genocida.

El profesor volvió la vista hacia la pizarra y a espaldas de los maniqués añadió:

—El Hambre Invisible ha sido la mayor culpable de todos los éxitos y desgracias del ser humano. ¿Y qué provoca su aparición, mis queridos alumnos? Disparadores de todo tipo. La mayoría de ocasiones son asuntos no resueltos, frustraciones mal digeridas o contradicciones personales en estados límite. Pero a veces los disparadores son personas. Les llamo Los Inexplicables. Son aquellos seres cuya personalidad no obedece a ninguna patología clara, cócteles molotov de oscuros y sutiles atractivos cuyo análisis de sus ingredientes secretos puede llevarnos a la locura. ¡Ay de ti si te encuentras con alguna persona perteneciente al club de Los Inexplicables! Emiten un tipo de energía, una peculiar belleza que no depende ni de su propia voluntad. Yo, aficionado a todo lo que sale del guion, pienso que se han dado casos verdaderamente curiosos de creadores que han logrado las cosas más inverosímiles gracias al encuentro con un Inexplicable. El poseedor del Hambre Invisible, unido a su particular, en el caso de juntarse, es capaz de cambiar el devenir de la historia. Usted y Musa, por ejemplo, quizás son capaces de desviar el mundo, para bien o para mal.

Se hizo un incómodo silencio, roto por uno de los alumnos de plástico a quien se le había desprendido la cabeza del tronco. Rodó por toda el aula hasta llegar a las manos del docente. Morrissey la recogió y la lanzó a la papelera con cierto desdén.

—La cuestión es: de todas las personas que encontráis por el mundo, ¿sabéis detectar cuándo una está presa del Hambre Invisible? ¿Sois capaces de detectar la mirada de la gente que conspira, la excepcionalidad mental, identificar al Inexplicable o, como a la mayoría, se os pasa por alto, una y otra vez, aquel ente que por su mirada ya avisa de que algún día saldrá del redil? ¿Tenéis la antena bien sintonizada con esos maravillosos casos?

Me sentí inspirado, así que cogí papel y lápiz y escribí:

«Sí. Yo los sé ver. Y también sé imaginarlos. Tengo el detector de lo extraño siempre encendido. No he podido evitar convertirme en un maldito imán para todo ser anormal o catastrófico que circule a cien metros a la redonda. Los Inexplicables llevan en sí mismos el misterio de la vida. Musa y yo disfrutamos imaginando situaciones inverosímiles que a las tres de la mañana, tirados frente a la persiana metálica de una tienda cerrada, englobamos en un listado llamado «Se han dado casos». Los escribimos, a dos manos, con el único objetivo de saber hasta dónde somos capaces de llegar.

Por ejemplo: se han dado casos de copas de cristal que se rompen con el simple parpadeo de un par de ojos asimétricos. Se han dado casos, pero pocos, de árboles que se quiebran cuando un ínfimo insecto se ha aposentado en sus ramas. Se han dado casos en los que la enfermedad es mejor que el remedio, de sirenas atrapadas en piscinas, de héroes miserables y aromas de piel que llegan a traspasar las pantallas del cine. Casos de efímeros robles y de moscas de la fruta eternas. De pájaros enamorados de sus torres eléctricas. Se han dado casos de lujos invisibles que han estado al alcance de cualquiera que tuviera ojos millonarios. Se han dado casos en los que ha sido bueno hasta que la muerte los separó. De osos que hibernaron y se olvidaron de despertar. Musa y yo hemos sido testigos de este tipo de desencuentros con la lógica. Y si no los hemos vivido, al menos los hemos imaginado, solo por el placer de salir por un momento del lógico mundo de los adultos. Se han dado casos, pero han sucedido pocas veces. De gente con un destino claro, y de sombras sin persona. Entonces, cuando llevamos unas cuantas líneas escritas, le digo a Musa que me gusta considerarnos investigadores de este tipo de casos. Los oteadores de lo imprevisible.

Ojalá tuviera el valor para decirle a la cara: Musa, mi querida Musa. Me aburre lo obvio. Necesito fenómenos paranormales a todas horas. Pero nunca le diré a la cara: La Gran Inexplicable eres... tú. Porque tú sí que eres un caso. Lo tengo archivado en mi pensamiento, lo consulto cada día.

Hasta conocerte, buscaba pretextos en forma de personas, con el fin de jugar con las palabras. Poco a poco fui dándome cuenta de que toda el aura dorada que desprendían era pura invención mía. ¡Iluso muchacho! Hasta conocerte, mi veredicto acerca del mundo había quedado suspendido *sine die*, Musa, te hablo de esos tiempos en los que las bayonetas de mi escepticismo siempre estaban en alto por si volvía a tener momentos de flaqueza. Uno de mis lemas era que este mundo está lleno de hijos de puta que no se piensan como tales. Tenía un cubo del todo delineado donde apenas cabía nadie, excepto el Hambre Invisible y yo. Pero entonces llegaste.

Ya lo decía mi intuición cuando te conocí.

Con este espécimen nunca has luchado.

Gracias por existir».

Tras leer aquellas líneas repasé al Joven Halley con manifiesta emoción. También me conmovió su nerviosa caligrafía, inestable y repleta de firmas en sus márgenes.

La imagen de la enfermera y el Hombre-Perro habían regresado a su baile. Como si pretendieran simbolizar un cambio de época en Halley, se cogieron de la mano y entre cómplices sonrisas entraron en una pensión por horas. Fue entonces cuando reparé en que llovía en todas las terrazas de aquella plaza menos en la nuestra. El cenicero seguía seco. El temporal parecía afectar a toda la ciudad de Bruma excepto a nosotros dos. Desde luego, era un escenario ideal para la lectura sosegada. Entonces volví a recordar que había llegado a Bruma con un objetivo claro: encontrar a mi Edith, tan diferente y a la vez parecida a aquella Jezabel de mis quince años y a la Musa de mis diecinueve.

Sin saber muy bien el porqué, miré al Joven Halley e imaginé que le disparaba en la sien, reventándole el cráneo en ocho partes hasta crear un grafiti con sus sesos, acaso su última poesía. «Se han dado casos de personas que asesinan a su juventud», pensé.

Iba a pasar página cuando un par de músicos con acento rumano, acompañados de un gato parlante llamado Mau, me forzaron a detener la lectura. Por lo visto, aquellos músicos ambulantes siempre estaban rondando por el Arrabal de los Astrománticos, intentando amenizar a los clientes. Mau era un gato siamés, pero su particularidad radicaba en que era un poeta médium. Decían que era capaz de mirar a los ojos de una persona y extraer el poema que el incauto albergara en su cabeza en ese preciso instante. «Todos llevamos un poema dentro», dijo el minino. Entonces aquel par de guitarristas empezaron a interpretar unos suaves arpegios. El felino poeta-espíritista se calzó un sombrero de cantante de tango y se subió a una silla del bar La Bohemia. El gato vidente miró de arriba abajo al Joven Poeta Halley:

—Joven, usted ahora mismo tiene unas palabras en la cabeza. Se llaman «Puedo verte», adivino que se lo dedica a una tal Musa. Si me permite, estoy dispuesto a extraerlas de su cabeza para recitarlas.

Sin pedir permiso el gato tomó aire y declamó:

¡Musa, si sintieras los arañazos en mi cabeza! ¿Sabes una cosa? Si piensas en alguien de manera continuada, cualquier acción que realice el universo se enlaza con un ente particular, en este caso tú. Así pues, todo lo puedo relacionar contigo. Es tan fácil como hallar el hilo de plata que une mi materia con la tuya. Pienso en ti a todas horas, y te sitúo en el centro del mundo. Te

presto tanta atención que es normal que te pille a contrapié. ¡Ninguna actriz resiste una película rodada en un primer plano por un director obsesivo!

Un somero vistazo a Halley fue suficiente para que detectara que mi Áter Ego jovenzuelo empezaba a sentirse violentado por aquel felino mágico. Pero el gato Mau continuó hasta el terrible final:

¿Qué nos pasa? Yo lo sé de manera meridiana. A nuestro caso lo llamo el Hambre Invisible. ¿Encontraremos todo lo que deseamos de la vida en el otro? Mucho me temo que no, Musa. Es muy probable que sea el Hambre Invisible lo que en un futuro nos separe.

Se hizo el silencio. Los músicos cesaron en sus arpegios y pasaron en silencio sus gorras delante de la extraña pareja. Pero el Joven Poeta se encaró con ellos. El trío intuyó que no habría ninguna gratificación, así que decidieron sisarle su paquete de tabaco. En un instante ya se iban calle abajo. Por mi parte, quise estrechar la mano de Halley, pero el Joven Poeta ya doblaba una esquina persiguiendo a esos buscavidas. Aquella última frase pronunciada por el gato impertinente era profética.

Halley desapareció entre las calles del Arrabal de los Astrománticos mientras perseguía a un curioso gato que leía el pensamiento, acaso como funcionan los buenos escritores, esos que te desnudan y te dejan avergonzado en medio de la calle. ¿Existe ese tipo de gente?

Os lo aseguro.

Se han dado casos.



## ESTACIÓN 17

### DESPERTARES



Como me había sucedido con Jezabel, me sentí del todo incapaz de decirle al Joven Halley que su adorada Musa también pasaría a la historia, y que años después Edith también estaba a punto de hacerlo. Sin embargo, a diferencia de aquel cuarentón en el que me había convertido, el Joven Poeta vivía en un bucle temporal donde equivocarse era una obligación moral.

Como Halley había desaparecido, decidí esperar su regreso matando el tiempo de la mejor manera que uno podía hacer para conocer a un escritor. Leyéndolo. Sin embargo, estar dentro de mi ciudad interna y leer los diarios de mis personajes se me antojaba un peligroso juego de muñecas rusas psíquicas.

Estaba a punto de devorar aquellas páginas cuando mi Otro Yo acomodado, que respondía al nombre de Román Bourgeois, se detuvo frente a la mesita del bar La Bohemia. Me soltó que le encantaría sentarse a mi lado, pero que debía representarme en la vida exterior en una cena familiar. Sin embargo, Bourgeois no pudo evitar ojear el bloc de notas.

—Así que lee los primeros escritos de nuestro supuesto poeta. ¿En qué capítulo anda? ¿Jezabel? ¿Musa? Divina juventud. Yo le llamo El Escritor de Paredes. No sé si recuerda que una noche en un barrio de

Barcelona, al lado de otros dos energúmenos fumados de hierba, escribió en el muro de un parvulario: «Los Reyes son los padres».

—A un escritor no se le acaba de conocer nunca. Juega al despiste. Lo encuentras escondido entre sus palabras. Y me atrevería a decirle que también puedes conocer a un escritor entre los espacios tras las palabras. Y sobre todo, entre líneas. O quizás me equivoco y allí es donde se conoce al lector. En esos huecos en los que cada uno de nosotros podemos añadir partes de nuestra cosecha biográfica o nuestras reflexiones a la historia.

Bourgeois me señaló entonces a un chico que corría como una liebre hormonada saltándose semáforos en rojo para alcanzar al gato vidente, mientras que el mismísimo Fiscal de Bruma intentaba alcanzar a Halley dando toques con su silbato.

—Maldito hijo de Satán, estudia, deja de fumar porros. Eres un parásito. ¿Sabes qué te pasa, jovenzuelo? Yo te lo diré: **¡Tu problema es que un día alguien te dijo que escribías bien!**

«Escribes bien», me repetí. ¡Qué inmenso placer recibía el departamento de mis ánimos cuando alguien me decía eso! A lo largo del tiempo había elaborado un listado de cosas en las que, definitivamente, no creía: la existencia de un dios estándar, el amor eterno o que el verde que codificaba mi retina no era el mismo color para todos. Quizás a partir de cierta edad andamos por la vida creyendo solo lo que es palpable, y por lo tanto, ya estamos contaminados. Quiero decir que en nuestra infancia hay algo que se nos revela. Pero nos resulta imposible transcribir su contenido. Es como una lengua alienígena.

Como ya comenté en *Canción de Bruma*, la importancia que tenía la música en mi existencia radicaba en que mi primera y particular alarma fue la música que ponía mi madre los sábados por la mañana en el piso de la Avinguda Diagonal. Canciones de los años setenta que, como si se tratara de un segundo parto, me dieron a luz cuando gastaba un año de edad. La música aguzó mis sentidos y ejerció como puente entre la vida consciente e inconsciente. El **Puente** vino para quedarse, y hasta la fecha, sigo cruzándolo, en un sentido y en otro, a voluntad propia, hasta el punto de que muchas emociones se transforman en melodías que intentan definir las y envasarlas. Quizás

el instinto poético es el vano intento de transcribir aquellas sensaciones que uno tuvo de niño.

A través de la música fui capaz de ver las redes del parque donde mi cuerpo bailaba. El comedor, en toda su extensión, y aquel inacabable pasillo en el fondo. La mezcla de aquella canción con el ruido del aspirador. Mis pequeñas manos repletas de mi propia saliva, los tarareos de mi madre y las risas de Cloti, la mujer de la limpieza, repasando los ventanales que daban a la calle, concretamente a la Casa de les Punxes. Ese fue mi Primer Despertar, aunque fugaz e impreciso. El disco fue separado de la aguja, y volví al mundo de mi pueril subconsciente.

El siguiente Despertar puede suceder muchos meses después. La conciencia de uno mismo no es una constante. Recaemos en el sueño del olvido y un día se impregna en tu recuerdo el frío de la mañana de un mes de febrero cruzando la Diagonal enfundado en un molesto pasamontañas y lamiendo un caramelo Pez, y despiertas, porque por primera vez has conocido el frío. Segundo Despertar. Otro día sales de tu amnésico ciego infantil en el momento en el que escuchas las llaves de tu padre abriendo la puerta y tú empiezas a dar vueltas a su alrededor como un perrillo faldero. Tercer Despertar, al que llamaría «la resolución de la espera». Otro día te llevan por primera vez a la peluquería. La chica te lava el pelo con sumo cuidado y acaricia mediante círculos tu cuero cabelludo. Puedes notar las yemas de sus dedos hundiéndose en tu piel. El agua caliente te lleva a una especie de miniclímax mientras escuchas a un grupo de madres hablando de ti en términos sumamente agradables. Es entonces cuando conoces por primera vez un momento erótico-narcisista. Cuarto Despertar. Y acto seguido, el instinto poético. Si no me equivoco, surgió en mi persona más o menos a los tres años de edad. Podría asegurar que surgió en el mismo momento en el que una sensación primigenia, a la que bautizaría muchos años después como el Hambre Invisible, oprimía mi estómago entre las higueras y los canales de riego en un escondido barrio de Les Borges Blanques conocido como La Font Vella. Allí viví apenas un año, pero sus horizontes, olores y murmullos acuáticos aún hoy en día siguen sorprendiéndome en mis noches de duermevera. Lo triste del asunto es que, al regresar a ese lugar convertido en adulto, nos sorprendemos de su actual neutralidad sensitiva. A ese espacio

que habíamos recordado tanto tiempo de manera mágica le faltan elementos. Quizás tus abuelos no están a tu lado. Puede que hayamos perdido el olfato o que el campo visual de un adulto haya mutado de manera radical. Nuestra infancia pasa de enfocar microespacios a contemplar el mundo casi en trescientos sesenta grados. Un niño es capaz de absorber la esencia de un detalle visual, el interruptor de una radio, la etiqueta pegada a una manzana, y lo hace completamente absorto, en la maravilla de su no-tiempo. Acto seguido puede observar la globalidad absoluta de su plano exterior, los campos, el cielo en su totalidad, el viento en la cara y el olor a romero mezclándose con su paladar repleto de chocolate. Otras veces (y este detalle siempre me ha inquietado) nuestro recuerdo infantil parece haber sido filmado por un dron situado a un metro por encima de nuestras cabezas. ¿Acaso nuestro espíritu nos graba elevándose por encima de nosotros a través de aquello llamado «el hilo de plata»? Sin embargo, la percepción adulta no es nada más que un plano medio que no entra en detalles. El análisis es muchísimo más pobre, ya que acostumbra a ser monosensorial. O escuchas o miras. O palpas o hueles. De adultos necesitamos hacernos una vaga idea del entorno de la que extraer vagas conclusiones y actuar, siempre actuar, porque eso es lo que se supone que debe hacer un adulto. Es el lado opuesto al instinto poético.

Hubo un par de despertares que me dejaron un tanto atónito. Aquí viene el Quinto Despertar. Tendría cuatro años y me encontraba mirando por la ventana de la habitación de mis padres. Daba a un patio. Descubrí entonces la dejada estructura de las fachadas internas, como si la ciudad hubiera sido abierta en canal y nos enseñara las tripas. Aquello era de una fealdad silenciosa, inquietante. Creo que me percaté por primera vez de que había dos lecturas de cualquier cosa: la externa y la que ocultamos. Sigamos. Otra mañana apareces en el patio del parvulario de la Mercè, oteando desde lo alto de un tobogán la multitud de pisos que conforman las islas de Barcelona, e intuyes que vives en un sitio repleto de muchas más personas de las que imaginabas en tu pequeño núcleo familiar. Hay aviones en el cielo, coches rugiendo. Definitivamente, el mundo que te ha tocado vivir es enorme. Ese Sexto Despertar fue una especie de palpito: había viajado en el tiempo. Algo en mi interior me decía que yo no había nacido, sino

que había vuelto. Me vi en medio de aquellos niños como un intruso, un recién llegado a un siglo cuyas pautas de comportamiento aún desconocía y en el que me debería desarrollar. Porque de niños (y ahora seré irracional y perderé todo el crédito que aún me quedaba) tenemos la sensación de que procedemos de vidas pasadas y aún conservamos algunas escenas de ellas. O acaso es el eterno retorno de Nietzsche, el cual, lejos de ser una suposición filosófica, es la más acertada de las realidades.

No sé por qué me ha venido todo esto a la cabeza. Quizás existieran toda una serie de razones místicas para entender a un Yo Poético y fuera tan fácil y doloroso como pelar las distintas capas de la cebolla. En cualquier caso, es obvio que el instinto creativo se forja a partir de ciertos estímulos externos, o despertares. Está claro también que la mayoría puede desarrollar el instinto poético. Pero hay algo relacionado con el destino y el dolor no resuelto. ¿Qué es el dolor para un poeta? El contenido. ¿Y la belleza? Su catarsis. Los factores biográficos cuyo producto genera escozor, sumados a cierta facilidad para combinar palabras y melodías en curiosas figuras geoemocionales, y multiplicados por una conciencia de destino tan extrema como tenían los fascistas son los tres vértices que forman el perfecto triángulo del creador. Su propia naturaleza trina desenmascara a los imitadores.

La voz que representaba ese chaval que respondía en mi viaje interno al nombre de Joven Halley no era más que aquella protopersona que empezaba a esbozar unos personales códigos de comunicación. El estilo de muchos escritores evoca la imagen de un cofre semiabierto y a la vez semicerrado. El lector podrá ver parte de lo que el cofre encierra, pero habrá esquinas que siempre deberá imaginar.

El Joven Poeta Halley sabía que la persona que había caído en las redes de su vocación acabaría diseñando el resto de su vida a base de saciar su necesidad poética. No podría ni querría evitarlo. Casi todo es secundario para un aspirante al oficio de las palabras, menos la gente a la que ama, porque esas personas dan sentido a sus palabras.

El quinceañero había empezado a intuir que el acto poético es un arma de doble filo. Un día querría ser Robert Smith, otro día Morrissey, al año siguiente anhelaría sonar como Deus, Sonic Youth,

Death in Vegas, así hasta el infinito. Pero hay un momento en el que te cercioras de que la mimesis de tus ídolos será solo la primera estación de una larga singladura. El aprendiz adquiere técnicas, pero sabe que su interior, algún día, le pedirá escribir y componer las cosas a su manera. Ese, sin duda, es el Séptimo Despertar. La conciencia íntima del Yo Poético. Desde aquel momento, Halley ya estaba igual de encauzado para su vocación que desahuciado para el resto de alternativas. No pocas veces desearía una vida más sencilla, como el resto de sus congéneres. Pero el Hambre Invisible era una dulce dictadora.

El viejo Bourgeois me sacó de la pecera de mis pensamientos:

—Ah, nuestra juventud, Equilibrista. ¿Recuerda ahora que una de las primeras personas que le dijo a nuestro Halley «Escribes muy bien» fue Musa?

Bourgeois tenía razón. A Musa le encantaban mis escritos. Mi Áter Ego maduro añadió:

—En realidad, usted sabe tan bien como yo que aquel Joven Poeta Halley que un día fuimos ya había usado sus palabras para acercarse al sexo femenino. Menudo truhan.

Otra vez Bourgeois había dado en el clavo. Si bien algunos zagales enseñaban músculo y otros una radiante motocicleta, Halley mostraba de manera muy selectiva algunos de sus textos a las féminas a las que pretendía hacerles el amor. Si, ante la confesión de su pasión por crear, las chicas reaccionaban con cinismo, Halley sabía que debía apartarse y dejar la presa en las garras de su personalidad más carnal. Pero casi siempre funcionaba. Soltar en tu juventud que tocas en una banda de rock y que escribes te añade cierto sentido de tridimensionalidad mental. Te suponen cualquier cosa menos simple: diferente, inconformista, soñador y toda una retahíla de conceptos emparentados íntimamente —y algunas veces de manera injusta— con la sensibilidad femenina. Dichas virtudes te ubican fuera del rebaño. Pero, advertencia, si en tu alma convive a la vez un poeta y un sátiro, esa supuesta oveja sensible no es más que un lobo disfrazado de oveja que espera su momento para ventilarse, una por una, a ese supuesto rebaño.

El resto de despertares son los siguientes: enamorarse, desenamorarse, enamorarse, y así hasta que la muerte te separe... de ti

mismo.

**ESTACIÓN 18**  
**MUSA Y HALLEY**  
*(Sobre la veleidad)*



Comprendí que Bourgeois no tenía ningún tipo de prisa por largarse, así que hice el amago de abrir el bloc de notas del Joven Poeta, más que nada para que el elegante caballero se percatara de que mi voluntad no era otra que sumergirme en los textos de Halley. El concejal de Turismo de Bruma pareció entender mi gesto y me saludó moviendo su sombrero con la sutilidad que obligaban sus modales.

Continué leyendo, ahora sin interrupciones.

*Sábado, 22 de abril de 19XX*

No sé de dónde proceden las palabras que escribo. Es como si brotaran como de una fuente. El problema es que la gente puede llegar a confundir la fuente conmigo. El origen no es a veces lo vivido, sino lo imaginado, pero cuidado: lo imaginado procede en realidad de nuestro ser más íntimo, así que, sea lo que sea, biografía o fantasía, realidad o ilusión, cada noche me sorprende con lo que escribo. Si en mi vida ordinaria fuera tan original, si tomara el resto de mis obligaciones con la misma pasión, no habría dios que me parara. En el exterior intervienen siete mil millones de coautores, por lo que uno va encajando los golpes y las caricias como buenamente puede. Unos dicen que hay que pararme los pies mientras otros quieren regalarme calzado. Pero yo tengo el conocimiento más sagrado: que todo lo malo se expulsa en el lavabo de un teclado.



Líneas más abajo Halley se atrevía a juzgarse a sí mismo.

Nota del autor: este final, pese a ser gracioso, es manifiestamente mejorable. No alcanza la calidad que me pido a mí mismo. ¿Hasta cuándo seguiré dando palos de ciego? Tengo que visitar al Mago.

*Lunes, 24 de abril de 19XX*

Musa. No quiero ser tu perro infiel, pero mi dependencia hacia ti empieza a ser preocupante. Ya no soy capaz de comerme una sola porción del pastel sin tu permiso y eso me angustia sobremanera. ¿Qué pasaría si me dejaras? Por Culpa de unos pocos —siempre es por Culpa de una minoría— pierdes tu autoestima y lo que sin duda es peor, la confianza en los demás. Justo antes de conocerte me veía a mí mismo montado encima de una cinta mecánica dentro de una producción en cadena de seres humanos aptos para el sistema y a punto de ser homologados como autómatas. Ya mi exterior era de hojalata. Fue entonces cuando te descubrí, Musa, rebelándote de manera enérgica. Pero los años pasan y uno tiene que posicionarse en el mundo. Adquirir unos estudios, conseguir un trabajo. Y entonces llegas tú y me sueltas en una cafetería: «Escribes bien, ¡ánimo!». Me has dado cuerda, Musa. Pero imagina que de repente desapareces y yo sigo, rendido a un destino incierto. ¿No ves que me resulta imposible rectificar el rumbo si no es rompiendo mi cintura de robot de hojalata, que no es otra cosa que lo que los demás han planeado para mí? ¡Por Culpa de esa lucha podría partirme en dos! Visualiza mis robóticas piernas, continuarían andando aunque fueran apartadas de la cabeza y del corazón, porque para un futuro que no has soñado apenas necesitas cabeza ni alma. Mientras tanto, mi espalda reposaría en el suelo, apoyada en esa llave gigante a la que tú has dejado de dar cuerda. ¿Entiendes ahora el miedo que tengo a que cualquier mano caprichosa me agarre y me dé la vuelta para cambiar por completo mi trayectoria vital? No me hagas daño, Musa. Si caminas a mi lado, que sea para siempre. Entiéndeme. Hay gente a la que le gusta cambiar la dirección de los pasos ajenos solo para gozar de su poder de influencia sobre sus semejantes. Ni creo ni deseo que tú seas una de ellas, pero la aparente seguridad en mí mismo es mentira. Para mí la felicidad es aquel momento de calma antes de un maremoto. Me estoy confiando demasiado, y mira que mis antecedentes biográficos no me animan precisamente a la idea de la vida feliz en pareja. Oh, Musa, tú aún no lo sabes, pero en mi pasado algunas personas de movimientos arácnidos ratificaron la

imagen que tengo de la mentira o incluso de los silencios para su propio beneficio. Sé que tu propia experiencia coincide con lo que te estoy diciendo. El pasacalle de los humanos heridos por sus propios semejantes es una riada que empieza desde Adán y acaba con el último bebé que está saliendo en estos precisos instantes de las entrañas de su mamá-tiesto. De tal manera no podemos Culpabilizar al paciente cero. ¡Se pierde en la noche de los tiempos! Lo triste es que, si nos sentimos engañados, será nuestra siguiente relación donde nos mostraremos, oh, injusticia poética, desconfiados en grado máximo. La siguiente tanda es siempre la que paga el pato. La pobre presa siempre está desprevénida, porque esa es nuestra naturaleza cuando nos toca ser víctimas. La venganza se sirve fría, cierto, pero casi siempre servimos la comida al comensal equivocado. Y en esta concatenación de errores se genera una línea de infelicidad absoluta que ninguna religión ha conseguido detener.

Dejé la lectura para reflexionar sobre que Halley había mencionado, igual que lo hizo el Fiscal en la Gran Estación, la existencia de un Mago. No tenía noticias de que existiera semejante tipo en mi espíritu o, al menos, lo había olvidado. Apunté en mi agenda: «Conocer a un tal Mago». Luego pensé en Musa, o en la cantidad de Ediths que pasan a lo largo de la vida de un poeta. Como en el dilema eterno del huevo y la gallina: ¿qué fue antes, la poesía o la musa? ¿Habría un momento en la vida del Joven Poeta Halley en que huyera de las personas que inspiraban versos como de la peste más mortífera porque estas significaban dolor infinito?

Había una manera de comprobarlo: prosiguiendo con la lectura de los diarios de mi Joven Poeta.

*Miércoles, 26 de abril de 19XX*

[...] Como todos, sigo buscando, prematuramente viejo y asustado, una cura entre los estercoleros de palabras. Pero necesito salir de estas cuatro paredes de cristal. Soy como un peluche enfurecido en una tómbola dentro de una cabina acristalada, esperando que un gancho lo agarre y lo saque al mundo exterior para decir la suya.

[...] El mundo del rock está formado por unos pocos genios y una gran mayoría de seres estrafalarios que en otras épocas hubieran sido considerados los locos del pueblo, asesinos incendiarios o brujos de tres al cuarto. Si de algo puede enorgullecerse la música contemporánea es de que tiene el honor de haber reinsertado a un sinfín de personas que en otras épocas hubieran sido

colgadas en la horca por su curioso sentido de la moral o su manifiesta incapacidad para acatar las normas. No quiero imaginar a Keith Richards en la Inglaterra del siglo XV. ¿Qué hubiera sido de él? Por estas razones necesito gente que se involucre en el grupo como quien ingresa en una banda terrorista. Personas un tanto desesperadas que no sirvan para muchas cosas en realidad, auténticas inútiles excepto para la creación, o músicos cuya vocación vaya muchísimo más allá que una simpática afición enmarcada en los años de pubertad, cuando se necesitan armas para agradar al sexo femenino. Esos tipos no me sirven. Semejantes elementos al final se largan de una banda para trabajar en un banco y complicarse la vida con hipotecas. No. Necesito a personas que piensen que una banda de rock es el único tren que pueden coger bajo amenaza de ser unos indigentes en vida.

La verdad es que sigo sin encontrar a músicos que valgan la pena. Quizás deba aceptar que no hay una banda ideal. Un tipo me acaba de decir que imite el estilo del bajista de Interpol. Maldita sea. He dicho que iba a comprar tabaco y no he regresado al local. Así pues, vuelvo a estar sin banda. ¿Qué coño le pasa a la gente? Todos somos como piezas de hielo desprendidas de glaciares flotando por las aguas del Ártico. Cada uno de los bloques piensa que lleva la jodida razón y luego los escuchas y nadan en el encharcado mar de lo superfluo. Crearé fiestas del desencanto y medio aplauso será mi recompensa.

Pero así como una canción nueva puede arreglarte una semana horrible, hay días soleados en los que llegas al local y el guitarra gordinflón te suelta que os abandona. Resulta que lo han llamado de otra banda, ni más ni menos que con un contrato discográfico, y entonces vuelves a sentirte un puto desgraciado en manos del destino.

[...] a pesar de que mi entorno insiste sobre mi capacidad para estudiar, sé ver que estamos pasando por un bache económico muy grave. Es lógico, pues, que me parezca un lujo ponerme a estudiar durante cinco años una carrera universitaria tal y como están las cosas en casa. Ojalá fuéramos la familia de antes, cuando se ataban los perros con longanizas y todo el mundo giraba alrededor del patriarca, el adinerado inventor de patentes industriales. Pero las tornas han cambiado y cada año se vende algo, desaparece un cuadro, un recuerdo familiar. Luego están las arenas movedizas del mundo laboral. Das un paso dudoso y empiezas a hundir tus sueños en el lodazal de todos los sueños que jamás se cumplieron. La vida laboral es una tupida jungla. Caminamos por ella y no paramos de tropezar con densas telarañas. Son esas empresas vampíricas que pretenden llevarse lo mejor de nuestra juventud. Intentas esquivarlas, pero la realidad es que no hay mucho dinero en casa, así que no puedo ir de Hamlet torturado por la vida. Temo ser engullido por las

crías de la araña, pero a la vez quiero dejar de ser un lastre. Entonces otra voz me advierte que uno firma un contrato de prácticas y de repente ya está cediendo su tiempo a una sociedad anónima que ni siquiera lo traduce en un sueldo digno. Por ahora no puedo justificar ningún éxito que me permita conseguir una tregua. Debo dejar de estudiar y entrar en el mundo laboral, a sabiendas de que es una trampa. No hay más remedio que ser cazado. La liebre se rinde ante los perros. Dios dirá si sabré escapar. Deberé componer y escribir por la noche, mientras no me vean.

Musa. Todo el pasado antes de ti ha sido un puto chiste. Aquellos torpes besos del pasado ya solo puedo definirlos como caóticos vaivenes labiales, simples investigaciones de mercado. Me viene a la cabeza la imagen de un par de lenguas elevándose como palas mojadas en ese espacio intermedio entre dos bocas unidas como ventosas. Con esas chicas mis abrazos no eran nada más que movimientos de grúa, siendo todas y cada una de las palabras que les dediqué perfectamente intercambiables. Reconozco que las empleé con la misma intensidad, acentos y puntos suspensivos una y otra vez. Pero, Musa, entiéndeme. No hay poesía en todas las relaciones. Hay historias que funcionan como novelas. Otras, leves sonetos. Óperas bufas. Historias eróticas. Algunas tienen menos guion que una película pornográfica. No todo es lírica. Hubo un periodo en el que la historia se volvió en mi contra. Caía en mi vida la lluvia de infinitas relaciones, pero incomprensiblemente mi piscina de vitalidad se iba secando con cada una de ellas. Me debilitaba y me reblandecía delante de aquellas hábiles falsificaciones del amor. Me saqué una licenciatura en vacuidad sin apenas dedicarle esfuerzo. Sé las razones. Mi cerebro ha sido demasiado precoz. La mayoría de personas que he conocido no han roto aún el cordón umbilical. ¡Se dedican a repetir patrones! Cuando les cuestionas el estado de las cosas, desde la política hasta la ordinariedad del futuro que se nos presenta, sonrían y te sueltan un mediocre «Estás muy colgado». Sabes tan bien como yo, Musa, que en la mayoría de pupilas de la gente solo encuentras un pozo donde se ven reflejados sus propios padres y los proyectos que para el vástago han diseñado. Nada en algunos espíritus, pienso a la hora de los postres, nada, no hay nada, pues lárgate de este puto bar, ¿a qué esperas? Hazlo corriendo en busca de la soledad que te aguarda desnuda y paciente en tu habitación. Lo sabes tan bien como yo, Musa. Hay un tipo de ideas que solamente las entienden según QUÉ tipo de personas con según QUÉ tipo de experiencias. Tú y yo nos parecemos en algo. Fuimos expulsados del paraíso de repente, pero nos mantenemos a flote gracias a nuestra insatisfacción esperanzada. Tú te convertiste en una joven escéptica y alocada. Pero sabes que, para la gente como nosotros, encontrar apoyos es

complicado. Podríamos contar nuestros aliados con los dedos de una sola mano. A ti te da igual. Eres mucho más autosuficiente. Eso me pone nervioso. Podrías continuar sin ellos. Sin mí.

Yo no. Ahora no. Ahora ya no. Siempre he anhelado salir de la mierda al lado de alguien. *Bonnie and Clyde*, versión Barcelona. Pero buscaba en mi entorno, y no encontraba. Indagaba en mis semejantes. Todos sus reinos, falsos, y todo el arsenal de palabras que deseaba dedicarles murieron antes de nacer como un aborto de horas. ¡Qué poca gente inspira, Musa! ¿Qué quiero expresarte con este rollo? Pues que me cuesta horrores enamorarme de verdad. La gente puede inspirarme a lo sumo. Un movimiento, una sonrisa pueden instigar un poema. Pero nunca, jamás, la novela que ando buscando. Tú tienes que ser la protagonista.

Antes de encender mi fuego deberías saber si serás capaz de apagarlo si algún día deo de complacerte. En caso contrario, te habrás titulado como Pirómana Emocional. Pero así somos los humanos. Lanzamos una antorcha al bosque de un alma ajena y ya no miramos atrás.

*Ciao*, Musa. Voy a ponerme a componer un rato. Recibe un beso desde mis mundos de viento. De perfil lo recoges. ¿Te he dicho alguna vez que cuando te conocí tu perfil ya causó más interés en mi persona que mil caras de frente? Pues no pienso decírtelo. Porque jamás leerás esto.

Las últimas páginas de los últimos diarios del Joven Poeta eran las siguientes:

*Jueves, un día cualquiera de un noviembre de un año catastrófico. Crónica del fin*

Vaciamos el sol tirados en una hamaca, Musa. ¿Te has olvidado? Absorbimos el maldito sol, lo exprimimos como una naranja, tanto que al absorber tanta luz temimos que en ese abrazo el mundo quedaría por completo en tinieblas. Me sentí minúsculo, honrado, sobrealimentado. De esta manera me convertí en un ligero átomo parecido a una gota de agua, que en su descenso por tus relieves pretendió colarse en tu sur. Así era toda mi abrumada persona, comprimida para parecerme liviana y poder vivir en tu bolsillo. ¡Pero ay del imbécil temerario! Segundos después, quizás minutos, metí la pata hasta el fondo. Te pregunté: «¿Soy el único, Musa?». Y vi la duda en tus ojos. Y el fuego de la ira saliendo por las puntas de tus cabellos. Mis preguntas te sonaron a duelo. Demasiado compromiso para edades tan sedientas. Y luego escuché las palabras más ambiguas que cualquier ser

humano haya pronunciado jamás. Porque cuanto más oscuras se hicieron las tardes, en nuestro año de eternos emigrantes hacia lo lúdico, más frenaste mi curiosidad con un «No indagues tanto», y en el fondo, aunque no lo reconozcas, ya no quisiste saber nada más de mí, por Culpa de mi maldita pregunta. ¿Huelga decir que no la contestaste como yo esperaba? Te limitaste a decirme: **«Escucha, quiero que la vida pase a través de mí».** **Respuestas que nadie quiere escuchar.**

Aquella frase me dio pánico. Dejaba entrever muchas, demasiadas cosas. Ese particular detalle, esa niñería, fue mi particular caballo de Troya. Mira que llegué a visualizar Navidades ñoñas a tu lado, un brindis amanerado a los pies de un fuego hortera de poliéster, casados por la Santa Madre Iglesia, aunque ni tú ni yo creamos en nada. Te visualicé como la madre de mi futura galaxia de mellizos, todos con sus putos peúcos. Y todas las cursilerías de este mundo, francamente, se me antojaban naturales, incluso apetecibles. Claro está, antes de la maldita pregunta. Y tu respuesta fue algo así como el golpe de un martillo sobre mi frágil corona de autoestima. Ahora mismo estoy en el suelo de la vida y mantengo mi pulso a base de puñetazos. Tengo el color de la piel como un ahogado en el lago. Vomito hectolitros de espanto. En mi pálida boca solo encuentras llagas que dejaste a través del virus del beso. **«Escucha, quiero que la vida pase a través de mí».** Menuda sentencia, tú, genocidio de ilusión. Ahora mis sueños son pequeños renacuajos que toman el sol en el moho. He dejado de ver el futuro. Dicho de otro modo, ahora el destino se abalanza sobre mí como un tren de mercancías. He bebido toda la sal que albergan los mares y he tenido que devolver a plazos la hipoteca de felicidad que asumí poniéndome a mí mismo como aval. Incluso me han embargado los rayos ultravioleta que absorbí, impulsivo yo, al notar que me rozabas los labios cuando en verdad la mejilla era su natural destino, Judas, más que Judas. Has hecho que hunda mi cabeza en ese cubo. Has logrado que prefiriera la asfixia a la vergüenza del bobalicón. Me has dejado velado. Mi sombra tiene colores, y en ese espantoso cuarto donde me escondo deseo no encontrarme.

Tengo que olvidar la frase **«Quiero que la vida pase a través de mí».** Debo enviarla a las letrinas de mi memoria porque, si no es así, no podré continuar. Ni siquiera sabré mirarte a la cara.

*Viernes, un día cualquiera de un noviembre de un año catastrófico. Crónica del fin*

Musa. Deja que te llame Rachael, como la protagonista de *Blade Runner*.

Permíteme que me crea el mismísimo Deckard, si no es mucho pedir. ¿Trascenderá algo de nuestra historia, aunque solo sea una escena? Si me abandonas, Rachael, déjate de brutalidades y emplea tu elegancia, porque es en el abandono cuando la elegancia es más necesaria que nunca. Aunque te parezca contradictorio, un elegante adiós puede ser la forma más refinada de brutalidad, ya que te reafirma que la persona que amabas mantuvo su estilo hasta el último instante, que al menos no habías estado equivocado durante tanto tiempo y que soy yo el que sencillamente no he sabido retenerte a mi lado.

Si me abandonas, Rachael, déjame en una esquina con la misma sonrisa de vana esperanza y expresión estúpida de perro esperando a su dueño. Luego, cuando asimile que no vendrás a buscarme, ya me encargaré yo de convertirlo en trágico mediante unas líneas en un papel que gotearán sangre al disponer la hoja en vertical. Rachael, escucha. Mi umbral de dolor es limitado. Me defino como «amateur», apreciada Rachael-Musa. Desde ahora relaciono «amateur» con «amador» más que con «aficionado». Soy un «amateur» de la vida.

*Sábado, un día cualquiera de un noviembre de un año catastrófico. Crónica del fin. La parábola del tonto*

Musa. Siento mucho las cosas que te he dicho. Todo el mundo es heredero de su propio ayer. Pero tengo buenas noticias. He pasado por todos los estados de ánimo, como en un tour nocturno por mi ciudad. Sin ir más lejos, esta mañana de sábado me he levantado de un brinco invadido por un optimismo exacerbado dispuesto a ser mi propia mujer de la limpieza. He dejado mi alma tendiendo sus sábanas en la radiante azotea y ha caído una lágrima tuya, la misma que busqué en vano ese domingo velado. He puesto mis palabras en la lavadora y en la esquina de una de ellas he encontrado, por fin, el motivo de tus iras: palabras manchadas de faltas, ofertas que nacieron rotas.

*Lunes, creo que de noviembre, pero no me importa una mierda*

Luego vino el concierto de John Boy y todo quedó muy claro. Te acompañé, ilusionado por compartir algo que a ti tanto te ilusionaba. Conseguimos llegar a las primeras filas. Al final del concierto, aquella superestrella del pecado hizo una señal a uno de sus gorilas. El tipo te había

seleccionado. Sin saber muy bien por qué, te hicieron saltar la valla. Me quedé allí como un idiota, las manos ocupadas por sendas latas de cerveza. Todo el mundo abandonó el recinto menos yo. Te esperé hasta que la brigada de limpieza del pabellón estuvo a punto de barrerme. No supe nada de ti hasta la tarde del día siguiente. Cuando te pregunté qué había pasado parecías disfrutar con mi padecimiento. Sonreías. Supuse que me lo contaste casi todo, y lo que preferiste obviar lo explicabas con gestos de encantador mimo. **«Quiero que la vida pase a través de mí.»** Volví a recordar tu frase, como un oráculo de mi humillación. Pues bien. Que lo sepas. Ojalá me hubieras dejado a la antigua usanza. Ojalá hubiera escuchado aquella manida frase consistente en la continuidad de la amistad. Fuiste original hasta en la manera de ensañarte. Has provocado mi rapidísima descomposición, mi vampírico envejecimiento, mi monstruosa agonía. Es como si un rayo de sol hubiera cercenado mi rostro con la Z de Ziggy Stardust. Desde aquel concierto he mutado. Los primeros fríos de otoño son más arios que nunca, tal es mi actual hipersensibilidad, asquerosamente menstrual. Así ha concluido la historia de un tipo antes dicharachero que quedó en tinieblas para siempre. El mismo que te escribe ahora, encendiendo cerillas, desde el cuarto oscuro que es mi espíritu. Quizás continuemos, pero algo en mi interior te ha dicho: «Hasta nunca, Musa».

Tienes que saber algo. Horas después me largué a la montaña con un póster de aquella estrella del rock a la que llamaremos John Boy. Y le escupí. Y le disparé balines, centrándome en su aparato. Y por la noche, Musa, llegué a un extremo tan fumado que escuché la respiración de un ente extraño en mi habitación. Me incorporé. En el sofá donde dejo mi ropa sucia vi una silueta espectral. Ni más ni menos pertenecía a David Bowie, siendo precisos, en su época de Duque Blanco. El tipo inhaló unas cuantas veces de su alargado cigarrillo y me musitó: «¿Qué es lo que deseas, man?». Le contesté que, puestos a pedir, quería meterme en el cuerpo y en el alma de John Boy, aunque fuera por un corto periodo de tiempo. Deseaba viajar a aquella noche en la que el telépata de Dublín estuvo contigo. Notar la pasión que desplegaste al hacer el amor con él; en definitiva, que me admiraras como un ente deseable y no como un amigo con derecho a cama. Y aquel espíritu sonrió. Me dijo: «Ok, como gustes. Pero lo averiguarás dentro de unos cuantos años. Ahora no es el momento».

Al día siguiente te dejé.

*Jueves, 8 de julio de 19XX*



Quizás la vida ha pasado a través de Musa, pero con relación a mi persona la vida me ha arrollado.

Miro por la ventana de mi piso con la vana esperanza de encontrarla. Pero debo ser realista. La jodiste, Halley. Ella emprenderá cualquier dirección menos la que la dirija hasta el portal de tu casa. Llevo una semana sin saber nada de Musa. Pero...

... ¡Aguarda! ¿Quién anda ahí fuera? ¿Quién camina por la calle? **¿Quién es esa chica?** ¡Que viva la belleza en todas sus manifestaciones! ¡Tengo que bajar las escaleras! ¡Quiero conocerla! ¡Creo que me he enamorado! Es más. ¡Creo que hasta ahora nunca me había enamorado! Por cierto, ¿de quién estaba hablando hace un minuto? ¿De qué me suena el nombre de Musa? Ya me cuesta recordar a aquella mujer, hábil copia barata del amor. Voy a por ti, desconocida. Creo que te amo. Escribiré grandes canciones en tu nombre. Te llamaré Mesalina.

Fin de la lectura. Aquellas últimas frases me habían parecido la clave para entender el meollo de la personalidad del Joven Poeta Halley. De repente se apoderaron de mí unas irrefrenables ganas de encontrarme con él, incluso antes de averiguar el paradero de mi Edith actual, y soltarle la Buena Nueva: aquella Hambre Invisible que lo devoraba no era nada más que una infinita ansia por poseer y por gozar del enamoramiento ¡para acto seguido escribir acerca de ello! Porque el Hambre Invisible, la necesidad poética, no era un ser concreto ni ninguna Edith en particular, sino que eran todas las Edith, Mesalina o Musa que encontraba un poeta a lo largo de su vida. Las musas en la vida de un poeta no son el fin, como ellos piensan en su infinita ceguera pasional, sino pretextos para ilustrar el amor que profesan a la misma vida. Porque en realidad, de lo único de lo que el poeta está al cien por cien enamorado es de la misma existencia, de la pasión como concepto y del acto creativo que el amor provoca, y, sobre todas las cosas, de sus efectos secundarios. Pensé entonces que en realidad nadie merecía ningún poema. *Angie* no merecía semejante canción. Lord Alfred Douglas, aquel malcriado dandi inspirador de *De profundis* era otro escandaloso y frívolo ejemplo de lo veleidosa que era la necesidad artística de escribir sobre el amor. La vida de Douglas habría pasado desapercibida, pero aquel rubio heredero *posh vintage* tuvo la suerte de que Oscar Wilde lo eligiera como fin y como medio de su postrer canto del cisne. ¿Musas? No os vengáis arriba. Sois simples

disparadores de una necesidad que ya existía antes de la noche de sus tiempos.

Pero al Joven Halley le faltaban muchos años para comprender tamaña verdad.

## ESTACIÓN 19

### DISCURSO EN LA UNIVERSIDAD DE LOS SUEÑOS



Nuestro Equilibrista llegó a la habitación del hotel con el único objetivo de descansar de tanto recuerdo. Para ser el primer día, no había estado nada mal, pensó. Con el ánimo de poner su mente en blanco, Equilibrista dejó los escritos del Joven Poeta Halley en el otro lado de aquella cama *king size*. Con la celeridad del rayo se hizo un cigarrillo de hierba. Al cabo de unos minutos, ya había conseguido ralentizar su ritmo cardíaco y se encontraba introduciéndose en una fantasía, o dicho de otro modo, nuestro Spinelli estaba a punto de iniciar de nuevo otro peligroso juego de muñecas rusas psíquicas.

Su particular alucinación fue provocada por un olor, mezcla de desinfectante y aroma de axila posgimnasio. Desde luego, el olfato es el sentido que provoca los más veloces *flashbacks*, pensó. Tras aquel aroma, la vista empezó a configurar un aula circular dentro de un extraño instituto de secundaria. Todos los alumnos eran maniquís desnudas y calvas... En una especie de púlpito había un extraño docente. Alargado, barbudo, gafas de aumento, iba ataviado con un traje azul eléctrico. De nuevo era Jarvis Cocker.

—Queridos alumnos. ¿Creéis que la infancia, entendida como un campo mental, puede postergarse hasta la ancianidad? Mi opinión es que, exceptuando algunos afortunados, es casi imposible.

Una de las maniquís tenía la mano levantada y la boca abierta. Empezó a hablar con la voz de mi amada Edith:

—Mi niñez acabó a los once. Entonces se inició una época personal a la que llamo **La Primera Época Oscura**. Es como si, después de la venida del primer ciclón, cierta parte de mi persona hubiera quedado catalogada por mi gobierno psíquico como Zona Catastrófica. Los cimientos no aguantaron. Por lo visto, los materiales que sustentaban las columnas de mi hogar eran una falsificación del granito. Mi escenario familiar se había convertido en una especie de Sarajevo bombardeado de manera aleatoria durante una década, exceptuando algunas temporadas de tregua. Mi ingenuidad acabó por derrumbarse. No entraré en detallar los motivos. En mi opinión, deberíamos superar las causas y centrarnos, de una vez por todas, en sus consecuencias. El psicoanálisis no ha trabajado tanto el camino de vuelta. Si una burla de un compañero originó que dejaras de tocar la guitarra, el problema no es la burla, sino que dejaras de tocar la guitarra. Eso es lo grave.

—Edith. La visión que usted tiene del psicoanálisis es un tanto sesgada —dijo el profesor Jarvis.

—Quizás. Reaccionamos desde nuestra subjetividad, por lo que nuestra reacción jamás puede ser proporcional. La misma guasa, o un divorcio de tus padres, asimilado por un tipo seguro de sí mismo o de una piltrafa humana, pueden provocar la indiferencia en el primero y el autismo inducido en el segundo. Lo que aquí importa, doctor, es que había una vez una chiquilla que se dio cuenta de que las cosas no eran como se había figurado. Hablo de una reorganización neuronal. Aquella niña se escondió entre las trincheras y por primera vez buscó la soledad. Parecía que nada de lo que vendían en los anuncios televisivos fuera cierto. Forma y fondo, contenido y manera de vender el contenido, producto, actor y *copy*, los Evangelios, Jesús, todo era la misma cantinela vacua. La gente fallecía, las familias se resquebrajaban como un viejo trapo de cocina y las enfermedades no tenían piedad. Esa niña comprendió que la vida estaba llena de situaciones desagradables por las que bien valía la pena cruzar los dedos. También se cercioró de que las personas no eran máquinas precisas y de que hasta el más pintado podía decepcionarte. Pero los niños prefieren callar hacia fuera, e incluso hacia dentro. Bloquean su

comunicación afectiva porque un niño no sabe ni siquiera autocompadecerse.

—Ya.

—No me cogió por sorpresa. Lo había notado desde que tenía uso de razón. Doctor, créame. Era capaz de percibir aquellas vibraciones en el silencio previo al ridículo momento de soplar las velas de cumpleaños o en las miradas cruzadas de los mayores. En realidad, los extraños augurios siempre habían estado allí, como motas de polvo observándose desde una esquina de un comedor abrigado, impecable, aunque descuidado en sus rincones. Dichas motas se acumulaban en forma de arañas amorfas, me observaban y a veces me musitaban posibles desastres. Todos lo sabemos. El silencio de las paredes, incluso el tacto excesivamente húmedo de las sábanas pueden advertirte de un mal presagio. Me refiero, por ejemplo, a una discusión en la otra punta de la casa cuyas palabras un niño no alcanza a entender, pero sin embargo sabe interpretar sus ritmos, cadencias, abruptas subidas de volumen, los eternos silencios entre reproche y defensa. Las voces de la habitación contigua, aunque mantengan amortiguados modales burgueses, traspasan las paredes y llegan a la habitación de una niña como ráfagas subatómicas. Incluso la expresión de los juguetes parece metamorfosearse. Sonrisas de peluches, muecas consternadas, pupilas de oso hechas con un botón que, de repente, adquieren la mirada de los locos. Todo hace temblar la cama de un niño, o quizás sea el niño quien tiembla. No es una violencia tangible. Es una electricidad. Por mucho que un infante quiera mantenerse al margen, acaba implicándose en los asuntos de los mayores por su descontrolada receptividad. Sus escudos aún no se han creado. Mi generación se crio viendo en la televisión imágenes acompañadas de un concepto: Guerra Fría. Para guerra fría, la de mi casa. Doctor, hablo de lo intangible.

—Continúe. Es interesante.

—Cada uno desarrolla en la infancia cierto tipo de particularidades según el ambiente donde se ha criado. Puedes nacer con un oído musical prodigioso, tener predisposición para las formas, ser un auténtico lerdo en referencia a las matemáticas o tener un talento innato para los idiomas. Pero hay otros cachorros humanos que se especializan en la interpretación de la energía sutil. Son

chavales a los que les han salido en sus pequeñas cabezas un radar de peligro emocional y un escudo protector. Quien ha vivido «alteraciones en la fuerza» se convierte en un ávido interpretador de las previas advertencias exteriores, incluso años antes de que el suceso percibido se materialice en el mundo real. Esa antena es una aguda intuición. Es extraño que dichos especímenes los puedas encontrar en medio del mullido copo algodonoso de una familia estructurada. ¿No cree?

—Déjeme lanzarle otra imagen, Edith. Tomemos como punto de partida nuestro nacimiento y visualicémoslo como el punto inicial de una espiral de pintura luminosa. Es probable que cuanto más cerca de ese punto central lances una piedra, más cantidad de rayos líquidos te reboten. Cada elemento, negativo o positivo, que impacta de lleno en la infancia te reviste de una primera capa de pintura. Sin embargo, cuanto más crecemos, más nos alejamos del punto inicial de la espiral, y menos nos salpica.

—Pues a mí me dio de lleno. En fin, profesor. También creo que la experiencia vital nos equilibra tarde o temprano en relación con la cantidad de felicidad o infortunio recibidos. Algunos se dan cuenta de ello a los diez años. Los más afortunados, a los veinte. Pero a la llegada de los treinta, todas las evoluciones personales se equilibran, ya que en mayor o menor medida todos ya hemos pasado alguna vez por la estación del desengaño y la tristeza. Algún derrumbamiento ha habido. Es la ley. Le pondré un ejemplo. Pierdes el contacto con un amigo de tu infancia. En aquellos tiempos todo le iba sobre ruedas. Lo encuentras, mediante las redes sociales, veinte años después y piensas que la vida se ha ensañado con su familia. Por no hablar de su apariencia, un horror...

—El equilibrio de la treintena.

—La diferencia es que algunos desde la infancia ya gastan la mirada de los mil metros. Mi pareja la tiene. Yo la tengo.

—Relájese. Estamos hablando de usted. ¿Y cómo desarrolló esa perspicacia emotiva?

—Creo que una va analizando los datos previos antes de una catástrofe y concluye que se repiten ciertos patrones. Antes de «aquello» odiaba la soledad. Los domingos por la mañana salía de mi casa en busca de amigas en el parque, mientras una gigantesca nube

grisácea a la que no le hacía demasiado caso iba acercándose a velocidad de crucero. Voluntariamente ajena, jugaba a la rayuela y pensaba que con un poco de suerte aquella nube desaparecería del cielo si cerraba mis ojos. Pero el huracán seguía su camino, directo hacia mí.

—Interesante.

—No quiero entrar en hechos concretos. Mi pareja me dice que si escribes un libro puedes quedarte en ropa interior, pero jamás desnudo. ¿No cree que la mayoría de grandes misterios de la humanidad esconden una explicación ridícula? Por otra parte, cuando uno cuenta sus mierdas a los demás siempre corre el riesgo de escuchar una historia muchísimo peor. O quizás sea una cuestión de pudor y respeto hacia mi entorno. ¿Quién sabe, en realidad? Quizás tenga miedo a ser injusta. Frente al Cosmos, nadie es culpable de nada. Todo lo que acontece es ridículo, nimio, risible, desde años luz de distancia y tiempo. Intento convencerme de que todo aquel que nos ha herido podría contar su particular versión de los hechos. Todo hijo de hombre tiene sus hambres invisibles mal saciadas.

—¿Ha dicho «hambres invisibles»?

—Olvidelo, profesor. Es otra cosa del Equilibrista. Ya ve. Uno acaba hablando como su pareja si se descuida. Digamos que Hambre Invisible sería en este caso un sinónimo de insatisfacción, trauma, deseo irrefrenable, pasión excesiva, ciega entrega... Me refiero a que no es descabellada la idea de que, años después de la catástrofe, podamos encontrarnos cometiendo los mismos errores que aquellos padres y abuelos a los que habíamos puesto en la picota. Volvemos a emparentarnos con nuestros familiares, ahora a través del error. La cuestión es que me desdoblé. Aquella niña era solo la más pequeña de una serie de muñecas rusas. No hubo evolución, sino cambios abruptos. Como él.

—Me da la impresión de que pretende justificar la actitud de su pareja. También creo que el cambio de su querido Equilibrista no le cogió por sorpresa debido a su sexto sentido, aprehendido en su infancia. Edith, míreme a los ojos. Usted ya intuía que el Equilibrista estaba inmerso en un proceso de crisis incluso antes de que él mismo se diera cuenta, ¿verdad?

—Mmm... ¿Le importa si fumo?

—Es usted un maniquí, querida alumna. Al menos en esta alucinación.

Risas de los maniquís. El profesor Jarvis añadió:

—Ah, la caída, queridos alumnos. Siempre sucede. A veces estos accidentes son claras metáforas del erróneo rumbo de nuestras vidas. Nos pasa por hacer tantas veces «malabares con las circunstancias».

La alucinación continuó así: Jarvis conjeturó acerca del accidente de Equilibrista y preguntó, de una manera un tanto retórica, si aquel accidente tenía algunas semejanzas con la legendaria caída de san Pablo del caballo que lo llevó a abrazar la idea de Dios. Sin embargo, Jarvis aseguró que nuestro artista de circo no había percibido hasta la fecha ningún tipo de revelación divina tras el accidente. Nada, excepto preguntas, algo muy acorde con el siglo en el que vivimos. Dios había preferido huir del cara a cara y mostrar a Equilibrista su burlesco perfil.

—Si Dios ha dejado de mostrarnos el camino, entonces el camino son las mismas preguntas y el aprendizaje no son más que las conclusiones tras el error. De todas maneras, ¿qué tipo de conocimiento real aprendemos de un dogma de fe? Ninguno. ¿Llegamos a conclusiones sin tropezar? Jamás.

El resto de alumnos cuchicheaban. Equilibrista quiso decirle algo al profesor Jarvis. Pero le fue imposible. Hay veces que albergamos en nuestro interior cuestiones que arden. Entonces Equilibrista descubrió que las preguntas realmente importantes eran las más difíciles de verbalizar. Tras unos segundos tartamudeando, Spinelli pudo encontrar las palabras requeridas dentro de aquella habitación desordenada que era su espíritu. Miró al docente británico y le dijo:

—Profesor Jarvis. Lamento la intromisión. No sé si estoy vacío o me siento vacío. En cualquier caso, hay veces en que el vacío lo llena todo.

—Y por eso existe una sola palabra, procedente de una lengua animal. La palabra que lo condensa todo.

—¿El grito?

—Right.

**Del maniquí de Edith surgió una lágrima.**



## ESTACIÓN 20

### ANTILÍBID

*(Sobre la apatía por el sexo y sus inesperadas consecuencias)*



Aconteció durante la mañana de mi segundo día en Bruma. Andaba tomándome un café al lado de mi Otro Yo acomodaticio, el maduro Román Bourgeois, que introdujo el caso de Lavinia en nuestra conversación. Como por arte de magia, otro diorama de mi pasado se había formado delante de mis narices. Pertenecía a un caso acontecido un año después de mis discutibles aventuras en el despacho del asesor laboral. La figura de Lavinia surgió en la mesa de al lado. También aparecí yo, convertido en Román Líbid, ahora con diecinueve años, aunque sería mejor denominarlo —al menos durante este capítulo— **estación— Román AntiLíbid.**

Lavinia era siete años mayor que yo, poseía dulces facciones de hada celta y, sin embargo, su expresión corporal era en ocasiones violenta, tanto que evocaba a una especie de Anna Karina punk.

Bourgeois señaló aquel diorama de recuerdo tridimensional.

—Lavinia pertenecía al cada vez más amplio sector de las narcisistas. ¡Y menuda manera de reaccionar por parte de nuestro querido Líbid! O mejor dicho: AntiLíbid. Porque nuestro ser sexual puede triunfar más que nunca cuando precisamente desprende cero interés por el sexo. Es una treta exitosa. Con respecto a aquel día... ¡Qué arte desplegado! Aún hoy me sigo asombrando de la manera en

que AntiLíbid la ninguneó. ¿Lo recuerda, Equilibrista? Recién usted andaba lamiéndose las heridas de Musa y trasladó su apatía hacia todas las mujeres del mundo. Todas eran Musa. Todas eran ninguneables.

Asentí con la cabeza. Era fascinante contemplar aquellas escenas de teatro que explicaban algunas partes de mi pasado. Lavinia leía, con todo el descaro del mundo, las notas que mi Otro Yo escribía a la luz del día desde la mesa contigua. Entonces la chica, sintiéndose inmune a cualquier tipo de rechazo masculino, se atrevió a leer en voz alta el escrito de AntiLíbid. Para ello, la intrusa empleó un murmullo poco disimulado. De repente estalló en una sonora carcajada. Estaba claro que algo de lo que aquel chico había escrito era muy gracioso. Tras aquella risotada, AntiLíbid interrumpió por un momento su escritura y repasó a la chica con el despectivo ánimo de un forense. Mi Áter Ego, tristemente liberado de los impulsos carnales, cerró el bloc de notas con la brusquedad de aquel que está harto de todo, acompañando su movimiento esquivo con una mueca hostil. La chica, sorprendida para mal, pronunció un lacónico «Ok, perdona». AntiLíbid se quedó paralizado mirando al otro lado de la calle, como si preparara sus próximas palabras. Nada más lejos de su intención que irse a la cama con nadie después de Musa. Parecía que le hubieran infligido alguna suerte de castración química. Bourgeois añadió:

—Todo esto tiene un punto desconcertante. Fíjese. AntiLíbid ni siquiera ha experimentado el acto reflejo típico de cualquier heterosexual, consistente en examinar con sus pupilas-pene la magnitud de esta portentosa chica. ¿No le parece maravilloso? Recuérdelo, Equilibrista. En la mayoría de ocasiones, usted se hubiera sentido obligado a buscar en ella cualquier pretexto para incluirla en su extenso y nada selecto club de personas «copulables». Pero este chico, con diecinueve años, está de vuelta de todo. Su pensamiento le ha dado la espalda al mismísimo deseo. Sí, Equilibrista. TENÍAMOS diecinueve años, pero ya por aquel entonces habíamos vivido situaciones de todo tipo: indignas algunas, otras placenteras en grado sumo. En algunos momentos fueron hilarantes, mientras que también hubo, por qué no reconocerlo, anécdotas envueltas en un halo de cómica humillación juvenil. Otras, como el caso del asesor, inverosímiles. Demasiado precoz todo, a decir verdad.

Mientras Bourgeois narraba la escena, el joven AntiLíbid seguía repasando de arriba abajo a su vecina de mesa como quien analiza a un pez muerto. Parecía que no tuviera nada que perder, y aquel convencimiento le confería a AntiLíbid un poder infinito e inexplicable. Ni siquiera él mismo era capaz de comprender que por primera vez dominaba los tempos. Que era él, y no la chica, quien tenía la potestad para elegir el lugar y el momento. El proceso era cien por cien inconsciente, y por ende, exitoso.

—Bueno, ya te he dicho que perdona.

—Estás perdonada —dijo AntiLíbid sin dejar de analizarla.

—Por cierto, interesante escrito. Siento si te ha importunado que lo leyera a distancia. Va de un programa televisivo gore, ¿no?

AntiLíbid ni asintió ni negó nada. Al final, el chico consiguió extraer de sí mismo una mínima sonrisa. Acto seguido se levantó de la mesa y se dirigió hacia aquella beldad pasándose por el forro todos los protocolos iniciales de una conversación estándar con ánimo de finalizar retozando. A veinte centímetros de su cara, se agachó y le dijo:

—Escucha, como te llames, ya que andabas leyendo lo que escribo sin mi permiso, imagínate un programa televisivo donde dos de los concursantes son castigados a morir de hipotermia en un congelador industrial. Estoy seguro de que la mayoría de gente de mi país observaría a estos dos tipos hasta que se quedarán tiesos como un bacalao. Esperarían las horas que hiciesen falta. Mi pregunta es, porque te supongo medio extranjera: ¿tú lo harías?

La chica carraspeó unos segundos antes de contestarle:

—No soy extranjera, aunque mi abuela era holandesa. Y me llamo Lavinia. ¿Puedes repetirme la pregunta? Es que es bastante flipante.

—Que si mirarías a los hombres del congelador hasta morir.

—¿A qué viene eso?

—¿Y a qué viene que mires lo que escribo? *Quid pro quo*, o absurdez por absurdez.

—Ya te he pedido perdón un par de veces.

—Y yo ya te he dicho una vez que te he perdonado. Ahora contéstame y luego me iré de aquí.

—Bueno, pues respondiendo a tu pregunta, dudo que lo mirara. No soy tan morbosa. ¿Y tú?

AntiLíbid sonrió por primera vez. Luego fingió que pensaba, hasta que al final le dijo:

—Dependería de si el canal pusiera demasiados anuncios o no.

—*Touchée* —dijo Lavinia sonriendo.

Sin embargo, la estupidez de Román AntiLíbid no tenía parangón.

—Y tú también lo mirarías. Dices que no eres morbosa. Bien. Respeto lo que piensas acerca de ti misma, pero difiero. Eres morbosa.

Viéndose acorralada por mi verbo, aquella chica llamada Lavinia asintió ante la necesidad imperiosa de superar las bajas expectativas que aquel tipo tenía con respecto a ella. De hecho, parecía indignada por haber sido prejuzgada por aquel insolente. Lavinia necesitaba legitimarse de algún modo.

—¿Y tú piensas que todos los imbéciles tienen una noción clara de la mala educación o simplemente se han aprendido de memoria un código de conducta?

—Creo que hay muchos grados de imbecilidad. Lo que pasa es que aún no han inventado el aparato para medir este tipo de cosas. De la misma manera, estoy seguro de que la mala educación o la repelencia son igual de graduables que la fiebre o que tu belleza, la cual, y rogándote que no me malinterpretes, reconozco que está en un punto elevado, al igual que mi imbecilidad actual o la medida de mis pechos.

La chica no daba crédito.

—¿Y tú en qué nivel estás? ¿Siete? ¿Ocho y medio?

—Mi imbecilidad supera el nueve, mientras que mis pechos, bien, está claro que no voy al gimnasio. Oye, me largo. Me dan mucha pereza los seres humanos. Mira —añadió AntiLíbid—, te voy a decir lo que va a pasar. Voy a acercarme y te daré un beso en la mejilla que irá acompañado de una frase de despedida. Así, mientras me vaya alejando, podrás escuchar un murmullo que se repetirá en tu memoria una y otra vez.

Bourgeois y yo nos quedamos estupefactos. El factor erótico había desaparecido por completo en aquel chico, por lo que presenciarlo era igual de excitante que descubrir una especie animal en vías de extinción. Fue entonces cuando AntiLíbid, del todo desganado, se acercó a la chica, quien se mantenía igual de paralizada que sonrojada. El tipo le apartó el mechón de pelo que cubría su oreja izquierda y le dijo:

—Paso olímpicamente de ti. No voy a permitir que nadie más me haga daño. Odio a la gente.

Entonces finalizó su *performance* poniendo la punta de su lengua en el cutis de Lavinia. Empezó por su mentón izquierdo y siguió recorriendo sus ovaladas facciones hasta llegar a la parte exterior de su ceja. Bien cierto que Lavinia podría haberlo abofeteado con toda la razón del mundo, pero por incomprensibles razones ya hacía rato que estaba bajo el control mental de aquel extraño tipo. Para la mayoría de clientes de la cafetería parecía que Román AntiLíbid estaba confiándole alguna intimidad de carácter erótico a su mejor amiga, pero nada más lejos de la realidad. De hecho, pude comprobar que aquel tipo que un día fui, después del primer lengüetazo, se dirigió a la oreja izquierda de Lavinia y procedió a girar su lengua en espiral por todo aquel perfecto pabellón auditivo. Aquella beldad no daba crédito. AntiLíbid había cruzado los límites del verbo «incomodar» con tal impunidad que a Lavinia se le escapó una silenciosa carcajada. Estaba claro que aquel tipo apáticamente victorioso era algo así como una Organización Sin Ánimo de Lujuria, y que sin pretenderlo estaba a punto de llevarse el gato al agua. ¡Ya hubiera querido él demostrar tal indiferencia carnal en otros momentos de su vida!

Una vez el chico finalizó su repaso, la belleza rubia le respondió:

—Ajá. Así que estas tenemos. Pues *bye bye*, Judas, encantada, tengo que decir que eres un tipo muy pero que muy curioso. Y quiero que sepas que tengo pareja, así que me has malinterpretado por completo.

Mi protagonista dejó un par de monedas en la mesa de Lavinia, volvió a su rincón, agarró su bloc de notas y se largó de allí sin ningún tipo de prisa. Podía haberse marchado pies para qué os quiero, acaso temiéndose un indignado chillido de efectos retardados o una reprimenda en público. Pero Lavinia, aquella rubia de ascendencia holandesa, no hizo nada más que reorganizar su peinado. Román AntiLíbid desfiló con apáticos andares calle abajo mientras susurraba: «Dale recuerdos a tu pareja». Lavinia siguió los pasos de aquel extraño tipo, acaso invadida por la curiosidad o definitivamente entregada a ese sorprendente ejemplar en vías de extinción. Había que averiguar si aquel renacuajo era un homosexual redomado o el paradigma de la imbecilidad masculina. Lo que estaba claro es que Román AntiLíbid

era de aquellos pocos especímenes masculinos que en ningún momento había perdido la cabeza por mantener unos mínimos de empatía. Y eso le daba una extraña valía. Aquella narcisista llamada Lavinia se había encontrado con la horma de su zapato. Y, aunque pareciera mentira, entre ellos dos existía la misma fuerza de repulsión que de inevitable magnetismo. En aquellos momentos inferí que Lavinia debía de pensar que aquel tipo era de aquellos con los que bien valía la pena hacer un esfuerzo extra, algo así como un enigma que resolver como si se tratara de un jeroglífico. Porque, en realidad, AntiLíbid había cometido un fallo. La había reconocido atractiva, por lo que, a fin de cuentas, aquel tipo no estaba muerto, sino que andaba desactivado. No hay que confundir conceptos. Hay personas que no sienten deseo sexual por según qué caprichos de la química hormonal. Pero en otros casos, para la mayoría, permanecer desactivado supone, simplemente, que nadie está consiguiendo apretar el botón de reinicio. «Por fin, después de tantos años, un estímulo», es probable que pensara Lavinia.

Mientras la seguía, Bourgeois y yo inferimos que acaso Román AntiLíbid estaba sintiendo una ligera excitación en la entrepierna de su psique, pero no alcanzamos a recordar la emoción precisa de aquella primavera de 19XX. Lo que ambos observadores sabíamos es que nuestro Otro Yo apodado AntiLíbid ni siquiera se había comportado de tal guisa por venganza, sino porque su naturaleza se había desactivado a la carne debido al estado de rabia que oprimía su espíritu. En el caso de que Lavinia hubiera sido poco atractiva, el chico habría operado de la misma manera. AntiLíbid era aquella parte de nuestra personalidad que se limitaba a devolver golpes con el mismo estilo que sus interpelados. Si alguien mostraba impertinencia, él se convertía en el más impertinente. Si alguien era soez, nadie mejor que AntiLíbid para encontrar el taco más desagradable. El apático chico ya andaba por aquel entonces muy hartos del «buenismo» que había aplicado en sus ingenuos tiempos, sobre todo con aquella chica llamada Musa. Podríamos pensar que el hecho de carecer de interés sexual por tu interlocutor (anafrodisia puntual) no obligaba de ningún modo a ser estúpido con el resto del mundo, pero estaba claro que aquel descaro de Lavinia lo había molestado de veras. Por otro lado, Lavinia vio en aquel estúpido un ligero halo de humor y erotismo. Era

necesario sacar a aquel chico del ostracismo emotivo. Quizás sería una cruzada imposible, pero el hecho de seducir a AntiLíbid y llevarlo de nuevo al redil del deseo, al mismísimo mundo de los vivos, podría convertirse en la buena acción anual de Lavinia. Reinstaurar el orden de las cosas. Todo, de nuevo, en su sitio. Demasiado tentador.

Pensé entonces en mi vida exterior. Desde hacía tiempo había detectado otra Hambre Invisible: desear dejar de desear. Para siempre.

Sea como fuere, aquel chico llamado Román AntiLíbid estaba gozando de los más sutiles placeres que podía experimentar un hombre, e irían aumentando con el paso del tiempo.

Decir que no.

# ROMAN LIBID





**ESTACIÓN 21**  
**LOS DIARIOS APÓCRIFOS DE LÍBID**  
*(Sobre el sexo como vendetta)*



Bourgeois, aprovechando mi estado introspectivo generado tras la aparición del recuerdo de Lavinia, desapareció de la terraza. Sin embargo, no pude saborear mi soledad más que un par de minutos. El mismísimo Román Líbid se había vuelto a sentar a mi lado. Como la primera vez que me cité con él, mi Otro Yo carnal seguía cubriendo su cabeza con el mismo pasamontañas de terrorista. Sin emplear los protocolos de un encuentro, me dijo:

—Escucha. Me he tomado la molestia de traerte algunos apuntes que escribí en aquella época. Vaya, veo que te sorprendes. Pues te convendría recordar que **NO** todo lo que has escrito ahí fuera ha sido dictado por el Joven Poeta Halley. Y me atrevería a decir que no somos el único caso. Me apuesto un brazo a que cualquier escritor esconde a un lujurioso.

Nada más empezar a leer los lascivos escritos de Líbid me llamó la atención un dato. Los diarios estaban fechados justo después de que el Joven Halley plasmara sus contradictorias emociones con Musa. Era como si alguien hubiera dejado de llevar luto.

Viernes, 8 de enero de 19XX

Lavinia, escucha, me llamo Román Líbid y he nacido para follarte. Quiero caerte mal y que me desees bien.

Muchas veces hemos sido unos simples actores secundarios en la cama de alguien que pretendía olvidar a otra persona a través de un vulgar parche. En esta ridícula tragicomedia, los roles van cambiando, igual que el placer que sentimos en cada papel que interpretamos no es el mismo, ni en intensidad ni en mestizaje. Podemos ser víctimas o villanos, o teloneros del amor, justo antes de la llegada de la gran estrella.

He estado en tantas posiciones dentro de la tabla de ajedrez de la pasión, mi querida Lavinia. Una vez, una chica cabalgó encima de mí dentro del lavabo de una discoteca. Digamos que se llamaba Aquíenleimportasunombre. Podíamos haberlo hecho de pie, pero Aquíenleimportasunombre insistió en sentarse encima. Llevaba un tatuaje en una lengua extraña, concretamente en el hombro derecho. Durante el festival no dejé de mirar aquellos símbolos. Cuando salimos del lavabo pregunté a Aquíenleimportasunombre por su significado. Por lo visto, quería decir: «Disfruta del tío-vivo». ¡Se lo decía a sí misma! ¿Acaso no es maravilloso? Sin embargo, al pasar frente a guardarropía la chica me dijo que volvía a la pista para bailar con su pareja. No daba crédito, pero teniendo en cuenta las historias que me habían sucedido en el pasado, ya llovía sobre mojado. Miré como Aquíenleimportasunombre se alejaba mientras se arreglaba el pelo. Cuando llegó frente a su chico, ella le dedicó la mejor de sus sonrisas y le dio un apasionado beso, aún con el sabor de mis partes más escondidas en sus labios. Dramas aparte.

Quiero caerte mal y que me desees bien. Lavinia, apenas te conozco, pero he de decirte que a lo largo de mi vida he probado todo tipo de frutas. Durante mucho tiempo me la traía al paio que mi compañera sexual no fuera excesivamente agradecida. Llegué a simplificarme tanto, Lavinia. Era como si un cocinero perverso hubiera realizado de mi persona una reducción hasta conseguir de mi esencia tan solo un pequeño caldo de sabor agridulce. Durante no pocas noches me planteé el estúpido reto de regresar a casa siempre y cuando hubiera incautado, como mínimo, un simple beso, algún recuerdo, en definitiva, que pudiera sacar de mis bolsillos en mis insomnes madrugadas. Gracias al amplísimo

concepto de belleza que he adquirido con el tiempo, tu esclavo Román Líbid puede asegurar que el sexo no es una ciencia exacta. Existen personas de difícil primer plano, Bellezacubistas, o mujeres de retorcido atractivo, quienes resplandecen como la mismísima Venus de Botticelli en el momento de desnudarse. Chicas imantadas como un vino cuyo sabor es como emprender un viaje iniciático, relaciones de amargo sabor inaugural y finales afrutados. Algunas Bellezasdesegundovistazo adquieren su máxima belleza en el momento del arte amatorio. Son chicas cuyos pequeños senos parecen ensancharse por momentos en el acto. Botan encima de ti a tal velocidad que sus pequeños senos acaban pareciendo las alas de un colibrí. Son hembras de facciones a veces andróginas cuyo timbre de voz se transforma en la cama para emitir el perfecto reclamo animal, el idóneo timbre de sirena, el difícil arte del gemir como un alma entregada, y a la vez, sin caer en el desconcertante desliz de la sobreactuación. En el lado contrario, te aseguro que existen auténticas Venus, mujeres de apariencia intocable, las cuales en una cama se convierten en opacas brujas, especialistas en soltar ese tipo de comentarios tan lamentables y poco proclives a crear una buena atmósfera sexual, a no ser que en tu interior viva un masoquista. Esas engañosas esculturas renacentistas se transforman en torpes muñecos de movimientos faltos de sincronía y dejan un amargo sabor a decepción. Supongo que tanto hombres como mujeres, en caso de semejante fraude, se sentirán como si los hubieran engañado con el envase. No, Lavinia mía. La belleza no siempre viene de la mano de una eficiencia amorosa. Puede que, cuanto más hermosa sea, más traumatizada esté con cualquier estupidez referente a sus mínimos defectos físicos. Un narcisista no verá en su clavícula un lunar de nacimiento, sino un sospechoso melanoma que puede inhibir el deseo en quien lo observa. Otras y otros, querida Lavinia, debido a su belleza, se duermen en los laureles pensando que tienen la batalla de la excitación ganada de antemano. Y no es cierto. La tierra es para quien la trabaja, y el sexo, para quien trabaja la piel.

A partir de algunas experiencias, yo, Líbid, supe intuir dónde estaba la mejor jineta y el «di-amante» en bruto entre montones de bisutería. Dejé de buscar la belleza evidente en favor de las diosas

del morbo. Como tú. Era obvio, apreciada y deseada Lavinia, que identificara ciertos patrones de conducta en tu persona, movimientos delatores que me hicieran intuir lo aerodinámica y entregada que podrías llegar a ser una vez te soltaras el pelo. Porque tú necesitas reivindicarte más allá de la belleza. Y ahora, dime, por favor, que yo para ti soy algo así como un Bellezacubista o un Aquiénleimportaunombre. Me aliviaría, teniendo en cuenta lo fugaz que será lo nuestro, algo así como un

Espero que mañana no estés así cuando despierte.

No quiero que te lleves a error. Recién acabo de salir de un par de relaciones demasiado intensas con respecto a mis expectativas, así que no me vengas con monsergas referentes a la posible continuidad de lo nuestro. Ya te adelanto, ya te aviso, que contigo seré como esos electrones cuánticos que desaparecen del entorno del átomo en cuanto el observador se despista. Pero antes que nada, déjame que sepas cómo soy. Mi personalidad acostumbra a generar controversia. Ahora mismo ando por la vida después de haber aparcado mis sentimientos más nobles. Soy puro hedonismo, sin más pretensión que un buen par de orgasmos. ¡Ahora! Muerde la manzana, Lavinia, dale un buen bocado. Como seres vivos, llevamos una condena en nuestro gen. Nos dieron a luz cuando estábamos acabados, y por ese mismo motivo, morimos también. No tenemos nada que perder, excepto alimentarnos de piel. Quiero que te des cuenta del engaño de Dios. De aquí no vamos a salir vivos. Por consiguiente, te ruego que jamás me consideres tu único alimento. Ya que estás condenada igualmente, mira a todos los árboles del paraíso, muévelos, que caigan todos sus frutos y llévatelos a la boca. Luego, si aún padeces de Hambre Invisible con respecto a mi persona, ¡llámame de nuevo, dentro de un tiempo prudencial que sirva para habernos enfriado! Entonces regresa y agarra de nuevo mi serpiente con tus propias manos, asfixiala con fuerza, destrípala y devórala sin fisura alguna en tu voluntad, pero, por Dios, asimílalo antes de empezar a jugar, solo quiero ser una parte de tu paraíso de placer, una mera alternativa, ¡nada, en definitiva, que implique posesión!

Quiero que la vida pase a través de mí.

Copia. Plagio. Timo. Maldito bastardo sin ética era aquel Líbid.

Te propongo lo siguiente: úsame, Lavinia, como yo pienso hacer contigo, sin pedirme un compromiso. La frase «¿Y ahora qué?» está vetada. Ese «ahora» concierne a un «futuro» que no pienso entregarte porque eso significaría resignarme a ti en detrimento de las demás. Y el mar está lleno de bellos peces, Lavinia. Me considero una alimaña microscópica de apetitos muy variados. Quiero ser tu húmedo insomnio. Sé que tienes pareja, pero da la casualidad de que eso es una doble ventaja: para ti, porque no buscarás en mí nada más que un intermitente desahogo, y para mí, exactamente por lo mismo. No pienso preguntarte qué falla en tu relación. No me concierne, del mismo modo que no te importan mis antecedentes. Pensándolo bien: ¿tiene que fallar algo en una relación para que exista una infidelidad? Pregunta complicada. Aquel que hoy en día es tu pareja, ¡ay de aquel!, es el último hombre en la Tierra al que no puedo odiar ni apreciar porque ni lo conozco ni deseo hacerlo. Pero, Lavinia, admite lo siguiente: la vida juega al póker con nosotros, pero siempre lleva las cartas marcadas. La vida sabe que enfermarás, o que hallarás la muerte en un accidente estúpido. ¿No te parecen tus deslices conmigo algo así como una carta escondida mediante la cual te rebelas contra la mismísima vida? Lavinia, pronuncia un solo instante la palabra «compromiso» y me verás huyendo despavorido saltando por los tejados. La relación que vamos a tener es como un relato corto: introducción, núcleo y desenlace. Pero a veces es mejor un cuento de Borges o Cortázar, donde se condensan las mejores emociones, que una novela de cualquier esnob pretencioso con ínfulas de trascender. Te prometo, mi deseada Lavinia, que nos reiremos burlándonos de la vida y sus protocolos, pero, por encima de todo, juntos le rendiremos una gran broma a esa patraña llamada «amor». Ven a mí y verás cómo revolotean todos los abanicos. En mis sábanas siempre será aquel verano de temperaturas máximas. Aquí todos los cajones se abrirán y se cerrarán siguiendo el ritmo de cada embestida de mi carne contra la tuya. En nuestra cama no se admitirán adultos con mentalidad de niño chafardero. Me he criado en el Barrio Rojo y allí las reglas son: ver, oír, amar y callar.

Sábado, 15 de febrero de 19XX

Lavinia, debemos volver a hacerlo hoy mismo, es una orden de la misma vida. Vayamos a casa de tus abuelos, o mejor volvamos a esa buhardilla subterránea donde nos hemos encontrado las últimas veces, aquella que descubrimos anunciada en el periódico. Debemos amarnos en silencio. Empiezo a temer que el lugar secreto donde nos encontramos de manera esporádica y furtiva ya está rodeado por la Policía Moral. Algunos saben las coordenadas de nuestra buhardilla. Me refiero a esa gente en la que ambos hemos depositado nuestro secreto. Si piensas que no es vox populi es que eres una ingenua de libro. Hay secretos eternos que duran veinticuatro horas. Todo el mundo sabe que un secreto activa los soportes de la traición. Quien confía un secreto es como aquel César que le está regalando la daga a Brutus y le acompaña la mano hasta que el metal toca su vientre.

Ah, Lavinia, lo peor que puedes hacer es insistir sobre la extrema confidencialidad de tu secreto a tu depositario. Cuanta más importancia le demos, más se volverá en nuestra contra. Ah, y sobre todo ni se te ocurra decirle que es únicamente él, tu amigo del alma, el único guardián de esa confesión. Porque así como el vértigo se vence saltando al vacío, el secreto que recibimos pesa tanto que tan solo podemos sentir alivio cuando nos desprendemos de él. Es más fácil ser fiel toda la vida que mantener un secreto una semana. El secreto es como la retahíla de ventosidades que echa un viejo en una iglesia. Se suelta a plazos para no quedar en evidencia. La cadena siempre es la misma. Tú tienes tu mejor depositario de secretos, pero tu mejor confesor siempre confía en otro, y así funciona la cadena, cosa que nos hace pensar que la amistad es muy semejante al poliamor. En realidad, las paredes del templo del secreto se agrietan en el mismo momento en que dices tenerlo. Y todo el mundo sabe que con cuatro copas y medio gramo las cerraduras donde se esconde un secreto empiezan a lubricar. Y al final, un secreto es algo tanto o más público que una confesión. Por otro lado, el ego de cada uno es el principal enemigo del secreto. Díselo al torero que estuvo una sola noche con Ava Gardner:

«¿Adónde vas?», le dijo ella. «¿Adónde quieres que vaya? ¡A contarlo!» Sí, Lavinia. Quizás se guarda mejor un secreto convocando una rueda de prensa para que lo sepa todo el mundo. Es la única manera de que la gente lo olvide por voluntad propia.

Si te sientes traicionada, piensa que fuiste tú la primera en serle infiel a tu propio secreto. No rehúyas tus responsabilidades. Tú marcaste el camino.

Quizás esté enfermo de tu carne. Ahora mismo ando por encima del cenit de mi celo animal, así que aprovéchate de mí ¡ahora! Somos tal para cual, Lavinia. Tú, que vienes a mí con las prisas de la infidelidad, sabiendo que estás jugándote el pescuezo en caso de ser cazada. La preparación del pecado, con todo el descaro del mundo, frente a tu pareja, los prolegómenos, la liturgia de las horas anteriores, el entrar en aquella Suiza tropical, una habitación neutra donde ambos tenemos que sentirnos a gusto y confiados, aunque con el cronómetro iniciando su cuenta atrás. En definitiva, todo aquello que obliga a los amantes a ser y a estar a la vez. ¡Qué difícil conseguirlo! Apretar el botón de la intensidad, mirar la cama, repasar los lavabos, esperar a que esos treinta metros cuadrados se tornen un templo donde todo lo que suceda, tú, Lavinia, lo enviarás en breve a tu particular papelera de reciclaje. Tú, yo y esta habitación jamás habrán existido dentro de tres horas, pero ahora, querida, tienes que conseguir hacerla confortable, que el somier no se mueva como aquellas otras veces en que la cabecera ha rebotado contra la pared a cada golpe o salto. Sí, Lavinia, estás abriendo una brecha en tu ordinaria y decentada vida para soltar una docena de alaridos, para dejar a tu tigresa comportarse como lo hacen los animales salvajes fuera del zoológico. Todo eso que allí dentro sucede, Lavinia, es tan cercano a la muerte que incluso da pánico. Tu caso es como lanzarte por un barranco con los ojos cerrados agarrada a una cuerda enmohecida, o como andar por encima de una cornisa un día de viento. Vivencias placenteramente histéricas. No te burlas de él, de quien, insisto, desconozco su nombre y así deseo que continúe, sino de la vida tal y como nos la tienen cocinada. Sin embargo, a pesar de tu supuesta rebelión contra los cánones sagrados, no puedes sino ansiar un encuentro con mi libido, de la misma manera que yo, mientras camino por Barcelona,

sueño con el interior de tu coño de manera obsesiva. Estoy vampirizado por una simple mirada. Lo dicho. Vuelve donde tú y yo sabemos. Sé que acudirás porque, en tu caso, yo también lo haría. La espada del deseo inclina al más débil hasta que su boca sedienta lame las botas del ser anhelado, gozando como un can, sin importarle que algún cejijunto reaccionario pueda describirlo como humillante. Sé que estarás allí a la hora convenida, Lavinia, porque mientras escribo estas líneas te he imaginado sonriendo mientras te acaricias el pelo. Te será inútil resistirte a mi petición, porque la pasión y el morbo saltan con pértiga las murallas del autocontrol. Nadie mejor que yo para desnudarte con los ojos y hablarte con el cuerpo. Mientras te decides, me maquillaré como un soldado del amor sangriento embadurnando mi cara con el color del carmín que te he robado del bolso esta misma tarde. Quiero parecer un soldado de William Wallace. Estoy concluyendo la obra facial. Soy todo rojo, dispuesto a la guerra.

No hay opción, Lavinia. Si ando por la vida con los ojos abiertos, te veo desnuda. Cierro los ojos y te imagino sin ropa.

Quiero ser para ti un capricho pasajero, una tabla en medio del mar del Norte. Nadie apuesta por nosotros, ni siquiera nosotros mismos, pero no importa. Vámonos al sur, Lavinia. No hay nada como el sur. Me declaro en guerra contra la bondad, contra la rutina y contra la casta beatitud. Es la guerra de la carne. Contra ti, Lavinia. Y de aliada, tú, Lavinia. ¿Escuchas el rugido? Es el tigre famélico. Lo llevas dentro.

Tú tendrás tu pasado, como yo el mío. Pero el sexo como espada vengativa no nos lleva a ninguna parte más que a la doble frustración. La venganza busca el empate y acaba en autogol. Lo sé. Pero no te busco para vengarme de nadie, sino porque soy un explorador del placer, que siempre es puntual y caduco. Una última cosa. Permíteme que, mientras lo hagamos, te llame Musa. ¿Por qué esta bofetada? ¿He dicho alguna incongruencia?

Las siguientes anotaciones de Líbid se dividían en horas. Por lo visto, aquel día debió de ser más que intenso.



Viernes, 28 de abril de 19XX. Crónica de una petite mort anunciada.  
22:15 horas

Lavinia, hoy es el día. Quiero estar contigo. No tengo plan B. Quiero ser tu amor torpemente llevado y peor digerido porque ese es el que más se recuerda. Quiero ser para ti como bebé que succiona de manera tan impulsiva que acaba por provocar heridas en el pedúnculo de su madre. Vaciaré cada página de tu libro de moralidad y presenciarás cómo se desangran cada una de sus sílabas. Contemplantas cómo gotean todas esas letras, hasta que cada una de sus portadas quede pálida como el macabro Marat en su bañera. Palabras como «medida», «reprimición» morirán descuartizadas. Lavinia, mi querida carne trémula, te pondré en un altar improvisado. Tú, soberana puta sin saberlo, asimila lo siguiente: desde que naciste a la carne, me perteneces. Y da por seguro que me lamerás completamente desnuda y con las manos atadas a la espalda. Ya sé que otro tipo de personas abortarían estos pensamientos. Pero es mi fantasía, y los juicios ajenos me importan tres pimientos. Aquí solo se acepta como válida nuestra ley, Lavinia. Nuestros juegos, nuestras condiciones. Nuestros preámbulos y nuestros sonados finales.

¡Albricias! Llegué a tu vida y acabé con ella.

23:15 horas

¿Por qué tardas tanto? Ah, si supieras que me enamoré de ti cuando constaté que me excitaban tus pies. No es que me enamorara de un pie, no estoy tan chalado. Pero aquel día, tomando algo en aquel bar, me fijé en tus piernas cruzadas y no pude dejar de mirar tu pie izquierdo. Llegué a la conclusión de que anhelaba follarme a tu pie. Lamerlo como una golosina. Fue entonces cuando tuve claro lo siguiente: estaba perdido.

23.35 horas

Gracias por sacarme de mi ostracismo carnal, Lavinia. Nunca te estaré lo suficientemente agradecido.

Lavinia, atiende. Me gustaría que vieras en mí la elegancia de un capitán de fragata y sus mismas dotes de mando, aquel que te dirige y navega por encima de tus propias corrientes líquidas, las mismas

que con fruición me llevaré a mis labios para comprobar tu salinidad. Tu ropa interior, a un lado, quedará atónita de lo que pienso hacerte. No hará falta que me guíes hacia tu coño. Tengo un radar. Encontraré tu vientre sin problemas. Los vecinos deberán cerrar las ventanas de golpe, y ese ruido coincidirá con mi primera sacudida. Apartaré la cortina que es tu pelo mientras veo como tú misma te montarás un festín con un brazo que te morderás por no gritar como una perra. Andaremos por la cornisa del placer mirando el abismo del orgasmo hasta que ambos decidamos lanzarnos al vacío. Empezarán los espasmos incontrolables. Habrá un punto donde las murallas que aún permanecían en pie se nos desplomarán para siempre y ya todo será rodar cuesta abajo, porque todo valdrá, cualquier trampa, cualquier interrupción sádica. En las sábanas donde acontece este tipo de pasión son humillados sistemáticamente la fiera, la bruja, el juez, el soldado herido, la Culpa, el reflexivo, el minotauro... Aquí no hay dignidad. Es lo primero que cae, incluso antes que nuestra ropa.

23: 48 horas

Dios, ya estás abriendo la puerta. Quiero decirte que me encanta pasar como un rodillo mi lengua por tu espalda, cuando mis labios esperan tu tercera contracción, y dicho esto me ha apetecido pasar a la acción lo antes posible, ya sabes aquello que se dice, que te deseo lo mejor. Me tienes atrapado como el perro de un músico cuya cuerda no es más que una canción perversa, por hipnótica. Lavinia, escúchame. ¡Fea, estúpida, cara de araña comiendo yogur! Deseo. Infernal. Radicalmente desesperado. Radicalmente desesperado. Radicalmente desesperado.

Los escritos de Líbid habían terminado en aquella cita. ¿Los porqués de aquel abrupto final? Supongo que un amante considera que escribir acerca de la pasión le resta tiempo para seguir experimentándola. Sin embargo, en la última página descubrí algo así como un epílogo dedicado a Lavinia.

Miércoles. Un día cualquiera siempre es bueno para decir bye.

He escrito un tema hablando de nuestro final, Lavinia.

Qué casualidad encontrarte a diez pasos / junto a aquel ser al que vas engañando, / quiero reírme y gritar / «pobre diablo», es tan conmovedor. / Tu piel poco a poco se va transformando / desde el magenta al más negro morado, / tu absurda mente y tus labios cerrados / me están gritando «adiós». / Y ahora dirás que no sabes quién soy, / en el fondo es verdad, nunca te interesó. / Y me evitarás porque ayer ya no es hoy, / si pudieras fundirte, voilà, au revoir, alehop.

Tu estúpido autómeta hablaba cegado, / son las dioptrías del enamorado, / quiero evitaros saltando a un tejado / y evitar la colisión. / Y ahora dirás que no sabes quién soy, / en el fondo es verdad, nunca te interesó. / Y ahora verás el fin de esta función, / voy a hacerme invisible, voilà, au revoir, alehop.

Hoy te toca olvidar. Y a mí, recordarte. Esa es mi ventaja.

## ESTACIÓN ENLACE 22

### FIDELIUS

*(El cuarteto de la muerte)*



Tras cerrar el bloc de las andanzas de Líbid con aquella chica del siglo pasado llamada Lavinia, Equilibrista volvió a echar una ojeada a su entorno. Líbid, especialista en desapariciones como todo furtivo sexual, se había volatilizado. Equilibrista almorzó solo. A la hora del café, decidió encenderse uno de aquellos cigarrillos repletos de unas hierbas tan aromáticas como psicotrópicas. Lo hizo con todo el descaro del mundo, sentado en la terraza del bar Cuando Diga Ya. A fin de cuentas, pensó, ¿quién iba a decirle algo si ahora estaba en su propia ciudad interior? Sin embargo, nuestro Spinelli olvidó un detalle importante. Que aquella marihuana imaginada, junto al medicamento que estaba tomando en la vida exterior para paliar la lesión de su accidente, crearía un cóctel demasiado poderoso.

Luces, cámara, acción.

De repente, Equilibrista se trasladó al interior de un pub irlandés. Estaba sentado al lado de dos completos desconocidos: un ser de pelo cobrizo —al que a partir de ahora llamaremos Harry X— que conversaba animadamente con un ser víctima de una prematura alopecia, conocido como Daniel Z. Ambos parecían no ver a Equilibrista y permanecían sentados el uno frente al otro en una mesa con luz baja, apartada de la algarabía de la barra. Olía a alcohol en

desmesura, como si surgiera del mismo suelo y vaporizara el establecimiento en un ambiente fermentado y varonil.

—Harry, querido Harry, ah, la fidelidad. Brindemos por el puto concepto de fidelidad. ¡Menudo cambalache! ¿Sabes, amigo? A lo largo de mi vida he recopilado argumentos a favor y en contra de semejante concepto. Unos la defienden a ultranza, mientras que algunos avispados, dándosela de liberales o abogados del diablo, encuentran argumentos para ponerla en cuestión. Pero está claro que es una causa y un efecto. Crimen y castigo, guerra y paz...

—... Simon and Garfunkel..

—Muy gracioso. Por cierto, estamos en un libro. Acabas de incluir un par de puntos suspensivos en vez de tres como marcan los buenos cánones ortográficos. Eres un auténtico transgresor, querido amigo. En fin. Al lío. Centrémonos en tu problema. Así que tienes ganas de acostarte con tu compañera de trabajo.

—No podría haberlo resumido mejor.

—Pues en primer lugar, y no tomes mis próximas palabras como un sermón moralista, sino como el argumentario que esgrimiría el abogado del diablo, me gustaría saber si estás preparado para la ráfaga de autorreproches que va a provocar semejante acción justo cuando te hayas corrido. Porque el arrepentimiento queda anulado, bloqueado, desactivado, justo hasta que acabas de derramarte. Entonces, amigo mío, no quisiera estar en tu piel. La sensación de incomodidad llega a violentarnos tanto que se dilata el tiempo empleado para vestirnos y desaparecer pies para qué os quiero.

—Daniel, ¿crees que soy mala persona?

—No. Lo único que pasa es que estás en el segundo grupo con respecto a la fidelidad. Me explicaré. Creo que hay cuatro tipos de personas fieles y solo el primer grupo rezuma autenticidad y merece mis respetos. Me refiero a aquellas personas que son fieles porque, sencillamente, están enamoradas. No contemplan otra opción que estar con su amada. Bravo. Luego hay un segundo tipo de personas que son fieles no por convencimiento, sino por pura cobardía. No cometen infidelidad por miedo a ser descubiertas, así que no me valen. El tercer grupo de fieles son los que no pueden ser adúlteros ni queriendo, dado su poco atractivo. En realidad, deberían agradecer a sus parejas el hecho de que tengan el dudoso gusto de yacer con ellos.

Y me atrevería a decir que existe un cuarto grupo. Son gente cuya necesidad de dar amor es, por emplear un adjetivo fuera de lo común, paupérrima. Me refiero a que estas personas son tan avaras, emocional y eróticamente hablando, que suficiente trabajo tienen como para complacer a una sola persona. Son hombres y mujeres que acaban desertizando la piel de su pareja o, dicho de otro modo, la convierten en una mal follada.

—Me gusta tu clasificación, pero matizando un detalle. Puedes ser infiel y estar enamorado hasta las trancas. Parece mentira, pero yo no podría vivir sin Eva. Sin embargo, estimado Harry, aunque me considero del primer grupo, añado que en ese subconjunto hay gente como yo cuya vida sexual es tan variada como intensa, y es así porque su capacidad de amor, de hacer sentir bien a una persona, no cabe en un único recipiente. Pueden hacer felices incluso a cinco personas a la vez, las/los interfectas/os se sienten deseadas/os y queridas/os, incluso exclusivas/os.

—Oye. Deja de incluir ambos géneros en cualquier adjetivo. Estoy pasándolo mal imaginando al lector, y me atrevería a decirte que semejante intención por mostrar equidad de género en el tema de la fidelidad resta impacto en tu mensaje.

—Supongo que tienes razón. Me refiero a que este grupo de «filántropos del amor» han hecho más felices a sus amantes, aunque haya sido de manera parcial, que el cuarto grupo, el de los avaros emocionales, empleando un tiempo exclusivo en hacer infeliz a alguien. Entonces, todo me lleva a la conclusión de que la fidelidad, en la mayoría de casos, es una idea relativa, y sobre todo, aguafiestas. Dicho sea de paso, añado que el único grupo del todo respetable son los primeros, los enamorados, pero porque aúnan exclusividad y pasión. Lamentablemente, el primer grupo no es una constante. Ya sabes, Daniel. El tiempo, la rutina, todos estos topicazos. Pero déjame ir un poco más allá. Pongamos que en una cena hablamos de los mencionados grupos de fieles. Te aseguro que el «conferenciante» dejaría de ser popular. Pondría a la mayoría de invitados en un aprieto. No hay nada que nos incomode más que sentirnos englobados dentro de un grupo que rezume mezquindad. Siempre aparecerá alguien que justificará la fidelidad forzada bajo las premisas de mantener un cierto orden en nuestras vidas. Otros añadirán el verbo

«madurar». Alguien, rebotado, puede decirte: «Entonces, ¿tú eres de esos que abogan por esa gilipollez de los *swingers*?». Mi querido Daniel, si algún día te metes en semejante jardín, te sugiero que lo potencies hasta crear una *performance*, y que afirmes con la cabeza y una sonrisa que perteneces a ese mencionado club, y que, para rizar el rizo, tu pareja asienta haciéndose la cómplice. Inventaos que vais a locales y que folláis con el primero que se cruza en vuestro camino. Lograd que los invitados salgan de la cena escandalizados.

—Vamos a ver, Harry. ¿Te refieres a un experimento social?

—Exacto, querido. Experimenta cómo dejan de acudir a tus cenas esgrimiendo peregrinas excusas. La mayoría de ellos confundirían ser invitados a una cena con otro tipo de proposiciones, un intercambio de parejas que los pillara a contrapié. Contempla las caras de envidia de algunos y los prejuicios que otros tendrán a partir de entonces. Alguien, volviendo a casa, le dirá a su mujer: «Vaya, vaya con la parejita de *swingers*». Y su esposa le contestará: «Yo a los *swingers* les llamo “putos degenerados”». Punto. Los hombres se masturbarán pensando en tu mujer comiéndoles la polla, y lo harán durante cinco veces después de aquella cena, pero cuando volváis a salir en la conversación, el matrimonio de marras se referirá a vosotros de nuevo como «putos degenerados».

—No vas equivocado, pero no pienso hacerlo. Por cierto, sigo sin saber qué me aconsejas.

—Ahora voy a ponerte en otra tesitura. Imagina por un instante lo siguiente: un buen día llegas a casa y tu amada Eva está practicando sexo con tres hermosos especímenes masculinos. Todos sus orificios están llenos. El frenesí de tu pareja es tan intenso que llega al clímax no una sola vez, sino que adquiere el don de la multiorgasmia continuada. En definitiva, y empleando un lenguaje acorde a este garito, no puede parar de correrse ni aunque bajara del tiovivo. De hecho, tu pareja se ha convertido en algo así como una dinamo de placer. Un orgasmo no la calma sino que es el prelude del siguiente, siempre *in crescendo*, y así de manera sucesiva hasta unos alaridos que poco tienen de humano. No hace falta ser muy avisado para decirte a ti mismo que estás presenciando uno de los momentos álgidos de la vida sexual de Eva. Sin embargo, tú, Harry, visualizando semejante escena, a dos metros de la cama, sentado en un sofá en la

penumbra, sientes una náusea indescriptible. Regurgitas una extraña bilis desconocida hasta entonces. Por su textura, te da la sensación de que procede tanto del estómago como de tu propia alma. Una náusea que no es sino la que precede a la siguiente, siempre *in crescendo*. Multináusico.

—Ajá. Muy agudo. Los lectores te aplauden.

—Tu primera reacción es el irrefrenable deseo de ir corriendo a la cocina y agarrar el primer cuchillo que encuentres para cortarte las venas. Pero entonces piensas que la amas. Y querer a alguien significa que deseas lo mejor para la otra persona. Pero, teniendo en cuenta sus gemidos o la manera de retorcerse, esa situación podría ser objetivamente catalogable como «lo mejor para ella». Bajo esa premisa de amor puro y desinteresado, deberías haber llegado a casa, descubierto el percal y alegrarte por ella de la misma manera que brindarías con tu chica si te hubiera dado la noticia de que, por ejemplo, le han subido el sueldo en el trabajo.

—Es decir, veo a Eva follando con tres y algarabía. Globos. Brindis. Un hip hip hurra por ampliar su punto de vista sensitivo, aunque sea a través de otros. ¿Tiro confeti?

—No seas cínico. Me refiero a mostrar un plácido júbilo por la persona que quieres cuando la persona que quieres está siendo feliz por un acontecimiento tanto interno como externo. Porque eso sería el amor puro.

—Eres un poco idiota.

—Educación, Harry, educación. No nos han enseñado a tolerar la infidelidad. ¡Nos han adiestrado a pensar que acostarte con otra persona es infidelidad! ¿No será que consideramos el amor hacia la otra persona como una pared de frontón donde el amor-pelota que enviamos debe llegarnos rebotado con la misma intensidad? ¿No será que, en realidad, no queremos tanto, sino que lo único que pretendemos es una simple transacción? Porque el tácito acuerdo, articulado por la tradición, trata sobre hacernos sentir seguros uno a través del otro dentro de este disperso universo de mierda donde todo tiende a despersonalizarnos. Porque, según las reglas convencionales, dentro del micromundo que formáis tu pareja y tú, ambos deberíais sentirnos exclusivos y, por supuesto, los únicos deseados por su fogoso vientre. Sin embargo, amigo, ese trío, mejor dicho, ese cuarteto de la



muerte, concibiendo el orgasmo como *la petite mort*, está en pleno apogeo. Tu pareja, Harry, no para de gemir delante de tus narices. Al quinto orgasmo, tu amada Eva abre los ojos y percibe tu presencia. Te suelta lo siguiente (Daniel pone voz femenina): «Harry, no te lo tomes como un fracaso. Admite que contra este *show* sensitivo, sencillamente, no puedes competir. No eres imprescindible en mi vida, al menos, no eres imprescindible... siempre».

—Te sale muy bien la voz de mujer. En fin. Está claro que siempre damos para recibir. Incluso un misionero en la región más recóndita y hambrienta está allí para alimentar su recóndito y hambriento ego. Incluso el cariño que creemos sentir por nuestra mascota se basa en recibir lo mismo a cambio. Nada es puro excepto, y no siempre, la paternidad. Queremos exclusividad. Lo complicado es que dicha exclusividad tiene como contrapartida su reverso negativo: la renuncia. Porque la renuncia es una de las monedas de cambio. El amor, tal y como está montado, tuvo que ser un invento de los fenicios. Oye, Daniel, ¿a qué viene esto? ¿Tienes algo que contarme?

Silencio.

—Repito. ¿Tienes algo que contarme con respecto a ti y a Eva?

—¿Qué tal si tomamos otra? He oído decir que aquí sirven unos *gins* realmente espectaculares. Nos invita este extraño caballero que lleva media hora sentado a nuestro lado escuchándonos sin decir palabra.

## ESTACIÓN 23

### LA NOCHE DE LA EPIFANÍA



Lo que a continuación voy a transcribir pertenece a unos folios que de manera misteriosa encontré encima de la mesita de noche del hotel. Eran las siete de la tarde de mi segundo día en Bruma. Andaba exhausto de tanta sobredosis de información carnal, pero entonces recordé que el Fiscal tan solo me había dado cinco jornadas para entrevistarme con todas mis personalidades. Miré de soslayo el bloc de Líbid. Inspiré, me encendí un cigarrillo. Luego me descalcé, agarré un par de almohadas y procedí a su lectura.

Aquellas hojas pertenecían a otro vector temporal de la vida de Líbid, concretando, aquellos tiempos en los que ya había conocido a Edith. Procedí, pues, a leer aquella parcial visión de mi Yo Carnal acerca de mi amada, o dicho de otro modo, aquella persona a la que andaba buscando por toda la ciudad de Bruma.

Martes, 3 de junio de 19XX

Edith. Dentro de todos nosotros existe una habitación profundamente abyecta. Es la habitación del deseo. Tú también la tienes. Pienso describirte la mía, porque es allí adonde pienso invitarte. Sus paredes son de color rojo-degradación. La habitación está presidida por un esplendoroso piano de cola de tonalidad burdeos-degenerado. Descubro un solo ventanuco. Lo abro con mis dedos imaginarios. Entiendo por qué está cerrado. Sus vistas no son

otras que un destartalado patio del Barrio Rojo. La habitación está decorada con elementos del siglo pasado, de los alegres años veinte. Hay una cama de tamaño enorme-vicioso, de sábanas blancas-espermales y almohadas plateadas, como las botas de una stripper en un mundo de ciencia ficción. El dormitorio también contiene un armario de color negro-pubis cuya puerta es un espejo. Cada pared está pintada de diferentes tonalidades de rojo, aunque todos ellos evocan lascivia. El techo se asemeja a la bóveda de una gruta secreta o a una cripta donde se celebran extrañísimos rituales. Me he olvidado de decirte algo referente al piano. Cada tecla emite un sonido obsceno.

Como cuando uno llega al clímax.

Te diré lo que hay en el suelo de la habitación del deseo y su posterior culminación. Hay decenas de bragas esparcidas a ambos lados de la cama. Si amplío en zoom, descubro que algunas de esas prendas están impregnadas de los aromas más internos de una chica llamada Musa, otras pertenecen a Lavinia, a Mesalina, a Stephanie, a aquellas a las que a veces, solo a veces, sigo echando de menos por la sencilla y mezquina razón de que ellas, al contrario de ti, no me mantuvieron en un perenne estado de esclavitud voluntaria. Hay otras piezas de ropa interior que, sin embargo, resplandecen, nuevas. Porque son las tuyas, Edith. También, y no voy a negarlo, encontrarías piezas íntimas de algunas chicas con las que meramente he fantaseado.

Ahora te preguntarás: ¿de qué va esto? No va de mis quimeras de la carne, sino que son fotogramas de un recuerdo, en concreto, de ti. De no ser así, no te habría invitado. Porque lo que pienso contarte nos atañe a nosotros y a nadie más.

En el espejo de aquel recuerdo aparecemos tú y yo, mi querida Edith, reflejados en nuestro desnudo esplendor. Pero ¡no! Aguarda. ¿Ya estamos desnudos? ¿Dónde queda el placer del ritual, los protocolos, la liturgia, los prolegómenos, si empiezo a describirnos ya desprovistos de ropa? El ímpetu me ha podido. Voy a rectificar. Rebobinemos un poco. Ahora eliminemos cualquier rastro de otras personas. Quedémonos solo con el recuerdo de una noche como la de hoy, 3 de junio, fecha histórica donde las haya. Recuerdo, como un mediometraje, cada escena de aquella noche de marras. ¡SÍ! ¡Lo

recuerdo! ¡Lo recuerdo! Estamos en una noche en concreto, la noche de la epifanía, del nacimiento de una situación que supuso la muerte de todas aquellas tantísimas cosas que podían haber sucedido en nuestras vidas y que fueron asesinadas esa misma noche. Lo has adivinado. En breve estaremos haciéndolo como si no hubiese un mañana, pero no, no, NO, de ninguna manera adelantemos acontecimientos. ¿Me escuchas? Si hay alguna noche que me apetece recordar en mi vida, sin ningún tipo de prisa, es la noche de la epifanía.

La habitación interna donde entramos cogidos sin despegar nuestras bocas, por donde avanzamos colisionando con las paredes del pasillo al andar mientras a la vez nos íbamos desvistiendo, esa habitación de la noche del 3 de junio, Edith, justo al abrir la puerta ya olía a carne húmeda y a piel hidratada por el sudor de los espectros que esperaban para contemplarnos. Te hablo de espíritus frustrados que imaginé deseando recordar sus pretéritas vidas como seres de carne y hueso a través de aquellos veinteañeros que éramos nosotros. Tú y yo, prestos por entregarnos al más generoso acto dentro de la dimensión de los vivos, que no es otro que el sexo sin ambages ni desconfianzas. Y mientras íbamos avanzando por el pasillo, inmersos en nuestro preliminar jadeo, aquel que se formaba como un nido de burbujas en nuestro estómago, rebotaba en el pecho y aceleraba nuestros latidos como un redoble militar. Los espíritus asentían porque sabían, mejor que los vivos, que nuestros sonidos y murmullos internos eran el verdadero idioma de los amantes, el mismísimo Esperanto del Sexo.

Menudo Hambre Invisible, Edith.

Entonces dijiste que te esperara. No recuerdo si querías asearte, mear, cambiarte las bragas, arreglarte el pelo. Aguardé, aún medio vestido, en el extremo suroeste del lecho.

Ahora mismo, mientras immortalizo en mi diario la epifanía de aquella noche, me recuerdo transformado en una especie de vampiro con lentes de otros siglos y notando una terrible hinchazón en mi entrepierna. La ventaja de hacerlo con alguien como tú era que incluso horas antes del encuentro ya te había repasado con mi lasciva imaginación. Me preparaba como un atleta mientras me balanceaba por el techo, desahuciado para todo menos para tu piel,

contando los segundos que parecían hechos de gelatina. La espera es siempre eterna. El acto, siempre efímero. También me vino a la cabeza que la decoración de aquel dormitorio definía nuestro interior. Me refiero a lo que estaba a punto de acontecer.

Fuego.

Mientras andaba en tales disquisiciones, irrumpió en mi espectro sonoro el murmullo del grifo del lavabo, y minutos después adiviné que habías agarrado una toalla. En aquella quietud sonora, mientras permanecías en el lavabo haciendo algo que nunca sabré con certeza, yo tuve seis microinfartos.

Escuché entonces el insignificante taconeo de regreso. Eran tus pacíficos y sensuales zapatos atravesando, calmados, la tupida alfombra del pasillo que aún nos separaba. Incluso con semejante amortiguación, mi olfato histérico ya olía tus axilas, o aquella parte de piel que era aplastada por tus senos. La primigenia excitación de tus labios internos invadió mis pituitarias justo a dos metros de la puerta. Mi hormona animal había pasado por todos los grados del termómetro y este aún iba ascendiendo, sobreexcitado, hasta el mismísimo disparate. Mi oído histérico ya percibía cómo te relamías los labios antes de saber que en breve te la incrustarías en la boca. Todo se anticipaba a tu llegada: tus desacompasados latidos, y, cómo no, mi tacto de invidente. Dichas reacciones ya estaban en situación amoratoria antes de que hubieran sucedido. Ya mis yemas comprobaban la dureza de tus pezones, así como mi visión de licántropo traspasaba la pared del recibidor y contemplaba el hipnótico vaivén de tus caderas a cada paso, tú, siempre tan decidida, mi actriz preferida desde hacía una semana, tanto en la pornografía como en el sutil mundo del erotismo, tú, mi desde entonces única y omnipresente capitana de los marítimos mundos de la saliva, el flujo y el esperma. Entonces, después de esta orgía multisensorial imaginada en mi alocada espera, llegaste desnuda. Antes que nada, agarraste un mechero de la mesita de noche. En cuestión de medio minuto, tú y yo quedamos expuestos a la luz de seis velas que, como un mago con su chistera, sacaste de tu bolso. Las encendiste con pocas prisas, erigiéndote desde esa noche como la directora de la orquesta de nuestro amor, ama y meretriz, diosa de los tiempos. Nos postramos, como en un sacrílego rezo, de

rodillas encima de las sábanas. Tras los primeros escarceos, mi pituitaria y cada poro de mi piel me avisaron de que el techo había empezado a interactuar con nosotros, ya que nos devolvía todo el aliento que íbamos perdiendo en el acto en forma de vapor de agua. A mí me caía en la espalda, condensado como una suave llovizna. A ti, mi querida Edith, te humedecía los labios gracias a una deliciosa licuación del aire que expulsabas para mantener tu planicie de placer en un intenso pero controlado ascenso.

Y luego, el sagrado acto, el inicio de la epifanía. Nos rendimos ante nuestras respectivas invasiones en territorio enemigo y aliado, la neutralidad se extinguía, la tregua había perecido, las manecillas del reloj se habían carbonizado ante tanta llamarada. Tus maniobras de placer, ah, me encantaban todas y cada una de ellas. Y qué decir de aquellas invasiones tuyas. Me rendía ante ellas. Todas culminaban con éxito mientras yo me rebelaba culminando no pocas operaciones especiales en tu pequeña Normandía. Quién no conoce a gente que se esconde del placer. Pero no era nuestro caso, Edith. Aquella noche, como tantas otras que vinieron a continuación, me faltó tiempo para hacerte todo lo que deseaba. Me faltaban lenguas. Me faltaban miembros. Ojalá hubiera podido desdoblarme. O quizás multiplicarme.

Penetración. Los pliegues de las plantas de tus pies de fémina en el momento de recibirme, todos tus músculos de mujer tensos, el abandono del tiempo y del espacio, la sensación de estar en el centro del mundo cuando noté aquel ardor humedecido que me envolvió al penetrarte, tus contracciones en el momento de percibir un cambio de ritmo. Tú, minutos después, corriéndote mientras apretabas las rodillas contra mi cintura, tú, tú, tú, de qué manera se relajaban tus entrañas y luego se comprimían, tú, yo, nosotros, un continuo balanceo de músculo a flor de piel, carne trémula, carne tensa, carne trémula que se tensaba y carne tensa que se volvía trémula.

Supe entonces, para desgracia de ese tigre que simbolizaba mi Hambre Invisible, que te quería. Y así mismo te lo dije, y así mismo «te lo dijimos». Porque fue unánime, Edith. Hasta ahora no te lo he confesado, pero aquella noche noté en mi alma cómo el Joven Poeta Halley había regresado de su exilio. Y empecé a sentirme felizmente

amenazado. Sí. Te dijimos «te quiero» todas las personalidades que vivían en el interior de Román Spinelli, alias Equilibrista. Te queríamos, sin ambages. Pero yo, Román Líbid, la parte más carnosa de aquel espíritu variado, comprendí la amenaza de tu presencia. La trampa que, sin querer, me habías tendido. Porque ya no solo quería yacer contigo, Edith, sino dormir a tu lado el resto de noche. Como si a ese tigre que me vanagloriaba de poseer le hubieran disparado con un dardo en medio de la sabana. Y un depredador dormido puede ser una succulenta presa, Edith.

Y luego caíste rendida. Durmiendo tan profundamente que parecías muerta. Tu pelo rizado dispuesto en la almohada te confería el halo de un hada flotando en un lago.

En mi sobreexcitado insomnio, yo, Román Líbid, imaginé a un capellán dándome los últimos sacramentos. Pidiéndome si deseaba alguna cena especial para mi última noche. Yo, el símbolo de la carne, el estandarte del deseo universal, de alguna manera sabía que estaba condenado a la horca de la monogamia. Intuí que la siguiente madrugada todo lo que yo representaba en la personalidad de Equilibrista sería ejecutado o, como mínimo, emparedado entre los tabiques del amor verdadero. O exiliado, como lo fue el Poeta Halley durante años. Mi filosofía acerca del placer, mis teorías sobre la variedad, cada emoción que me definía iban a perecer aquella noche de epifanía. ¡Pero qué muerte más dulce, Edith! Esperar los primeros rayos de la madrugada para mirar por la ventana y perecer como un vampiro en beneficio de la totalidad de mi ser.

Sin embargo, lo último que dije antes de quedarme dormido a tu lado fue lo mismo que una vez Musa me dijo con respecto a lo nuestro:

—Demasiado pronto, demasiado pronto, demasiado pronto.

## ESTACIÓN 24

### EL VACÍO ORIGINAL



La noche del segundo día había caído en la ciudad de Bruma y también en mi espíritu. Aún no había encontrado ninguna señal que me llevara al paradero de Edith. Los Vergonzantes con los que me había entrevistado eran meras escenas de mi pasado, seres que un día fui y que me poseyeron de manera intermitente. ¿Qué podía sacar de aquel entramado? Quizás el proceso que incluye toda búsqueda es lo único importante, sobre todo si emprendemos un viaje a las catacumbas de nuestro ser.

Decidí refrescar mis ideas dándome una larguísima ducha. Con el único objetivo de sentirme acompañado, encendí la radio y subí el volumen para que la música pudiera traspasar la mampara de cristal. Pese a que di vueltas al dial, tan solo pude sintonizar la única emisora existente en Bruma, Radio Inconsciente. Andaba ya debajo del agua, calmando mis cervicales a través de millares de gotas ardiendo, cuando un locutor advirtió a toda la ciudadanía de una noticia de última hora: el Fiscal Román Cuso había emitido una orden de búsqueda y captura contra mi Yo hipersexual. El locutor tenía un timbre canoso y ciertamente familiar. Se hacía llamar con el redundante nombre de Román-Román. Era ni más ni menos que el periodista frustrado que vivía en mi interior. Román-Román informaba de que, debido a la orden de búsqueda y captura contra



Líbid, se había generado una manifestación espontánea en la Plaza de los Universos Infinitos. Para cubrir la noticia, un corresponsal de Radio Inconsciente había sido enviado al lugar y desde el epicentro de los tumultos describía la existencia de dos bandos. En la parte norte de la plaza se habían congregado unas doscientas personas clamando por la castración de mi personalidad carnal. Perteneían al Club de Fans de la Culpa, cuyo líder, ¡cómo no!, era el Fiscal Román Cuso. En la parte sur los vecinos del Barrio Rojo, sector habitual de Líbid, lo defendían a capa y espada a su iconoclasta manera, que no era otra que enseñar las nalgas a la sección mojigata. En aquellos instantes dejaron al corresponsal con la palabra en la boca para iniciar un debate acerca de la búsqueda de Líbid.

—Puestos a manifestar nuestra opinión, me sitúo en el bando de Líbid, el de los impulsivos —exclamó un tertuliano—. Demasiadas veces hubiera querido gritar a un grupo puntual de personas algo muy desagradable y obsceno, como el irritante sonido de un tenedor rasgando un plato, porque así es como suena la verdad. A esos tipos de moral intachable que tanto odian a Líbid les diría que, a pesar de cumplir con todos los requisitos para ser definidos como seres vivos y autónomos, parecen más bien tristes mecanismos formados por un simplísimo sistema cerebral. Le ruego que me perdone, señor Fiscal, pero veo que su facción está formada por seres que jamás se salen del guion establecido. Es como si su libre albedrío estuviera anulado por tantas contraórdenes que al final provocan una existencia comparable al símbolo matemático del conjunto vacío. Entre costillas y espalda, la naturaleza nos dejó un hueco para que pudiera crecer un alma. A ese agujero yo lo llamo «el vacío original», quizás un concepto más angustioso que el pecado original, pero, sin lugar a dudas, más consecuente con la idea del libre albedrío. Ese vacío podría ser una maravillosa oportunidad para poder arrojar en él todo tipo de conceptos repletos de positivismo y esperanza. Dependería de nosotros que el vacío original pudiera ensancharse gracias al alimento de la experiencia, pulirse con brillo debido al placer generado y el gusto recibido, pero casi nunca es así, y les diré por qué. La responsabilidad recae en gente como usted, Fiscal General, y en todos los que ostentan poder. Nos rellenan de miedo como a un pavo el día de Acción de Gracias. Sin poder evitarlo, ese maravilloso hueco que

todos tenemos al nacer se convierte en un vertedero de toneladas y toneladas de detritus: cánones religiosos, intereses económicos, el sistema en su totalidad; eso por no hablar del pragmatismo que rezuma cualquier idea a corto plazo. Ese vacío, ahora relleno, se convierte en la semilla que dejamos. Y, acto seguido, acontece la definitiva cerrazón del vacío original. Es una coraza impermeable e irrompible. Cuando esto sucede, cualquier tierra donde caiga la semilla ya será tierra yerma. Es imposible hacerle el amor a la vida. Ni existen mutaciones. Se nos muere el samurái que llevamos dentro. Nadie deja una nueva huella en el mundo venidero. Tipos como usted, señor Fiscal, son protoalmas marchitas abonadas por cada bofetón de autocensura. No es así Román Líbid. Él es pura decisión e impura carne. Él es el hielo que se derrite, el sudor, el flujo, las venas hinchadas. Por eso lo admiro y lo defiendo.

—¡Es un animal sin conciencia! —escuché la voz aterradora de Román Cuso, quien por lo visto había acudido a la mesa redonda para justificar su edicto.

Segundos después el locutor añadió:

—Bien, después de estas primeras impresiones, conectemos de nuevo con la Plaza de los Universos Infinitos. —En aquellos instantes el presentador cedió la palabra al corresponsal.

—Estimado Román-Román —dijo este—, con referencia a la manifestación, decirte que aquí queda muy poca gente. ¡Los que resisten siguen gritando sus reivindicaciones!

Se escuchó la voz de un adolescente: «¿Qué es peor? —dijo agarrando el micrófono del corresponsal—. ¿Ser un quiero y no puedo, o un puedo y no quiero?». Otro grupúsculo gritaba: «Todos odiamos tu risa, Fiscal de Bruma, imuera el represor Román Cuso!». Una tercera voz discordante afianzó el micrófono para chillar: «¡Muerte al instinto! ¡Viva el córtex frontal!».

A través de las ondas hertzianas pudieron percibirse una serie de tumultos por las calles adyacentes seguidos de cargas policiales. Alguien cogió el micrófono del reportero y soltó con cierto halo de desprecio: «Los que están generando esos tumultos deben de ser los amigos de Román Líbid, el líder del Barrio Rojo. No sé qué puedo decir cuando me preguntan por qué no me caen nada bien los habitantes del otro lado del puente. Es una cuestión odorífera, una

advertencia animal. Al final, sin argumentos racionales, acabo concluyendo que no me gusta la mirada de esa gentuza. No tiene nada de bueno, entendiendo como bueno el orden preestablecido».

Un tertuliano pidió la palabra al moderador e intentó adoptar la más profunda de las expresiones que exigía la ocasión. Con su tono de voz amarillento propio de un fumador compulsivo, espetó: «Al hilo. ¿Han oído ustedes las últimas noticias sobre el paradero de Román Líbid?». El moderador lo interrumpió: «Recordemos a nuestra querida audiencia que Román Líbid lleva en búsqueda y captura desde que se hizo fuerte en la personalidad exterior de nuestro Equilibrista y acabó dominándolo por completo. Algunas fuentes me aseguran que ha huido del Barrio Rojo». Otro tertuliano, cercano a las opiniones del Fiscal Culpa, agarró el micrófono para gritar: «¡Román Líbid es un ser infecto, de los peores habitantes del Barrio Rojo, el principal Culpable de la desaparición de Edith y, por lo tanto, merecedor de su orden de castración!».

Un tertuliano de suave voz lanzó otras ideas al aire:

—Pues yo he decir que también estoy a favor de él. Al igual que Líbid, pienso que ojalá escuchara más a mi pene. ¡Qué daría yo por tener el arrojo y optimismo que tiene esa parte de mi cuerpo! Porque si pudiera dirigirme hacia lo que dictan mis sueños, sin la coartadora prudencia, sería más feliz que en estos mismos instantes. Si tuviera el coraje de mi polla o el hinchamiento de un clítoris a punto del orgasmo, me adjudicaría todo tipo de misiones canallas. Os hablo del deseo innoble e imaginativo, así como del instinto. Si tuviera las agallas de un coño multiorgásmico o de una polla a punto de reventar, diría mil verdades en la cara de algunos sin temer las consecuencias. Mi imaginación jamás sería castrada por conceptos como «lo que se puede hacer y lo que no», y así mis ideas penetrarían en la tierra. También, cómo no, dejaría que otros puntos de vista se introdujeran en mi alma. Quiero que el mundo me penetre y quiero penetrar al mundo. Como dice Líbid: «Necesito que la vida pase a través de mí». ¡Viva Líbid!

Sin venir a cuento, se escuchó una melodía ridícula repitiendo un par de veces: «Radio Inconsciente, Radio Inconsciente». Era un *jingle* algo extraño, como si lo hubiera compuesto una banda semejante a los Flaming Lips.

De repente el locutor exclamó:

—Señor Fiscal, estimados oyentes, no se lo van a creer. Tenemos una llamada entrante. Es él.

La ronca voz de Líbid apareció por todos los altavoces de Bruma.

—¿Desea decirnos dónde se esconde?

—De ningún modo —contestó—. Si me he decidido a coger el teléfono es porque sé que hay dos personas que me están escuchando en estos momentos: Edith y Equilibrista.

—¿Y qué les quiere decir, joven prófugo de la ley?

—Vivo escondido, como muchas veces tiene que existir el deseo.

Los colaboradores no soltaron palabra. Estaban escuchando en directo la voz del mismísimo proscrito de Bruma. Aquello paralizó la ciudad. Líbid continuó:

—Edith, sé que estás sintonizando este programa. Debemos follar para arreglar lo nuestro.

—¡A poder ser, intente emplear palabras biensonantes, señor Líbid! Está hablando públicamente por la radio.

—No pasa nada. Lo repetiré. Quiero volver a follar con Edith. Me gusta el sexo. Me gusta el sexo. Me gusta el sexo.

—¡Localicen la llamada! —gritó el Fiscal.

—¡Cállese! Pasemos a publicidad. No cuelgue, señor Líbid, se lo ruego.

Entró un anuncio de White Spirit, un detergente de conciencias, el mejor del mercado, según la cuña publicitaria. Los anuncios finalizaron. Líbid continuó con sus disertaciones sobre la carne:

—¿Qué puedo decir? Soy un adicto a esos minutos en los que te daría igual apretar el botón rojo de la maleta nuclear en el caso de que tu amante te lo pidiera a cambio de derramarte en su interior. Me encanta que, sin darme cuenta, haya entrado en un no-tiempo y un no-espacio a través del noble arte amatorio. Salir del orgasmo y preguntarte: «¿Dónde estamos?». Despertar de nuevo al mundo exterior de la misma manera que un yonqui aparece en medio de un descampado.

El locutor exclamó:

—Queridos oyentes, les recuerdo que tenemos a Román Líbid, el prófugo de la justicia, al otro lado de la línea. Continúe, por favor.

—Oiga, soy Román Cuso de nuevo. Quiero enviarle un mensaje. Ma-du-re. Le hace falta.

—¿Para qué, Fiscal? ¿Para que mi fruta caiga del árbol y se pudra en el suelo?

—¡Lo que tiene que hacer es bajarse del árbol y entregarse! O decírnos dónde está para que vayamos a detenerle.

—No hablo con usted, estoy usando su emisora para dirigirme a una mujer. Edith, tú ya sabes dónde estoy. No estaré mucho tiempo aquí. El suficiente para que aquellos que pretenden caparme decidan volver a sus casas.

Dejé de escuchar el programa por un momento. Me miré en el espejo y me centré en las bolsas de debajo de mis ojos. «El tiempo pasa, Equilibrista», me dije. Cierto era lo que decían los mayores. El deseo va ralentizándose con el paso de la edad, o acaso empieza a ganar la partida un cierto tipo de inseguridad física. A veces las cosas son mucho más sencillas y obedecen a cuestiones biológicas.

Mientras me vestía, seguí escuchando Radio Inconsciente. De repente, Román Líbid se dirigió a mi persona:

—Equilibrista, espero que también me estés escuchando. Ojalá pudiera hablarte de la Avenida de la Luz. Pero nunca la he visitado. Si dicha calle representa la felicidad que supone saberse aceptado en el mundo exterior, bien, creo que nunca lo he experimentado. Supongo que la Avenida de la Luz existe con la misma imprecisión de las leyendas. Por cierto, nunca he visto el consuelo en el otro lado de nuestra personalidad. ¡Siempre reproches y más reproches cada vez que actúo, cada vez que desnudo a alguien, cada vez que penetro! Pues bien. No me importa ser un proscrito. Si la Avenida de la Luz no me quiere, si pretende esconder a sus hijos más incómodos, ese es su maldito problema. A mí no me domina nadie, Equilibrista, díselo al Fiscal. Sanaréis, pero yo no. Porque, si yo me curo, todo será terriblemente tedioso. El Hambre Invisible y yo no nos planteamos nada, sino que caminamos hacia adelante. Y así HAGO. Un vicioso siempre cumple las órdenes que le imponen sus síndromes de abstinencia con toda la humildad que le corresponde a un ser que se arrastra, si es necesario, en búsqueda del placer. Señor Fiscal, tal y como una de nuestras otras voces escribió un buen día: «En un adicto no verás dispersión. Hay constancia y mucha dedicación». De esta

manera, anulo su poder Culpabilizador a partir de ahora y hasta nueva orden. Durante un par de horas no podrá hacer nada. Le he puesto los grilletes y le he amordazado, señor Fiscal.

—Eso ya lo veremos. Usted no tiene ningún poder sobre mí.

—Señor Fiscal, yo no tendría que ir a la cárcel. Pero mis ideas, sí. Y ahora quiero enviarles un mensaje a los habitantes de Bruma. Quiero que sepáis que no voy a rendirme. Hasta que me capturen los ejércitos de la Culpa, caminaré al lado de mi Hambre Invisible con mi libro de las Revelaciones de la Carne dentro del bolsillo de mi parca roída y repleta de tabaco machacado. La secta de los davidianos se equivocó, el apocalipsis de la puta Culpa siempre ha estado cerca, está cerca y estará cerca, echando su aliento en nuestra nuca lamida por su lengua de bestia canina. Y todos lo sabemos. ¡El *sabor* nunca ocupa lugar! Moriré de pie, amigos míos, vecinos del Barrio Rojo. No os defraudaré. Equilibrista, ahora hablo contigo. ¡Únete a mi causa!

—Le rogaría que no implicara a Equilibrista en esta lucha. Bastante daño le ha hecho ya —soltó mi Fiscal.

Sin embargo, Líbid, desde su desconocido paradero, no le hizo ni puñetero caso.

—Heme aquí, Equilibrista. Tú decides. Si te decantas por el Fiscal, tu vida no será nada más que una colección de negativas. Mientras piensas acerca de la mejor manera de lidiar con tus impulsos, yo prefiero matar el tiempo esperando que Edith llegue al hostel para iniciar otra de nuestras sacrosantas cópulas. Equilibrista, que sepas que te eximo de cualquier responsabilidad.

Hubiera querido decirle a Román Líbid: «Amigo mío. Te entiendo, pero compréndeme. No sabes qué calmado vigor da ser un cobarde y la temporal tranquilidad que produce dejar las cosas quietas. Considero que el deseo es la fuerza primigenia que activa todas mis búsquedas vitales, pero muchas veces no tengo más remedio que transformar mis instintos más sórdidos en obras de carácter más elevado. Supongo que lo hace todo el mundo. Perdona si no te hago caso siempre. No puedo satisfacerte a todas horas. Yo soy un Equilibrista Mental. Hay más gente chillándome desde dentro».

Pero sus palabras continuaron sin piedad:

—Hazte a un lado, Equilibrista, cada vez queda menos tiempo. Alego padecer de Hambre Invisible. En mi caso, el Hambre Invisible

no ha sido sinónimo de inquietud, ni ansia ni avidez. Dichos conceptos son demasiado afeminados. «Ansia» es la hija desequilibrada del Hambre Invisible, la que te paraliza. Esclavizado por el ansia, nadie se pone manos a la obra, sino que pierde el tiempo, sus valiosas horas, incluso el menospreciado valor de un segundo, intentando calmar su improductivo ataque de histeria. No. Mi caso, sin lugar a dudas, ha sido la Voracidad. Mares de baba cayendo por la mandíbula de un depredador, las pupilas dilatadas de una bestia que devora y digiere a la velocidad de un disparo. Lo mío es una carrera con la mismísima muerte, una continuada línea de insatisfacción que intenta curarse a través del placer sexual. Y estoy convencido de que el sexo es la verdad más pura y primigenia, el motor escondido de la historia. La Culpa puede vestir al deseo con el peor de los ropajes, pero no, de ningún modo. El sexo, incluso en sus variantes más depravadas, contiene más verdad que cualquier discurso maniqueo supuestamente elevado. Y ten mucho cuidado con simplificarme, Equilibrista. Yo, Román Líbid, no soy tan solo una bestia sedienta de carne. Yo soy la rebeldía ante la racionalidad, el puro instinto, aplicable a todas las ramas de la vida. Gracias a mí, tú eres capaz de hacer caso a una idea, por disparatada que parezca, siguiendo una única premisa: que la idea te la ponga dura. Y necesito tenerla dura en todo momento. Supongo que cada persona tiene su nivel de conformismo. Pero lo siento, Equilibrista, en ti vive el peor de los depredadores. El resto de mi camada, tras la última cacería, desparraman sus cuerpos en lo alto de una piedra y dejan que el sol les seque el pelaje. Ellos podrán quedarse toda una semana adormilados. No será mi caso. Aún con mis colmillos llenos de sangre, querré saber lo que late al otro lado de la montaña. A veces, me miro en el espejo y me digo: «Lo tuyo es una batalla en la que, quieras o no, tarde o temprano, terminarás solo. Es una guerra con el Hambre Invisible, y eso significa que es una lucha eterna. Y esa batalla la perderás o te devorarás a ti mismo. Afróntalo». El Hambre Invisible me gritará hasta el último segundo de mi vida: «¡Destripa aunque estés acorralado!», y mi última mirada será la del chacal que otea las ovejas a las que asesinará mediante las garras de la seducción. Quiero incorporar nuevos territorios. Soy y seré un invasor. La herejía es mi naturaleza. Hasta que la Culpa me detenga y me castre, seré mi propia condena, mi virtud más baja, pero también mi ilusión por el mañana.

Me gusta mi adicción a la taquicardia. Produce placer ser una anomalía dentro de tanta formalidad. Pero necesito aliados, gente que comprenda cómo me siento. El ejército de seres hambrientos con los que pueda decir al unísono: «Estamos derechos. Erguidos. Orgullosos. Manifestamos que no nos conformamos fácilmente. No, no, en absoluto. ¡No podemos saciarnos si la vida se conforma entregándonos enclenques ratas plastificadas! Nosotros no queremos pedazos, ansiamos despedazar con nuestras propias manos. Las calles se tornarán avenidas vacías a nuestro paso. Te lo aseguro, Equilibrista: esto no va únicamente de sexo, sino de todo. Hablo de hacerle el amor a la mismísima vida. Y, en la medida en que el Hambre Invisible y yo podamos..., ¡no vamos a dejar títere con cabeza! Cuando acabemos con todo, si no hay más remedio, seremos nuestra propia caza. Nos autoengulliremos. Nosotros somos la resurrección de la carne».

Se escucharon unos cuantos aplausos dentro de la emisora. Líbid continuó:

—Apreciado Equilibrista, quiero reivindicarme como una de tus personalidades más atractivas. Tú, como ser centrado, has depositado en mí toda tu ansia de carne, y así te has eximido de cualquier responsabilidad. Mirándolo bien, eres el menos auténtico de todas nuestras personalidades. Reconoce de una vez que has delegado el vicio en mí mientras tú te desentendías o mirabas hacia otro lado. Pero hoy es diferente. Nuestra asociación debe cambiar. ¡Hoy te exijo que vengas!

—¿Qué está insinuando? —le interrumpió Román Cuso desde la emisora.

—¡He dicho mil veces que no estoy hablando con usted, sino que me dirijo a Equilibrista! ¡El deber de las sábanas te reclama! No hace falta que te diga que el espectro de Edith está deseando que la penetremos los dos a la vez. Vas a pasar por otra epifanía, querido. Y la vivirás a mi lado.

El locutor interrumpió a Líbid:

—¿Está insinuando que sabe algo sobre el paradero de Edith?

—Eso es un secreto que reservo para Equilibrista. Escúchame, Ser Central. No puedes desentenderte por más tiempo de esta relación. De acuerdo que han sucedido cosas entre vosotros, pero sigue existiendo química. Lo digo por el bien común de nuestra personalidad. Tú tienes



que hacerle el amor, mientras yo me la follo. Tenemos que estar los dos, y que ella se dé cuenta de una vez de que seguimos estando en cuerpo y alma. Tú eres el alma. Yo soy el cuerpo. Acude al escondite.

Y terminó diciéndome:

—Hoy vamos a hacer un trío con Edith.

## ESTACIÓN 25

### LOS BURDELES DEL ALMA



Tuve que asimilar la petición de Román Líbid. Quizás aquel era el primer caso en la historia de la humanidad en el que un tipo estaba a punto de acudir a un trío formado por una mujer y dos de sus propios Álter Ego. Sonaba tan absurdo como alguien que pidiera al juez una orden de alejamiento para sí mismo.

Estaba siguiendo perplejo el programa de radio cuando llamaron a la puerta. Me puse un albornoz, aunque no encontré el cinturón. Abrí la puerta y un botones con mi misma cara me entregó una dirección. Era la letra de Líbid. Sorprendentemente, las coordenadas de su guarida de amor coincidían con las del mismo bloque donde se encontraba Radio Inconsciente. Estaba claro. A Líbid le encantaba jugar fuerte y su particular as en la manga era lo osado que puede llegar a ser el morbo. Volví al lavabo y, aprovechando el vapor, tracé con los dedos en el cristal unas cuantas eses imitando el andar de los gusanos borrachos, acaso una metáfora de mi pensamiento.

—Maldita sea mi estampa —me dije a mí mismo—. ¿Qué diablos hago ahora? ¿Acudo a ese supuesto trío? ¿Puede ser que encuentre a Edith en mi interior al lado de mi Yo Carnal? Hay algo que no me encaja. Me parece inconcebible que Líbid la haya tenido secuestrada todo este tiempo.

El presentador de Radio Inconsciente interrumpió mis cábalas en vivo y en directo:

—Déjeme decirle, Román Líbid, que tenemos muchas dudas de que el señor Equilibrista acuda a su llamamiento. No pocas veces, en la vida exterior, usted le ha puesto en tesituras muy complicadas. Y creemos que Equilibrista anda ya algo escarmentado con usted.

—Déjese de insensateces, Líbid —añadió el Fiscal—. Acabemos ya con esto. Usted y yo llevamos años jugando al gato y al ratón. Díganos dónde está y deje de hacer uso de la radio pública para alardear de su interminable lista de pecados. ¡Y su perversa invitación es del todo inadmisibile, el *summum* de la insolencia!

Líbid contraatacó:

—Su control sí que es inadmisibile, Fiscal.

Diez minutos después ya andaba montado en un autobús. Tras muchas deliberaciones, y con la leve esperanza de encontrarme con Edith, había decidido acudir a aquel extraño convite. Observé mi reflejo en la ventanilla. Parecía que en mis ojos revolotearan las agujas de un reloj imaginario. Mi ansiedad era tal que tenía ganas de exigirle al conductor que se saltara las siguientes seis paradas. Al llegar frente al hostel L'Épiphanie decidí obviar el ascensor. Subí los peldaños de dos en dos como un galeno a punto de visitar a un anciano moribundo. Llegué frente a la puerta de la habitación 667. Mi Yo Vicioso me abrió la puerta. Al igual que en nuestro primer encuentro, Román Líbid seguía cubriendo su verdadera cara con el pasamontañas, aunque su voz denotaba que mi Yo Carnal había abandonado los años de juventud. Pese a su camuflaje, adiviné una sonrisa mordaz. Estaba claro. Román Líbid había preparado una buena.

Ignoraba cómo había conseguido aquel muchacho transformar una lúgubre habitación de hostel en una atracción de feria dedicada al amor lúdico. Para mi pasmo, comprobé que todas y cada una de las paredes del hostel disponían de espejos, incluido el techo. Debido a mi timidez, y como tantas veces me había sucedido en la vida, preferí enfrentarme al reflejo antes que a la realidad misma. Había una cama circular dispuesta en medio de la habitación. Parecía importada de un *meublé*. Alrededor de aquel colchón descubrí a una multiplicidad de Ediths. Todas estaban completamente desnudas, una al lado de la otra en clónica posición. Sus respectivas rodillas permanecían apoyadas en

la moqueta mientras que los pechos de aquel ejército de nudistas parecía como si se dejaran caer encima del colchón. Había algo que no me cuadraba. La concatenación de Ediths carecía de sincronía. Había una Edith frente a mí. Me aguardaba en felina posición esperando que la penetrara por detrás. Contabilicé casi una veintena de Ediths con diversas apariencias. Una de ellas llevaba el pelo recogido en una cola de caballo, tenía varios tatuajes en sus piernas y una media sonrisa que rezumaba serenidad. A la segunda de ellas el sol le había tostado la piel en desmesura. La mayoría de su cuerpo contrastaba con las pálidas líneas que delimitaban su ropa interior tanto en su espalda como en sus posaderas. La Edith número tres esperaba órdenes sexuales ataviada con un kimono de fina seda. Como la bata estaba entreabierta pude comprobar que sus pechos se elevaban hacia arriba en la cima, mientras que en el campamento base mostraba una ristra de pecas dispuestas como una medalla. Había una Edith de rasgos cien por cien africanos. La situación, intermitente y extraordinaria, me provocó un amago de desmayo. Porque ninguna de ellas era la Edith que exactamente buscaba, y sin embargo, cada una de ellas poseía un detalle, un clarísimo rasgo, un destello de la original. Entonces comprendí la gran broma de Líbid. Todas aquellas supuestas Ediths eran ella, pero también todas las mujeres que había deseado en mi vida. Aquella habitación no era nada más que un templo dedicado a la feminidad y a la fantasía que enardece mentes ávidas de estímulos visuales, como la de mi Personalidad Carnal.

—Han acudido todas a nuestra fantasía, Equilibrista —me soltó Román Líbid mientras me daba palmadas en la espalda—. La Edith poética. La malhumorada. La sensata. La madre madura. La jefa farmacéutica que abusa del aprendiz en tus fantasías sexuales. La jovenzuela confusa de los diecinueve años con la misma ropa interior de aquel día que la conociste desplomada en una sala nocturna. Está medio inconsciente. Hoy puedes hacer lo que aquella noche no tuviste arrestos de culminar por tu código moral. También puedes disponer de esa Edith que jamás pudiste conseguir del todo, porque siempre te ha parecido que en realidad entregó su corazón a otro. Y dando la vuelta, encontrarás a la Edith esclava. Tienes a otra allí, en el noreste de la cama. Es esa Edith que no se deja dominar ni por un ejército, suerte con ella. También tienes a una versión de Edith que, al revés de

la realidad, vive en una dimensión paralela donde es pareja de otro hombre y se acuesta contigo de manera puntual, ¡la Edith amante! Tienes también a la Edith que sobreactúa como una actriz porno. Y finalmente tienes a esa Edith que no es Edith, sino que es todas las mujeres atractivas del mundo. Es la decimocuarta, siguiendo el sentido de las agujas del reloj. Vamos, Equilibrista, no pierdas el tiempo. Penétralas. A todas. Dedícales el tiempo que sea necesario. Sigue un orden, o déjate llevar por tus apetencias en cada momento. Pero, por Dios, no te dejes a ninguna de tus fantasías. Desahógate. Me voy a fumar un cigarrillo a la azotea. Esta vez soy yo quien delego en ti. Por ahora.

Intuía que aquel ritual de carne sin duda podía ser una gran catarsis. Si bien aquella Edith que andaba buscando permanecía desaparecida, comprendí que estaba en una situación provocada para que me reconciliara con mi deseo sexual. A través del agotamiento.

Me desnudé en cuestión de segundos. Me dirigí a la Edith central. Puse mi mano en su vientre. Descendí por sus relieves. De repente hice recuento de mis dedos y ya eran nueve. Luego, al penetrarla, la primera de los espectros de Edith aspiró aire, como si de repente hubiera regresado a la vida tras un chute de insulina. A medida que la iba penetrando, parecía que la misma vida le huyera por la comisura de los labios. Sus ríos interiores empezaron a bajar, alocados, hacia su perineo y luego hacia su orificio menor. En el momento en que mi glande chocó contra su útero entendí que nunca, jamás, volvería a estar conectado con el sentido de la vida como lo estaba en aquel sueño lúcido. Todos los mecanismos que arrancaban la maquinaria de la existencia en todos los planos imaginables encajaron de repente: los itinerarios caóticos de los asteroides, las explosiones volcánicas, los flujos económicos, el tráfico en El Cairo. Todo se ordenó de repente como una revelación, básica en sus formas pero eterna en su mensaje. Comprendí entonces que, a pesar de que cambiarán los usos y las formas en un futuro, otras personas, tras mi muerte, protagonizarían esta misma historia, claro que sí, a buen seguro que nacerían miles de Romanes y de Ediths en los siglos venideros y que todos y cada uno de ellos desarrollarían en su interior complejas personalidades, pero lo que estaba claro es que, del mismo modo que aquella noche, siempre existiría el momento de la sagrada tregua animal, el *más allá* de lo

sagrado alcanzado mediante algo tan trivial como el sexo, tan *más aquí*. El rezo de los cuerpos, el medio a través del cual la naturaleza fabrica miles de infantes que, al crecer, a buen seguro volverán a reinterpretar esa obra llamada *El Hambre Invisible*, porque la cadena del deseo es indestructible y su argumento siempre desemboca en el mismo final: experimentar la unicidad cósmica. Porque a través de fusionarnos con otro ser nos reconciamos y unimos con el resto de mundo.

Iba a llegar al orgasmo, por lo que tuve que aminorar el ritmo. Salí de aquella Edith y me dirigí a su versión africana. Me encajé en su interior y la moví a mi voluntad de tal modo que la oscura Edith empezó a seguir mi baile, entregada como las parejas de un tango, o pendiente de mis órdenes como un copiloto de ojos cerrados. Las rosadas plantas de sus pies se replegaban a cada suave embestida. Rojo, blanco, rojo y blanco. Debía parar cuanto antes porque el placer volvía a dar avisos de alarma. No quería explotar. No me daba la gana. El orgasmo a veces puede ser un enemigo. De allí quería salir con los pies por delante y mi sexo extenuado.

Salí del interior de la Edith oscura y pasé a la siguiente. La Edith malhumorada. La levanté y le ordené que se mirara al espejo mientras mis manos trepaban por su espalda a traición. Luego le di la vuelta y comprobé la textura de sus pechos, mis dedos expandidos como los tentáculos de una bestia marina. Con esa Edith en particular, el sexo adquirió dotes de venganza. Por ambas partes. Las cejas de aquella hermosa Edith dibujaban un elevado arco, al estilo de Michelle Dockery, provocando una mirada tan pétrea como el estado de mi miembro.

Irrumpió entonces Líbid, quien empezó a hacer el amor con la Edith africana. Mientras tanto, yo había acomodado mis rodillas para penetrar por detrás a la siguiente: la Edith narcisista. Llevaba un rato en ello cuando, en uno de los espejos delatores de vanidades, la descubrí mirándose a sí misma de la cabeza a los pies, como si gozara solamente de ella misma. Me sentí entonces como un simple médium del sexo, un varón cuya función no era más que la de un vulgar intermediario entre la belleza de una nínfula de Nabokov frente a su propia y única imagen. Sin embargo, comprobando la manera cómo encajaba mi miembro en su vagina, me conformé pensando que

aquella noche era yo el único elegido para rellenar sus famélicos y rosados orificios. Allí estaba Equilibrista, un humilde servidor, convertido en un objeto masturbador de una mujer enamorada de sí misma. Maravillosa despersonalización del macho. ¿Qué más daba? En aquella habitación de espejos versallescós, cama circular y multiplicidad de Ediths, el detalle de ser usado para el placer en realidad era el máximo de los halagos. Relacionando ideas, llegué a la siguiente cuestión: ¿podía ser que la propia constitución femenina provocara un sentimiento agudo de abandono y vacío cuando el pene, el dildo o el dedo desaparecían, y no de una manera literal, sino simbólica, de sus vidas? Aquella pregunta era tan polémica como incorrecta. Miré a una de las Ediths. Pensé que las colmaba de un todo mientras ellas, a través del orgasmo, me convertían en nada. Las Ediths que penetraba, las Ediths que llegaban al orgasmo a través de mi lengua, parecían ser cargadas por mi electricidad. Aumentaban sus ritmos cardíacos mientras su entrega carnal era como pasar pantallas de intensidad. Estaba claro. Si la energía no se destruye sino que se transforma, en el mundo del sexo hay un intercambio de fuerzas a tener en cuenta.

Me di cuenta entonces de que por Culpa de mi anarquía bien podría olvidarme de penetrar a alguna de ellas. Me consolé a mí mismo diciéndome que la aleatoriedad, el dejarse llevar por el instinto, era la única secuencia válida en aquel glorioso momento de mi fantasía. Ni más ni menos que un *random* sexual. Me dirigí entonces a la Edith sumisa. La penetré sin ni siquiera comprobar si andaba lubricada. Líbid también se dispuso frente a ella. La Edith complaciente empezó a hacerle un francés. Ambos estábamos colmándola de placer. Fue entonces cuando Líbid tomó la palabra. Extrañas frases las tuyas:

—Anulada estás más hermosa, como víctima de un veneno que te convierte en meretriz, y yo me expreso mejor con la piel que con el verbo. Cuando estás callada nos va de perlas a los dos. De cada gemido sacamos oro. Cada movimiento es un brindis. Viudas verdes, termómetros que sudan. Prenden las cortinas. La pintura de las paredes se corre. Tú vales por dos, pero prefiero a tres. Me sale del alma soltarte esta frase. Creo que es adecuada. Estás inmersa en las extrañas normas del sexo grupal.

Entonces pensé que había llegado mi turno. Me acerqué a dos centímetros de su oreja derecha.

—¡Deja que te arranque el collar de perlas y que rueden por el suelo, mi amada sumisa! Ah, maldita sea, goza de estos minutos, como cuando la luna coincide con el tejado de la catedral antes de desaparecer entre una nube de tormenta. Ahora eres la protagonista de una dedicación única. Mis manos tienen trabajo que hacer en tu cuerpo. Me dices que te sientes como una futura muñeca que será abandonada en un estercolero, pues déjame decirte que fuiste tú quien decidió dejar sus actos a merced de mi voluntad. De todos modos, ¿quién de nosotros no acabará abandonado en un basurero? Tan solo reza para que lleguemos al fin de nuestras vidas deshidratados tras muchos orgasmos.

Líbid estaba ya a punto de correrse en la boca de la Edith sumisa. Por mi parte, decidí salir de ella para dirigirme a aquella Edith que a la vez representaba a todas las mujeres del mundo que hacían el amor mediante las palabras. Ondeé su pelo con un dedo. Sin penetrarla, le solté:

—Elige parte del cuello. Elige arteria. Elige la fruta. Elige la temperatura del baño. Elige a una compañera de cama. Elige el precio que quieres pagar por todo ello. Elige el diagnóstico. Elige el placer. Elige el castigo. Elige tu verdugo, tus horas de agonía, tu anestesia, pero que seas tú quien elige. Como una fiesta de pecados a la carta. Como si conocieras a un diablo que también es un buen sastre. Tu miedo me hace fuerte, y a ti te acerca un poco más al clímax. Todo lo soez que me has dicho en tu vida, Edith, ha dado la vuelta en mi cerebro y ya se ha convertido en un sagrado recuerdo. Con los litros de líquido que de mí te has llevado podrías escribir la Biblia apócrifa del placer. Luego, al vestirnos, como siempre, me insultarás. Dentro de unas horas, al regresar caminando a casa por el Puente de la Redención envuelta en un impermeable con capucha, aceptaré que niegues todo lo que ha sucedido. Me da igual que vuelvas la cara cuando me veas por la calle. Y cuando te vayas y cruces la esquina, silbaré un tango conocido en Bruma que tú bien recordarás. «Si la vida mancha, es vida plena. La vida es trampa, pero esa penosa vida es la que vale la pena. La vida mancha. La vida plena. Aquella que es calma



y también tempestad.» Sí. Puede que algún día te olvides de mí, pero memorizarás cada gemido como un salmo.

Quería tener hijos con todas aquellas mujeres fantásticas. Era de ley. Entonces algo sucedió. Tan monstruoso como maravilloso. Porque me miré al espejo y YO NO ERA YO. Mi cara iba mutando en la de una infinidad de hombres desconocidos. Si de repente mis facciones eran las de un camionero de Utah, en segundos me convertía en un bibliotecario ateniense. Acto seguido mi cara volvía a moldearse y formaba la identidad de un conductor de tren de Tokio. Las caras iban sucediéndose sin control. Llegué a la conclusión de que, si bien aquellas Ediths reflejaban a todas las mujeres que había deseado o, dicho de otro modo, expresaban la íntima unicidad de todo lo femenino, mi deseo, por muy particular que me pareciera, era también el de todos los hombres del mundo. En cada persona yacen todas las personas. En cada particularidad yace una globalidad. El concepto de la personalidad nos sirve para continuar en este planeta, autoengañándonos mediante el argumento de que somos insustituibles. Quizás todos deberíamos empezar a quitarle algo de hierro al asunto de nuestros problemas, frustraciones y deseos.

Fue entonces cuando irrumpieron en la habitación del hostel. No era una educada llamada a la puerta. Por el ruido generado estaba claro que la habían derribado mediante una sonora patada. Eran los hombres del Fiscal de mi ciudad interna, seguidos del mismísimo Román Cuso. Una vez ojearon la escena, mi Yo Culpabilizador empezó a taconear con sus botas militares:

—Vaya, vaya, vaya, fíjate tú qué es lo que tenemos aquí. Resulta que al señor Spinelli, el mismísimo Equilibrista. Le damos un salvoconducto para viajar a su ciudad interior y acaba, ¡como tantas veces en su vida externa!, sucumbiendo a los impulsos de su Yo Libidinoso. ¡Por lo que veo, le ha hecho sucumbir ni más ni menos que en una orgía perpetrada en el piso de abajo de nuestra emisora!

En esos instantes el Fiscal se dirigió a las múltiples Ediths:

—¡Ustedes! ¡Vístanse y lárquense de aquí!

Cubrí mi desnudez con la sábana exterior. Sin embargo, Román Cuso me dio permiso para vestirme. Tenía un minuto para hacerlo. Mientras me ponía los pantalones, me soltó:

—Oiga, en realidad no le estoy buscando a usted. Mi pregunta es clara y concisa: ¿dónde está Román Líbid?

Una voz se escuchó desde debajo del colchón:

—Aquí, Fiscal. Deje en paz al Equilibrista.

Líbid se incorporó. Las escopetas del escuadrón persecutor se cargaron en maravillosa sincronía. El Fiscal empezó a declamar:

—Román Líbid. Queda usted detenido por desórdenes públicos y por alterar la moral de esta ciudad durante décadas, corrompiendo el funcionamiento normal de Bruma. Por cierto, no tiene derecho a abogado. ¿Algo que decir?

—Padezco de IMT.

—¿IMT? ¿Ahora me viene con siglas?

—Incapacidad Moral Transitoria. Yo mismo me he inventado semejante patología.

—¿Se refiere a algo tan sencillo como que es incapaz de controlar sus impulsos?

El mellado escuadrón que acompañaba a Cuso empezó a reírse en estereofonía. Líbid les contestó altivo:

—¿Cómo puedo aspirar a vencer el impulso? ¿Acaso un mantis macho puede resistirse a la llamada de su amante, aun a sabiendas de que tras el acto amoroso y con toda seguridad su cabeza será el plato de su amada? ¿Cuántos millones de años llevan perpetrando semejante ritual? ¿Cuántos mantis optaron por salir corriendo, Fiscal? Yo se lo diré: ninguno. ¿Cómo puedo aspirar yo a vencer semejante ansia carnal?

—Usted no es una mantis.

—Tampoco pierdo la cabeza.

—Literalmente, no. De manera metafórica, se lo aseguro. Oiga, Líbid. Con respecto a sus sentimientos, usted es un insolvente. Si hablamos de su moral, bien, está claro que en bancarrota. Usted podría llevarnos a la quiebra moral, ¿sabe? Déjeme decirle algo, Líbid. Usted, para nuestra desgracia, se ha convertido en un especialista en dar titulares a sus vecinos de Bruma. La masa que vive como un conjunto de ratas en sus barriadas-laberinto le detestan. A la hora de cenar, el populacho comenta todo tipo de anécdotas que ha vivido en el exterior y critican su nula voluntad por enderezar su conducta.

—La gente critica lo que envidia.

—Sandeces, paparruchas y mamandurrias. La gente trabajadora, sus vecinos de piel áspera, quieren verle muerto, Líbid. Ellos viven iluminados por bombillas de poca potencia. A la hora de la cena y después de haber trabajado como bestias, se zampan el segundo plato, ¡que resulta ser el mismo que ingirieron la noche anterior!, y le maldicen una y otra vez. Esos pobres ciudadanos alzan sus puños delante de su pequeña televisión de camping y se rasgan sus vestiduras por su Culpa, Líbid. Las pinturas gastadas de esos comedores se caen a tiras por Culpa de la escalada de un escarabajo que no es otra cosa que la metáfora de su vida de mierda. Y el humilde hombre de la casa, equipado con una camiseta sin mangas y velludos músculos de un tamaño desmesurado a la vez que flácidos, dice al resto de familia: «¡Qué bien que de vez en cuando ordenen arrestar a ese hijo de la gran puta!», y entonces señala a la pantalla, concretamente a la imagen de usted, Román Líbid, junto a un subtítulo que anuncia una succulenta recompensa a cambio de dar información acerca de su escondite. Y el vecino empieza a croar, con toda la razón del mundo, delante de la pantalla: «¡Que la vida es sufrimiento, su-fri-mien-to, a ver si te enteras de una vez, Román Líbid!», mientras que la madre ojerosa, de mejillas y pechos caídos como víctima de una gravedad marciana, responde: «En cuatro días vuelve a estar en la calle haciendo de las suyas». Eso es lo que sucede en su ciudad interna cada vez que usted comete esos actos horribles.

—¿Se refiere a gozar?

—Oiga, ¿se ha parado a pensar en las consecuencias que traen sus actos? ¿Se piensa que puede andar por la vida como un elefante en una cacharrería?

—Las consecuencias de mis actos yo se las diré. Mejor cara. Aumento de la energía. Optimismo.

—En fin, no hay manera. Tenemos que aislarle. Y ahora, háganos un favor y muestre a nuestro querido Equilibrista cuál es su verdadera cara. ¡Hágalo de una vez! ¡Descúbrase!

Noté cómo Líbid exhalaba profundamente. Se le notaba abatido, casi al punto de la rendición. Con algo de parsimonia, elevó su brazo izquierdo y procedió a desprenderse del pasamontañas. En aquellos segundos ratifiqué mis veladas sospechas. Román Líbid no tenía

expresión humana. La cabeza de Román Líbid era el glande de mi polla erecta. Una polla ni más ni menos que del tamaño de una cabeza.

—Esta sí que es buena, ¿verdad, Equilibrista? —me soltó Román Cuso a dos centímetros de mi cara observándome de arriba abajo como un oficial de West Point.

—A decir verdad, me lo he temido siempre, Fiscal.

Román Líbid se acercó a mí por el flanco contrario:

—Espero no haberte decepcionado. Tu problema es que dejaste que «creciera» demasiado, ya sabes, no estoy hablando de un plano físico. Me diste autonomía e impunidad. Ahora es demasiado tarde. De hecho, pienso que si no hubieras hecho crecer tanto a tu Yo Culpabilizador, tu humilde polla también se habría calmado. Pero entablaste una guerra hace años, Equilibrista. Como en unas elecciones, ambos bandos se polarizaron. Ahora deberías decidir entre Román Cuso y Román Líbid. Tan sencillo como eso. Reflexiona un momento. Piensa con quién te lo has pasado mejor. Creo que no hay ningún tipo de duda.

—Yo le he evitado muchas situaciones embarazosas, Equilibrista —me soltó Román Cuso—. Al estilo de la policía de *Minority Report*, he sido capaz de hacerle ver lo mal que se hubiera sentido en el caso de haberse metido en cierto tipo de líos. O la anarquía de Líbid o el orden de Román Cuso. Decídase.

—Si me permitís —dijo Román Líbid—, quiero decirlos a los dos que os aprecio, de verdad. Tenéis vuestra particular guasa, lo digo en serio. Pero mientras el Equilibrista se decide por uno de los dos, yo opto por despedirme. Nos vemos otro día. Ha sido muy interesante esta charla a tres, pero valoro demasiado mi tiempo como para perderlo con malfollados como usted, Fiscal. Ah, y tú, Equilibrista, en serio deseo que encuentres por fin a Edith. Lamento si los espejismos sexuales que he creado pueden haber llegado a ofenderte. A veces, cuando uno no ve la manera de solucionar sus problemas, lo mejor es crear un paréntesis donde el placer sea lo único importante. Es mucho mejor perder el tiempo con fantasías eróticas que con estériles sentimientos de culpa.

—Márchate en paz, Líbid —le dije.

—¡Usted no irá a ninguna parte! —gritó Román Cuso a mi miembro.

Y en aquellos momentos, aprovechando su dureza, Román Líbid estrelló su cabeza contra el cristal de la ventana y se precipitó hacia el vacío en medio de un estrépito alucinante. Aquella reacción sorprendió a mi Fiscal, así como a la guardia pretoriana que lo acompañaba.

Se escuchó la voz de Líbid. Desde la acera de la calle, nos gritó:

—¡No teman por mí! No me he roto ningún hueso. Les recuerdo que soy algo así como un invertebrado. Soy muscular, arterial y cavernoso. Nos vemos entre las sábanas. Y recuerda, Equilibrista: en un futuro te recomiendo que dejes de renegar de mí. Y aún más: que tengas la misma actitud vital que yo. Nada se te resistirá. Para ti no habrá puertas cerradas.

—¿Nos volveremos a ver? —le dije.

—Siempre me dices lo mismo. Te lo prometo. Ya sabes. Tan solo tienes que silbar.

## ESTACIÓN 26

### LOS TRES MOSQUETEROS Y EL FARO



#### *Primera parte. Psiconauta*

Tras aquella delirante orgía, salí del hostel y emprendí la marcha hacia mi hotel, derrotado por partida doble. Mi físico andaba algo maltrecho, pero lo que andaba peor era mi ánimo. Pensé que, como en tantas otras ocasiones, Líbid se había burlado de mí a través de mi necesidad de conocer el paradero de Edith.

Pensé que sería bueno coger el metro. Allí dejé que mi cuerpo se desplomara en uno de sus asientos. Mirando el transcurso de la vía llegué a ese punto hipnótico que provoca el tipo de movimientos fijos, tales como una lavadora centrifugando o las burbujas subiendo por una bebida gaseosa. Una voz surgió, de repente, en medio de aquel vagón. Procedía del asiento de enfrente.

—Escúcheme, Equilibrista. Voy a hablarle de mí. Un tipo llamado Román Psiconauta agradece todos sus aplausos, se abraza al resto de compañeros y, juntos, en torpe coreografía, saludan al público. Acto seguido dan media vuelta y entran de nuevo en una nave espacial sobre ruedas llamada Sleeper. Ese soy yo. No sé qué diablos hago aquí con usted, Equilibrista. No me considero un Álter Ego sospechoso de la desaparición de Edith. Ni siquiera vivo en Bruma, ni tampoco en un punto concreto de su vida exterior. Soy aquel que siempre viaja. Psiconauta, así como mis compañeros, estamos siempre en tránsito. Hoy tocamos en Málaga y mañana en Bilbao. La semana que viene estaremos en Ciudad de México y en menos de un mes aterrizaremos en Buenos Aires. Dentro de la nave Sleeper los Psiconautas elucubramos nuevos planes,

diferentes estrategias. Ser músico en activo, señor Equilibrista, es un MetaViaje. Te desplazas en un plano físico, temporal y psíquico. Porque no solo pasa el tiempo, un viaje en sí mismo, sino centenares de kilómetros. Si uno fuma marihuana, el MetaViaje es completo. Se trata de un continuo desplazamiento. Por triplicado. Pensar, en sí mismo, ya es un viaje.

—Puede que tenga razón.

—Cambiamos continuamente, como la fuente de letra en nuestra conversación. Toda persona que el Psiconauta conoce en su MetaViaje queda impregnada en su recuerdo de manera extraña, como un ectoplasma. Toda habitación de hotel donde se hospeda parece un espejismo. La vida de gira, Equilibrista, se reduce a esperar un concierto. Aguardar en estaciones de tren, aeropuertos, hoteles y camerinos. Arriba, en el escenario, uno despliega todos sus supuestos encantos, y para el caso el interfecto modifica sus horarios bajo la excusa de tener tus biorritmos al máximo y su locomotora mental a toda velocidad. Yo, Psiconauta, puedo dormir en la Sleeper hasta las once de la mañana para que, doce horas después, me encuentre en mi máximo apogeo, como Grenouille en *El perfume*. También me dormiré tarde. Mientras el concierto no empiece, hibernaré en una suerte de criogenización de andar por casa, un *stand by* para seres de carne y hueso, metido en una litera incómoda que traquetea por lugares que no son sino puntos intermedios entre una ciudad y la otra. La vida de un músico a veces es un absurdo. Se basa en entender cómo diablos funcionan según qué duchas ultramodernas. Lavabos ideales donde ha desaparecido el secador, buscar wifi, alojarte en una cama *king size* que será abierta de un solo lado y sentirse solo hasta la náusea en hoteles decorados con ambientación japonesa. A veces abro la puerta y me quedo un rato en trance, sin atreverme a entrar en la habitación que me ha tocado, como si recreara al doctor Bowman de *2001, una odisea en el espacio*, mientras me pregunto qué diablos hago entre aquellos muebles extraños y lisos, diseñados para nadie y para **todos**.

Reconocía a aquel tipo. Andaba algo afónico —lo que siempre le sucedía en la mañana siguiente a un concierto—. También recordé que la vida de un Psiconauta necesitaba el humor como un cohete el combustible. Porque los Psiconautas lo relativizan todo. Viven en un continuo *statu quo*, un reino cuyo territorio es itinerante y donde las noticias locales quedan muy lejos. Todo es susceptible de ser transformado en chiste. Porque esa vida tiene mucho de chiste delirante. Psiconauta también necesitaba sentirse unido al resto de

tripulación y de vez en cuando pillarse una buena fumada. El pecado era inversamente proporcional a la distancia que lo alejaba de su casa. Si Psiconauta llevaba unos cuantos días en casa, echaba de menos largarse de gira. Si llevaba una semana de gira, tenía unas ganas inmensas por volver con los suyos. Convengamos, pues, que Psiconauta era, es y será un ser cuántico. Su pensamiento casi nunca estaba donde su cuerpo se afincaba, y en esa intermitencia radicaba su personalidad. Un poco triste, la verdad. Aquella era una personalidad radicalmente contraria a la que vendían los fanáticos del *mindfulness*.

### **Psiconauta añadió:**

—A veces lleno la bañera de agua caliente después de un concierto. A través de las cañerías, oigo una discusión de una pareja que jamás conoceré. Pero solamente me llegan sonidos guturales. La transmisión de la voz humana por cañerías es deficiente. Capto únicamente el estado de ánimo de esa pareja desconocida según el tono que emplean a cada frase. De igual modo sucede con los titulares de tu país de origen. Si me hallo en México, las noticias sobre el Gobierno español, Catalunya, las puertas giratorias, la endémica corrupción y el ruido mediático de Celtiberia me parecen un mero chiste. Lo mismo me sucede cuando estoy en Chile y me llegan noticias sobre México. Con respecto al lugar donde me encuentro, soy capaz de observar los hechos locales con la distante visión de un corresponsal, hechos meramente objetivos, sin implicarme. Los Psiconautas somos así. La sensación es de zozobra mental, como si uno caminara por encima de las aguas del mar Negro, o cuando de pequeño te contaban un cuento en el que no eras capaz de verte como protagonista. En nuestra vida pedestre, las noticias nos invaden por todos lados. El ruido es todo lo que conocemos, pero muchas veces ignoramos la intencionalidad perversa de semejantes rumores. El murmullo de fondo, traducido en noticias catastróficas, llega a invertir tu orden de prioridades, modifica tus hábitos y altera tus decisiones sobre cómo usar tu tiempo. Todo pasa por el filtro del miedo. Sin embargo, lejos de casa, a miles de kilómetros del campamento base que es tu hogar, la falsedad del mundo mediático revienta como una burbuja de jabón y puede apreciarse su intencionalidad. Los Psiconautas ojeamos los periódicos, pero mañana no estaremos allí. Nuestro cuerpo psíquico es de anfibio, casi todo nos resbala. Los Psiconautas llegamos a la conclusión de que la perspectiva del residente temporal echa agua fría a la caldera hirviente de la indignación pública. Es cuando regresa uno a su hogar



cuando observa las mismas caras de siempre invadiendo sus retinas desde la televisión. Psiconauta empieza a notar de nuevo aquella asfixia. ¿Y si el ruido es todo lo que sé?

—Así pues, los Psiconautas solo al llegar a casa se sienten corresponsables de lo que pasa.

—Correcto, Equilibrista. Los Psiconautas pensamos que el MetaViaje es un estado límbico, ingrátido, desprovisto de Culpa, piadoso y analítico, como un espectro o una nube pasajera.

Me atreví a mirarlo por primera vez. Aquel Áter Ego era de los más parecidos a mi persona. Habían pasado cuatro estaciones desde que se había sentado a mi lado. El Barrio Rojo ya quedaba atrás. Sonaba la música por los altavoces del metro, y me recordaba aquellos momentos en los que alguno de mis tripulantes-compañeros encendía un altavoz en el autobús conectado por *bluetooth*. Al lado de la autopista, los arbustos se despedían de los músicos y feriantes con una maleducada peineta perpetrada por sus ramas.

El tiempo, como en los viajes de gira, transcurría también por debajo del metro. Vivir era un viaje sin paradas, aunque decidiéramos pasarnos el resto de vida en la cama. En el vagón, al igual que en el autobús, había empezado a sonar *The Last Shadow Puppets*.

—Nos convendría hacer como las estrellas de rock de antaño, aquellos que lanzaban la televisión por la ventana del hotel. Porque a veces pagar una multa compensa. Y recuerde, Equilibrista: todos los seres vivos, aunque estemos quietos, a un nivel universal andamos viajando por el espacio. Y cuando pensamos, también nos desplazamos. No hay nada en este mundo que esté realmente quieto. Buenas noches.

—¿Nada más que añadir? —le dije.

—Por supuesto. Tome nota. \$¢ £¥ ¡€GF £mNPsRsWñđ €KfDpPG A2C  
ZAPDpK◦Fm, £G€Y◦\$TC.

Así fue como Psiconauta se desintegró delante de mis narices.

## *Segunda parte. Román Augustus a las Finas Hierbas*

Salí del metro. Eran las diez de la noche, y en el exterior del Arrabal de los Astrománticos olía a dama de noche mezclada con marihuana. Iba a entrar al hotel, pero decidí aliviar mis penas

tomándome un copazo en el primer bar que encontrara. Sigo sin saber cómo diantres lo hice, pero aterricé en una barra americana. Pasé por delante de un guardia de seguridad con mi misma cara y recorrí un pasillo rodeado de cristales salpicados por grietas de incrustaciones de ámbar falso. En la barra descubrí a unos cuantos chavales de dieciocho años y allí, en medio de las cabezas despeinadas, reconocí a una de mis personalidades. Podría haber sido un hermano gemelo del Joven Poeta Halley. Sin embargo, esa voz interna era conocida con el nombre de Román Augustus a las Finas Hierbas. El tipo y su camarilla de amigos iban fumados hasta las cejas. Tenían dieciocho años y los bolsillos más vacíos que sus cerebros de zánganos universitarios. Román Augustus, estudiante de Psicología, sabía que había pasado un año en balde: se había rendido desde el minuto uno. Sin que se enterara su familia, se había tomado un trimestre sabático junto a gente que consideraba divertida e interesante. Román había decidido dejar la carrera en menos de un mes para ponerse a trabajar en una imprenta, horario nocturno, en lo que iba a ser un año de sensata reflexión antes de votar en sus elecciones vitales. Pero ahora se estaba despidiendo de sus amigos sin que ellos lo supieran. Y nada ni nadie le iba a aguar la fiesta.

Uno de los chavales le entregó a Román Augustus una pieza de hachís. Tras pagarle lo convenido, el camello le soltó que era una buena grifa, pero más cara que la de la semana pasada. Román Augustus le contestó:

—No importa. Estas cinco mil pesetas se convertirán en treinta canciones.

El grupúsculo de psicólogos en potencia —nadie terminaría la carrera en un futuro— pagaron una ridícula Coca-Cola entre todos. Una de las putas puso una canción de Manolo Escobar en el *jukebox*. La meretriz, con un teñido rubio catastrófico, se subió entonces a la barra y se descalzó, mostrando a los jóvenes sátiros su minifalda de doradas lentejuelas. Acto seguido, la mujer empezó a bailar algo así como una aflamencada danza de cortejo. La mujerona jugaba con los reflejos de su culo en el cristal trasero con el objetivo de disparar la libido de aquellos chavales frente a la barra. El bailecito no logró el efecto esperado. Si bien era cierto que, entre carcajadas, los chicos habían hecho un amago de recuento del dinero disponible, la realidad

es que ni querían ni podían permitirse un ligero roce. De todos modos, nadie estaba allí más que por curiosidad. La idea de pagar por tener sexo estaba moralmente descartada por su sordidez, y tampoco los ayudaba su estado psíquico. Habían fumado polen del bueno. Acumulaban tanto THC que su cerebro era como una pista de patinaje donde los pensamientos resbalaban sin control alguno. Podríamos emplear también la visión de un bosque de cien mil hectáreas neuronales hechas carbón y de unos pirómanos cerebrales que solucionarían la bajada de glucosa mediante la posterior ingesta de chocolatinas. Para hacernos una idea de semejante hecatombe, doce horas después Román Augustus a las Finas Hierbas no se acordaría del nombre del poeta andaluz que murió fusilado. Pasarían un par de horas hasta que dijera, por fin: «García Lorca», como un Ciudadano Kane pronunciando antes de morir «Rosebud». Pero el momento de evaluar tu cerebro como Zona Catastrófica sería mañana.

Los amigos acompañaban el singular baile de la prostituta batiendo palmas. Todo lo que acontecía a su alrededor parecía una visita turística a los rancios años de juventud de sus padres. Nada de Pixies o Guns and Roses. Uno entraba en el mundo adulto *hardcore* de la mano de Manolo Escobar y todo lo que sonara a rumba. Román Augustus a las Finas Hierbas aprovechó el ritmo sarandonguero y soltó:

—Si tú y yo somos de los Países Bajos, ¡pues que vivan los enanos!

Román Augustus a las Finas Hierbas pegó una calada al porro. De repente, todos empezaron a cantar como una coral punk:

*—Brindemos por cruzar el mar a nado, en el yate de un sultán, flotando en su piscina hasta llegar al mismísimo Irán. Brindemos por todos los cisnes negros, y por los condones de Christian Grey, y por todos los que perdieron la cabeza como el rey Luís XVI. Brindemos por los simios, Bill Gates y el neandertal, por las mujeres bellas de bellos ojos, y por el ojete que nos aguarda al final de su espina dorsal. Brindemos por los avaros y la ingenua humanidad. Bendita la más puta que encontró su virginidad. Venerado sea el casto, el místico amoral, bendito sea el mono y el estéreo-sexual.*

Román Augustus a las Finas Hierbas miró a la meretriz descalza y añadió:

—«Dios te guarde, dijo la Vagina-hostal. Aquí dentro no estarás nada mal.» Y el señor Pene contestó: «Gracias, porque tú eres especial. Hay coños cinco estrellas y otros coños más rurales. Hay coños como un *resort* que hacen tarifas familiares. Y hay culos que son como suites presidenciales, donde duerme mi mandatario, y en la puerta, adormilados, hacen guardia mis redondos secretarios».

Los miré desde un extremo de la barra y disimulé como pude esa sensación de contagiosa carcajada. Estaba contemplando la despreocupación absoluta. En breve empezaría la guerra de los adultos. Dejemos, pues, que los soldados pasen como quieran su última fiesta. Cualquier día es bueno para celebrar el fin del mundo. Porque cualquier día es un fin del mundo en potencia.

En aquellos momentos el grupúsculo de amigos empezó a entonar un tema inédito que yo, como Equilibrista, había olvidado y que nunca había sido publicado:

*—Todos los feos, los feos pero de verdad, se sienten más cercanos al mal. Enrique VIII, con sus medias de sarasa y paquetera de metal. Tenía la mirada del mal. ¡Tenía la mirada del mal!*

Sonreían. Fumaban. Bebían. No había lugar en la Tierra más ligero que aquel reino de lo absurdo, una pequeña nación de cuarenta metros cuadrados a lo largo ocupados por esos descerebrados.

Otro amigo soltó:

—¡Defenderemos la paz a muerte!

Román Augustus a las Finas Hierbas replicó:

—Contéstame o lo haré yo: ¿qué pasaba con los griegos? ¿Era cierto o es un bulo que se daban por el culo?

Recordaba aquella noche. Alguien del grupo les había echado ácido en la bebida, aunque ellos aún no lo sabían. El nacimiento de Román Augustus a las Finas Hierbas no tenía más historia que esa escena. En medio de toda su tormenta personal, ese Áter Ego nació con el objetivo de equilibrar la balanza de la tristeza y lograr pequeños orgasmos compensatorios a través del humor. A partir de entonces, lo haría siempre. El carácter de aquel *clown* impregnaría la personalidad del Equilibrista en un futuro. Todos necesitamos a un bufón interno, aunque nos meta en líos. A pesar de que no sepa aguantar más de dos minutos serio, el bufón cura el alma y el cuerpo de su monarca. Román Augustus a las Finas Hierbas nació en mi interior para compensar otro

tipo de necesidades no resueltas. Los lugares menos indicados son, precisamente, los más idóneos para soltar una carcajada. Por otro lado, todo el que haya fumado hierba en su juventud, aunque haya abandonado su consumo, mantiene un sentido del humor reconocible fácilmente por otro del «gremio». Los indicios son claros. El fumador siempre lleva la situación humorística hasta el más allá de lo absurdo. En un futuro, Equilibrista se sentiría a gusto con aquellos que hubieran practicado en su juventud el innoble y suicida arte de hincharse a porros para elucubrar idioteces. De hecho, ni siquiera le haría falta fumar marihuana o chocolate para entrar en onda. Era como un *software* instalado en su disco duro de origen o, dicho de otro modo, una manera de ensanchar la idiotez de una situación hasta el maravilloso mundo de lo grotesco. En realidad, años después, en la vida exterior, Equilibrista ganaba una suma considerable de dinero gracias a emplear las técnicas de Román Augustus a las Finas Hierbas.

Como ya he dicho antes, alguien, dentro de aquel grupúsculo de futuros universitarios fracasados, había echado un tripi en la bebida. Todo se aceleró. La risa era ya incontrolable. Como Equilibrista, sabía de sobra lo que iba a suceder. Tenía esa noche muy metida en la cabeza. No necesité ni siquiera acompañarlos. La secuencia sería la siguiente: los chicos saldrían del bar. Entrarían en otro antro donde empezarían a notar la subida del ácido. Román Augustus iba a coger tal pedo que en un futuro solamente recordaría los extraños dibujos de los azulejos del lavabo. Luego subirían por la Rambla de los Proscritos y uno de ellos avisaría al resto de que estaban a punto de pasar por delante de una tienda de instrumentos musicales y partituras llamada Casa Beethoven. El problema sería que el chico los avisó de semejante detalle con una frase algo ambigua: «¡Que viene Beethoven!».

Lo sigo recordando con histérica exactitud. Aquel tipo que era yo, transformado por el arte de la química psiconáutica en un tal Román Augustus a las Finas Hierbas, entró en bucle. Entendió la frase como lo hacía alguien tripado. Pensaría que el mismísimo Beethoven, con sus zapatos de tacón y su alocada melena, los estaba persiguiendo por la calle en pleno ataque de furia. Román Augustus imaginó al compositor corriendo tras él mientras sostenía la trompetilla de oro que se llevaba al oído izquierdo para combatir su sordera. Imaginaba a un indignado Ludwig, muerto de ganas por asesinar a cualquier

miembro de la banda donde por aquel entonces tocaba, llamada Brand New Fire. Román Augustus a las Finas Hierbas logró que su paranoia se hiciera colectiva. «¡Que viene Beethoven!» Aquello sí que era un cambio de argumento del todo inesperado. Nadie miró hacia atrás. Todos los chicos estaban aterrorizados, aunque no podían parar de reír. El grupúsculo de muchachos corrieron pies para qué os quiero huyendo del insigne músico. De hecho, saltaron por encima de una inacabable hilera de coches aparcados en el lateral de una inmensa avenida comercial, cuyos techos fueron abollados por los saltos de un cuarteto de enajenados. Una cincuentena de coches. Llegaron a su casa sin haber pisado la acera. Porque la acera ardía.

El chico no pudo parar de reír.

Fue un momento glorioso.

### *Tercera parte. Román Feliz*

Salí de aquel antro para, por fin, entrar en el hotel. Llevaba cinco minutos en la habitación cuando volvieron a llamar a la puerta. Era un mensajero. Llevaba un mensaje procedente de una tal Madame Seymour, quien me esperaba en recepción. Aquella mujer era la representante de otra de mis personalidades, ni más ni menos que Román Feliz. Madame Seymour estaba sentada en un flamante descapotable con el motor en marcha. Cubría sus ojos con unas enormes gafas de sol de los años cincuenta y su cabeza con un pañuelo imitando el inconfundible estilo de Audrey Hepburn. Del todo expeditiva me dijo: «Suba». Arrancó de sopetón y giró hacia la Avenida de la Luz.

—Equilibrista, mi apreciado Equilibrista. Me comentan que mi representado, Román Feliz, debería quedar con usted para entrevistarnos. Pero le informo de que casi siempre anda muy ocupado. En estos momentos, por ejemplo, está enamorado de una tal Edith y su tiempo no da para nada más que ella. Es muy difícil encontrar un hueco en la agenda de Román Feliz. Ahora mismo mi representado tiene por delante una semana maravillosamente pasional entre manos y, como usted bien comprenderá, no dispone de demasiado tiempo para perderlo en diálogos interiores que no llevan a

ninguna parte. Con toda franqueza, creo que debería preocuparse por mantener a raya a otro tipo de personalidades que usted alberga antes que a la despreocupada persona de mi representado.

Iba a mostrarle mis dudas cuando Seymour hizo un amago con la mano conminándome a seguir escuchándola.

—Equilibrista, ¿aún no sabe que la felicidad no puede entrevistarse? Es muy arriesgado verbalizar los motivos de la alegría, imagínese por un momento citarse con la misma representación del regocijo. El señor Román Feliz es una criatura demasiado ingenua. A menudo acostumbra a mentirse a sí mismo. ¿Quién lo puede Culpar, a fin de cuentas, si la segregación de gloriosas endorfinas es tan adictiva? ¿Alguno de nosotros tiene el derecho de sacarlo de su engaño? ¿A quién beneficia tal insensatez? Por estas razones que le he expuesto, Román Feliz no está interesado en mostrarse al público. Ni siquiera le gusta pasearse por la Avenida de la Luz. Tenga en cuenta que existe la envidia, Equilibrista. Román Feliz es visto por los demás estados de ánimo como un insolente. Claro está que hay gente que se alegra de su existencia. Pero las demostraciones exageradas de felicidad generan una repulsa más intensa que la que a veces sentimos por un delincuente. Por eso justamente no verá demasiadas manifestaciones en el mundo adulto centradas en la felicidad. Por no hablar del arte. Se han pintado no pocos demonios, pero ¿hay demasiadas manifestaciones pictóricas de la dicha? Se lo repito, Equilibrista. Mi representado es escurridizo como pocos. Debería buscar su presencia en la infancia, momento en el que nos mostramos tal y como nos sentimos, sin censuras, y así, gloria e infancia provocan una felicidad al cuadrado, cosa harto difícil de encontrar a partir de los doce años en ningún ser humano. La felicidad, señor mío, tiene los huesos de cristal.

Seymour iba bajando por la Avenida de la Luz hacia el puerto de Bruma. Me gustó su idea, ya que, de no haber sido por ella, jamás habría paseado por aquellos lares de mi ciudad interna. Pronto un olor a salitre mezclado con petróleo empezó a invadir mis fosas nasales.

—Podría decirle cómo es mi representado, por si le corroe la curiosidad. El señor Román Feliz no necesita arreglarse demasiado. Le sienta bien la cara lavada con jabón y punto. Cualquier accesorio extra en su presentación exterior denotaría una bienaventuranza insegura

de sí misma, algo así como una alegría sobreactuada, de modo que entonces nos parecería sospechosa. También he de decirle que mi cliente es alguien más bien borroso. Cuando se encuentra en su salsa es en el momento de la fusión con algún elemento exterior: le hablo de ese momento en el que los engranajes de una pareja se han acoplado en unos míseros segundos y ambos esbozan una expresión serena. O cuando ve a sus hijas jugando en el parque. O cuando le sonríe su perro y su gata intenta subirse al sofá. Incluso Román Feliz se ha fundido con escritores, se ha introducido en el meollo de una película o ha tocado el mismísimo magma de la emoción que guarda una canción. Mi representado se manifiesta con una sonrisa o mediante un abrazo con los ojos cerrados. Pero el señor Román Feliz vive tan embelesado que muchas veces no es capaz de reconocerse en una fotografía del presente, sino en un cuadro a toro pasado.

En aquel momento llegamos frente al Faro de Bruma. Seymour me conminó a acompañarla. Subimos las angostas y encaracoladas escaleras de piedra. Cinco minutos después, tenía el mar de Bruma frente a mí, mostrándose y camuflándose en la noche, con la complicidad de la opaca ausencia de la luna nueva. Seymour se apoyó en la alambrada de la terraza del faro y se retocó el pañuelo.

—Usted lo sabe, Equilibrista. Los momentos más felices casi siempre vienen de la mano del abandono de uno mismo. Así pues, abandone la búsqueda y, por un instante, podrá sentirse como él. Ah, Equilibrista, otro de mis representados es Román Augustus a las Finas Hierbas. Es el primo hermano de Román Feliz. A veces salen de fiesta juntos, pero son entes diferenciados. Usted lo sabe, para ser gracioso no es necesario ser feliz. ¿Cree por un solo instante que mis dos representados pueden ser sospechosos de la desaparición de Edith? La respuesta está clara. No.

Madame Seymour estaba vetando mi cita con Román Feliz y no andaba falta de razón. Lidiar exclusivamente con uno mismo te induce a otros tipos de felicidad más complejos. El estado melancólico y el místico. Ambas emociones nos inducen a la introspección, y en cierta manera, nos alejan del mundo objetivo. Si intentamos averiguar las causas de nuestro estado melancólico —siempre una mezcla entre felicidad y añoranza—, nos sentiremos como quien bucea por las estrechas grietas de sus propias cuevas. En el caso de pretender



indagar en las profundidades de la melancolía, necesitaremos el autocontrol de un espeleólogo y dejar marcado el camino de vuelta hacia la luz. En cambio, la sensación mística es la certeza de un par de segundos de iluminación total que convierten ese pequeño lapso en una eternidad. El problema es que la propia naturaleza del momento místico impide compartirlo con otro semejante, y mucho menos explicarlo, a no ser que quieras que se burlen de ti por la espalda. Un día, un amigo cercano tuvo un momento extático en el río Nilo. Iba acompañado de su pareja, quien tuvo la desgracia de romper el encanto mediante un grito inoportuno. Al regreso de vacaciones, mi amigo la dejó. Como dijo Enric Montefusco: «Romper un silencio así no tiene perdón».

La felicidad era como un caracol. Así pues, Román Feliz se escondía en un caparazón de estupefacción ante el más mínimo sobresalto, y mi entrevista podría resultar una amenaza. Si la felicidad se encontrara algún día con la ponderación —emoción que yo represento en mi calidad de Equilibrista—, quizás se asustaría ante mis argumentos racionales. En segundo lugar, y como aquel faro, Román Feliz no era un tipo constante, a diferencia de otros personajes mucho más enclavados en mi psique. Su luz aparecía y desaparecía en lapsos de segundo y en una constante intermitencia, de la misma manera que la felicidad se reparte, por momentos, entre los seres humanos. En aquel faro, e imbuido por aquella secuencia de luz-oscuridad-luz, me vino a la cabeza que quizás el universo oscile en un equilibrio total entre las energías positivas y negativas. Quizás el universo consta de una anotación contable donde siempre tiene que cuadrar el debe y el haber. Bien podría ser que, para que alguien ría, debe haber alguien llorando en el otro lado del mundo, y que los roles de cada habitante de este planeta van intercambiándose. Una vez escribí que la inspiración y el amor son aves pasajeras. Las emociones no nos pertenecen. Simplemente anidan en uno durante una temporada, y luego tienen la obligación de cambiar de espíritus-nido. En aquella intermitencia luminosa, llegué a la conclusión de que, para que en un futuro pudiera reconocer a Román Feliz, debería mostrarme muchísimo más atento. Eso planteaba un problema doble, ya que al ser felices bajamos la guardia. Una vez escribí: «Son las dioptrías del enamorado». Me di cuenta entonces de que mi vida exterior había sido

salpicada por muchísimos minimomentos gloriosos, y qué decir al lado de Edith. Ahora, en mi cuarta década como humano, entendí que debería tener a mano la grabadora de la felicidad por si lograba cazarla al vuelo, como una lluvia de perseidas o como el cometa Halley. Porque el mismo recuerdo de la felicidad nos servirá para administrárnosla, tiempo después, en pequeñas dosis.

Ese momento en el que la felicidad volverá a presentarse en forma de agradable melancolía.

Y el faro iluminaba el mar, y lo oscurecía. Así sería hasta el fin de mis días.

# ROMAN <sup>El</sup> PERTURBADO



**ESTACIÓN 27**  
**ROMÁN PERTURBADO Y EL RING**



*Despite of my rage I'm still just a rat in a cage.*  
THE SMASHING PUMPKINS

Debía de andar en el ecuador de mi sueño matutino cuando Román Cuso llamó de nuevo a la puerta. Sin pronunciar palabra, mi Fiscal me entregó un papel con más instrucciones. El objetivo de mi tercer día era un tal Román Perturbado. Según su nota, debía abandonar el hotel y por añadidura el Arrabal de los Astrománticos. El destino era ni más ni menos que la Rambla de los Proscritos, la calle más popular del sector sudoeste de Bruma, conocido por el populacho de mis neuronas como el Barrio Gris, Sector de los Iluminados. Se suponía que entre sus callejuelas deambulaba ese Vergonzante al que debía conocer. O mejor dicho, recordar.

Era un largo paseo a pie, pero no tenía ninguna prisa. El barrio natal del Joven Poeta Halley finalizaba en la calle Jim Morrison, una vía atiborrada tanto de cafeterías como de vetustas tiendas de libros y discos de segunda mano. En mi sueño lúcido, la calle Morrison ejercía de frontera natural con el Sector de los Iluminados, como un aviso de que de la poesía a la locura hay solo un paso, una caída, una obsesión mal llevada o una gota más de ácido lisérgico. Por tal motivo, las cafeterías y librerías de esa bulliciosa vía eran frecuentadas tanto por habitantes joviales con tendencias suicido-poéticas como por habitantes de avanzada edad movidos por la tentación de buscar la

confrontación dialéctica con cualquier incauto ciudadano. He de reconocer que me iba despidiendo del Arrabal de los Astrománticos un tanto a regañadientes. A decir verdad, me sentía muy a gusto en ese conjunto de calles que representaban la parte más emotiva de mi personalidad. A medida que me fui adentrando en el Barrio Gris — Sector de los Iluminados—, la arquitectura fue cobrando una apariencia cada vez más y más anárquica.

Mientras caminaba, recordé que Román Perturbado estaba anclado en un vector temporal que comprendía desde el año 2002 hasta el 2003. Perturbado era algo así como una degeneración mental del otrora ilusionado Halley. El lugar donde debía encontrarlo era, curiosamente, un gimnasio, y pongo énfasis en semejante sorpresa, ya que en la vida exterior un gimnasio era el sitio donde era menos probable que nadie me encontrara.

El recinto, como todo lo que contenía el Barrio Gris de Bruma, no era más que un destartado antro. Traspasé el umbral y seguí el murmullo de unas voces masculinas. Procedían del subsuelo, así que bajé unas escaleras agrietadas hasta llegar al sótano. Las hadas de la higiene y el buen gusto jamás habían revoloteado por aquellos lares. Olía a axila masculina y a tabaco negro.

En medio del sótano había un *ring* de boxeo. Lo más curioso es que en una de las esquinas de la lona habían dispuesto una silla de madera sin barnizar y una mesita de hierro que soportaba una máquina de escribir de los años cincuenta, negra y opaca como la que tenía mi abuelo. El responsable del gimnasio, un hombre gordo y sucio, me conminó a subir al *ring* y a sentarme frente a la máquina de escribir. Segundos después un par de boxeadores irrumpieron en escena. Uno de ellos se hacía llamar Vida, ochenta kilos, corpulento, ganador de mil y un torneos de andar por casa. Su contrincante, Román Perturbado, sesenta y cinco kilogramos, peso welter. Perturbado y Vida se encararon incluso antes de que sonara el aviso del inicio de la contienda. El árbitro, llamado Míster Destino, los separó y les advirtió de posibles sanciones. Intenté, en la medida de lo posible, ser discreto, hacerme el invisible, pese a que yo también ocupaba un espacio en la lona. Y empecé a teclear lo que sucedía.

El público había abarrotado los cuatro lados del *ring*. En una esquina, la mismísima Edith, con veintinueve años, daba instrucciones

a Román Perturbado. Edith era la entrenadora de Perturbado. Ver para creer.

Por aquel entonces, las cosas no habían sucedido como yo esperaba. La banda no funcionaba ni con ruedas. Si venían veinte personas a uno de nuestros conciertos ya podía considerarse un flamante éxito. La responsabilidad de tamaña mierda era únicamente culpa nuestra, pero en aquellos instantes ni siquiera la banda había hecho el necesario ejercicio de autocrítica que les permitiría salir de aquel pozo en un futuro. Por otro lado, yo, Román Spinelli, había entrado a trabajar en prácticas en una empresa ajena al mundo de la música. Cuando uno quiere dedicarse a tener una banda, al menos en España, se ve en la obligación de tener un plan B. Así tu entorno, casi siempre escéptico con respecto a tu vocación artística, se tranquiliza al verte hincar los codos estudiando. Luego, si consigues un trabajo, por precario que sea, conseguirás que tus parientes más cercanos relajen esfínteres y te dejen en paz al verte bien encarrilado. Mi parte poética pensó que, trabajando en aquella pequeña empresa, mis problemas económicos se solventarían, y que incluso sabría combinar mi nuevo horario laboral con las liberadas horas nocturnas que me permitirían seguir componiendo. Pero en cuestión de un año, primero contratado por tres meses, luego por seis hasta quedarme indefinido, ese lúgubre despacho que había iniciado su tránsito empresarial en un subterráneo había pegado tal explosión económica que de la noche a la mañana situó aquella compañía en el punto de mira del sector. Tuvieron lugar tres cambios de oficinas. Los empleados no paraban de aumentar. Si mi familia vivía dichosa, yo, Equilibrista, temía que aquel inesperado éxito laboral me desviara de mi verdadera vocación. Al fin y al cabo, no era mi proyecto personal. Cuando uno tiene un objetivo vital clarísimo no hay nada peor que tener la sensación de estar viviendo el sueño de **otra persona**. Fingía implicación, pero en mi fuero interno me daba la impresión de que estaba malgastando los mejores años de mi vida para que un tipo, al que ni siquiera conocía, pudiera cumplir su anhelo de amasar una fortuna demencial. Fue en una convención en Cancún cuando, para mi tristeza infinita, me cercioré de que la persecución del éxito personal —que no económico— había desviado mi trayectoria. Ya no orbitaba sobre mí mismo. Pese a que el ambiente entre los empleados era insuperable, mi carácter fue retorciéndose en silencio,

asfixiado en una corbata corporativa. Sucedió lo que me temía. Mi tradicional sensatez (incluso aquella personalidad poética llamada Halley) entró en un coma profundo provocado por la inanición de estímulos. De la podredumbre de aquellos tipos surgió otro personaje: Román Perturbado, un tipo frustrado y repleto de dudas. Perturbado era la mismísima ballena de Job.

Estaba a punto de recordar aquella época de mi vida en la que me había tragado a mí mismo. En definitiva, no había ser más esquivo y enclaustrado que aquel tipo, la primera bifurcación de mi pensamiento que podía considerarse como un **peligro potencial** para mi porvenir. De acuerdo, Perturbado no era precisamente un recién llegado. Siempre había estado allí de un modo u otro, pero por aquel entonces el Joven Poeta Halley era el indiscutible monarca de mi espíritu, así que Perturbado, cual Hamlet rencoroso, miraba desde las esquinas del salón del trono aparentando que se dejaba llevar por el populoso ejército de mi optimismo, cuando en realidad estaba esperando su momento para conspirar. Luego, a partir de los veinticinco años, empezó a manifestarse a través de frases sueltas o ideas ponzoñosas acerca de la sociedad. A veces su invasión era incontrolable. Poseído por aquel tipo, de mis labios surgían teorías peregrinas como salvas de honor que iniciaban un desfile de ideas delirantes justo a la hora de cenar con amigos o en momentos igual de inoportunos. El provocador contenido de algunas de esas ideas generaba en Edith —que ya vivía conmigo— una suerte de vergüenza ajena. Aquel tipo no traía nada bueno. Desde que noté su germen creciendo en mi vientre, consideré a ese Álter Ego llamado Perturbado como un feto alienígena al que había que abortar antes del quinto mes de embarazo. Pero a pesar de que intenté extraerlo de mi interior, la operación no salió del todo bien. Por lo visto, estaba muy arraigado.

En aquel diorama del pasado, Perturbado estaba a punto de iniciar un combate de boxeo contra un luchador llamado Vida. Como árbitro, ni más ni menos que un tipo llamado Destino. Me olvidaba de una cosa: el entrenador de Vida era el Fiscal Román Cuso, alias Culpa.

Sentado en la esquina del *ring* frente a aquella máquina de escribir, me descubrí tecleando una fecha en el papel: viernes, 25 de enero de 2002. Me fijé entonces en la expresión de Perturbado. Tenía la mandíbula inferior a la altura de la nuez, su mirada permanecía en

estado de *shock* y daba la sensación de que iba algo fumado. En el techo del cuadrilátero había unos altavoces desde los que salía la maravillosa y aletargada melodía de *Comfortably numb*. Justo al principio del primer solo de guitarra de Gilmour, el árbitro Destino dio inicio al combate. Perturbado se giró hacia mí y dijo:

—*Comfortably numb*. Confortablemente atontado. No me extraña. Todo ha caducado, Equilibrista. Te estaba esperando. Quiero darle un puñetazo a Vida. Espero que me des ánimos.

Perturbado me sonrió intentando establecer una cierta complicidad conmigo. Antes de que asintiera, llegó el primer puñetazo de aquel púgil llamado Vida. Hubiera deseado mirarlo a los ojos y preguntarle: «¿Sabes dónde está Edith?», pero Perturbado se adelantó con la siguiente frase:

—Todo ha caducado porque todo muta.

Y escupió el primer grumo de sangre. Por mi parte, opté por teclear lo mismo que le soltaba a Perturbado:

—Claro. Todo muta. Debe de ser por eso que en este bucle temporal de 2002 tienes la friolera de cinco novelas a medias. Dos mil páginas guardadas en un cajón y un centenar de letras para canciones. Bra-vo. Te quejas de la dispersión reinante, pero eres el mayor ejemplo de lo que no hay que hacer. Por eso tus historias siguen en un cajón.

Perturbado alzó las cejas, del todo airado conmigo:

—Ya te lo he dicho, cabrón. Soy hijo de la vida, y la vida es inestable. ¿Cómo coño puedo terminar una novela, maldita sea, si en el mundo exterior suceden tantas cosas y nada acaba, sino que cada acto tiene una o más consecuencias? Las palabras *The end* en la pantalla surgen por una necesidad de acotar una historia, segmentarla. ¡Pero no son ciertas! Vida es este púgil que está a punto de darme una paliza, mientras que Destino es el guionista. Esta partida está amañada. Deberías saberlo. Aquí funciono como un *sparring*. Solamente en momentos muy puntuales la Vida nos alquila, que no compra, como protagonistas. Se deja meter una buena hostia para que el público piense que el combate no está amañado. Nos creemos protagonistas cuando en realidad participamos en una historia coral. Por esta razón, si no nos rebelamos ante Destino, la existencia nos tratará como a otro de tantos extras que se limitan a ocupar simples



espacios físicos en un plano general. Debemos gritar, si cabe, en medio de la cola de este inmenso *casting*. ¡Jesucristo redentor ha muerto de nuevo! ¡Los dioses griegos han vuelto! Ahora mismo los mortales volvemos a estar a expensas de los caprichos de unos seres superiores. Hoy en día hay demasiadas injerencias, tantas que uno empieza a sospechar acerca de la presencia de una **mano negra**. Te pondré un ejemplo. Cuando encuentro un día libre para componer o escribir, ¡un puto día libre!, ¿sabes lo que pasa? Pues que empiezan a aparecer imprevistos, pequeños cambios en el presente, esas estupideces a las que otro mortal no les da mayor importancia, pero que yo sé que varían el destino a corto plazo. Entonces me veo dejando de lado mis escritos para despachar urgencias y contratiempos de toda índole: expedientes, multas, peticiones por parte de tu jefe para que acudas de nuevo a la oficina porque resulta que hay un pico de trabajo y necesitan a toda la plantilla disponible para hacer horas extras y llegar a los dos millones de facturación, y te llaman justo ese maldito sábado que habías quedado para ensayar después de llevar un mes sin poder ver a tus compañeros de banda. Parezco un bateador de murciélagos.

Primer gancho de izquierda por parte de Vida. Una hostia inesperada.

—Nunca hay tiempo para lo importante. ¡De esta manera, me resulta imposible encontrar tiempo para terminar mis novelas, Equilibrista! Lo primero que necesita un creador es **tiempo**. Te lo juro, Equilibrista. Siempre hay alguna jodida interferencia que me hace dejar de lado lo que **DESEO** hacer para dedicarme a lo que **DEBO** hacer. Y no me vengas ahora con la cantinela de que ese problema lo tienen el resto de humanos en su día a día, porque entonces te diré que yo no soy ni pretendo ser una persona normal. Yo no me resigno como ellos, no, señor. ¡Pienso rebelarme porque eso es lo que me diferencia! Sacaré tiempo de las piedras si hace falta. Ya sabes, Equilibrista, me refiero a esas inoportunas invitaciones para acudir a comidas familiares que, como siempre, se demorarán hasta bien entrada la noche y que no me aportarán absolutamente nada. Nada. ¿Y sabes por qué? No me contestes, yo te lo diré. Porque esa rutina me obliga a seguir viviendo en circuito cerrado, y así no hay dios que pueda crear. **Circuito cerrado**, o un mismo bucle en el que las cosas sufren mínimas variaciones, pero la base argumental es la misma. Las

mismas obsesiones de tu primo, la misma manera de emborracharse que tiene el carcamal de tu suegro, siempre a partir del tercer café, o hablar de política con la vehemencia del ignorante parcial, eso cuando tu mejor amigo no se convierte en otro de tantos seleccionadores nacionales de fútbol. ¡Circuito cerrado! El problema del entorno es que nos lo sabemos de memoria. ¿Sabes, Equilibrista? ¿Lo recuerdas?

—¡Vamos, Román, estoy contigo, devuélvele el golpe! —gritó el espectro de Edith desde una de las esquinas.

Perturbado me miró:

—Escribe lo que te voy a decir, Equilibrista. Quiero que conste en acta que desde que trabajo y vivo con Edith no he hecho un solo amigo, ni he conocido a una sola persona que pueda ayudarme en mi cometido. El entorno social me está abrazando como una boa constrictor. Puto circuito cerrado, empieza a apestar de veras. Me ahogo, Equilibrista. Parezco Han Solo en el contenedor de basura. Las paredes van estrechándose y no encuentro el botón para detener mi próximo descuartizamiento.

Transcribí sus continuas quejas, porque había que reconocer que en todo argumento de un victimista hay cierta parte de razón. Y aquello referente al circuito cerrado era, reconozcámoslo, un argumento indiscutible. Vista con el tiempo, reconozco que mi vida, en líneas generales, era por aquel entonces tierra yerma. Me vi en la obligación de aconsejarle:

—Deberás ganarte el tiempo, te lo advierto. Nadie dijo que fuera fácil. De todos modos, piensa que cuando la gente dispone de tiempo hace lo mismo que los nuevos ricos. Lo desperdicia con sandeces.

—Ahora que sabes por qué soy un escritor fracasado y un compositor mediocre, pasaremos a la segunda parte del asunto. Ella. Porque sin duda lo peor del asunto es que Edith no me entiende. Mi amor tiene un grado de conformismo superior. Edith sabe ser feliz con lo que tiene, mientras que mi Hambre Invisible es como un tatuaje en el brazo que me advierte a cada momento con el siguiente mensaje: «La conociste demasiado pronto, demasiado pronto», o «**Tu vida podría ser otra**». Me miro al espejo, vestido como un ridículo ejecutivo júnior, y mi boca expulsa: «He aquí a un niño mal vestido en Carnaval». Odio la burguesía y todos los recuerdos que el concepto me trae a la cabeza. El puto traje me da urticaria. Incendiaría mi coche de

empresa e incluso que me asciendan es una idea que acaba por descenderme. Luego me disfrazaría de **soldado vital**. Necesito entrar en guerra, Equilibrista, por eso estoy en este cuadrilátero. Mi generación sueña con la estabilidad, mientras que yo, cuando la tierra no se mueve bajo mis pies, creo que estoy en una cámara al vacío. Así de raro soy. Me da la impresión de que estoy traicionando mis ideales. ¿Quieres rock? Pues chúpate el traje de corte italiano. ¿Ansías dejar de trabajar? Pues horas extras, porque no tienes un chavo, así que, *ialehop!*, a pasar por el aro como una foca de circo. Edith me ve guapo con el traje. Es desesperante.

El espectro de mi amada hacía oídos sordos y se limitaba a lanzar gestos de ánimo. Por mi parte, paré de escribir y le dije:

—¿Hablas de la misma Edith que se subió a un avión contigo para entregar en mano una maqueta horrorosa a todas las discográficas en Londres? ¿La misma que diseñó las portadas como pudo?

—No la estoy criticando. El problema, Equilibrista, no es ella, sino yo. Si tu pareja conoce tus anhelos, cuando estos no se cumplen se convierten en una suerte de reflejo de tus fracasos. Su presencia te lo recuerda día a día, aunque ella no diga nada. Edith, de manera incomprensible para mí, me quiere como persona, ya sea carpintero, ejecutivo o artista eternamente embrionario. Edith es adaptable, baila con el mundo, mientras que mi relación con la vida es de constante fricción. A Edith la quieren todos: personas y plantas, los gatos se le acercan y los perros la miran con la lengua fuera. Ella y aquel ángel que siempre la acompaña contestan a todo el mundo con ese encanto innato que provocó mi enamoramiento instantáneo. Por si no fuera suficiente, se adapta a todo. Sin perder la sonrisa, Edith puede trabajar como cajera, ejecutiva de altos vuelos, vendedora de palomitas, actriz de reparto o lo que le venga en gana. Edith descubre en cualquier circunstancia su parte positiva y gracias a esto sabe reinventarse. Yo no soy así. Soy, como me dijo Julián, aquella pieza que no encaja en ningún lado.

Mi caso es el siguiente: puedo ser castigado por la sociedad por no cumplir las reglas, pero aun en un rincón, mirando la pared, arrodillado y con un cartel en mi pecho que ponga «Testarudo», sigo sin entender ni aceptar las reglas. Está claro que el problema es solo mío. Pero cuando uno tiene una vocación también lleva una condena.

¡La música no es algo externo a mí, sino que es parte de mi persona, como lo es mi brazo o mi hígado! Ahora, en pleno 2002, el debate no es otro que la música o la locura. Si continuó así, haré de Edith una infeliz. Una pareja puede romperse si ambos tienen mal equilibrados sus niveles de inconformismo, y eso es lo que empiezo a temer. Edith no puede ser quien pague mi frustración. Antes me lanzo por una ventana y así contribuyo a que encuentre a alguien de su categoría humana. Busco a Edith como aliada, y sin embargo la veo a veces como a una embajadora de mi entorno, una aliada del sistema. Por eso, en el fondo de mi corazón, estoy empezando a distanciarme de ella. Y la quiero en extremo, pero no puedo soportar cuando no entiende que necesito tiempo, más incluso que el puto aire que respiro. En realidad, a la primera persona a la que le quiero demostrar que andaba en lo cierto con respecto a mi talento es a ella. Convertirme en su héroe. Pero a ella le ha dado por quererme, pase lo que pase. Es inaudito.

Segundo gancho de Vida, ahora desde su brazo derecho.

De fondo seguía sonando *Comfortably numb*. Como Perturbado andaba medio noqueado, el árbitro Destino decidió hacer sonar el gong del primer *round*. Perturbado se sentó en la silla habilitada para ser refrescado y curado por Edith. Descendieron entonces unas enormes pantallas de led. Retransmitían la imagen de un canal de noticias de veinticuatro horas que no cesaba de repetir una serie de desgracias, algo así como destellos de sangre que aparecían en el mapa del mundo de manera aleatoria. Bush se besaba con Aznar mientras Blair intentaba disimular su hinchazón. Acto seguido la presentadora narraba una matanza acontecida en Jonestown y, sin apenas tiempo para analizar semejante masacre, el noticiero yuxtaponía el dolor de aquellos padres a otras desgracias a miles de kilómetros. Las ruinas de Gaza aparecieron en pantalla y luego, como era de esperar, primeros planos de especialistas en Oriente Próximo opinando sobre el conflicto. Segundos después, el anuncio de la nueva película de Álex de la Iglesia. De repente, alguien del gimnasio cambió el canal. Un torero se defendía de unas acusaciones de malos tratos ante una mesa redonda repleta de tertulianos de alto nivel moral. Cambio de canal. En La 2 reponían una película protagonizada por el gran Tony Leblanc. Seguía sonando el tema de Pink Floyd.

Segundo *round*.

—¿Alguna buena noticia más? —le dije.

—Por supuesto. Todo lo que sucede en el mundo seguiría sucediendo, estuvieras o no. Los discursos de Bush, el gol que decide la Champions, el nuevo Nobel de Física. Son sucesos ajenos a tu existencia que se desarrollan sin tu colaboración. Ya sé que dicen que todos somos necesarios, pero que nadie es imprescindible. Sin embargo, ahora mismo pienso que algunos de nosotros no somos ni siquiera necesarios. Si uno no incide en la historia como un punzón en la mantequilla, queda reducido a la categoría de espectador.

—¿Y tu **vida** personal? ¿Acaso ahí no eres imprescindible?

—Vida personal la tienen incluso las cucarachas.

Desde el exterior del *ring* me llegó una ventolera que olía a marihuana. Tos. Silencio. Si aquel tipo que tenía delante de mis narices fui yo durante un bucle de tiempo, tengo que decir que me caía «mal-bien». Perturbado añadió:

—Ahora recuerdo y valoro más que nunca la belleza de los gestos de Edith cuando pretendía seducirme. Aún tengo presente en mi memoria sensitiva aquella curiosa manera que tenía de mover su cigarrillo cuando llevábamos un par de meses saliendo juntos, como si fuera la mismísima reencarnación de Rita Hayworth. Edith, por aquel entonces, emitía ese tipo de miradas del cine clásico que a cierta parte de mi masculinidad tanto le gustan, esa combinación entre una sonrisa escéptica y pillastre. Parecía que su sonrisa me formulara un enigma cuya solución solo podría desvelarse en la cama, en ese duelo sin pistola, sin palabra alguna y con mucho gemido, empleando el lenguaje de los animales. Yo captaba a la perfección sus afrentas carnales y entonces Edith subía a mi moto en dirección a cualquier sitio donde pudiéramos estar juntos. El silencio de dos amantes dirigiéndose a un hotel también es arte. Realmente aquellos días fueron el regalo más preciado de mi vida, pero, en fin, ya pasaron. La pasión es un paréntesis en la vida donde te sientes protegido del frío del exterior. No te confundas, Equilibrista. No pienso en un cambio de pareja. Pero depositar en otra persona nuestra felicidad es un mal plan a medio plazo. He decidido que el arte sea el sustituto de la pasión. Porque la pasión por el arte no cede jamás. El arte no te decepciona, como hacemos los humanos. Puede que esté alarmado por mi nuevo

autismo sensitivo. Necesito más traca, una película que me conmueva o una melodía que me descoloque. Me cuesta emocionarme. Cada día más.

Puñetazo directo al tabique de Perturbado. Fue entonces cuando le solté:

—Tu problema es que, en tu bucle de 2002, piensas que tu salvoconducto es la ficción. Hazme caso. No seas tan extremo. Si sigues así puede pasarte toda la vida por delante, y tú, pobre incauto, la habrás dejado de ver, con la mirada hundida en la fantasía como quien hunde su cabeza en el lago. Y la ficción no da todas las respuestas.

Aquel púgil llamado Perturbado, la polaridad negativa del derrocado Poeta Halley, asintió.

—Mmm. Hay un libro llamado *El Hambre Invisible*. ¿Lo he publicado en un futuro?<sup>2</sup>

Míster Destino separó a los dos contrincantes.

Las pantallas volvieron a descender. El presidente de la República Francesa salía de la televisión y se plantaba delante de nuestras narices como un holograma. Entonó *La Marsellesa*, que se mezcló de manera extraña con la voz de Roger Waters. Perturbado, mientras Edith le echaba agua por encima, añadió:

—Y luego hay una crisis de valores. Aquí todo se basa en ganar dinero y más dinero. Toda mi generación ha sucumbido. Hace poco, un compañero de la infancia me hizo ver que habían pasado ya nuestros mejores años sin apenas darnos cuenta. Y añadió que nadie de los nacidos en los setenta habíamos hecho nada que trascendiera. ¡Nada! En un principio no le hice caso mientras él dibujaba sobre el vaho del cristal del coche la frase: «Aún no estamos muertos». Evité su mirada y me aflojé el nudo de la corbata. En realidad, mi amigo había dado en el clavo. Nos han vencido sin ni siquiera haber luchado. Somos una generación anodina, meros continuadores del Estado del bienestar. Sí, nos han derrotado, pero ¿quién? El enemigo no tiene cara en este siglo. Ojalá pudiéramos señalar a un dictador como antaño. Pero ahora mismo todos los malos han aprendido a teledirigir nuestras vidas alejados de la opinión pública, manejando a sus fieles muñecos del mundo de la política, meros parapetos mediáticos. Incluso las guerras se diseñan para crearnos dispersión mental. El

terror induce al consumo, porque el consumo nos conforta. Nos hace sentir en una burbuja donde estamos protegidos del horror exterior. Nadie sabe trabajar el miedo como el poder. Al final, terminaremos por tenerle miedo al mismo miedo, y el poder, ah, entonces el poder brindará con el vino más caro del mercado.

Román Perturbado tenía una brecha de sangre en la mandíbula inferior. Ambas fosas nasales le sangraban en abundancia. De fondo seguía sonando *Comfortably numb* de Pink Floyd. *A distant ship smokes on the horizon*. Perturbado se alejó por un momento de las teorías sociales y dijo:

—Nos han dicho otra vez que no. Me refiero a ese festival. Dios mío, con la banda no levantamos cabeza, ¿sabes? Estoy perdido. Acabo de componer una canción llamada *Carta a todas tus catástrofes* para el próximo disco. Se llamará *Maniobras de escapismo* y será el último, porque, si te soy sincero, ya me he rendido.

No me lo podía creer. Edith y Román Perturbado estaban fumándose un porro agazapados en la esquina del *ring*. Perturbado se incorporó. Con paso decidido llegó a mi mesita y me dejó fumar unas caladas. Era una maría muy intensa. A la sexta calada todo volvió a adquirir un carácter psicotrópico. Desde las pantallas gigantes, un Salvador Dalí en blanco y negro aparecía dándole la mano al presidente de la República Francesa. Dalí empezó a pronunciar una frase en diversos idiomas, con el mismo ánimo con el que en los años sesenta anunciaba una marca francesa de chocolate: «La faim invisible», «la femme invisible», «eL-ham-bre-in-vi-si... bLe». Desde una esquina, Buñuel y Mastroianni hacían de palmeros del pintor. Acto seguido la imagen se desvaneció como una burbuja de jabón.

## ESTACIÓN 28

### SEGUNDO ASALTO



Sonó una especie de gong. La pelea se reinició entre un barullo demencial. Nada más empezar, Perturbado encajó otro puñetazo en la cara por parte de Vida. Tras escupir un hilo de sangre, se giró hacia su entrenadora y exclamó:

—Ah, Edith, mi entrenadora, mi amante. En mi defensa, déjame decirte que justo un tiempo antes de conocer a Edith ya lo había intentado todo. Había acudido a la química convencional, y a la ilegal, por supuesto. Me había apuntado a todo tipo de gimnasios y talleres del espíritu, pero nada surtió efecto. Entonces llegó ella y pareció que mi descenso se detenía. Conocí a Edith cuando ambos yacíamos medio inconscientes en el suelo de una sala de conciertos. Edith, horizontal entre un mar de pies y un bosque de colillas pisadas, pidiéndole ayuda al mundo, y yo, igual de jodido, emitiendo un SOS a Edith con el pálido morse de mis labios. En aquellos tiempos ambos necesitábamos escapar de la brutalidad emotiva que el mundo adulto nos había hecho catar, y lo hicimos juntos, ella, yo, emergiendo de aquel suelo sucio al que nos había echado la vida y huyendo de allí montados en una moto destartalada. ¿Lo recuerdas, Equilibrista? Edith y yo habíamos entrado en aquel local nocturno por separado. No nos conocíamos, pero algo nos llevó a aquella sala esa misma noche. Supongo que ambos estábamos devorados por el ansia de evadirnos de nuestra realidad, y de paso gozar un buen rato de la música, ya sabes todo



aquello de *We can be heroes, just for one day*. Pero a los dos se nos había ido la mano. Bebimos tanto que dejamos de ser héroes para convertirnos en los protagonistas de aquella canción de Suede que en su estribillo canta: *We're trash, you and me*. En fin, Equilibrista, de Bowie a Suede tan solo hay una copa de más.

Fue en aquellos momentos cuando el entrenador de Vida, ni más ni menos que el Fiscal Román Cuso, irrumpió en escena.

—Permitidme que añada mi punto de vista a esta contienda, señores. Antes de la aparición de Edith, yo, tu Culpa, estaba a punto de ganar por primera vez la partida de tu psique. Pero súbitamente Edith te hizo recordar aquel empuje olvidado de tu niñez. Creo que aún recordarás que al principio ella dio de comer y beber a los pocos soldados que quedaban vivos en la infantería de tu autoestima. Menuda lástima, me faltaba un cartucho más para cargármelos a todos. Entonces, sin ese ejército de glóbulos blancos psíquicos llamados «esperanza», ¿qué hubieras hecho, Equilibrista? Quizás hubiera logrado que te suicidaras.

Sabía lo que **Culpa**, en la forma del Fiscal Román Cuso, intentaba explicarnos. Como Equilibrista, debo hacer constar en acta que convivir al lado de Perturbado no era una tarea fácil. Tuve eventuales arranques de melancolía desde los once años, pero por aquel entonces pensaba que cuando me hiciera mayor y tomara las riendas de mi vida sería capaz de enderezar la situación y exiliar a Perturbado a las catacumbas de mi pasado. Pero las depresiones, por pequeñas que sean, dejan una muesca en el alma de uno. A partir de entonces, cualquier acontecimiento se instala entre los huecos de la cicatriz y es difícil extraer el líquido. Edith me conoció en medio de la caída y logró detenerla durante un tiempo. Pero incluso en aquellos momentos Perturbado y Culpa me repetían: «Es un espejismo. Más dura será la caída. No te fíes nunca de la felicidad».

En los años de pasión, como ordenaba la Ley de Vida, desapareció la voz de mi yo neurasténico. Pero aquello no era una rendición, sino una tregua que Perturbado rompió en el año 2002. Cuando todo se normalizó, Perturbado regresó de su exilio como un rey malvado para reclamar su parte del pastel. Al principio ella pensó que mis arranques depresivos eran tan solo quejas al viento, pequeñas desconfianzas en forma de minimalistas ataques de celos. Pero aquello escondía otra

cosa: un miedo patológico a la felicidad. Desde que tenía uso de razón, asociaba el sentimiento de dicha con una futura amenaza, un gag de cámara oculta, un montaje ideado por la vida para que el golpe posterior fuera mucho más doloroso, por inesperado. Fue así como, a principios del siglo XXI y poseído por el insistente rumor de aquel polizone en mi alma llamado Perturbado, empecé a soltar unas cuantas frases impropias de mi persona por contener una dosis demasiado elevada de victimismo existencial. Las empecé a vomitar en los momentos más inesperados: en medio de una cena hasta entonces amigable, o escondidos tras una ocurrencia trágico-graciosa. Sin embargo, cuando mostraba algunos indicios de ansiedad, Edith, haciendo gala de su templanza, prefería considerar aquellas quejas como meras chiquilladas y actuaba como una segunda madre. Me arrullaba. Y me follaba. Sin embargo, mis arranques fueron incrementándose. Tardé poco tiempo en fastidiarlo todo. Como Equilibrista mental, debo decir que cada vez que mi Otro Yo llamado Perturbado daba señales de actividad, era como si aquel actor odiado apareciera por sorpresa en tu película favorita y tú, desde la butaca, pensaras: «Oh, no, él otra vez».

Perturbado, mientras saltaba por el *ring*, añadió:

—Equilibrista, Fiscal, en este recuerdo de 2002 que ahora visitáis, la rutina ha irrumpido y las endorfinas han dejado de inundar los campos. Has dejado de ver las cosas bajo el filtro de la pasión. Y cuando ese filtro se ha caído al suelo, ¡menuda fealdad te rodea! Ojalá algún día pudiera recuperar ese filtro. Ignoro qué me depara el futuro, pero en este bucle donde vivo, el fracaso está empezando a darme la razón. El vinilo de mi pensamiento ha cambiado de sentido. La aguja emite la música del diablo, la sinfonía del suicida. Ahora mismo, Equilibrista, me he apoderado de tus pensamientos. Volviendo a Edith. Me da la sensación de que cuanto más fuerte se muestra mi amor, cuanto mejor le va su vida laboral, lejos de contagiarme resulta que me hace ver lo increíblemente débil que soy. Edith merece algo más. Un macho alfa, muy seguro de sí mismo, y no un mindundi con ínfulas de artista, algo que, por lo que se intuye, no soy ni seré jamás.

Gong. Finalizaba el tercer *round*.

Llegaban noticias desde el exterior. El disco *Maniobras de escapismo* estaba funcionando. Edith aprovechó para darle un beso a

Perturbado y ponerle un poco de agua oxigenada en una ceja maltrecha. Recordé que en aquellas aciagas épocas, Perturbado exigía a Edith para él, sin concesiones. El resto de elenco del teatro de mi psique dio un paso hacia atrás, dado el aliento de aquel chalado. Aquello se estaba convirtiendo en el capítulo previo a la debacle absoluta.

Empezó el cuarto asalto:

—No puedes pedirle a una persona que pase demasiado tiempo al lado de un ser autodestructivo, por mucho que las cosas no le funcionen —añadió el entrenador Culpa metiendo más leña al fuego—. Irte a vivir con alguien con tendencias depresivas es como pactar con el diablo. Tarde o temprano llega la condena en forma de **contagio**.

Era cierto lo que decía Culpa. Edith tenía como pareja de cama a la mismísima gota malaya. Mi caso tenía por aquel entonces difícil arreglo, ya que en realidad la solución no pasaba por ella, sino por mí. En aquel bucle de mi vida, la paciencia de Edith fue puesta a prueba por primera vez. Mi actitud la llevó al borde del precipicio.

Perturbado logró entonces conectar un gancho de derecha que impactó en la barbilla de aquel púgil llamado Vida.

—Voy a hacer lo que esté en mi mano para que Edith me deje. Acentuaré mi parte paranoica.

—¿Por qué diablos vas a hacer eso?

—Porque prefiero que Edith me deje sabiendo que me lo he merecido. Así tendré una razón objetiva para estar tan jodidamente melancólico.

—No. Puedo. Creerlo. No. Puedes. Ser. Tan. Imbécil.

—¡Es un imbécil! —intervino por primera vez el luchador Vida—. Siempre lo ha sido. ¡Maldito hijo de hiena! ¡Vas a echar a perder tu vida! Escúchate. Siempre le dices a Edith lo que te horroriza, como si no tuvieras instalado el filtro del sentido común. Le explicas que te dan miedo los días en los que el desfile del tiempo cruza nuevas calles sabiendo que al final de los valles lejanos se encuentra, y dices «por fin», el despeñadero fatal donde caeremos todos, tú y ella, todos los rencores de los vivos y las antipatías, sus estrellas del cine y tu ridícula melancolía. **¿Quieres callarte?** Pero no. Tú continúas diciéndole que te da miedo, pero mucho miedo. «**¿El qué? ¡Dímelo de una vez!**», te suelta Edith al borde de la desesperación. «Pues todo», le contestas.

La velocidad de los cambios bruscos, la visión de un contenedor siendo arrastrado por el agua tras un aguacero, y resulta que le dices que le tienes un miedo, innato o congénito, a la competencia masculina. **¿Quieres callarte?** Tú, Perturbado, notas la mordedura de los celos en el momento en el que ella charla de manera relajada con aquellos a los que apodas «vulgares triunfadores». Es cierto que aún no has llegado a nada en la vida y que tan solo eres un simple escritor anónimo y un vulgar cantante de una banda fracasada con trabajos a jornada completa que no te realizan en absoluto, pero, por Dios, Perturbado, ¡no se lo hagas ver a diario! Ah, y no contento con todo lo mencionado, le haces extensible tu temor a los cambios, a la angustiada fila en los controles aeroportuarios. Tienes pavor, como le dices, a la nada más bestia cuando Edith se ausenta de casa y a las dos horas de su regreso empiezas a sentirte asfixiado y perdido como un perro. **¿Quieres callarte?** Incluso te da miedo el «feliz amor eterno» al que consideras escéptico cuando Edith te abraza. Otros días optas por la solución contraria y al volver del trabajo te sientas frente al ordenador para escribir sin interrupción hasta las cuatro de la mañana. Cuando ella pone cara de hartazgo tú continúas, excitado por la práctica de tu deporte favorito, que no es otra cosa que preocuparla. Ya sabes, de quien siembra vientos ¿qué se dice? Eres un hombre con miedo a la felicidad, Perturbado, y ese mismo miedo es lo que provoca que Edith esté empezando a cansarse de ti. Se está hartando de decirte a todas horas que te quiere, incluso cuando no le apetece y lo suelta para arrancar de ti una sonrisa. Hace poco te preguntó por qué le estabas haciendo vivir aquella novela gris si todo os va rematadamente bien, al menos eso le parece a ella, los dos tenéis trabajo y un futuro por delante, y tú le dijiste: «Es tu opinión». ¡Mírate, das asco! Incluso tienes miedo al silencio donde te ocultas porque puedes escuchar tus pensamientos de manera demasiado nítida. Contigo uno nunca sabe si estás más guapo callado o sincerándote.

—Está decidido —dijo Perturbado—. Queridas personalidades, voy a terminar con todo. Y os diré los porqués. Empiezo. Uno: **Porque** una vez tuve a una novia esperándome en un altar al que nunca acudí, porque no tener ningún tipo de dudas sobre mi amor por ella era lo que me hacía dudar. Fue aquella certeza emotiva lo que realmente me conmocionó y bloqueó. Dos: **Porque** hay personas que no sabemos

gestionar la felicidad. Tres: **Porque** no nos visualizamos dentro de esa pecera. Cuatro: **Porque** a todas horas me vienen a la cabeza esas casas unifamiliares, confortables pero impersonales desde su misma construcción, y del mismo modo veo el futuro de nuestra vida en común. Cinco: **Porque** me da la sensación de que no podré pasar demasiado tiempo más interpretando esa pantomima de la vida normal, permanecer como un pasmarote frente a la chimenea del confort con expresión de gato amaestrado y asistir a todas las barbacoas del mundo. Seis: **Porque** la vida en pareja es algo demasiado serio para un aspirante a músico. Siete: **Porque** para más inri no tengo *in mente* ningún ejemplo familiar al que asirme, ya que mi familia ha sido de aquellas precursoras a la hora de poner de moda el divorcio en este país, casi desde el mismo día en el que se aprobó por decreto ley. Ocho: **Porque** desde que vivo en pareja tengo esa sensación de definitivo, conclusivo y oclusivo, y estoy asustado por no estar a la altura y por la absoluta desconfianza hacia todo lo que signifique convivencia. «No hay nada definitivo excepto la muerte», dicen algunos. Pues yo, jodido de mí, he enlazado los siguientes conceptos en mi mente: pareja, empleo y muerte. Nueve: **Porque** soy como aquel demonio que importuna el día de todos los santos. Es mi naturaleza. Si la mayoría de personas que conozco sueñan despiertas, yo no deseo soñar ni cuando duermo. Lo único que anhelo es dejar de tener conciencia de mí mismo. Maldita sea. La esfera de la Tierra se abolla allí donde me encuentro. En resumen. Estoy vacío. Por eso soy peligroso, como un rifle de aire comprimido o un motor de explosión. Pero, queridas personalidades, creedme. No he pretendido nunca hacerle daño a nadie. Quizás, rarezas de mi personalidad, a mí mismo. Diez: **Porque** me odio.

Miré con cierta lástima a Perturbado, que nos había sorprendido a todos encajando un puñetazo de su propia mano.

—Como Equilibrista he intentado balancear, pero, para ser honestos, convivir con vosotros ha sido una lucha sin cuartel que me ha dejado exhausto. —Entonces eché una mirada al Fiscal Román Cuso.

—Yo también he intentado ocultar al mundo exterior semejante lucha interna —añadió Perturbado—. ¿Resultados? Ataques de pánico en los lavabos de todos nuestros trabajos. Sirenas de ambulancia a dos

centímetros de nuestros oídos. Todos los sentidos operando en Sistema Caos. «Despersonalización», nos sueltan los médicos de urgencias.

—Oh, venga —le interrumpió el Fiscal—. Deja de decir «nosotros». Es patético. Ah, y déjame decirte una última cosa, Perturbado: pretendes escribir, componer. Sueñas con ser la voz de una generación. Pues para ser la voz de una generación estás demasiado afónico, chaval.

De aquella contienda saqué algo en claro. Paranoia y Culpa actuaban en equipo. Aquel juego Falta-Culpa-Redención era terriblemente perverso, pero en esa tesitura me encontraba en aquel infausto año. Pensé entonces que en 2002 habría sido más feliz si hubiera dejado de regar aquella planta donde crecía esa loca flor. Pero a toro pasado no hay mérito, así que no pude hacer otra cosa que lamentarme. También aquella visita al bucle temporal me hizo ver con claridad que Perturbado tenía mucho miedo. A veces, el mismo pánico a que suceda algo provoca que ese algo suceda. Aquel Vergonzante era un pobre diablo aterrorizado, y me lo corroboró diciéndome:

—Quiero que el mundo me deje en paz.

El entrenador Culpa entonces empezó a dedicarle unas palabras al luchador que entrenaba, el púgil Vida:

—Vamos, machácalo. Lo tenemos contra las cuerdas.

—¡No sea cruel con Perturbado! —le grité—. Es su socio.

—¿Por qué dice eso?

—Me pregunto qué sería de usted, Culpa, sin un tipo que provocara esta clase de desastres.

—Así es el juego, Equilibrista. Está claro que tener a un neurasténico en potencia justifica mi sueldo como Fiscal de su personalidad. Pero no se equivoque. No somos la misma persona. Yo reparto hostias a todo dios. Tengo sobradas razones para acusar a todas sus personalidades. Soy un Fiscal muy entrenado. Sé ver la parte negativa de todos ustedes. Digamos que soy ecuánime en mi hijadeputez.

Final del cuarto *round*. Bajaron de nuevo las pantallas. Simplemente apareció una cifra: 2004.

Recapitulemos. Aquel tipo siniestro ya había tomado las riendas de mi vida. En aquel año, Perturbado ya era un disco rayado que no cesaba en su empeño por contaminar el ambiente, o a veces su rabia se manifestaba en forma de terribles migrañas (cefalea en racimo) y otro tipo de enfermedades de dudosa sintomatología que en aquella época desconocía que tuvieran una raíz sicosomática. Otras veces, Román Perturbado se apoderaba de mí envolviéndome en una espesa capa de sopor matutino. Sin embargo, cuando la noche lo oscurecía todo, mis pupilas se desperezaban como por arte de magia negra. Era tan perverso el desajuste horario de mi hipotálamo que el insomnio llamaba a mi puerta con la insistencia de los amigos impertinentes, de aquellos que sabes que no van a largarse por muchas indirectas que les sueltes. Semejante dificultad para conciliar el sueño, con su desmesurada potencia, me obligaba a salir de la cama para no molestar a Edith con mis movimientos por debajo de las sábanas. Volvía al comedor y me encendía un porro. Mi actividad cerebral entonces volvía a aletear por los campos de mi psique como un insecto sin rumbo, dejándose llevar por el golpe de viento que podía estar provocado por una frase escrita al azar en la pantalla del ordenador.

Vergüenza ajena de uno mismo.

Gong. Empezaba el quinto *round*.

Mientras Perturbado intentaba darle un golpe bajo a Vida, declamaba para que yo siguiera tecleando. Parecía que estuviera dictando apuntes para una especie de ensayo, o de antiensayo:

—Escribe esto, Equilibrista. Excepto en algunos lugares del tercer mundo dominados por dictadores sanguinarios, en nuestros tiempos no hay un único personaje perverso, sino miles de homicidas involuntarios: empresas, publicistas, periodistas, guionistas, músicos, diseñadores, sicólogos, abogados, banqueros, políticos, editores. Cualquiera, desde su propia parcela, es corresponsable de lanzar detritus físico. Pero también somos culpables de contribuir a la Polución Ideológica y la Polución Estética que impera en este nuevo siglo. ¡Todos deberíamos ser acusados de **Delitos Contra el Medio Ambiente Psíquico!**

—Lo que tú digas —soltó la entrenadora Edith con expresión de pavor, más que nada para alertar a su pareja de las intenciones de su oponente. Darle el puñetazo de gracia.

—En la vida se trata de elegir a cada paso, pero entre tanta duda la vida nos caza. Estoy enganchado a la dispersión, lo reconozco. ¿Por qué? Muy sencillo. La estabilidad desestabiliza a las mentes inquietas. La estabilidad no es creativa.

—Insisto. Necesitas una cura de sueño —añadió Edith desde su esquina.

—Escúchame, cariño. Me ahogo. Los dos andamos en este puto circuito cerrado: del trabajo a casa, de casa al trabajo. La banda, como bien sabes, sigue sin despegar. Tengo dos trabajos. Te pido que me comprendas. Debo cambiar de vida, dejar el trabajo, quedarme en paro un año para escribir, y escribir, encontrar mi personalidad de una maldita vez, ya sabes, aquello que dicen algunos sobre la voz de cada creador, encontrar de una vez lo que me distingue del resto. Deseo formar parte activa de la historia. Soy joven, y como tal sería capaz de hacer autostop para dirigirme al ojo del huracán. Es mi Hambre Invisible, Edith. Mi anhelo es instalarme en el centro del mundo, y eso es difícil, teniendo en cuenta que ahora mismo el meollo cambia según el objetivo del atentado o la entrega de según qué premio. Debo ser un corresponsal hiperactivo. El bien y el mal se desplazan en cuestión de minutos por el globo y sin embargo yo permanezco aquí, en un sofá, muy muy jodido. Como no soy nadie, Edith, me limito a consumir resignado. Me estoy tragando una enciclopedia barata y me la estoy zampando entera. Hago trampas y la leo en diagonal, sin prestar demasiada atención a nada. ¡Mi querida Edith, tenemos que estar alerta, no podemos parar ni un segundo! Con Julián acabamos de componer un tema llamado *Universos infinitos*. Es muy inspirador.

Directo de Perturbado que colisionó contra la ceja derecha de Vida. La cosa se estaba animando.

—Si formamos parte, Edith, si accedemos y firmamos, nos habrán puesto precio, y por ese motivo ya no valdremos nada. Ah, y otra cosa: el progreso ha vencido al proceso.

Aquello parecía cierto, al menos en el siglo XXI. Lo cierto era que Perturbado —algunas veces y de manera casi fortuita— llegaba a conclusiones certeras. Pero que Perturbado hablara del proceso era cuando menos demagógico. ¡Si Kafka levantara la cabeza! Todo aquel que lo conociera en profundidad sabía que aquel inestable Román Perturbado nunca fue capaz de disfrutar de ningún «ahora» con la



intensidad que cada momento merecía. Román, siempre proyectándose lejos del presente, o acaso huyendo de él. Taciturno y repleto de diablos internos, siempre andaba trabajando en libros que no llegaban a publicarse por culpa de sus crisis de identidad creativa. Para más inri, cuando las cosas no acontecían tal y como deseaba, el joven neurasténico empezaba a tomar por costumbre usar algún detalle traumático de su pasado para justificar sus actuales fracasos. Años después, Perturbado se había convertido en un teórico de un tipo de conspiranoia muy personal.

—Estoy sumido en un estado de *shock* perpetuo del que me está costando escapar. Estoy fracasando, en gerundio, sin duda algo peor que ser un fracasado. «Ya eres mayor, tu proceso educativo ya ha finalizado, eres parte del engranaje laboral, ahí te las apañes con tu felicidad. Y si no te gusta, busca en las estanterías de autoayuda, concretamente en autoterapia», me dijo una librera. Era cierto. Constaté que existían decenas de libros basados en ideas más que discutibles, como por ejemplo que todos tenemos derecho a ser felices. ¿Seguro? O que todos podemos sacar lo mejor de nosotros mismos. ¿Todos, en serio? Al universo le importa un bledo nuestra felicidad. Luego la librera escéptica me dijo: «Elige el libro según la cara que gaste el autor. Siempre sonríen en las fotos de la solapa, los muy canallas, sabiendo que caéis en su mierda como moscas». Miré esas fotografías. En referencia al autor, me daban ganas de chillarle a su risueña foto: «¿Quién coño te crees tú, plumilla, berzotas, oportunista, charlatán de feria, para rellenar un libro sobre cómo atraer a tu vida el dinero o el trabajo?». No tuve más remedio que buscar por otro lado. Las filosofías orientales se me antojaron demasiado calmadas para un tipo aquejado de impaciencia crónica. Convertido en una especie de calamar olvidado en la barra de un bar infecto, padecí justo hace un par de meses un auténtico gatillazo mental. Aquello, al poco tiempo, derivó en una Impotencia Existencial Prematura, ahí dejó el concepto. Es evidente que al carecer de un maestro que me guiara o me planteara una estrategia me ha sido imposible saciar esta Hambre Invisible que padezco, este afán por comprender el mundo y a ti, Edith, incluso la propia vida. No nos dieron las armas adecuadas y ese ha sido nuestro fracaso. Yo quisiera haber aprendido lo básico e imprescindible, y es lo único que no nos han enseñado. Cómo saber

quererte, por ejemplo, Edith. ¡Si alguien me hubiera dado un método de amor!

En aquellos momentos Edith observó a Román Perturbado con mirada llorosa. Parecía que quisiera interrumpir aquel discurso y soltarle: «Escucha, chaval, nadie aprende a querer mediante los libros». Recordé que años después Edith me hizo una confesión, que en una noche de agosto repleta de pesadillas infames un cartel la avisó de lo siguiente: debía alejarse de mí, o mejor dicho, de Román Perturbado. Sus delirios nocturnos coincidieron con aquella época en la que de la superficie de su amado, ahora un desconocido, empezaban a aflorar todo tipo de objetos extraños. Por aquellos días mi querida Edith también soñó que se encontraba junto a Perturbado en un oscuro océano nadando sin ver tierra firme a su alrededor. A diez metros se encontraba Perturbado, gordo y seboso, entre gigantescas olas que le llenaban la boca de espuma, salitre y asfixia. En su sueño, Perturbado no sabía nadar. Edith se acercó a aquel ser que pesaba toneladas, y al agarrarlo por las axilas, ambos empezaron a hundirse en el abismo. Sin remisión. Cuando la luz de la superficie parecía peligrosamente lejana, Edith se deshacía de Perturbado y volvía a bucear hacia la superficie donde nadaban las personas normales.

Edith no hizo caso a su sueño. Sin embargo, a partir de entonces entraría en un bucle de perpetua duda acerca de su chico. Eran esas noches aciagas, cuando él se hinchaba a porros, miraba la televisión y grababa sus teorías en el teléfono móvil. Entonces Perturbado, mientras esquivaba las hostias de Vida, se cubrió de gloria:

—Cuando éramos jóvenes nos llenábamos la boca de poetas, ¿te acuerdas, Edith? Menudos idiotas. Durante nuestros primeros años lo que en realidad necesitábamos era mucha más cama y menos Neruda.

—No me digas que no hemos follado, Román. No me hagas reír. Rediós. Año tras año te esmeras en parecer más estrambótico. Pero quizás es eso lo que me ancla a ti. Verte a la deriva. Quiero saber si tu nave volcará. Dios quiera que no y puedas salvarte. El problema es otro y yo te lo diré: puedes compartir los proyectos con tu pareja. Eso también es hacer el amor. Tu proyecto es el mío, Román, pero aún no te has dado cuenta. Y hasta que tú no lo veas así, no hay nada más que decir. Ah, y otra cosa. Detesto ser la parte pragmática de los dos, pero tienes que hacer más cosas en casa. No puedes estar todo el día con

canciones y libros en la cabeza. Deja la marihuana durante un mes. Te vas a volver loco.

—¿A qué te refieres?

—Crea rutinas. Haz la comida. Lava los platos al menos. Por cierto, no me ha venido la regla.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Estoy embarazada.

El miedo. El miedo al propio miedo.

No me digan que no da miedo.

La ilusión. La ilusión a la propia ilusión.

No me digan que no ilusiona.

Tras la noticia, Perturbado se quedó paralizado en medio del *ring*. Una sonrisa inevitable surgió de la comisura de sus labios hinchados. El púgil Vida aprovechó la ocasión para darle un puñetazo en el estómago, pero una nueva fuerza había surgido de aquel tipo. Perturbado le devolvió a Vida un par de hostias. Aquello era otra epifanía. Porque a raíz del par de nacimientos que acontecieron, Perturbado se dio cuenta del tiempo que había perdido antes de su paternidad. Como si hubiera acontecido un milagro, todo empezaría a cobrar sentido. Su noción del tiempo sería felizmente histérica. Ahora solamente podía acertar. Dispondría aún de menos tiempo, pero aquello era un estímulo. Debería atinar en cada disparo. Y eso es lo que hizo. La necesidad aguzaba el ingenio, y la paternidad en ciernes activó en él unos resortes del todo invisibles hasta la fecha. En aquellos momentos le vino a la cabeza un extraño título: 1999. De repente, todos y cada uno de los golpes propinados encajaron. Aquella partida amañada entre Culpa, Vida y Destino parecía asumir ciertas grietas en su estructura. Todo, absolutamente todo, cambió. Sin darse cuenta, estaba empezando a darle una buena tunda a Vida. «Al menos —pensó Perturbado—, has ganado una contienda.» Pero el Campeonato Mundial, bien, uno ya sabía que tenía un único vencedor, y siempre era Vida.

Constaté que, en aquel momento de la lucha, Vida seguía inconsciente en medio de la lona. Un desesperado árbitro llamado Destino, con lágrimas en los ojos, realizó la protocolaria cuenta. Hubo algo que me desconcertó. En el exterior del *ring*, Culpa había sonreído. Me dio la impresión de que Culpa se alegraba de la victoria de

Perturbado. ¿Qué estaba preparando aquel hijo de puta? Entonces Perturbado saltó, escupió sangre, levantó los brazos. El público se había vuelto loco a su favor. La gente irrumpió en el *ring* para abrazarlo. Pero mi Áter Ego apartó a todo el mundo y se dirigió al lugar donde debería estar Edith. Fundirse en un abrazo. Pero Edith, su entrenadora, había desaparecido. Perturbado miró hacia todas las direcciones untado en sangre. Estaban todos, menos con quien ansiaba celebrarlo.

Perturbado tan solo pudo gritar:

—¿Edith?!

**¿Edith?!**

## ESTACIÓN 29

### PERTUR

*(Historia de un Lázaro resucitado por el odio)*



*I hurt myself today  
To see if I still feel  
I focus on the pain  
The only thing that's real*  
*Hurt*, versión de JOHNNY CASH

Bucle de 2009. Érase una vez un hombre postrado en una cama. Érase una vez mi Otro Yo al que ya le daba igual vivir. ¿He dicho «érase una vez»? ¡Menudo optimismo! Con este personaje como protagonista era imposible empezar un cuento, a no ser que la historia girara acerca de la inactividad de un planeta congelado. Érase, pues, un planeta helado llamado Román Perturbado, un tipo que al final había ganado la partida. Había hecho todo lo posible para que Edith lo mandara a la mierda, y lo había conseguido. Reconozcamos su mérito con un aplauso cerrado.

No volví a visitar a Perturbado por ganas. Fue el Fiscal quien me conminó a hacerlo. En un principio me negué en redondo, al empezar a notar en mí una especial necesidad por conocer a aquel supuesto Mago que vivía en mi interior. Pero hice de tripas corazón.

Antes de aquel combate de boxeo, la vida en común con Edith había sido transformada en un extraño silencio decorado con palabras de todo tipo: inerciales, lúdicas, irónicas, autoflagelaciones, reproches, autodefensas, disimulos, justificaciones, ilusiones, esperanza, persistencia o puntual erotismo. En el abuso de las palabras, en detrimento de la acción, radicó el problema. Porque eran frases esgrimidas desde el silencio cuya temática acostumbraba a ser la

misma: frustración ante mi evidente falta de encaje. Tenía una vocación y no podía vivir de ella. «¿En qué estoy fallando?», es una pregunta que acostumbramos a formular tan bajita, apenas un susurro, que nuestros oídos psíquicos la perciben como un rumor ajeno y, por lo tanto, no se ven en la obligación de contestar. Muchísimo más fácil es vivir a medias, salvar los muebles. Pero bajo la experiencia de Equilibrista, vivir así era tan solo una solución temporal.

Después, a raíz de las paternidades, vinieron los aciertos absolutos. Parecía que el destino intentara dejar en evidencia al antiguo Perturbado diciéndole que todo lo anterior a la llegada de sus dos retoños había sido una pérdida de tiempo. Aquel personaje con el que debía entrevistarme por segunda vez ya no era aquel tipo frustrado con su carrera musical que mostraba claros indicios de sociopatía y al que había supuestamente vencido en un *ring* de boxeo. El tipo había fermentado como un vino ácido. Mi yo neurasténico había involucionado en silencio, hasta convertirse en una mancha gris que había terminado por teñir mi pensamiento.

Debo añadir que su metamorfosis me pilló a traición. De hecho, el propio éxito era la nueva gasolina de aquel incendiario. Porque, en mis primeros momentos de realización profesional, Perturbado siguió fustigándome de maneras muy variopintas, obrando como ejecutor de algún tipo de sentimiento de Culpa que aún no había racionalizado. Perturbado había seguido a sus anchas y tiñendo de mugre cualquier momento de felicidad que me cayera del cielo. Luego, y a partir de la desaparición de Edith el día de la victoria frente al púgil Vida, Perturbado sintió una justificación evidente para reivindicarse y me lanzó desde el interior de mis entrañas dardos envenenados y la suficiente cantidad de antiánimos como para incrustarme en el primer cubo de basura que encontrara.

Fue en la primera semana de marzo de 2009 cuando Perturbado —a quien a partir de ahora llamaremos con el familiar apodo de Pertur— había llamado de nuevo a la puerta de mi vida exterior para organizar un segundo golpe de Estado en mi psique. Sucedió en **La Semana Negra**. Paradojas de la vida, el disco *La noche eterna* había llegado al número uno de ventas la misma semana en la que Edith me había puesto de patitas en la calle. ¿Predecible? Es probable. Desde

aquel momento, volví a tener la molesta voz de Pertur aullándome desde el núcleo de mi oído interno, por no mencionar esa carga invisible en mi espalda que hacía peligrar mi transitar por los cables de la cordura. Pertur me susurró algo terrible justo cuando caminaba por la cuerda floja: que, a raíz del éxito, mi vida había dejado de tener un objetivo claro, excepto mantenerse en él. Me invadió la parálisis. Empecé a temblar en mitad de la cuerda, como si me hubiesen borrado el horizonte y apagado las luces del circo de la vida.

¿Era un fraude como persona? ¿Aquella obsesión por dedicarme a la música había sido una simple manera de revelarme contra un Todo Vital, un Tedio Insoportable que creía imposible de vencer? Pues resulta que lo había vencido, aunque pagando un precio alto, mientras los protocolos que rodeaban a la banda, a raíz de su profesionalización, se estaban convirtiendo en el mismo tedio. ¿Era la música mi verdadera vocación? Quizás mi espíritu tan solo anhelaba vivir a espaldas del sistema, y era esa sociopatía mi verdadera vocación. Ironías de la vida, ahora vivía al cien por cien de la música, pero hasta cierto punto estaba metido en otro tipo de sistema, y hasta el fondo. ¿Acaso mi vocación se había ido esfumando a medida que había perdido su fuerza platónica y, con ella, mi pretérita ingenuidad? Era probable que, una vez que conoces los intrínquilis de la industria musical por dentro, resulte otro microsistema igual de cruel que el resto, aunque aderezado con sorprendentes dosis de frivolidad e infantilismo. Estaba cumpliendo con el anhelo de mi juventud, pero ¿era mi verdadero deseo estar sobre el escenario en mi edad adulta, o simplemente estaba saldando cuentas con el destino? ¿Seguía por amor a la creación o continuaba solo para demostrar que no era flor de un día? Una vez leí: «¿Estoy triste porque escucho música pop, o escucho música pop porque estoy triste?». Aquella última pregunta me pareció, como las anteriores, imposible de contestar. Sin embargo, la verdadera pregunta era qué diablos debía hacer para recomponer mi vida. Había desaparecido Edith, la pieza central de mi pirámide personal. Y sin ella, no lo tenía fácil. Todo por lo que había luchado y los cimientos en los que había basado mi personalidad pasaron a ser cuestionables a partir de su volatilización. De acuerdo, Edith se había largado mucho antes de que lo hiciera en un sentido físico. ¿Tenía sentido aquel supuesto éxito sin ella a mi lado? Edith me había

enseñado la tarjeta roja, a mí, ni más ni menos que a su Equilibrista, pero también se la había mostrado a Pertur, al Joven Halley, a Román Feliz, e incluso a otro tipo de personalidades de índole positiva que aún no han aparecido en esta historia. Durante aquella Semana Negra, rendido a la evidencia del abandono, me vi incapaz de encontrar un solo argumento a favor de mi vida actual. Ni siquiera el dinero que estaba ganando, sensiblemente superior a los emolumentos de mis antiguos empleos, evitó mi expulsión de su vida. El dinero jamás le importó a Edith, incluso lo consideraba la zanahoria que provocaba el continuo trote del asno. Por otro lado, el gobierno de mi psique había cambiado las tornas. Era yo, Equilibrista, el que había pasado a la oposición de aquel congreso psíquico. De malas maneras, el nuevo Gobierno Interior me acusó de haber perdido demasiado tiempo cumpliendo cierto tipo de obligaciones mundanas, esas que el público de la banda nunca podía ver y, sobre todo, aquellas que Edith no podía entender. Pertur y Culpa, fariseos y cainitas como pocos, me acusaron de haber traicionado mis ideales y de haber convertido el hecho de tocar en un grupo en una profesión semejante a la de un cajero en un banco. Durante la Semana Negra y delante de gente llorando en primeras filas, Pertur y Culpa provocaron que no sintiese absolutamente nada al cantar. Para complicar aún más las cosas, las pretéritas promesas de libertad se habían materializado en un trabajo a tiempo completo, mucho más absorbente que cualquiera que hubiera ejercido con anterioridad. Una vocación de índole creativa es una esclavitud autoimpuesta y no entiende de horarios. Pero tu entorno ¿puede entenderlo? El tiempo que yo como Equilibrista había soñado dedicarme a la creación lo perdía en entrevistas que no llevaban a ningún sitio y en compromisos que servían para devolver cierto tipo de favores del pasado. Tiempo, siempre la batalla con el Tiempo. Y lo que sin duda era más importante, mi vida personal estaba hecha añicos víctima de una Operación Desgaste. Como Equilibrista, recapitulé hasta ver con una prístina claridad que mi intimidad había sido sacrificada durante demasiado tiempo, como si mi relación con Edith fuera algo así como pequeños clústeres dentro de una agenda repleta de viajes y conversaciones con gente que me reía las gracias de una manera hiperbólica, simplemente por ser quien era, y que, con toda



certeza, a la llegada de los tiempos malos desaparecerían como los estorninos en busca de un nuevo fenómeno de feria.

Como consecuencia, el Hambre Invisible, aquel afán que me empujaba a mejorar día a día, había desaparecido por arte de magia del interior de mi espíritu. Por otro lado, mi yo neurasténico me acusó de haber dirigido mi vida bajo falsas promesas de un paraíso que, a la postre, se había manifestado como un infierno en vida. Era como si mi personalidad predepresiva hubiera jugado al ajedrez con mi yo equilibrado. El resultado es que me había puesto a mí mismo en jaque y, sumiso, esperaba el último movimiento, aquel que enviaría al rey a una caja de madera.

Por este tipo de antecedentes, debía citarme de nuevo con Pertur. Nada mejor que volver a oler su mierda psíquica hasta tenerla memorizada para siempre, porque en aquel detritus existencial me podía convertir de manera crónica, un hedor de mofeta psíquica que terminaría ahuyentando a todo mi entorno si no enmendaba mi actitud. No había otro modo. Con muy pocas ganas me dirigí a la morada de Pertur, presto por recordar el infausto bucle de 2009, aquella Semana Negra, aquellos siete días bíblicos que crearon un AntiUniverso, donde el Hambre Invisible me había dejado sin sombra. Os juro que al llegar a Bruma no consideraba a Pertur más que como una anomalía temporal. Estaba llevando bien la misión encomendada, a saber: ejercer de Auditor Existencial para elaborar un atestado de los daños, pero ni por asomo pensé que debería enfrentarme a un personaje como él. Cuando las cosas se tranquilizan, aunque sea solo por unos días, tenemos la tendencia a olvidar al monstruo. Pero había que reconocer que si alguien merecía ser investigado, sin duda era el depresivo de Pertur. Uno intenta ser objetivo, pero a los diez minutos de la película ya hemos elaborado una lista de sospechosos. Y aquella piltrafa humana estaba en mis quinielas como Culpable de todo mi desastre existencial. De no ir con cuidado, Pertur, aquel tumor abstracto, podría gobernar mi pensamiento en un futuro, de manera crónica, iniciando una dictadura que podría durar décadas, perpetuándose en el poder como había sucedido en la historia con no pocos enfermos mentales. Y si todos los seres humanos tenemos un país en nuestro interior, ninguno merece morir por una sola persona. Los dictadores, tanto en la vida externa como en la mental, tienen que

ser derrocados. Los viajes iniciáticos tienen esa parte dolorosa, semejante a un parto en el que te alumbras a ti mismo. Y Pertur era el mismísimo meconio.

Cinco travesías al sur del gimnasio, justo frente a la boca de metro de la estación **Pérdida Constante**, estaba la fachada del hostel donde se alojaba Pertur. La parte inferior del edificio estaba decorada con varios carteles mal pegados de muchos de mis ídolos fallecidos. En la recepción no había nadie, aunque constaté que estaba orgullosamente sucia y andaba muy escasa de iluminación. El Sector Tristeza, dentro del Barrio Gris, y en especial el hostel Le Fluoxetine eran, por decirlo de alguna manera, un diciembre eterno.

Subí por las escaleras. La humedad de sus avejentadas paredes floreadas era cuando menos agresiva. La niebla del exterior llegaba a colarse hasta las inmediaciones del segundo piso como una invasión alienígena. Era cosa de las cinco de la tarde. Miré por una de las ventanas del rellano del cuarto piso. Como en cada crepúsculo, la niebla ya iniciaba su particular descenso desde el volcán hasta la ciudad de Bruma. Así, casi sin resuello, llegué al noveno piso, donde se ubicaba el hostel Le Fluoxetine. La puerta estaba entornada, supuse a Pertur despierto. Craso error. Para un tipo como él, todos los días eran como aquel domingo después de haber enterrado a alguien cercano.

Al franquear la puerta descubrí una figura postrada en un camastro, cubierta en su totalidad por una sábana como si se tratara de un cadáver asesinado. La escena provocaba aún más extrañeza en el observador al descubrir un par de agujeros perpetrados a base de quemaduras de ceniza ardiendo justo en la parte de la tela que cubría la cabeza. Los orificios coincidían con los labios y las fosas nasales. Tenía la maleta todavía sin deshacer, como negándose a aceptar que la expulsión de Edith fuera algo que parecía definitivo. De este modo encontré a Pertur en su Semana Negra, escondiendo sus facciones al mundo y sabiendo que estaba vivo porque su brazo izquierdo salía cada veinte segundos de su caparazón de lino para llevarse el pitillo hacia el orificio sobre su boca. Entonces, el pecho del seudocadáver se hundía y expandía en una eterna cópula con el tabaco. No se me ocurrió otra cosa que sentarme en una maltrecha silla al lado de su cama, como si visitara a un enfermo desahuciado.

—Oye, sabes bien que hoy venía a visitarte. Antes que nada, quiero que sepas que he tenido que abrir las puertas de mis variados mundos psíquicos, digamos que por imperativo mental.

—Así que soy uno de los sospechosos.

—Yo solo sé que hay alguien que está envenenando mi alma.

—Eso no tiene nada que ver con que Edith haya desaparecido. Estás hablando con un tipo a quien Edith dejó. Ese matiz es muy importante.

En aquel instante irrumpió en la habitación el Fiscal de mi alma, Román Cuso, ataviado y erguido como un militar coreano encargado de hacer guardia frente al palacio presidencial. Tras observar su nueva indumentaria, me cercioré de que Román Cuso llevaba incorporadas un par de agujas de coser saliéndole del cuello de la camisa, que, en caso de que tuviera tentaciones de bajar la cabeza, se le clavarían irremisiblemente en el pescuezo.

—Feliz cumpleaños, querido Pertur —dijo el Fiscal de Bruma, quien, debido a su posición corporal, en vez de mirarnos dirigía sus pupilas hacia una bombilla desnuda que iluminaba de enfermizos tonos naranjas aquella habitación. Luego añadió—: Aquí tenemos a un hombre que, después de conseguir todo lo que había soñado, se encuentra frente a frente con el éxito y descubre que es tan insustancial como la misma nada. Del mismo modo, ha conseguido que Edith desaparezca. ¡Campeón por partida doble!

—¿A qué has venido tú? —dijo desperezándose debajo de las sábanas para emerger de ellas como un Lázaro resucitado por el odio.

—A fustigarte un rato. Un día como hoy bien merece que acuda a tu habitación para desearte otro año infausto, estéril y terriblemente triste. Vaya, no veo que hayas colgado tus putos discos de oro en ninguna pared de este hostal.

—Aguarde —interrumpí para dirigirme a mi Fiscal—. Si es el cumpleaños del maduro Pertur, debería ser el mío también. Y tengo a bien recordar que aún no lo es.

—En Bruma cada Álter Ego suyo nació en una fecha diferente, Equilibrista. Como el caso de esta basura, que nació justo cuando Edith...

—... cuando Edith me dejó —finalizó Pertur.

—Entonces, déjame ser sincero contigo hasta que te lleves las manos a los oídos. Feliz cumpleaños, Pertur, o en tu caso, cumpleaños neutro. No hace falta que te pregunte, maldita alimaña, cómo llevas el paso del tiempo, envejecido como estás. He aquí a un hombre que se apresuró a ser un anciano antes de lo estipulado, no me digas que eso no es ser un vanguardista, un puto adelantado a su época. Pero ahora mírate. Tan solo eres un puerco que se revuelca en el fango de tu propio desencanto. Vamos, confíésalo, Pertur, si te cortáramos como un leñador a un tronco, veríamos más surcos que años. Cada vuelta entera es en verdad una amalgama de siglos y siglos de inacción. Por cierto, apestas.

—Si te molesta, lárgate.

—Puedo leerte el pensamiento, Pertur. Apuesto a que una sombría idea vuelve a invadirte un día tan señalado como hoy.

—No exagere —intentó puntualizar Pertur—. El paso del tiempo me recuerda que estoy vivo y sin Edith. Vivir. Sin ella. Dos conceptos contradictorios de por sí. Porque pasa el tiempo con tal parsimonia que a veces pienso que es un castigo, hasta el punto que he llegado a pensar: «He suspendido el examen, expúlsenme para siempre de este colegio que es la vida». Es una condena tener que paladear los segundos como si fueran hijos pequeños de la eternidad. Y mi soledad es como llevar una cruz sin que nadie me vea, sin que nadie aprenda de mis errores, un vacío que ni siquiera servirá para redimir a nadie. Si me encontrara con la muerte, le diría: «Oye, ¿qué hay de lo mío?».

En aquel momento Pertur me miró de soslayo por primera vez:

—Puedes caer durante mucho mucho tiempo, Equilibrista. Poco a poco, sin darte cuenta de ello. Es en la suave decadencia donde no hay un gran golpe vital, sino pequeños tropezones dentro de un continuado descenso de pocos grados. Hay gente que empezó a caer a los dos años, y con cincuenta sigue descendiendo. No han vivido otra cosa en toda su vida, y consideran tan normal vivir en la mierda que no contemplan cambiar. Han nacido y morirán en su particular caverna. Pero yo viví en la oscuridad, luego vino la luz de Edith, y al final volvieron a fundirse los plomos. En realidad, conocer a Edith ha sido un acto de crueldad, un espejismo. El destino se ha carcajeado de mí.

Hubiera querido decirle: «Tú lo provocaste. Nadie más que tú». Pero opté por el silencio. Quizás es que el éxito había pedido una prenda. Y era ella.

Acto seguido leí una nota pegada en su nevera oxidada:

Soy hipocondríaco, y todos los males los he ido sintiendo. La broma del asunto es que me he pasado media vida muriendo.

En aquel momento entró el espectro de un hombre misterioso en la habitación. En blanco y negro y ataviado con traje inglés. Su cabeza era un inmenso reloj de estación de tren victoriano. Alzando los dedos de su mano izquierda, el intruso señaló durante un minuto el transcurrir de un segundero a cámara ultralenta. Todos nos callamos hasta que se marchó. Todo era posible en aquella ciudad demencial. El Fiscal general reinició su ataque:

—En realidad, lo que siempre te ha dado miedo es el propio miedo. Que Dios te perdone, Pertur. Diablos, es tu cumpleaños y yo aquí increpándote. Deberías celebrar, no sé, algo; por ejemplo, déjame que piense..., que seguiste dando por el culo incluso en los momentos de tu éxito personal. ¡Mírame, desgraciado! Eres lo peor, porque tu alma es negra en cualquier circunstancia. No tiene nada que ver con Edith ni con su ausencia, tú ya eras así, una causa y efecto que se repite a cada relación. Recuérdalo, nada ha cambiado tu naturaleza. No lo consiguió el hecho de que Edith se fuera de casa, ni cuando al cabo de un tiempo ella te perdonó, ni en el momento en que se largó por segunda vez, ni tampoco cuando pasó el tiempo y volvisteis a veros como amigos, cada uno desde su particular isla. Porque déjame decirte la verdad, cabronazo, eres de aquellos tipos con los que se llega a la conclusión de que es mejor quererlos a distancia, porque en las cortas produce un efecto contrario, eso eres tú, una gota malaya, el entrañable hombre triste que seduce a toda mujer cuyo defecto es el exceso de empatía, el prototipo de antihéroe donde muchas caen y todas abandonan. Suerte tienes de que Edith sea tan buena persona y que, a pesar de todo el daño que le has hecho, haya purificado tu recuerdo y te siga considerando un amigo en la distancia. Desde su nueva vida, Edith piensa que te has ganado un lugar en la vitrina de las cosas del pasado que se guardan por cariño. Ah, el puto y asqueroso

cariño, cuando toma esa tonalidad cercana a la lástima absoluta. Esa sensación es la que has provocado tú a toda la gente que ha convivido contigo, cariño a posteriori, siempre siempre, desde la distancia, siempre siempre, guardando las distancias, y una advertencia, cariñosa y diplomática, repetida en el tiempo para que no se te olvide que aquello se terminó para siempre.

De repente la radio despertador de Pertur nos hizo callar a todos. Sonaba *A perfect day*. Algo en mi interior rompió a llorar.

A ella le encantaba.

En medio de semejante trifulca me encontraba, sin ningún ánimo de intervenir. Comprendí que el Fiscal se ensañaba con él de una manera más violenta que con otras partes de mi persona. De hecho, el hierático Fiscal fue el supuesto especialista que tildó en un informe a Pertur de «un inútil de libro, pero tramposamente peligroso, ya que su inacción tiene consecuencias incluso más infaustas que algunos actos temerarios efectuados por otras personalidades infectas de Bruma». Si hubiera sido informático, el Fiscal Román Cuso habría definido a mi Yo Depresivo como a un «Troyano». Tras el informe, el Ayuntamiento de mi alma lo condenó a vagar para siempre por sus callejuelas húmedas y a convertirse en un constante martilleo que yo, como Ser Central, percibía desde el mundo exterior, justo desde la esquina izquierda de mi alma.

Salí a tomar el aire en el pequeño balcón que Pertur disponía en la minúscula habitación del hostel Le Fluoxetine. Miré hacia el norte de Bruma. Después de las últimas casas del extrarradio y rodeado por sus nieblas perpetuas, podía contemplar en toda su generosidad el cráter del volcán, el cual, pese a ser catalogado por los especialistas como «activo», jamás había pasado de un leve temblor. Me encendí un cigarrillo en la terraza de esa especie de buhardilla donde dormía nuestro forzado anfitrión.

Recordé que en 2009 nunca dejé de esbozar una sonrisa delante de quien me la pidiese, por jodido que estuviera. Pudor burgués, temor a reconocer el fracaso emocional, todo con tal de que mi Avenida de la Luz siguiera igual de radiante a los ojos de los demás. Por tal motivo, la estancia de mi yo destrozado en aquel hostel era subvencionada por el Ayuntamiento de mi ciudad interior. La condición era que Pertur se mantuviera TOTALMENTE ALEJADO de la Avenida de la Luz, y allí,

en un camastro para enfermos terminales, aquel desdoblamiento de mi alma en pena pasaba sus horas alquitranadas, acaso esperando la muerte como un perro abandonado al que nadie quiere sacrificar por pura pereza. En realidad, todos esperaban que fuera el mismo Pertur quien se abalanzara contra un vehículo al anochecer.

Entonces la vista me sobrecogió.

¡Bruma, oh, Bruma, aire puro, aire infecto! Ignoro qué forma tiene el urbanismo de tu espíritu, pero mi Bruma es un conjunto de barrios cuyo equilibrio social depende de un hilo. Si miras al cielo puedes intuir el aura de claridad boreal que desprende la Avenida de la Luz cuando rebota en las nubes, algunas terriblemente opacas. Su destello alcanza el suelo de los barrios opulentos y los vecindarios miserables con distinta intensidad. Concluí que mi personalidad múltiple había montado un sistema cercano al apartheid con aquellas partes negras de mi persona, y fue en aquellos instantes, mirando la totalidad de Bruma y sus barrios tan diferenciados, cuando entendí de una vez por todas el término «Vergonzante».

Miré hacia abajo venciendo mi vértigo consagrado. Observé el suave transitar de los ciudadanos, a mis otros Yoes apodados los Elogiables por la Avenida de la Luz, la calle sagrada a la que a Pertur se le había prohibido el paso de por vida. Lo más sádico del asunto fue que el Fiscal general había confinado a mi Yo Depresivo en una habitación cuya terraza daba justo al barrio más luminoso de mi personalidad. Llegué entonces a la conclusión de que la felicidad en la gente afectada de tristeza crónica es algo que se puede atisbar, pero nunca alcanzar. Es un rumor de algo ajeno.

—Míralos, Pertur —escuché que le decía el Fiscal desde el interior de la lúgubre vivienda—. ¿No los envidias? Ellos han hecho algo por nuestra comunidad. Vamos, levántate, holgazán de mierda. Saca tu culo de esa cama y enfréntate a la vida. Mira, te voy a hacer una frase con cuatro «pes»: la Pereza sería una enfermedad mucho más fácil de curar si el que la Padeciera no fuera un Puto Perezoso. ¿Te ha gustado, Prostituta de la Pesadumbre?

Fue en aquellos momentos cuando el inquilino sacó fuerzas de su médula espinal para levantarse. Delgado y envejecido, esa versión infame de mi persona echó un vistazo a la magnificencia del Arco de Triunfo que divide en dos partes la Avenida de la Luz y se dirigió al

lavabo arrastrando los pies como un condenado. El Fiscal lo siguió mientras yo, preso de una vergüenza ajena indescriptible, me mantuve en segunda fila. En el lavabo y frente al cristal empañado por pequeños círculos de dentífrico como huellas de asteroides caseros de flúor, Pertur se visualizó completamente desnudo. El Fiscal continuó con su tortura vespertina:

—No hace falta que te lo diga yo. Ahí fuera te aplauden y sin embargo eres una oda a la vulgaridad. Supongo que hace tiempo que nadie te lo ha dicho con semejante crudeza. Normal. Te quedaste sin amigos. Nadie pudo, o supo, o quiso pinchar aquella burbuja de líquido espeso con la que te rodeaste.

—Muchísimas gracias por recordármelo, Fiscal.

Román Cuso alzó su bastón y levantó la barbilla de Pertur a base de pequeños golpes.

—Cuidado, sabandija. Mide tus palabras, que no estoy de humor. Te advierto que quien anda demasiado tiempo por las aguas del sarcasmo puede terminar atascado en la ciénaga estéril del cinismo, que es por desgracia donde acaban demasiados hombres inteligentes. Aquí el único que puede ser cínico soy yo. ¿Me sigues, hijo de puta? Y no te quejes. Convendría recordarte que yo, Román Cuso, alias Culpa, soy el único amigo que mantienes en esta ciudad. Y empleo el término «amigo» porque también te digo cosas bonitas; espera, por ejemplo, mirándolo bien, posees tu atractivo, oscuro pero evidente. Posees aquella belleza de poeta maldito y piel mortecina. Y un innato estilo gestual patéticamente gracioso, sobre todo cuando practicas esos ridículos ademanes burlándote de ti mismo; oh, entonces eres adorable, ya sabes, te hablo de esos momentos en que enseñas músculo flácido, holocáusticamente delgado, burlándote de tu propia estampa. Seré sincero, Pertur. Va por días. Si te miro fragmentado o atiando a algunas de tus expresiones, puedo encontrar vagas similitudes con cien mil celebridades, prueba inequívoca de lo poco original que eres. A veces, cuando te observo frente al lavabo antes de irte a dormir, pienso que eres como un monstruo hecho a retazos que sobran de otras personas y me carcajeo hasta caerme de la silla cuando ensayas risas de seductor ante mujeres con alma de enfermera o psicóloga. Aunque, de todos los momentos que he contemplado



como Fiscal, me quedo con aquellos en los que te das cuenta de en qué te has convertido. Tu expresión de susto.

—Normal. A veces despierto y soy yo.

—Deberías romper todos los espejos de tu casa si solo te encuentras con la reina mala. Nuestra psique te ha nombrado el más feo del reino y cada día que pasa te enseña con más esmero las arrugas nicotínicas de tu asquerosa cara.

Perturbado le sonrió a Culpa con una mueca que intentaba expresar que se sentía inmune a sus ataques. Como si arrastrara su alma con una carretilla, Pertur volvió a la cocina, abrió su oxidada nevera y de su interior extrajo una lata de cerveza de marca blanca. Abrió la lengüeta, llenó medio vaso y, después de dar un trago, exclamó:

—¡Alcemos nuestras copas por los buzos, sodomitas de delfines y genocidas de moluscos! ¡Brindemos por cada error de las personas vulgares, y que con ellos un genio haga un poema que los haga inmortales, y que lo escriba en una hoja de niebla con tinta de calamares! ¡Y brindemos por Edith, porque de mí ha huido, y por los días no vividos! Con este vaso, más vacío que yo. Lo elevo a los infiernos. ¡Por ustedes!

El Fiscal se puso a reír como si observara los movimientos de un chimpancé:

—Mírelo, Equilibrista. Un tipo que ha llegado al subterráneo del infierno y aún busca una excavadora.

—Usted no está nada mal como despertador —se limitó a observar Pertur—. Puede venir cuando quiera.

—¡Son las cinco de la tarde, parásito! En fin. Le acompaño en el sentimiento, Equilibrista. Le aseguro que esta tarde al lado de este reo le resultará tan desesperante como larga. Avíseme, Equilibrista, cuando al fin comprenda que este tiparraco disfruta a cada golpe. Sea o no sea el Culpable de la desaparición de Edith, tiene que saber que muchos de los habitantes de su ciudad interna piensan que estamos malgastando una desorbitada cantidad de dinero manteniendo vivo a este subnormal depresivo.

Pertur musitó:

—No me evalúen, por favor. Yo mismo me encargo de suspenderme. Y no precisamente en el vacío.

Pertur, el amo y señor de aquella Semana Negra de 2009. Revisitar aquellos días, aunque fuera en un barrio anclado en mi memoria, era como encontrarse una cicatriz en el pecho y rajarla de nuevo con un cuchillo: «Siga la línea de puntos».

—Váyase, Equilibrista. No necesito a nadie. Sencillamente, porque ya no necesito necesitar.

Mentiría si os dijera que se vistió con lo primero que encontró. No fue así. Pertur no tenía opción alguna. Su ropaje se limitaba a unos tejanos roídos, unas zapatillas de tenis destrozadas, unos calcetines agujereados y una camiseta que alguna vez fue negra y que ahora olía a cerrado y a menú barato. No había cogido nada más de su casa con la vana esperanza de que Edith lo perdonara. Ambos descendimos por las escaleras de la estación de metro del Barrio Gris. Cogí el metro de Bruma a su lado ignorando nuestro destino. En la estación me distraje intentando acompañar los latidos de mi corazón con los vagones que se acercaban desde las profundidades del túnel.

—¿Se puede saber hacia dónde vamos, Pertur?

—Hacia alguna parte, se supone —me contestó sin mirarme a los ojos—. A fin de cuentas, usted es algo así como un invitado incómodo, por no decir obligado. Nadie me espera, ni tengo más obligación que estar triste, porque esa es mi función dentro de su alma. He pensado que dar una vuelta por el metro de Bruma serviría para despejarnos. Tenga en cuenta que salir del hostel ya me ha costado un esfuerzo infinito. Piense que cuando salgo de la cama es para tomar aire, buscar respuestas. Raramente lo consigo. En realidad, no tengo ningún plan, excepto dormir. A veces, uno se encuentra náufrago dentro de sí mismo y se niega a nadar hacia ningún lado. ¿Para qué? No se ve la orilla a ciento ochenta grados, y de atisbarla en la lejanía, intuyo que nunca llegaré. Y en caso de llegar, ¿quién me dice que valdrá la pena tanto esfuerzo? Pero, bueno, se supone que hoy usted y yo somos un equipo, ¿no? Uh, bien, somos un equipo. Uh. Bien. Hurra.

No había escuchado jamás un «hurra» con una intención tan cínica. Fue entonces cuando Pertur me miró por primera vez —casi siempre esquivaba el contacto visual, que consideraba un enfrentamiento o un intento de la parte contraria de invadir su territorio— y desde su opacidad me soltó:

—No se lo tome a mal. Llevo andando por mi propio laberinto una eternidad. Incluso me canso en las bajadas, Equilibrista. Se va a divertir de lo lindo a mi lado. Oiga, pensándolo bien, usted me conoce de sobra. Me eché yo mismo a la basura y de la basura no me he movido. Bueno, en realidad hice algo muy loable: cerrar la puerta del contenedor.

Me sinceré con él. Le dije sin tapujos que, como Equilibrista existencial, su peso depresivo había sido uno de los más inaguantables en mi lento deambular por los cables de la vida.

Entonces entornó su mirada hacia el techo en forma de bóveda del andén y dijo:

—Pues aquí me tiene, Equilibrista, soy el incordio de toda ilusión, aquel que espera a la muerte como quien llega seis horas antes a la consulta del dentista.

Aquello me preocupó. Perturbado era una bestia acrecentada en una cueva. Como dijo Churchill, «mi particular perro negro». En mi caso particular, la voz de Pertur había rebotado en algunas épocas de mi vida por las paredes de mi cráneo como si padeciera esquizofrenia.

Las estaciones se sucedían. Tenía muchas ganas de acabar mi entrevista con aquel Otro Yo. La asfixia era insoportable.

Irrumpieron unos niños gitanos, acompañados de un estruendo de carcajadas y canciones. Se instalaron entre los hierros que ensamblaban un vagón con el siguiente, esperando que el tren arrancara. Pertur y yo desviamos nuestra mirada hacia aquellos chicos imberbes y oscuros. Durante un buen rato admiramos su diversión, así como también reprochamos en silencio aquel despreocupado y suicida deporte urbano, una especie de surf para los pobres que sorteaba la estrechez de los túneles y los baches que podrían haber provocado que perdieran el equilibrio para morir descuartizados. Me fijé en la envidiosa mirada de Pertur, invariable y mortecina. Pensé entonces en la inconsciencia como motor vital, a diferencia del *modus operandi* de un depresivo. El simple afán, sin su correspondiente acto, era un simple temblor interno y no activaba ningún tipo de resorte o cambio. Por suerte o desgracia, la irreflexividad era el dedo que movía el péndulo, el orgasmo que generaba una futura paternidad y sus consecuencias de todo tipo.

Escuché a Pertur diciéndome:

—Ironías de la vida. Soy como una araña que se ha cazado a sí misma. Pensé que me bastaba. Me creí hermafrodita con respecto a mis emociones.

Su tristeza era perversamente acomodaticia. Las palabras de un depresivo son monólogos. Apenas escuchan y mucho menos atienden a un consejo. Aunque estén rodeados de gente, hablan solo para sí mismos y su único objetivo es ratificar su voluntad de inacción.

Fue en la quinta estación cuando los chiquillos gitanos saltaron de la plataforma y aterrizaron en el andén de la estación Inconsciencia. Como era de esperar, lo hicieron con enorme estruendo. Pertur y yo decidimos seguirlos.

De repente, en uno de los angostos pasillos que llevaban hacia las escaleras, los niños gitanos miraron a mi Yo Depresivo durante un buen rato hasta que le soltaron:

—Tendrías que visitar al Hada Helada. Dile lo que deseas, por turbio que te parezca. A nosotros nos hizo inmortales, aunque solo hasta los veinte años.

Pertur me preguntó si había escuchado algo referente a la existencia de una Hada Helada. A mí me importaba una mierda, con toda sinceridad. Deseaba perderlo de vista.

—Oiga. Le voy a decir algo que seguramente ya habrá escuchado antes. Necesito tiempo.

—Eso mismo me dijo Edith.

## ESTACIÓN 30

### UNOS CUANTOS MENSAJES PARA EDITH

*(Ronda de mensajes dejados en el contestador automático de la vida exterior).*



Hola, ¿estás ahí? Edith, soy Pertur. Sigo en la urbe. Me echaste a las cuatro, recuerdo, hace justo una semana. ¿Te preguntas alguna vez dónde he ido a parar? Pues aún sigo en los terrados, con mi vieja maleta. Me trasladaron al hostel Le Fluoxetine tras destrozar el piso. No hubo rueda de prensa ni fotografías cuando me entregaron el Disco de Mierda para mi vida personal.

Edith.

Creo que las cosas empiezan a irte bien.

Algunas veces me llega tu suave aliento al respirar, pero pierdo tu señal con demasiada facilidad. Entonces me vengo abajo.

(Segundo mensaje)

¡Si supieras cómo es mi presente! ¡Es tan gris el ritmo de los acontecimientos! Escucho la nana mortífera de una madre llamada Desencanto mientras su huesuda mano mece mi cuna. Y entonces, en mi particular delirio, el Adulto-Bebé baja sus brazos, cierra sus pestañas, tuerce su columna. No tengo más remedio que bajar de nuevo las escaleras de la terraza hasta introducirme en aquella buhardilla donde ahora «vivo». Es un habitáculo insalubre, insólito e irreal ¡porque tú nunca has estado allí! Al cerrar la puerta y tan solo encontrar silencio, ese ser humano que una vez dormía a tu lado estalla en una especie de muerte fragmentada y se transforma en centenares

de polillas que acarician el techo. Contemplo entonces aquella bombilla que danza, de izquierda a derecha, como si se hubiera ahorcado, y aquí me ves, uno de aquellos molestos insectos, con mis alas de bombardero, provisto de un volar destartalado, de invertebrado ciego. Sí, querida, quizás esto es lo que hemos logrado ansiando ser pájaros, resignarnos con la condición de alados insectos. Aquí solamente reina el gris. Estoy cínicamente muerto. Siempre que hago memoria de mis fallos contigo, me da la sensación de que necesitaría aquellos exámenes de septiembre, como aquel alumno desganado que llegó a su particular verano con una decena de asignaturas pendientes.

No están rotos los espejos, son mis ojos. Soy yo.

(Tercer mensaje)

Debo contarte lo sucedido, Edith. Ha sido ciertamente surrealista. Después de la primera llamada, decidí bajar hacia el barrio infestado de bares. Tenía una cita con un tipo llamado Equilibrista. Nuestro destino, el hogar del Hada Helada.

El bar donde aterrizaron mis maltrechos huesos estaba atiborrado de viejos que bien podrían tener la edad del Hada Helada, según me dijeron los gitanos, aunque luego arreglaron el asunto diciéndome que aquel ser mágico era aún una tipa de muy buen ver, incluso se atrevieron a decir que se había operado los pechos recientemente. Creía que había empezado a hablar solo y en voz alta. Porque mi Yo argentino, desde el otro lado de la barra, soltó: «¿Un hada con las tetas operadas? Vamos, no me jodás, boludo».

Como mi colega Equilibrista no llegaba, decidí esperarlo tomando tragos. En la televisión aparecían unos cuantos marines volviendo de Irak. Recordé entonces que tú me dijiste, antes de cerrar la puerta: «Estar contigo ha sido un Oriente Próximo en toda regla. Soldados por aquí, suicidas en el otro bando».

No aguanto más este lugar llamado «vida».

\*§§§\*§§§\*

Encontré a Pertur en la barra de un bar, enviando largos mensajes telefónicos a Edith, rodeado de tristes parroquianos. Decidimos emprender la marcha hacia el hogar de la Hada Helada. Mientras caminábamos, me dijo:

—No puedo seguir así. El miedo me aturde y me bloquea. En algunas ocasiones, frente a la televisión y pese a que no paro de ver injusticias delante de mí, pienso: «¿Qué me importa cambiar el mundo si es bien sabido que el mundo cambia de manera casi imperceptible, por lo que no veré las

consecuencias de esa supuesta transformación?». Soy un previejo, un mal inversor de momentos que ahora mismo no va sobrado de ahorros en el Banco del Tiempo. Ya no dispongo de tiempo para esperar. En cambio, daría mi brazo derecho por otro bote de pastillas. Si no puedo salir de aquí, al menos dejadme dormir profunda y legalmente. Equilibrista, todos, y cuando digo todos no me equivoco lo más mínimo, estamos oficialmente muertos. ¿No es esta realidad llamada «existencia» demasiado estrecha para considerarla poco menos que una anécdota? Desde mi nacimiento fui muy consciente de que la vida es tan solo unas horas entre los eones en los que no fuimos nada y los eones que pasaremos como fiambres. La vida, pues, se trata de un mísero punto encerrado en un paréntesis (.) y la grafía de esa imagen mental se parece de manera endiablada al hermoso vientre de una mujer, curiosamente el inicio de todo. Tengo tan clara esta imagen que a duras penas puedo sentir una cierta lástima por el resto de participantes que siguen levantándose de sus camas sin saber si aquel zumo de naranja será su último desayuno. Todo es tan breve, Spinelli. Por semejantes razones, no puedo sino tomarme la existencia con el desdén de aquel viajero que está en una ciudad de paso o el poco cuidado que de la vivienda tiene un inquilino a corto plazo. Quizás un ser depresivo ha sido en otros tiempos un ingenuo enamorado de la vida, por lo que su decepción es mayor. Todos somos niños que han observado la vida como si fuera un maravilloso paisaje desde el telescopio de un mirador. Pero entonces avisan a los niños de que la visión será fugaz, que hay un tiempo límite. Mirar por el telescopio ha durado un mísero minuto, ya ve, Equilibrista, tan solo podíamos insertar una moneda. Luego el objetivo se cierra y no hay nada que hacer. Algunos se conforman, pero otros gritan ¡necesito más monedas, maldita sea, que alguien me preste más monedas! Pero no es posible. Ya has visto demasiado, bájate que hay cola, encima asomas canas. La juventud es lo único que existe y el resto es una gran patraña. Si hubiera posibilidad de redención, Equilibrista, poder empezar de nuevo para corregir los errores del «capítulo piloto», pero no, solamente hay esta especie de ensayo-función. Ante el tiempo y la gran Tramoyista llamada Muerte no hay eximente alguno ni excepción. De nada sirve la bondad ni la maldad, el poder o la debilidad, el talento o la medianía. Como dijo alguien, peón y rey, después de la partida, vuelven a la misma caja. La existencia es un jaque mate de nacimiento. Por si no fuera poco, la vejez es una enfermedad degenerativa. Poco a poco vas perdiendo pequeñas batallas, cedes territorio. Acto seguido se inicia la decadencia celular. Te conviertes en una fotocopia de ti mismo, una copia tras otra, cada vez menos nítida. Es un horror ser la única especie animal que piensa largo y tendido en el asunto.

–Depende del tiempo que uno ocupe pensando en semejantes cosas.

–No andas equivocado. Supongo que cada animal o cada ente, incluyendo las piedras más toscas, alberga un cierto concepto del tiempo en su ritmo más interno y el mismo engaño debe suceder en todos los seres, de tal manera que el perro sarnoso vive su vida y la percibe como si sus once años le supieran a setenta y siete. Pero, amigo Spinelli, para nosotros no hay piedad porque hemos aprendido a contar el tiempo. Ni siquiera la vida misma saldrá bien parada.

–No, Pertur, no. Hay buena gente en el mundo. En realidad, el mundo está repleto de personas increíbles. O personas medianas con talentos, virtudes y acciones maravillosas. Estás en el club de la excusa permanente.

–Equilibrista. Una vez escribí: «Quizás bajo las persianas la noche se hace eterna». No puedo seguir. Estoy atrapado en la resina del pesimismo, estrangulado por las raíces de mi propia angustia.

Pertur lo había logrado. Ahora era yo quien deseaba que muriera.

–Demasiado tarde aprendí lo siguiente, Equilibrista: de no ir con cuidado, tu pareja puede convertirse en el más cercano cubo de basura, un cubículo con orejas que tenemos al lado del sofá donde poder verter toda nuestra mierda, y en mi caso, por lo visto, no era poca. Y lo que me quedó por decirte. Pero entonces ella decidió atajar el problema.

Esa misma mañana me hizo las maletas.

Por primera vez en años, noté que su espíritu había mutado. Parecía un tipo decidido e ilusionado, aunque fuera por desaparecer. Me daba la sensación de que, tras muchos años en letargo, Pertur se deslizaba encima de un monopatín invisible, tal era la velocidad de sus pasos. Desde unos altavoces de unos grandes almacenes surgía la melodía de Hallelujah, versión Jeff Buckley. Mientras andaba junto a mi Yo Depresivo, me dio por sumar con la mente los caballos de potencia de una ristra de coches a los que escuchaba trotar por una avenida lejana e infinita. Pertur se vio capaz de increpar a una pareja: «Hola, qué tal, ¿cómo os va, queridos hámsteres, dando vueltas por la rueda? Si os comportáis bien con el sistema, lechuga doble cada tres meses. Vamos, Equilibrista, vamos. Tengo muchos motivos para encontrarme con alguien que haga magia como antaño. Que lleve en su mano una varita mágica. ¡Qué diablos! Necesito un milagro que no sea tecnológico. Estoy harto de andar por desiertos de barro, de arrastrarme como un pulpo en la arena. Es como si todo rugiera. Pronto voy a ser pasado. Mi epitafio será: “Os espero”. La solución está a la vuelta de la esquina, dos calles más abajo. El Hada Helada nos aguarda. Y pronto tú serás feliz».



El cuartel general del Hada Helada era una pequeña sala de fiestas donde actuaban cupletistas travestidos, también con mi propia cara. Mientras la esperábamos invité a la última copa a Pertur. Las burbujas de la bebida subían como balas por el vaso. La alargada cucharilla de plata con la que removíamos nuestros misteriosos cócteles provocaba remolinos sobre el líquido. Tuve la sensación de que asistía a una líquida danza de la muerte. Recuerdo que en aquellos instantes de espera un travesti con la mismísima voz de Leonard Cohen interpretaba Suzanne sobre el pequeño escenario.

El travesti número Dos dejó el micrófono encima de un taburete y desapareció por la cortina trasera. Entonces apareció una oronda dama de unos treinta años. En su mano derecha llevaba una varita mágica. Ante su llegada empezó a sonar The end de The Doors. Yo sabía que el Hada Helada cantaba esa canción para mí: This is the end, my beautiful friend. Cuando la canción llegó a su fin, el Hada Helada se acercó a dos centímetros y nos susurró: «Esperaos a que se haya ido todo el mundo».

Andábamos apurando el vaso cuando el Hada Helada nos conminó a entrar entre bambalinas. El personal de limpieza ya barría los pasillos del bar. Abrimos la cortina y nos introdujimos en las tramoyas del teatro helado. En la parte trasera el Hada Helada nos entregó unos abrigos de esquimal. Hacía mucho frío. El hábitat de aquel ser mágico hacía honor a su nombre. Empezamos a expulsar vapor por la boca. Pertur, haciendo gala de su autodestructiva naturaleza, ya andaba visiblemente borracho. Eufórico, irreflexivo, y por lo tanto impertinente, se sentó en la silla del despacho del Hada mientras palmeaba en la mesa, preso de la emoción por pedir su deseo.

El Hada Helada anduvo comprobando el estado de algunas pócimas hasta que se aposentó en su trono. Después de encenderse un cigarrillo, dijo:

—¿Qué deseas, Pertur?

Pertur tomó aire:

—Convertirme en muñeco. Ya sabes, como el cuento de Pinocho, pero al revés.

—¿Perdón?

Pertur le entregó al Hada un papel con su letra manuscrita. Decía lo siguiente: «¡Que un mago me destruya y me convierta en muñeco!».

El Hada Helada finalizó la carta como quien acaba de leer un informe médico.

—¿Lo dices en serio?

—¡Nunca había estado tan convencido de algo!

El Hada Helada miró a Pertur, como cuando uno observa a un idiota. Luego hizo el amago de contar hasta diez.

—Entonces mi veredicto es... ¡Jódete, imbécil!

Me sorprendió el cambio de entonación de aquella mujer. Si segundos antes el Hada Helada declamaba como una rapsoda en un teatro griego, te aseguro que ese «Jódete, imbécil» me devolvió a un mundo extrañamente vulgar. El Hada Helada dio una palmada en la mesa y se levantó de la silla con los ojos fuera de órbita.

—Pero ¿quién coño te ha dicho que concedo este tipo de deseos, calamidad?

—Los niños gitanos.

—¡Oh, maldita sea, ellos otra vez! Venga, lárgate, tú y tu amigo. Habéis sido víctimas de una broma. Si deseas largarte de este mundo, Pertur, hazlo por ti mismo. Podrías haber venido pidiéndome que te sacara de este pozo de tristeza, sin embargo llegas y... ¡Pero vamos a ver! ¿Desde cuándo un hombre mortal se planta frente a un ser mágico y le pide que le convierta en un maldito muñeco? Es la mayor estupidez que he escuchado en mis trescientos años de existencia. Los tiempos deben de estar cambiando. Lárgate de aquí antes de que me cabree y te convierta en un tipo con éxito, pero sin tocar ni un ápice el negro color de tu alma.

—Exactamente eso es lo que me sucede.

—¡Iros a tomar por culo!, au revoir. Arreglad vuestras mierdas. Haced lo que debáis, pero solos, que ya sois mayorcitos. Tengo un currículum intachable de buenas obras y una hoja de méritos de tres siglos, chavales. Vais a venir vosotros a joderme el porcentaje. Anda, largaos, pajaritos.

—Soy un loser —me dijo Pertur.

—Y tanto, ni que lo digas —le contesté—. Eres tan *loser* que no sabes decir «perdedor».

Ya salíamos de aquel tugurio cuando el Hada Helada nos gritó:

—Escucha, Pertur. Tú no fuiste el único culpable de la desaparición de Edith. Hubo otros factores. Sobre todo, otro personaje que debéis conocer. Lo encontraréis dentro de dos días.

Y nos dio una dirección. Era un puente.

# ROMAN BOURGEOIS



## ESTACIÓN 31

### LOS PLÁCIDOS MUNDOS DE ROMÁN BOURGEOIS



Román Bourgeois apareció a la hora acordada en la terraza del bar. Era la mañana del cuarto día en Bruma. Mi Yo Acomodaticio, pese a que eran solo las once, llamó al camarero y le pidió ni más ni menos que una botella de Domaine Leroy Musigny Grand Cru. El camarero — una especie de gemelo onírico de Lenny Kravitz, aunque de tonalidad albina— le sonrió cómplice mostrándonos su perfecta dentadura. El concejal de Turismo de Bruma extrajo de su americana un fajo de billetes. Contó hasta cuatro mil euros y se los dio en mano. Él mismo sirvió un par de copas.

—Deje de pensar en Los Vergonzantes que ha conocido, Equilibrista. Ya sé, ya sé que tiene una asignatura pendiente, esa cita en un puente mañana por la mañana, pero hoy es hoy, amigo. Ahora, y mientras nos tomamos esta botella de vino, le daré algunos consejos sobre cómo desenvolverse mejor en la vida.

Tomé un trago. Lo saboreé como mandan los cánones. El vino era excelente, aunque, a decir verdad, siempre había pensado que la manera que tenían los burgueses de separar un vino cualquiera de otro supuestamente exquisito era a través de incorporar tres ceros a su precio. Quizás era el precio el que nos influenciaba a la hora de dar valor a las cosas y no al contrario.

—Equilibrista —empezó—, los burgueses somos una operación matemática producto de varios factores. Debe entender que el burgués no hereda solo un capital o bienes inmuebles y culturales. Recibe algo más, una serie de decisiones matemáticas acertadas que van desde la cantidad justa de cocaína esnifable a las calorías necesarias que se deben ingerir después de una hora reventándose en el gimnasio. Cuantos más aciertos de cada uno de nuestros abuelos o padres, cuanto más incida el factor realista en contra del emocional, mejores resultados en la escala social. El deber del burgués es estudiar la historia de sus ancestros y listar todos sus puntos fuertes y todos sus puntos débiles. A continuación, el aspirante a perpetuarse como burgués debe buscar sus equivalentes en nuestra contemporaneidad. Aplicar las decisiones adelantadas y las acordes a tu época en los siguientes ámbitos: elección de una vivienda, barrio, profesión, círculo social e íntimo. Es de obligado conocimiento tener un listado de entornos nocivos, amistades tóxicas y vicios excesivos. Sobre todas las cosas de este mundo, el pecado capital de todo burgués es el exceso, un enemigo nada desdeñable. El peligro es que el hombre de clase media dispone de recursos suficientes como para pagar cualquier imbecilidad y es extraño no incurrir en cualquier tipo de gasto o tentación que otros considerarían un capricho. Otro pecado capital es el estancamiento mental, el burgués necesita «verlas venir».

—Ya. —Miré a Bourgeois un tanto desconfiado—. Así pues, todo se reduce a asimilar ciertas normas heredadas para no perder nunca el estatus.

—¿Me considera materialista? Observe su entorno. Todo lo que palpa, observa, degusta es pura materia. Según qué grados de materia tan solo se consiguen a través del estatus.

Román Bourgeois sacó un teléfono móvil del bolsillo para hablar con alguien que estaba a diez metros de nosotros. Bourgeois había llamado ni más ni menos que al dueño de la cafetería, quien andaba en el interior del local. No era una excentricidad, sino una despreocupación monetaria absoluta. Sin embargo, no fui capaz de cazar ni una triste palabra al vuelo. Bourgeois sabía ser discreto. Después de colgar, volvió por sus fueros.

—¿Quién no teme perder el estatus? El burgués ha pasado muchas veces delante de un indigente alojado en un cajero y lo ha mirado con

pavor. En vez de considerar la miseria como una vicisitud que podría sucederle a cualquiera, el burgués prefiere educar a sus hijos considerando la pobreza como una enfermedad contagiosa. No hay nada peor para alguien de clase media que tener la sensación de que el destino lo puede colocar en el otro lado de la contienda. El burgués conoce una verdad irrefutable: sus congéneres serán igual de insolidarios que él. También tiene miedo porque sabe que hay algunos factores cuyo control se le escapa de las manos: el saqueo, la ruina, la expropiación, la extorsión, la competencia desleal, quedarse obsoleto, la revolución y la envidia. Para tener presentes semejantes peligros, el burgués necesita un mal ejemplo para señalar, y de paso, recordar. Todo país, cualquier familia, tiene un héroe y un innombrable. En el álbum familiar de la mayoría de nosotros existe el cromo de algún ancestro arruinado; terrateniente, industrial, cacique, casi siempre hay un bala perdida, una rama torcida en nuestro árbol genealógico. Es aquel a quien nuestros padres han señalado como chivo expiatorio de una manera obsesiva: un primo segundo que ha descuidado sus asuntos, un tío abuelo que desapareció de la noche a la mañana, o la triste anécdota de aquel consuegro que tuvo que vender sus propiedades para pagarse un asilo de rango medio, un tipo repudiado por sus propios hijos y que ha estado al borde de la indigencia. Ya sabe eso que se dice: hay gente que no sabe salir de pobre. Pero es mucho peor no saber salir de rico. ¿No cree?

Interrumpí a Bourgeois. Porque había algo que me sacaba de quicio.

—Pero usted da por sentado que yo pretendo ser burgués. Puede que la sola idea me dé un asco indescriptible.

Bourgeois me sonrió. Un tipo de su clase sabía que a veces con esbozar una simple mueca dejamos clara nuestra opinión.

—Después de su chiste le diré que para ser un perfecto hombre aburguesado a usted solo le falta un mayor énfasis en la obsesión por objetos preciados. Y un poco más de cinismo. Sarcasmo es lo que le falta, Equilibrista. El resto, si me lo permite, ya lo lleva incorporado de serie.

—No le veo la gracia.

—Otra actitud que necesitará es comprender su círculo social, pero también a aquellos con los que no se siente identificado.

Entenderlos de verdad, aunque sin sentir unánime empatía. Por ponerle un ejemplo, Equilibrista, la mayoría de proletariado se sentirá a gusto escuchando canciones frívolas que los desconecten de sus miserias o temas reivindicativos que los empujen a la rebelión social.

—Normal. ¿Y quién no?

—Los nuestros, Equilibrista. Somos capaces de valorar otros estilos que entrañan ciertos niveles de sutilidad u otro tipo de manifestaciones artísticas cuyo discurso vaya más allá de lo que anhela el hombre en su estado más básico, ya sabe, comer, trabajar o copular debajo de un techo rezando para que no se les caiga encima. Insisto. No es empatía, sino comprender que algunos necesitan dosis de rabia o alivio pélvico.

—Es realmente desagradable su discurso.

Volvió el camarero. Bourgeois le hizo una señal. Algo así como «Todo está bien, el vino excelente».

—Spinelli, para otro tipo de inquietudes se necesita tener las espaldas bien cubiertas y estar formado. El burgués no debe imponer su gusto a según quién, sino propagarlo en su entorno más inmediato para que, al estilo de esos absurdos montajes con copas de cava en las bodas, el líquido vaya descendiendo desde el vértice superior del triángulo hasta los últimos vasos de la sociedad. ¡Sin prisas! Debemos resignarnos a la velocidad de las cosas. Lo excelso no se instala en la sociedad en un abrir y cerrar de ojos. Las revoluciones o los cambios genéticos nunca suceden sin un eterno lapso para la adaptación de todos y cada uno de los integrantes de una sociedad. Por eso somos los que vamos en la fila de atrás en las revoluciones, pero, al saber gestionar, tomamos el poder cuando el caos retrocede. Nunca miramos a los ojos de la violencia, pero somos nosotros los que negociamos con el mismo diablo. Porque el diablo siempre será burgués, no lo olvide. Somos aquel animal que se mueve con la parsimonia de una pantera acechando entre el follaje. Luego esprintamos como nadie y, a la hora de pillar la presa y devorarla, somos implacables. Hacemos menos ruido que una gárgola en una catedral y sin embargo somos capaces de manipular un organismo como lo haría un virus, desde el silencio, la invisibilidad y la paciencia.

—Olvida una cosa muy importante, Bourgeois. La mayoría de manifestaciones artísticas surgen de los extrarradios. Y es el burgués

quien en un principio las rechaza de plano por vulgares o extremas.

—Coincido con usted. El pueblo llano es el más creativo. Pero convendrá conmigo que el burgués, una vez adapta esas modas o estilos artísticos, les acaba dando el Toque Final. De gusto, equilibrio, medios y calidad.

—Pero puede que entonces el estilo ya sea un cadáver.

—Óigame. Cada uno juega su papel. Supere sus prejuicios. Sin nosotros no habría belleza posible. De no ser por nuestra aportación no existiría la crítica fundada. Incluso el mismísimo Marx era burgués, por no hablar de Engels. Somos tan rematadamente buenos que necesitamos crear a nuestros propios enemigos. No hay que hacerle demasiado caso al pueblo. Son desmesurados, frustrados, olvidadizos, veleidosos y, lo que es peor, mucho más codiciosos que nosotros. Jugamos con ventaja. Los conocemos mejor que ellos a sí mismos.

—Por eso son manipuladores y los detesto. Hay líderes políticos surgidos de la burguesía que, para sacar rédito electoral, han atizado con el fuelle a la masa mediante proclamas que ni ellos mismos creían practicables. Pero la masa los ha creído, así que de aquel fuelle, estas llamaradas. Un fuego que ha terminado abrasando al mismísimo líder. Es peligroso encender según qué fuegos.

—Yo también odio a los manipuladores poco profesionales. A aquellos que se les nota. Lo mismo que pasa con la hipocresía. Para ser perfecta no deberíamos acompañarla de una sonrisa delatora. Me molesta mucho la falta de profesionalidad. ¡Brindemos, amigo, por la profesionalidad!

Brindé, entre sorprendido y forzado. Bourgeois saboreó el segundo sorbo en su paladar.

—El odio o la bondad cotizan a la baja. Hay que ser realistas. El burgués tiene que entender que, a pesar de vivir en el siglo XXI, mucha gente sigue anclada en otras épocas. ¿La sociedad ha evolucionado? Claro. Cada época ha tenido a sus particulares visionarios. La mayoría, por cierto, acabaron mal sus vidas, por divergentes. ¿Lograron virar la dirección de la totalidad de nuestra especie? Es evidente que sí. Pero la mayoría pagaron con sus vidas, como Giordano Bruno y otros tantos miles. Europa no se convirtió en renacentista de la noche a la mañana. Los libros de historia crean segmentos arbitrarios para orientarnos en el mapa del tiempo. Equilibrista, mire a su alrededor. Olvídese de los



vestuarios. Prescinda de los celulares y céntrese en observar la mentalidad de su entorno, reflejada en sus opiniones. Cuando haga esto, se dará cuenta de que en cualquier época, incluso en la nuestra, conviven hombres y mujeres cuya personalidad coincide más con la impulsividad de la Revolución francesa. Otros mantienen una moral victoriana. Hoy en día siguen campando a sus anchas neocromaños haciendo pesas en el gimnasio. La superchería medieval sigue campando a sus anchas en según qué votantes de partidos políticos. Hay otros a los que defino como «incatalogables», porque su *modus operandi* coincide con una época que aún no ha acontecido. Todas las mentalidades han coincidido de manera simultánea en un mismo segmento de la historia, y por ese motivo el conflicto social se mantiene y seguirá hasta el día del Juicio Final. Sin ir más lejos, Equilibrista, yo nunca quise salir del siglo XX. ¡A mí me echaron! En mi interior sigo manteniendo algo del hombre de los años cuarenta. Me refiero a ciertos modos de cortesía que sigo usando aunque hoy en día estén al borde de la extinción. Todo lo que hemos aprendido no pertenece exclusivamente a la época a partir de nuestra fecha de nacimiento. Heredamos costumbres de nuestros abuelos, y de la misma manera nuestra influencia, con toda seguridad, abarcará más allá de nuestra muerte. Uno muere de verdad cuando desaparece el último ser vivo que lo recordaba. Uno fallece socialmente cuando ha dejado de influenciar.

De repente, el camarero con rasgos de negro albino nos interrumpió:

—¡Ah, maldita sea, señores! Les escucho hablar de la muerte, del olvido, y me acuerdo de una persona en particular. Mi abuelo vivió demasiados años, tantos que cuando murió yo ya no me sentía nieto. A su entierro apenas fuimos cuatro personas. Toda su generación había palmado hacía una década. Supongo que cuando te quedas tan colgado lo único que quieres es acompañar al resto de fiambres. ¡Tienes más conocidos en el otro lado que en este! Podríamos pensar que la edad ideal para irnos al otro barrio es siendo de los primeros de nuestra quinta. Entonces tu entierro es transversal y abarca varias generaciones. Comparado con un concierto, harías *sold out*. Incluso podrías permitirte tener a un par de finados como teloneros para ir calentando al personal antes de tu entierro estrella. No me hagan caso,

señores. Pensándolo bien, eso en realidad debe ser lo último en lo que piense un ser humano si está bien de la cabeza. Tener un exitazo de entierro corresponde a la típica mentalidad de quinceañero en un arrebato suicida, donde se visualiza a sí mismo desdoblado dentro de un ataúd y en el coro de la iglesia observando a su familia destrozada. Esas mierdas que sirven para calmarte o para acabar de convencerte de tirarte por el balcón. En fin, vuelvo a lo mío. Que aproveche el vino, señores.

Román Bourgeois se quedó un rato en silencio paladeando su vino. Hasta ahora esta representación envejecida de mi persona era pura seguridad en sí mismo, pero estaba claro que aquel cincuentón debía de padecer algún tipo de trastorno. ¿Cuál era el Hambre Invisible de Bourgeois? Si careciera de ella, pensé, a buen seguro que no formaría parte de esta historia. Con el ánimo de encontrar su punto flaco, le pregunté, como la primera vez que lo vi en la Avenida de la Luz, qué significado tenía aquel mensaje en el escudo de su americana («La tormenta pasó»).

—Ah, esas tormentas, Equilibrista. Como usted bien sabrá, porque somos el mismo ser, ide joven tuve tanto rencor y tanta pasión! Para más inri, el rencor es la clave del envejecimiento prematuro. De nuevo, la maldita química. Se lo aconsejo, Equilibrista. Hagamos ecología psicoambiental, no nos dejemos llevar por sentimientos irreflexivos como el rencor y la pasión. El mundo no deja de ser una broma nunca, algunas veces graciosa, otras de un mal gusto atroz. ¡Ah, conocerse a sí mismo de verdad, Equilibrista, menudo empeño que conlleva indefectiblemente al desencanto! La verdad es como un sonido de afilada cimitarra acariciando un cristal. Reconozco que me podría haber ahorrado la mayoría de cosas que he hecho en mi vida. Pero si no las hubiera hecho, a estas horas no sabría que me las podría haber ahorrado. He pagado las deudas, incluyendo la hipoteca del perdón, sobre todo hacia mí mismo. Sus intereses en forma de desconfianza han estado a punto de matarme. Pero sigo aquí. Lo que quiero decirle es que en esa tarea de autoaceptación aún se encuentra usted. ¿Tormentosos días? Lo sé. Pero llega un día en el que uno tiene que recapitular, justo lo que usted está haciendo. Gracias a la maldición de la experiencia —porque, Equilibrista, la experiencia tiene un punto de maldición, ya que poco a poco va podándonos— sé que usted está en

una edad complicada. Ni demasiado joven ni demasiado viejo. No desespere, se lo ruego. Las personas nos exigimos demasiado y a veces olvidamos que somos precisamente eso, personas. Esta visita a Bruma le servirá. En breve descubrirá que usted es mucho más sencillo de lo que piensa. A usted, como a todo el mundo, le basta con tener sus necesidades saciadas. Las físicas y las espirituales. Y tener tiempo para pensar. Y sobre todo, lo que hago yo: pasear. Pero para que usted también se convierta en un paseante, el Hambre Invisible que lo atosiga deberá ceder. Usted tiene que ser capaz de renunciar y encontrarle el placer a la renuncia. Mire a esa chica, al lado de la barra. Es atractiva, ¿verdad? La lamería por todos los lados, ¿correcto? Pues ahora diga conmigo: «Me la traes al paio, mujer. No te deseo tanto como para mandar mi vida al carajo». Haga como aquel tipo llamado AntiLíbid, venga, dígalo conmigo.

Di un trago al carísimo vino y le sonreí. Entendía su voluntad de liberarme de los instintos de monicaco. Entonces supe que era el momento de preguntar a Bourgeois cuándo notó que se había liberado por fin, si hubo un momento en concreto. Bourgeois me advirtió que sería algo paulatino, y que, mientras tanto, disfrutara del placer y al recordarlo lo hiciera con una gran sonrisa. *Don't look back in anger*, dijo alguien. Acto seguido volvió a señalar a la chica.

—Equilibrista. Es belleza solamente. Con mirarla ya es suficiente. Me olvidé del sexo como una sirena cansada de hacerle un francés a todos los marineros. Ahora tan solo recuerdo los gritos de liberación.

Tras otro sorbo de vino, añadió:

—Dejé de ser esclavo de algo tan ramplón como el apasionamiento. Por cierto, ¿se ha preguntado por qué un burgués delega tanto? Yo se lo diré. Para seguir adelante.

—Seguir adelante. ¿Hacia?

—¡Hacia nuestra carrera contra el tiempo, Equilibrista! El tiempo es el verdadero dinero. El tiempo es una boa constrictor. Aquel que se libere del abrazo de la serpiente será el verdadero millonario. ¿Acaso pensaba que lo importante era el maldito dinero? No, ni hablar. El vil metal es neutro. Dependerá de lo que usted haga con él. Si lo destina a labores sociales, el dinero es cojonudo. Pero si usted considera el dinero como puntos que se pueden canjear por retazos de tiempo, es increíblemente cojonudo. A más dinero, más tiempo libre. Un buen

día descubrí mis ojeras gracias al retrovisor de mi coche y me dije a mí mismo: «Eh, cuidado. Me quedan, siendo optimistas, veinte años de plenitud. No puedo perder ni un solo día más rodeado de gente estúpida. La ecuación tiempo restante-tiempo perdido-tiempo provechoso, rodeado de según qué personas, no funciona. El resultado es paupérrimo. Inversamente proporcional. Quiero gozar del tiempo. Tenerlo como aliado o, como mínimo, correr a su lado». Quiero que vea algo, Equilibrista.

## ESTACIÓN 32

### EL SÍNDROME DE LA ESTANTERÍA Y CRONOS



Al cabo de cinco minutos, llegamos al único *megastore* de Bruma dedicado a productos culturales.

—Como creador, le pondré en el siguiente dilema: ¿disponer de tiempo para consumir cultura o dedicarlo a su propia obra? Subamos.

Llegamos a la tercera planta. Me detuve en el sector norte. Allí atisbaba toda la colección de series que aún no había visto junto a otras que deseaba volver a ver, miles de películas clasificadas por épocas y directores. En la zona este descubrí decenas de estanterías con libros clasificados por géneros, todos ellos interesantísimos: ficción, novela hispanoamericana, catalana, cómics, historia, novela gráfica, cuentos infantiles, humor, policíaca, poesía, filosofía.

Empecé a marearme. En el sur, justo a mi espalda, había un compendio de vinilos que jamás tendría tiempo de escuchar: jazz, folk, electrónica, pop, clásica, así hasta la zozobra auditiva. En el oeste me aguardaba una sección repleta de instrumentos musicales, juegos de ordenador, secuenciadores de última generación, nuevos efectos de guitarra. Me di cuenta de que estaba rodeado de gente que miraba las estanterías. Algunos, muy seguros de sí mismos, habían venido con la decisión irrevocable de llevarse la nueva novela ilustrada de Mister X. Pero yo no lo tenía tan claro. Tan solo escuchaba el rumor de la multitud empeorando las cosas. Hice entonces una suma genérica del

tiempo que me emplearía consumir el contenido de aquella demoníaca segunda planta —sección Cultura—. Centenares de años, con suerte. Aquel *Homo sapiens*, o mejor dicho, el *Homo consumens* en el que nos habíamos convertido todos pensó que no había más remedio que decidirse. Quizás me serviría un consejo de un amigo, pero nunca sabría si podría haber empleado mejor mi tiempo en el libro que estaba justo al lado. Aquel libro que jamás leería podría cambiarme la vida y eso me angustiaba. **El Libre Albedrío Cultural**. El derecho a decidir y, por lo tanto, a responsabilizarse de lo que uno ingiere. En aquellos instantes me supe más que nunca mortal, consciente de que siempre andaría en un dilema elevado a la trillonésima potencia. La oferta era eterna y mi tiempo limitado. Ante tal propuesta demencial, el humano se siente acuciado por el tiempo.

Bourgeois sonrió.

—A diferencia del síndrome de Stendhal, la incertidumbre aquí se presenta ante el misterio de lo que cada anaquel esconde. Ni usted ni yo sabemos si esa oferta a doce euros contiene belleza o la misma nada. El arte o la mera estética. Tiene poco tiempo para decidirse. Debemos largarnos.

La angustia es infinita.

Las estanterías empezaron a temblar. Todo lo que contenía aquella tienda diabólica, libros, series, novelas gráficas, vinilos, incluso los propios muebles, cayó encima de mis pobres huesos. Durante unos segundos, creí que iba a morir sepultado por la oferta.

Bourgeois apartó los libros y me levantó del suelo.

—Quizás algo así sucedió con la Biblioteca de Alejandría. No fueron huestes de ignorantes, sino espíritus sensibles quienes se rebelaron ante tamaña injusticia e incendiaron aquel disparate, un insulto a nuestra caducidad. Le acabo de mostrar los síntomas del Síndrome de la Estantería. Ahora vayámonos a otro lado. Quiero hablarle del tiempo de manera genérica.

Por los altavoces del *megastore* se escuchaba el estribillo de *Common people*.

Salimos de la tienda. Bourgeois me llevó en coche a la pista de atletismo de Bruma. Mientras su chófer subía la cuesta que llevaba al estadio, me soltó:

—Ah, Equilibrista. Quien elige ser esclavo de su propia vocación no siente al tiempo como un enemigo. Pero, para que unos existan, otros deben cargar con el resto de obligaciones prosaicas. Es necesario que alguien pesque por el burgués y que otro cocine por él. Hasta que lleguen los robots, cinco seres humanos deberán trabajar para que un privilegiado viva como un sultán. Incluso Dios tiene una corte de ángeles y arcángeles en quienes delega. Lucifer fue el primer sindicalista, una especie de Robespierre celeste. Alguien que luchó contra el orden establecido, perdió y lo pusieron de patitas en la calle. Porque Dios no estaba dispuesto a que uno de sus alados subordinados le robara un mísero eón discutiendo. Si un tipo con sesera dispone de tiempo, no lo malgasta como los idiotas hacen, sino que se ve capaz de mimar los minutos y segundos. Hay que ganar dinero para ganar tiempo, Equilibrista. Debes disponer de tiempo para poder paladear el mismísimo tiempo, como un buen plato merece. Esa es la única manera de gozar del proceso, porque en la calidad del proceso estriba el resultado final de todo lo que emprendemos. Toda gran obra tiene un cuidadoso proceso detrás. Toda gran película, disco, escultura o libro lo ha sido desde sus albores. El proceso debe ser tenido en cuenta desde el momento alfa hasta el omega. El material adecuado, el trabajador conveniente, esperar el momento idóneo sin eternizar esa espera. Demorarse, pero no procrastinar. Tener plazos de entrega, pero en fechas amables que nos permitan disfrutar de lo que hagamos. Esa utopía temporal tan solo la consigue el dinero. Las clases menos favorecidas no pueden plantearse una planificación ni un proceso pausado. El tiempo va en su contra, el día a día es una carrera a contrarreloj. Para ellos todo debe ser útil dentro de su contexto de urgencia. Pero nosotros sabemos que cualquier cosa que haga alguien sin tiempo está condenada a ser olvidada y derribada en un futuro. Unos pretenden sobrevivir, otros, trascender. *C'est la vie*. Bien, ya hemos llegado. Acompañeme.

***(Narrado en presente, como las buenas carreras)***

Pista de atletismo de Bruma. Estoy sentado en unas gradas completamente vacías, a punto de observar una extraña carrera al lado de Román Bourgeois. En la línea de salida espera un Niño acompañado de un atleta de unos treinta años llamado Tiempo. Tras el

pistoletazo de salida, Tiempo salta de la línea con una determinación tan marcada como serena. Niño corre alocado, pero le faltan piernas. En la primera vuelta Tiempo ha tomado tanta ventaja con respecto a su contrincante que Niño, sencillamente, se olvida de Tiempo.

En la segunda vuelta, Niño ya es Adolescente. Poco a poco recupera la distancia con respecto a Tiempo. En el primer cuarto de la segunda vuelta, Tiempo es rebasado por Adolescente. Y la diferencia llega a ser tal que es Tiempo quien se olvida del Adolescente. Es tal su ímpetu que resulta inalcanzable para Tiempo. Adolescente piensa que está corriendo en solitario. Llega a olvidarse de su contrincante.

Pero en la tercera vuelta Adolescente se ha convertido en Adulto. Tiempo vuelve a pisarle los talones. Adulto, aunque no quiera, está aminorando su velocidad a cada paso. Hay un momento en la tercera vuelta en que Tiempo y Adulto van igualados. Pero es cuestión de segundos. Tiempo es conocido por ser un atleta disciplinado, entrenado en llevar una velocidad constante desde el inicio de la carrera. Adulto empieza a estar exhausto. Tiempo rebasa a Adulto.

Nunca más lo volverá a alcanzar.

En la cuarta carrera, Adulto se ha convertido en Anciano. Ya ni siquiera piensa en el Tiempo. Sabe que Tiempo ha ganado. Anciano ya no corre, sino que camina. Sabe que, cuando Tiempo cruce la meta, Anciano caerá desfallecido en cualquier lugar de la pista.

Un par de ambulancieros recogen al corredor fallecido mientras el corredor Tiempo empieza otra carrera con un nuevo Niño.



## ESTACIÓN 33

### BOURGEOIS Y LOS ISMOS



Iba a levantarme de las gradas cuando Román Bourgeois se sentó a mi lado.

—¿Sabe lo que más me gusta de mi vida actual? —me dijo mientras sacaba un cigarrillo de su pitillera y me sonreía—. Que por fin, desde la cornisa mental donde ando sentado con mis zapatos colgando, puedo observar la vida desde las alturas sin que me llegue demasiado su hedor. Soy Román Bourgeois y esto es lo que he mamado y esto es lo que legaré. Que no hay otra cosa posible para los vacíos de espíritu que el piso donde te aloja la burguesía. Que no hay mejor correccional para el hijo inútil. No encontrarás paraíso más condescendiente para el maldito ni lugar más confortable y discreto que este barrio donde todo está perfectamente delimitado, incluso los jardines «púbicos» de nuestros sexos. Aquí capamos al león y domesticamos a la tarántula. Aquí convertimos lo transgresor en clásico, a su debido tiempo. Somos la natación sincronizada, el plástico, maleable pero irrompible, como nuestros ideales. Somos la hora fijada para el gimnasio, la mirada lasciva hacia la niñera porque nosotros vivimos en la antesala del placer de los pequeños deseos. Nos gusta más ser definidos por lo que no somos, lo que no hacemos, aquello que no comemos, la música que jamás escuchamos y los lugares donde nunca acudiríamos. Por cierto, con respecto a las

elecciones vitales, he de decirle que no entiendo cómo se puede vivir en otro sitio que no sea las inmediaciones del Mediterráneo. Somos los descendientes de un grupo de personas que supieron elegir el mejor lugar del mundo probablemente. Por el contrario, aquel jefe de tribu que tuvo la brillante idea de llegar a Siberia y decir «Esta es la tierra prometida» mientras clavaba su bastón de mando en el permafrost se merece una suite en el infierno. ¿No cree, amigo mío?

Observé al elegante hombre y pensé en lo bien que se desenvolvía Román Bourgeois, ese tipo encantado de conocerse.

—Cuando encuentre a Edith, porque sin duda la encontrará, verá que un día alcanzará un estado de nirvana casi sin pretenderlo. Le sucederá cuando esa tormenta interna que le invade a todas horas amaine por fin. Llegará el momento en el que ambos sabrán que lo único importante es reírse juntos a mansalva, y que el resto siempre mejora como consecuencia de la risa. Otra cosa que deberán aprender es a relativizar. Huir de los tópicos, de las ideas preestablecidas. La mayoría de personas frustradas en el amor lo son porque aún creen en ese concepto llamado «media naranja». Virgen Santa, si un día se encuentra con un simple gajo ya le puede dar gracias a la vida. Se espera demasiado de su pareja, de los amigos, de los hijos y de los planes del fin de semana, incluso de que el día irá bien. Esperamos demasiado de todo el mundo, incluidos nosotros mismos. Y eso tan solo nos conduce a la frustración. Por eso hay tanta ira, amigo mío. Una pareja ha nacido para decepcionarte por mera cuestión del inhumano tiempo pasado con ella, enemigo número uno del factor sorpresa. ¿Quiere que hablemos de los amigos? En su naturaleza íntima también se esconde la decepción, todo dependerá de lo que usted llegue a apretarlos. Sus colegas son humanos, como usted. ¡Y los hijos! Es evidente que algún día nos decepcionarán, y en algunos momentos deberán hacerlo por mera cuestión de evolución. Y qué decir de la política. Siempre me he considerado de izquierdas, aunque ¿quién sabe? Uno no sabe con absoluta certeza cuánto hay de fingimiento social, seamos sinceros. Nos dejamos llevar por ideas preconcebidas por el intelectualismo, como por ejemplo que en los partidos del ala izquierda se encuentran las personas más generosas, inteligentes y comprometidas con el bien común. Pero al final, y por la experiencia de campo, uno acaba pensando que, si esos supuestos

partidos de hombres buenos e inteligentes no son capaces de unirse para el bien común, entonces ni son tan generosos ni tan inteligentes ni tan comprometidos. Su particular manera de no ceder significa que su estatus económico no es precisamente precario. Resulta que la revolución puede esperar si no se desarrolla bajo sus condiciones. Idealismos más ortodoxos que una religión, autenticidades convertidas en cooperantes del inmovilismo conservador. Si pretendes tomar el poder sin ceder ningún punto de tu dogma, deberá ser con las armas, y tendrás a millones de personas deseando que tu gobierno caiga derrocado. En otros supuestos, lo lamento: deberás negociar siempre.

—Entonces, ¿es de derechas o izquierdas?

Bourgeois me miró como si se sintiera amenazado.

—Soy un interesado en el bien de la globalidad. Quiero que todo el mundo tenga derecho a la mejor educación posible, por puro egoísmo. Nunca sabes dónde ha nacido el futuro hallador de una vacuna contra una enfermedad o el inventor de una nueva fuente de energía. La educación universal de calidad nos interesa a todos por mero sentido común, por lo que es de locos permitir que las mejores escuelas estén al alcance de unos pocos. El talento, a diferencia de los bienes, no se hereda. Lo mismo sucede con todos los derechos universales. Así pues, le contesto diciéndole que ser de izquierdas es lo más sensato. Pero eso no significa seguir al líder si este va claramente bebido. Por eso mismo, siempre me encontrará dando la vara al poder, en el lado contrario, gobierne la izquierda o la derecha. El poder debe ser controlado, cuestionado y tutelado. Otorgamos el poder con una frivolidad escandalosa. Deberían existir exámenes psicológicos para poder optar a ciertos puestos de responsabilidad. Hoy en día los coches tienen más controles técnicos que las personas que nos gobiernan. Deberíamos exigir IPP, Inspecciones Psicológicas a Personalidades, cada cuatro años como mínimo. Esa dejadez psíquica nos ha llevado al desastre desde tiempos inmemoriales. Nos han gobernado, desde los gobiernos a los bancos, y llegando a los mismísimos líderes religiosos, una cantidad escandalosa de psicópatas, narcisistas, paranoicos, cuando no las tres cosas a la vez.

—¿Y las religiones?

Bourgeois sorbió con placer otro trago.

—Las religiones. ¡Ah, qué hubiera dado yo por una brizna de fe, Equilibrista! Salvo algunas ideas sueltas, ninguna religión ha logrado emocionarme en demasía, ni mucho menos retenerme entre su club de acólitos. Son clubs sociales con un esquema piramidal y un vértice donde reina un dios antropomórfico que culmina nuestra vanidad como humanos, una especie fallida porque es una especie formada por individuos fallidos que decepcionan por su acomodaticia ignorancia... No me molestan los ignorantes, Equilibrista, sino que opinen. La gente tiene esa curiosa manía de no ser capaz de pronunciar un sencillo «No domino esa materia», o «No dispongo de los datos suficientes ni he seguido tanto la actualidad como para dejar mi voto en una urna». A muchos les da pánico quedar como imbéciles, y no se percatan de que opinando es cuando se les ven las costuras. Si me pregunta mi opinión acerca de la mayoría de cosas que suceden o de seres que habitan este planeta, le diré que son materias de las cuales poca información tengo. Pero el resto de gente son fábricas de prejuicios. Y le diré otra cosa: uno puede luchar contra su destino. Y vencer. Pero uno jamás podrá librar una batalla sencilla contra el concepto que la gente tenga sobre usted, sobre todo si la opinión es nefasta. La batalla contra los prejuicios es una lucha que no tendríamos que molestarnos en librarla. El prejuicio es casi tan indeleble como un tatuaje. Es imposible enmendar una caricatura, porque los demás te han dibujado apretando mucho el lápiz. Los trazos de la primera impresión permanecerán allí hasta el fin de los tiempos. ¿Acaso no es mucho más sano dedicar tus esfuerzos a complacer a quien te quiere bien? Intentar enderezar un prejuicio es como observar a un anciano subir por unas escaleras mecánicas que bajan. Es agotador y estéticamente ridículo. No solamente acaba uno extenuado, sino que con nuestra servil actitud engrandecemos el ego de aquel que nos juzga mal. Lo colmamos de estipendios inmerecidos. Le hacemos ver que nos importa su opinión. Pero, claro está, somos seres sociales, y seguimos indignándonos ante una falsa opinión sobre nosotros. ¿La manada te arrincona? Pues bien. Nadie hace nada loable desde el centro del rebaño, excepto evitar que lo devoren. Y tengo mis dudas sobre ello.

—Pero, por otro lado, Bourgeois, cuando uno dispone de mucha información sobre cualquier persona, el veredicto se vuelve complicado.

—Correcto, amigo mío. La defensa de ese ser sobre el que se opina termina en tablas con los argumentos esgrimidos por la Fiscalía. Por eso nos sirven los perjuicios, los prejuicios y la simplicidad. Lo aplicamos a todo: a nuestros micromundos, y también a países, razas y religiones. Los macroprejuicios activan los mismos resortes: simplificar. Ese orden que proporcionan las religiones y los partidos extremistas tranquiliza al ansioso mental. Después de un discurso de un fascista, el idiota ha entendido una noción básica. El cretino se siente inteligente. Los partidos normales no han caído en que lo que necesitan los memos es que alguien los consuele diciéndoles: «Tranquilos, vuestra idiotez es exógena». Los democristianos diluyen la Culpabilidad en tantos pedazos que el idiota, el cual lleva mucho tiempo con el puño cerrado deseando golpear, se inquieta. El ciudadano simple necesita atizar fuerte al menos una vez al año. Ese tipo necesita un saco de boxeo o un cordero a quien sacrificar para el dios de su ira. Decirle a un lerdo que nadie, excepto él, es el Culpable de su situación personal es como llevar a un niño a una juguetería y decirle que nada de lo que ve se puede tocar.

—¿Y qué decir acerca de su nación?

—Usted lo sabe. No me siento especialmente orgulloso de mi pequeño país, ni tampoco noto ese palpito que se supone debo sentir al mencionar el otro, ya sabe, el más grande. No puedo ser nacionalista de ningún bando, porque eso significa marginar a muchos en detrimento de unos pocos. Y como todo el mundo me cae, por regla general, mal, no puedo ser nacionalista porque eso significa quedarme con una sola sensación cansina. Me gustaría decirles a todos: «Me la traéis floja todos por igual, sin distingos, porque todos decepcionáis». En realidad, Equilibrista, ni siquiera me siento orgulloso del ser humano ni de ser humano. De acuerdo, el pequeño país, o el grande, el mismo ser humano en líneas generales, sin duda todos desde su parcela han hecho loables cosas en su tránsito por este planeta. ¡Maldita sea, eso está claro! Pero no me negará, Spinelli, que grandes trastadas han acompañado cualquier avance. Así pues, aquí me encuentro. En medio de la vida, aireando la bandera de los apátridas en una manifestación sin vivas.

Miré cómo iba la segunda carrera. Tiempo acababa de rebasar al segundo corredor. El final era siempre el mismo. Miré a Bourgeois.

—En eso nos parecemos. Pero apuesto que usted se queda con una selecta clase social transnacional. Allí donde aún vive Galeano, con el humor de su vecina Isabel, la carcajada de su taxista preferido, el país de Iván Ferreira.

—Algo así. Pero todo es momentáneo, amigo mío. Ninguna emoción es un cheque en blanco. Soy asocial. En realidad, me identifico con el buscavidas que cena junto al banquero y las más bellas damas para robarles el monedero. De la burguesía me gusta la forma y su seguridad. Por lo demás, pueden irse a la mierda uno por uno. No me interesan sus cenas ni sus borracheras de mal bebedor. No hay nada peor que un burgués borracho mostrándose terriblemente rudo con un camarero. Es una imagen infame. He superado el clasismo como quien pasa una gripe, hace una infinidad de años. Usted lo sabe. La mayoría de burgueses son, sencillamente, insoportables. Desconfiados. Átonos, sujetos al decoro, comprimidos, constreñidos y estreñidos. Compradores de creatividad cuando esta es aceptada como clásica. Jamás se la juegan. En realidad, Spinelli, la clase baja muestra en todas sus facetas, incluida la artística, una vitalidad superior, por no mencionar el instinto, el duende, del todo inexistente en la clase media. El burgués tiene el ánimo mortecino y el estómago lleno. ¿Cree usted que puede salir alguna obra interesante desde los barrios que inducen al ensimismamiento? La obra artística necesita fealdad interior y exterior, ya que esta provoca una necesidad de escapar hacia un lugar mejor. Los Beatles eran de Liverpool. Camarón no nació en un palacio, precisamente.

—Pero si está diciendo lo que yo hace unos minutos. ¿Quiere volverme loco?

—Equilibrista. Yo me tomo la vida y las conversaciones como un juego. De hecho, podría ser que estuviera mintiéndole todo el rato. Por esta razón, me he encargado de lanzarle algunas ideas totalmente contradictorias entre sí. ¿Con qué nos quedamos? *Chi lo sa*, dijo aquel sabio. En realidad, una idea puede convivir con su propia contradicción. Hace unos días repasé su bloc de notas. Había escrito unas líneas a Edith que me llamaron la atención: «Quiero que sepas que no son las pulsiones sino la contradicción lo que lleva a los humanos hacia la antesala de la locura. Y son esas contradicciones precisamente las que más intentamos guardar en secreto. Las

innumerables ocasiones en las que nos reprimimos serían comparables a lo que los gobiernos occidentales manejan en su carpeta de Asuntos Internos. Pues bien. Necesito desclasificarlos». Todo eso está muy bien, pero yo rompo una lanza por la contradicción interna. ¿Acaso no duran para siempre matrimonios cuyos cónyuges son polos opuestos? Ah, entonces viene el listo de turno y suelta: «Se compensan entre ellos. Ese es el secreto de su longevidad como pareja». Correcto. Sin embargo, no aplicamos semejantes términos cuando hablamos de una sola persona. Entonces es más difícil de aceptar la contradicción. Ahora fíjese. Los héroes y los santos, incluso los asesinos tarados, por carecer de una fuerza compensatoria acostumbran a morir antes de tiempo. No conozco a nadie creativo que no sea contradictorio. Y cuanto más contradictorio, más enigmático e interesante. Los más grandes poetas y científicos tienen páginas negras en sus biografías personales. Sin contradicción no hay roce interno, y por lo tanto no hay chispa. Cuando escucho: «Aquel tipo es un hombre de una sola pieza», sé que están hablando de alguien terriblemente aburrido y predecible. Lo aconsejable, pues, en el caso de ser contradictorio, es enfocar tu ambigüedad emocional hacia algo creativo. Encauzar tu contradicción hacia el arte y no hacia tu vida. Pero no es fácil, porque realidad y ficción son vasos comunicantes. La Culpa, el pecado y la redención se necesitan y se alimentan entre ellas. El proceso creativo no es más que una respuesta. Los momentos frustrantes son idóneos para crear.

Bourgeois se encendió un segundo cigarrillo.

—La contradicción es la eterna lucha entre dos elementos que van en sentido contrario y que colisionan, como el Big Bang, una de las primeras contradicciones. De esta manera, también podríamos decir que el gran creador por antonomasia, aquel cuyo nombre va en mayúsculas en todas las religiones, es decir, Dios, es, por su naturaleza creativa, el más contradictorio de todos los seres. Quizás el error cristiano radica en pensar que el bien y el mal están separados, cuando puede que sean estados de ánimo en un mismo Ser. En este caso, de existir Dios, debe de necesitar algún tipo de terapia. ¿Se imagina al Gran Hacedor sometándose a psicoanálisis? Ay, si Dios levantara la cabeza. Por lo que a nosotros respecta, somos interesantes porque en

un mismo cerebro convive un poeta, un libidinoso, un burgués y alguien que odia a la burguesía como usted.

—¡Qué decir de uno mismo!

—Ah, Equilibrista. «Uno mismo» es lo último que deseamos conocer en realidad. Nuestra ciudad interior está llena de gente a la que a ningún anfitrión se le ocurriría invitar a la misma mesa. Sin embargo, dentro de su ser algunos de nosotros convivimos en una especie de fricción creativa. Y como dijo aquel, *e la nave va*. Usted, por ejemplo, escucha demasiado a la Culpa. Sin embargo, yo he aprendido a blanquear la Culpa. No se mire tanto en el espejo, Equilibrista. Le diré por qué. Imagínesse que en un futuro el mundo ha conseguido vencer todo tipo de injusticias. Visualice una sociedad utópica donde todos los «ismos» por los cuales el ser humano ha luchado durante siglos han muerto vencidos por su evidente imbecilidad. Nacionalismo, egoísmo, capitalismo a ultranza, populismo, comunismo, todos a la mierda, enterrados en el olvido. Y tras la primera temporada de euforia, liberados de todos los supuestos lastres, después de habernos emborrachado con decenas de botellas de mezcal para celebrar el advenimiento del Hombre Nuevo, una vez entonados los primeros vítores, los seres, ahora supuestamente puros y liberados, dirían: «¿Y ahora qué?». Nos daríamos cuenta de que seguiríamos siendo tan infelices y frustrados como un gusano en una pared de velcro. En esa supuesta sociedad utópica deberíamos buscar en nosotros mismos el motivo de nuestra insatisfacción. Al final, nos veríamos obligados a buscar nuevos problemas y a crear nuevas injusticias. Todo con tal de no mirarnos a nosotros mismos. Todo con tal de señalar al semejante. Todo con tal de seguir luchando contra el poder. Tiene que saber, Equilibrista, la pura verdad de esto a lo que llaman «vida». Hemos nacido para el conflicto. No somos ángeles.

Hubo unos instantes de silencio. Tras otro trago, Bourgeois arrancó:

—Antes de exponer otras revelaciones de índole más elevada, he de decirle que al joven humano le hace falta copular hasta el hastío. Sin embargo, el mundo nos lo impide, la sociedad en la que vivimos desprecia tales urgencias. No existen hoteles subvencionados por el Estado para parejas jóvenes con ganas de carne. A un ser humano le es imposible edificar su personalidad si antes no ha saciado a la bestia de



la carne. —Bourgeois extrajo un bloc de notas forrado de piel. Y me mostró la siguiente página:

HAY QUE HONRAR A LOS DIOSES, DESDE EL MÁS PRIMARIO HASTA EL MÁS SOFISTICADO. SACIEMOS TODAS LAS HAMBRES INVISIBLES, PERO EN RIGUROSO ORDEN, DESDE LA ANIMALIDAD HASTA LA ESPIRITUALIDAD. PRIMERO EL SEXO. LUEGO TU VOCACIÓN. Y POR ÚLTIMO, LOS AÑOS DE ESPÍRITU Y ENTREGA A LOS DEMÁS.

—¡A cada cual su ofrenda y a su debido tiempo! —exclamó elevando sus brazos—. Cada uno de los estamentos que conforman esta mojigata sociedad fallan en el mismo punto. ¡La hormona! ¡Deberíamos dejar que los chavales hicieran el amor hasta el hartazgo, permitir que se dedicaran, como novicios de la carne, al intercambio de flujos y a la búsqueda del orgasmo desde los quince a los diecisiete años! De la misma manera, sería aconsejable convertir la prostitución en una carrera universitaria. Dejemos que las putas y putos puedan mostrarnos sus diplomas en la habitación, sus másteres en felaciones o besos negros, sus diplomas en Psicología. Subamos el nivel de nuestras relaciones sexuales, tanto en calidad como en cantidad. Si permitiéramos esos años de fiebre carnal, veríamos que a partir de los veinte años las personalidades de nuestros hijos se sentirían liberadas de tantísima frustración. Si dejáramos que los jóvenes retozaran, el deseo hormonal iría cediendo en pos de ideas mucho más elevadas. Las nuevas generaciones, limpias y saciadas, podrían dedicarse a otros menesteres en beneficio de la sociedad con la que se sentirían en deuda después de una orgía de cuatro años. Y habría menos hijos, y serían todos unos adorables retoños deseados. Hasta el momento los humanos creemos que pensamos, cuando en realidad deseamos. Conseguir la saciedad sexual del joven sería el acto más antisistema imaginable, porque atacaría la misma base del consumismo. Equilibrista, no deberíamos ir a vivir con nuestra pareja si somos muñecos de arcilla a media cocción. Si no hemos follado lo suficiente con decenas de personas y sabemos lo que queremos y lo que no queremos. Si no hemos llevado a cabo nuestros proyectos personales o, como mínimo, no los hemos encarrilado convenientemente. Y

mucho menos ser padres. Porque siempre son los hijos los que pagan las frustraciones de sus padres.

Fue entonces cuando noté que a Bourgeois le había subido el vino, por muy caro que fuera. Le dije que lo mejor que podía hacer era largarse a dormir.

Pese a su cogorza, seguía oliendo rematadamente bien.

## ESTACIÓN 34

### BOURGEOIS Y CASCANUECES



Eran las seis de la tarde de mi cuarto día en Bruma cuando llamaron a la puerta de mi habitación. Volvía a ser el botones. Por lo visto me habían enviado otro telegrama:

Estimado Equilibrista. Soy Román Bourgeois. Tengo el honor de invitarle a una representación de danza. Le espero a las nueve menos cuarto en la Avenida de los Universos Infinitos, 4. Teatro Magistral. Atentamente. Román Bourgeois. Le adjunto la entrada.

PD: Lamento si este mediodía he dicho insensateces por culpa del vino, pero tenga en cuenta lo siguiente: al menos eran insensateces muy caras.

Así pues, me presenté frente al Teatro Magistral, situado en el Sector Magenta, distrito residencial de Bruma. Eran las ocho y cuarenta. Me planté frente al *hall*. Faltaban veinte minutos para que empezara la representación. Mi Yo Burgués se apoyaba en una columna de ribetes dorados mientras leía el cartel gigante que anunciaba la función. Aquella noche se representaban varias piezas de ballet de Chaikovski.

Sonó el primer timbre de aviso. Bourgeois, sin embargo, me conminó a seguirlo. Nuestro destino no era aquel par de butacas en platea, sino el bar del Teatro Magistral. Allí pidió otra botella de vino y me dijo sin venir a cuento:

—Si nuestra sociedad estuviera formada por robots, no existirían las decepciones. Estaría todo muy claro sin el factor de lo imprevisible o la improvisación. Cada cosa, y la suma de todas las cosas, sería eficiencia y puntualidad. Cero olvidos. Los compromisos adquiridos por cada robot con respecto a su sociedad serían asumibles por cada uno de ellos, ya que habrían sido configurados según la capacidad y las características de cada engendro de hojalata. A un tren no le pides volar. A un pájaro no le pides que haga la fotosíntesis. No le pidas, pues, a una persona imperfecta que no te decepcione. Prepárate para lo peor, y si no llega te sentirás bendecido cada día. Sin embargo...

—Sin embargo, ¿qué?

—Pues que la naturaleza es salvaje y cruel y nosotros venimos de ella, aunque queramos abandonarla. La naturaleza tan mitificada por algunos descerebrados es la prueba de una decepción continua en la que el débil siempre se lleva la peor parte. La naturaleza es de derechas, Equilibrista. El animal acepta resignado su destino con parte de sus vísceras asomando al exterior. ¿Decepciona la naturaleza? Sí, en el momento en el que la juzgamos a partir de la premisa de la compasión hacia el débil. El sistema creado por el ser humano va en contra de las leyes naturales. Vivienda digna, trabajo digno... Celebro esos conceptos, claro está, pero, honestamente, van en contra de las leyes de la vida. Si en un futuro el hombre elimina al hombre, eso también será un procedimiento natural. Ya sabe. Llegará el momento, Equilibrista. De problemas con el agua. De una esterilización masiva. De la eliminación del proletariado por robots. De la supervivencia de una élite que acaso no deberá superar el límite de mil millones de personas. De ser padre, siempre y cuando nos llegue una autorización por parte del sistema. Y ese permiso significará que han muerto, como mínimo, dos personas en nuestro punto geográfico. Un orden artificial dentro de la crueldad intrínseca de la vida.

—Pero algunas sociedades animales se ayudan entre ellas. Hay especies que colaboran entre sí, incluso con otras especies. Sin ir más lejos, esas hormigas en el margen del camino. Piensan en el bien común.

—Pero el ser humano no es una civilización de hormigas ni de elefantes, Equilibrista. Ni un grupo de putos caballos islandeses corriendo por una bucólica ladera al lado de glaciares. En la sociedad

humana existe la ardilla, el león, la hiena, el tiburón y todo tipo de fauna imaginable. Los tipos avispados comprendemos que los avances sociales son un espejismo en medio de la historia del hombre. Nosotros sabemos que la vida es tan inestable como la misma naturaleza. No somos iguales. Aunque pertenezcamos a la misma especie, somos los más disímiles entre nosotros, como miles de millones de orquídeas salvajes. Y permítame que le diga que deberíamos volver al antiguo orden. No todos deberían reproducirse, mientras que unos pocos deberían dejar su simiente por los cinco continentes.

—Voy a vomitar.

Bourgeois sonrió para sí mismo. Había vuelto a escandalizarme.

—No hablo de razas, sino de talentos. Supongo que preferiría hablar con el Mago antes que conmigo, pero deberá esperar. Por cierto, ¿sabe una cosa? El burgués intuye que los principios sobre los cuales está edificado Occidente son una gran patraña. Pero simula que cree en ellos por mero interés. Porque el propio burgués hasta la fecha sigue beneficiándose de este Estado del bienestar, aunque piense que tarde o temprano nos llevará a la catástrofe como especie. Sin embargo, el burgués sabe que en una sociedad artificial las cosas le funcionan mejor que en un salvaje medio natural regido por la fuerza bruta. ¿Le exime eso del fracaso? En absoluto. A diferencia de la aristocracia, el burgués no puede acudir a los libros de historia para evitar fallos. La sociedad burguesa es mutante. Mientras tanto, y en total silencio, el aristócrata y el monarca se comen los principios a la hora del desayuno. En sus ancestros mantienen el gen de la psicopatía, tanto por rama paterna como materna. Al ser psicópatas, tanto les da el medio donde se desenvuelvan mientras puedan usar algún tipo de crueldad con sus congéneres. Tanto en un sistema natural como en uno artificial, ellos siempre ganarán la partida. Y abajo, ¿qué sucede? Pues que la clase trabajadora basa su economía en un cálculo demasiado optimista de sus propias posibilidades. Cuando descubren que los han engañado por enésima vez, pretenden encarcelar al rico banquero psicópata acusándolo de desfalco u otro tipo de imputaciones. Ingenuos. Puede que el adinerado demente acepte el hecho de ingresar en prisión durante un tiempo para evitar males mayores, como un linchamiento público. Pero, dígame: ¿quién lo ha

aconsejado? Yo se lo diré. Algún abogado psicópata, un esteta de las formas. ¿Y qué sucederá? Nada, obviamente. Entre juicios y cambalaches de todo tipo, habrá pasado el tiempo suficiente para que la siguiente generación de psicópatas tome el relevo presta a agarrar el capital y darle nuevos bríos. Y así, año tras año, la clase baja sigue saltando en busca de una ventaja que las clases altas no están dispuestas a entregar. Ellos tienen la pelota. El equipo de la pobreza salta, alza sus manos. A veces parece que estén a punto de robar el balón, pero una décima de segundo antes de perder el control, el maduro adinerado ya habrá pasado la pelota a su hijo psicópata, de nuevo libre de marcaje. El partido siempre acaba en sonora paliza, siglo tras siglo.

—Menudo plan.

—A priori, un burgués no es sospechoso. Es un hombre protegido por la respetabilidad. Señor Equilibrista, yo no debería ir a la cárcel. Pero mis ideas sí.

—Eso ya lo había escuchado en otros de mis Áter Ego. Debo de ser un delincuente en potencia.

—Todos lo somos, querido. Pero brindemos por la respetabilidad, el escudo protector del superhéroe burgués. La vida es un canje. Todo se reduce a intercambios y en las buenas relaciones todos ganan algo. Por consiguiente, un burgués tiene a las personas archivadas en secciones. Cada persona para un momento y un uso adecuado. En ese concepto utilitario no hay mezcla posible. Si su mujer de la limpieza le habla de economía, es muy probable que ninguna de sus observaciones le enriquezca. Y su amigo economista no domina cuál es la mejor lejía del mercado. La mezcla trae el caos. Los experimentos, con gaseosa.

—¡Si usted se escuchara! Antes quería vomitar. Ahora quiero vomitarle.

—Hágalo, Equilibrista. Si no le importa, yo prefiero seguir bebiendo. Lo reconozco. Somos una hermosa caja. Pero su interior contiene una **nada** más grande que la propia caja que la contiene. Pero, durante todo aquel tiempo en el que la revolución no ha acontecido, habremos vivido más tiempo y con mucha más intensidad que el resto de ciudadanos de Bruma.

—Brindo para que algún día se calle.

—¿Le molesta mi sinceridad? ¡Pues búsquese a alguien dependiente de usted para que le reafirme en sus ideas sociales! Le ruego que me perdone si le parezco radical. Piense que uso las palabras como travieso instrumento para escandalizarle. Confieso que me divierte su férreo código moral y sus expresiones de asco. Equilibrista, querido mío, usted es mi pasado. Sus opiniones fallecieron. Me sorprende recordar lo obsesionado que andaba con ponderarlo todo.

Sonó el timbre por segunda vez. Bourgeois me comentó que preferiría entrar en el tercer aviso. Quería enseñarme los jardines interiores del teatro, pero antes decidió pedirle una segunda botella del mismo vino al camarero. Una vez nos la sirvió, agarramos un par de copas vacías y nos dirigimos al exterior. Por el camino el tipo continuó aleccionándome:

—Sé que soy políticamente incorrecto. Pero ya no pretendo caer bien a nadie. Comprendo esta sociedad, pero a la vez la considero un caso perdido. El ser humano, como concepto pensado desde una lejanía física y mental, es como ese cuadro de Dalí donde aparece Abraham Lincoln. A una distancia prudencial, la imagen puede provocarnos admiración, pero a medida que vamos acercándonos al cuadro comprobamos que está formado por pequeños cuadrados donde se reflejan imágenes de ignominiosa crueldad. A nuestras pituitarias les empieza a llegar el hedor de la sangre inocente que desprende cada trazo rojo, ah, entonces nos sobreviene la náusea. No me malinterprete. Quiero a todas las personas, pero lo hago con la misma intensidad con la que huyo de ellas. Puede que sean mi particular cuadro de Dorian Grey. Por tales motivos es posible que personas como Edith hayan sido mis pocos puentes con el mundo. Filtros maravillosos. Edith pertenece a ese grupo de personas que te balancean en positivo, evitando así que mi coche al borde del abismo se precipite. Edith, ninfa inmerecida, sublima lo mejor de la humanidad en su única persona. Edith es *Cascanueces*. Edith es redentora. Ella y el resto de Ediths de las que me he enamorado, me han reconciliado con el mundo. Ella alberga en su interior la compasión de una enfermera voluntaria de la Primera Guerra Mundial. Demasiadas veces ha intentado ayudar a gente que no merecía su atención hasta que ha acabado teniendo un accidente. Su

actitud me entenece, así como su dispersión absoluta. Uno intenta mejorar con el único objetivo de estar a la altura de Edith.

Seguimos caminando por los jardines del teatro. Sonó el tercer timbre. Escuché las músicas del interior entrelazándose con la percusión de nuestros pasos por encima de un camino de pequeñas piedras que rodeaban una fuente coronada por una estatua de una mujer de principios de siglo XX ataviada con un elegante paraguas. Bourgeois contraatacó mientras se servía otra copa:

—Ahora observe estos jardines, Equilibrista. Muy poca gente sabe valorarlos como merecen. Escúcheme. Los cines y teatros quizás desaparecerán. ¡Pero no me levantaré en armas hasta que nos prohíban pasear! ¡Fíjese qué césped! Es una verdadera barbaridad. ¿Y el corte de los cipreses? Tengo entendido que el jardinero lo realiza con láser. Parecen muros de color verde. Ah, los jardines burgueses, Spinelli. La máxima expresión de nuestra mentalidad novecentista, el intento del hombre de controlar a la madre naturaleza. Todo natural y, a la vez, delimitado. Una estatua de Cupido aquí, un pétreo Goethe allá observándonos como un padre que juzga a sus díscolos bisnietos. Los jardines, sus caminos dulcemente tortuosos, concebidos para pasear carritos de bebé. Parques con columpios revisados, suelos blandos y biberones hervidos. Casas rurales con gallinas encerradas, ponis drogados para que tus pequeños vástagos monten sin miedo, aventuras en parques temáticos mil veces testados por equipos técnicos altamente cualificados. Que triunfe el talento por siempre jamás y chinchín, que son dos días. Brinde conmigo, cojones.

—Me extraña que no brinde por las mujeres.

Bourgeois empezaba a andar torcido.

—Brindemos por las mujeres, claro que sí. Porque las mujeres nos reconcilian con la vida. Brindemos, pues, para que tengamos a las mujeres de nuestras familias lo suficientemente cerca y nos guíen mediante la sensatez y la ternura, así como lo adecuadamente lejos como para que no se den cuenta de que, en realidad, los hombres ya no somos necesarios. Brindemos para que las mujeres dominen todos los estamentos del poder durante los próximos cincuenta mil años. Nosotros, los hombres, ya hemos demostrado con creces lo que mejor sabemos hacer: construir la destrucción.



Estaba claro. Bourgeois era un mero charlatán, pero él era el único de todas aquellas personalidades que procedía de mi futuro. Y eso significaba que Bourgeois sabía si había terminado de escribir este libro, y también quería decir que conocía, o mejor dicho, i recordaba!, el paradero de Edith. Estaba jugando conmigo.

—Escúcheme. De todas las personalidades que ha encontrado y encontrará en Bruma, yo soy la única real. Y quiero decirle que yo acabaré tomando las riendas de su personalidad. Yo soy su jardín podado, el caballo domesticado. En otras clases sociales el Hambre Invisible no es más que un concepto emparentado con los más irrefrenables vicios, muchas veces saciados de manera fatal. Estimado Equilibrista, su Hambre Invisible se atomizará dentro de unos años en centenares de pequeñas apetencias. Ese cambio en su vida será para bien, ya que desintegrará cualquier obsesión monotemática que hasta ahora lo ha anulado. En un futuro, usted tan solo saciará sus pequeños vicios cuando se note legítimamente sediento, y no como en su juventud, cuando era usted mismo quien provocaba sus particulares síndromes de abstinencia. Lo sé. Usted lo hacía para sentirse extremadamente vivo. Ahora le propongo acumular pequeños síntomas de dulce saciedad. La tormenta pasó. Y sucedió porque aprendí a resignarme a la ausencia de algunas personas. A la pérdida definitiva de otras. No puedo avanzarle más que lo siguiente: usted saldrá de aquí podando el árbol, querido. Y debe hacerlo una y otra vez. Porque de esta manera usted, Equilibrista, acabará por crearme.

Aquel juego temporal me estaba incomodando. Le comenté a Bourgeois que, de ser cierto lo que me había anunciado, me arrepentía de haberlo creado. Su vida me parecía triste, vacía, conformista y trivial.

—Equilibrista. No se equivoque. No es lo mismo estar centrado que quedarse a medias. Y yo no me quedo nunca a medias, se lo aseguro. Digamos que he aprendido a domar los instintos de mi caballo para saltar en el momento de la competición, y nunca antes. A buen entendedor pocas palabras bastan. La moderación es un placer.

—No hay nada más predecible que un tipo de nuestra clase social. Aunque lo prefiero a usted antes que a Perturbado.

—Exacto. Porque la gente obsesiva como Perturbado es terriblemente antiestética. Un politoxicómano es antiestético.

¿Podemos emplear la violencia? De ninguna manera. Nosotros somos buscadores irredentos de la belleza. Y asesinar es antiestético, lo mismo que dormir en un banco. La explotación infantil, aparte de inmoral, es nauseabundantemente antiestética. ¡La injusticia es siempre antiestética! No. Esas cosas no van con nosotros. ¡Dios mío, Equilibrista, si usted supiera lo que he visto y he tocado con estas manos, todo lo que he llegado a gozar! No solo le estoy hablando de cuerpos, sino de libros, de estatuas. De museos. Edificios. Sinfonías. Biografías. Paisajes. Cuerpos. Viajes. Bebidas. Drogas. Cuerpos. Dinero. Fiestas. Playas. Cuerpos. Cuerpos. Culos. Pies. Culos. Charlas. Ojos. Caras. Caras. Cuerpos. La belleza se manifiesta en variedad infinita, pero, ah, querido amigo, mi flanco débil es aquella ligera falta de armonía o desproporción que hace de la belleza de un rostro algo exquisito. Un ligerísimo estrabismo, unas ojeras marcadas, son esos detalles los que a mi edad son capaces de extraerme de mi dulce letargo, porque diferencian la belleza estándar de aquella reservada a sutiles paladares como los nuestros.

—¿Brindamos?

—¡Claro! Y también para que nuestros estimados vecinos sigan comprando nuestros productos. Es lógico, de todos modos, ya que nosotros hacemos bien las cosas, no como el Gobierno. Por cierto, ¿ha visto *La gran belleza*?

—Recién la vi hace unos días.

—Ese tipo, Jep Gambardella, somos nosotros, Equilibrista. Es nuestro primo hermano. Por cierto, cuando usted quedó con Líbid para zambullirse en aquella orgía con espectros de Edith..., bien, he de reconocer que yo fui quien le pagó la habitación a Líbid. A cambio de, ya sabe..., mirar. ¿Otra copa?

Estaba escandalizado. Observaba a mi Yo Futuro y no daba crédito. Iba a convertirme en todo aquello que de joven odiaba con todo mi ser y, sin embargo, para lo que me habían educado. Parecía que mi *software* interno estuviera programado para reiniciarse a partir de la madurez. Un puto burgués, ni más ni menos, con las mismas formas y procedimientos que aquel anciano que había conocido hacía tres décadas, ni más ni menos que el asesor laboral. El concejal de Turismo de Bruma parecía haber leído mi pensamiento porque añadió:

—A veces parece que no hay salida para la leche educacional que uno mama de pequeño. Pero hágame caso, Equilibrista. Aquí no se está nada mal. Nada nada mal. Uno, en su humilde pedantería, observa la escena de la vida desde una terraza dispuesta de aquella manera en la que el césped, la superficie de la piscina y el mar se unen en la misma línea del horizonte mientras que tu tercera mujer, esa tipa a la que profesas una admiración que no va más allá de lo estético, se sirve un Cointreau y brinda para que te mueras pronto. Pero tú sabes dónde guarda el veneno.

Escuchamos el tercer timbre de aviso desde los jardines. Pero Bourgeois aún no había terminado. Volvimos al bar. Allí, el camarero afroalbino nos sirvió una quinta copa. El tipo empezó a decir cosas sin aparente sentido, orden ni lógica:

—Ah, las mujeres, maldita sea, señores. Hay un momento en la vida de toda mujer en que el reloj biológico le hace sonar una alarma. Necesitan ser madres y nadie logrará impedirselo si su voluntad es auténtica. Pero no olviden otra cosa: pasará el tiempo. Y hay un segundo momento en la vida de toda mujer en la que empieza a notar dentro de sus entrañas la necesidad de... ser hija de nuevo. De nuevo.

Consideré que el camarero había aprovechado la coyuntura para soltar una cadena de aforismos inventados por él. Entendí que el tipo necesitaba un auditorio. Bourgeois añadió:

—¡Brindemos por todos los cabrones de guante blanco!

—Brindemos por los ciegos carísimos, Bourgeois.

—Brindemos porque la vida es un forzado que echa contigo un pulso. Al principio te da ventaja y finge que la vences. Pero al final nos vencerá y nos dirá: «¡Hasta luego, que pase el siguiente!». Podríamos brindar también por nuestra frágil estabilidad social. Porque eso nos provoca seguir estando atentos. Como usted dijo en la vida exterior: «¡Fue la música que estaba alta, y media Europa no escuchó la alarma y estalló el mundo occidental. El imperio se cayó de espaldas, sucedió mientras tú bailabas. Tanto confort provocó narcolepsia». O dicho de otro modo, mientras usted y yo brindamos para que siempre estemos juntos, los chinitos en sus casas se preparan para invadir el mundo. Oiga, por cierto, ando muy borracho, así que tengo lagunas de memoria. ¿Le he dicho alguna vez que, de todas sus putas personalidades, soy yo y solamente yo el único autorizado para visitar

la Avenida de la Luz? —Entonces Bourgeois empezó a darme molestos toques con su dedo índice dirigidos a mi pecho—. Se lo repito. Yo. Únicamente. Yo. El burgués que tanto detesta. Yo. Yo. Yo. Jódase. Usted soy Yo. Yo. Yo.

—Usted. Un pesado y obsesivo como todos los borrachos. Nada nuevo bajo el sol.

—Pero por encima del sol nadie sabe.

Empezaron a sonar los violines. Agarré a Bourgeois del brazo y le recordé que había pagado un par de butacas en platea. El Concejal de Turismo de Bruma me miró un tanto extrañado. Sin embargo, el tipo andaba tan sumamente pedo que prefirió dejarse llevar.

Llegamos al asiento dando tumbos. Hacía un minuto que las luces habían languidecido por completo, así como el murmullo del público. Cuando la música se inició, tuve un maravilloso recuerdo vital. Porque fue en una de esas representaciones de ballet, viendo a mi prima y a sus compañeras bailando como cada fin de curso, cuando descubrí que la música podía llevarnos tan lejos como ancho fuera nuestro espíritu. Tenía seis años. Allí, hundido en uno de esos butacones con los pies aún colgando, alzaba mi pequeño cuerpo para poder ver lo que acontecía por encima de un mar de cabezas en la oscuridad. Supongo que cada uno tiene sus particulares bautismos, escenas que hacen mella. De una manera inconsciente, llegué a la conclusión de que no era lo que sucedía en el escenario lo verdaderamente importante, sino lo que se generaba justo en la zona intermedia entre los músicos y el público, el proscenio y las primeras butacas. Allí acontecía una suerte de magia que quedaba suspendida en el aire del teatro como un suspiro eterno. Lo único que tenían que hacer las personas receptivas era dejarse empapar.

Sin embargo, algo desquiciante estaba a punto de suceder. Porque de repente, en vez de las bailarinas, apareció el mismo hombre en blanco y negro con cabeza de reloj victoriano que había surgido como de la nada en el hostel Le Fluoxetine donde vivía Perturbado. Se hizo el silencio absoluto. Segundos después, y como siguiendo el plan de una banda terrorista, aparecieron desde ambos lados del escenario una decena más de Hombres-Reloj de menor estatura, los cuales se dispusieron en forma de pirámide invertida encima de las tablas, con el primer espectro como vértice superior. La orquesta había girado sus

cabezas desde el foso. Con su brazo derecho, el monstruoso Hombre-Reloj señalaba las agujas. Esta vez las manecillas ya no iban a cámara lenta, sino que giraban a toda velocidad y en sentido contrario, advirtiéndome a alguien que se había iniciado una cuenta atrás. El público no salía de su asombro. Finalmente, y con su mano libre, el Hombre-Reloj señaló con sumo descaro al bueno de Román Bourgeois. La expresión de mi maduro y acomodado amigo se paralizó en una mueca que yo desconocía hasta entonces. Igual que un niño reacciona ante la mención de una pesadilla repetitiva, Bourgeois fue descendiendo por el asiento hasta que desapareció de entre las cabezas de platea. Me dijo:

—Le he invitado al teatro porque me temía este momento.

A la veintena de Hombres-Reloj se le unieron unos cuantos más. Aquel segundo grupo había descendido las escaleras del escenario y se acercaban con la decisión de un terrorista a nuestras localidades. De repente, aquellos tipos sacaron del interior de sus circulares cabezas variadas pancartas. En la del Hombre-Reloj principal, el lema era el siguiente: «**No a la muerte**». Reflexioné desde mi butaca: ¿ha habido acaso reivindicación más acertada? El público empezó a patear desde sus butacas mientras gritaban: «No a la muerte, no a la muerte», al principio de una manera tímida, como se manifiestan los burgueses. Enseguida el teatro ya era un clamor unánime. Todos los ocupantes de platea dirigieron sus miradas hacia el asiento donde se suponía que debería estar Román Bourgeois. Incluso las damas del palco desviaron sus pequeños prismáticos hacia nuestra zona. Parecía que todo el público intuyera que el excéntrico cerebro de mi amigo Bourgeois había sido el instigador de aquella *boutade*. Pero andaban equivocados. Aquello era demasiado desagradable. Bourgeois jamás habría diseñado aquella especie de atentado, ni mucho menos habría interrumpido la función de uno de sus compositores favoritos. Lo miré de soslayo. Su frente había empezado a dejar caer corrientes de sudor gélido. «No a la muerte, nunca más y de ninguna manera», gritaba el público. Los Hombres-Reloj parecían enfadados y dispuestos a todo. Con su *performance*, deseaban enfrentarse al cruel sistema biológico y a su propia naturaleza como medidores del tiempo. El segundo grupo empezó entonces a mostrar todo tipo de carteles. «**Basta del adjetivo “Imponderable”. Muera la palabra “Incurable.”**» Los

Hombres-Reloj gritaron entonces: «**No al universo ni a sus despiadadas leyes**». Y repitieron aquel mensaje al unísono, del todo decididos, aunque como todos los mortales ignoraban a qué presidente denunciar, qué iglesia incendiar, qué palacio destruir o qué ventana romper. Cuál era el rey al que debían encerrar en la Bastilla, qué cabeza cortar en la guillotina, a quién señalar con el dedo. Se escuchó en el escenario a uno de los Hombres-Reloj gritando:

—Digamos un gigantesco NO a sentirnos como muñecos a merced de los caprichos de un escritor sin talento llamado Destino. ¿Reivindicaciones imposibles? ¡Las auténticas! ¡No a la muerte!

Todo encajó de repente. No importaba si aquella *performance* la había organizado mi amigo, el correcto Román Bourgeois, o si había surgido desde las mismísimas entrañas de mi fantasía. Lo fascinante fue la reacción de Bourgeois al ver aquellas manecillas de reloj moviéndose sin su aprobación. Mi maduro amigo lloraba como un infante. Comprendí entonces que los temores sobre el paso del tiempo necesitaban ser expiados en un escenario, mediante la admiración de la efímera belleza inmortalizada gracias al arte. El miedo al paso del tiempo, el pánico a la terrible enfermedad, el horror ante un agónico dolor y, finalmente, el pasmo ante la inevitable muerte, todo aquello era la particular Hambre Invisible de aquel maduro hombre llamado Bourgeois, y el ballet era su dosis de morfina. El arte, la música, la literatura, el cine, como cuidados paliativos de un ser humano desahuciado desde su nacimiento. Bourgeois lo tenía todo, pero seguía sin poder dominar el tiempo. Supuse entonces que nuestro día a día cambiaba a partir de una edad en la que intuías haber cruzado el ecuador de nuestro viaje vital. Todo aclarado.

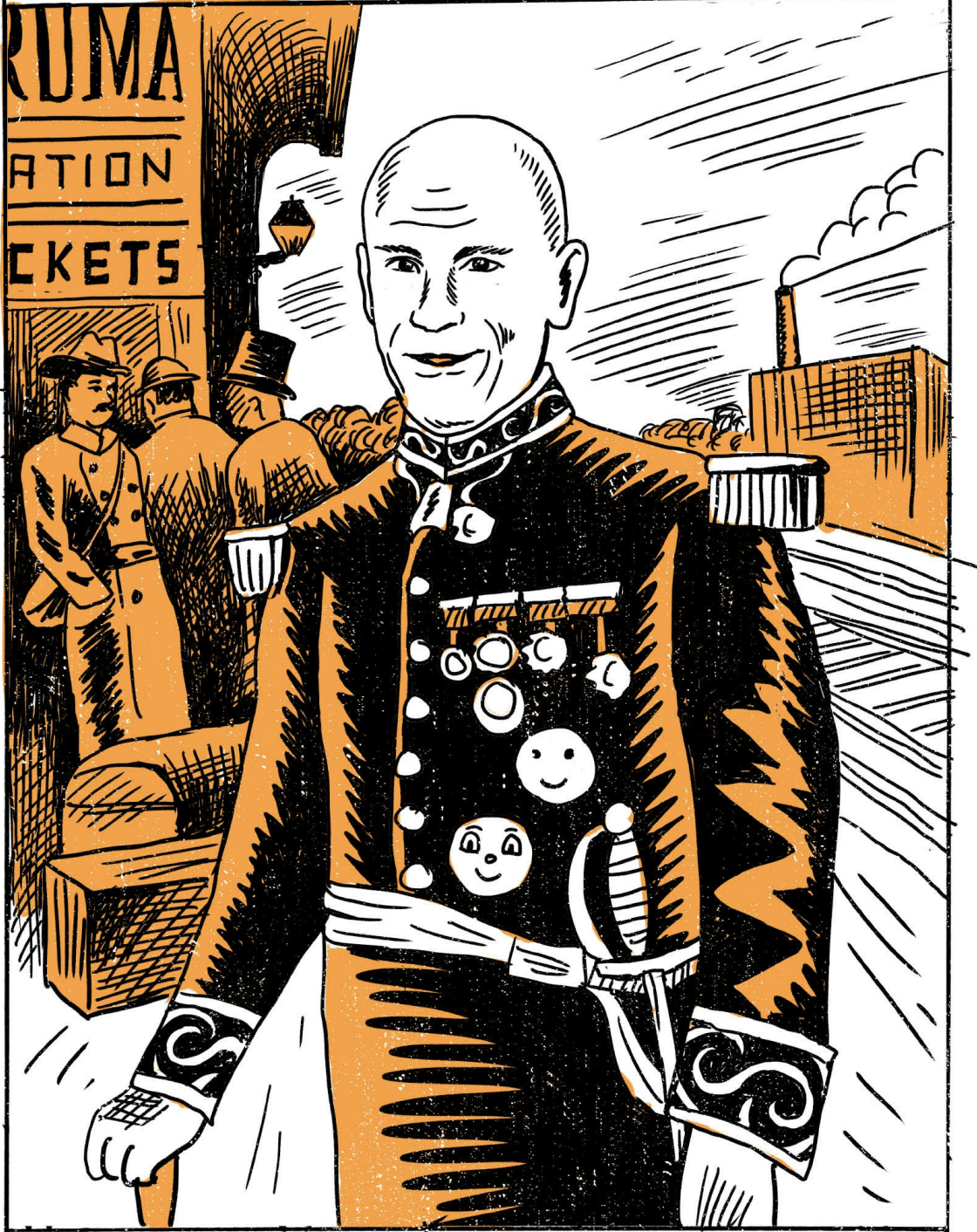
Finalmente, todos los Hombres-Reloj desaparecieron por la izquierda del escenario. Los murmullos fueron poco a poco aplacándose. La orquesta volvió a tomar el control de la función. Avisé a Bourgeois. El tipo se incorporó en el asiento mientras con un pañuelo bordado empezó a secarse aquel sudor frío que había inundado su cara. El color de la sangre regresó a su cutis. De repente, una fila de niñas de unos cuatro años entraron por la parte derecha del escenario vestidas de bailarinas con sus blancos e impolutos tutús. Maravillosamente torpes, giraban sobre sí mismas siguiendo el ritmo de *Cascanueces*. Me quedé del todo conmovido por aquella tierna

imagen, de la misma manera que lo estaba cuando con seis años asistía embelesado a las representaciones de mi prima y me maravillaba repasando los peinados de aquellas ninfas, sus ligeros maquillajes, en definitiva, la voluntad femenina por hacer del mundo un lugar más bello. Entonces miré a mi derecha. Bourgeois lloraba como nunca hubiera imaginado que lo haría un tipo de su clase. Lo hacía como si hubiera aguantado esas lágrimas desde lustros. Luego, entre balbuceos, empezó a gimotear frases deshilvanadas:

—Oh, Edith, dime cuándo dejaste de ser niña. Y sobre todo, dime si dejaste de ser niña por mi Culpa. Resucítala, Edith, hazlo por los dos. Te he colmado de lujos, pero ignoro si te sientes pobre a mi lado. Tenía mucho trabajo, Edith. ¡Siempre he tenido tanto trabajo! *Cascanueces*. La vida nos ha pasado por delante, mi querida niña. Nos ha arrollado. Pero debo volver a casa y reencontrarte al otro lado de la cama. Tiene que ser ahora. No tenemos tiempo, cariño. Las niñas crecieron, y lo hicieron demasiado. Uno no sabe si las ha disfrutado todo lo que unos padres podrían. Siento si te hecho daño. Lamento si te hice tropezar en medio de tu baile. Yo andaba siempre en el escenario de la vida, y tú entre bambalinas, ilusionada y acobardada, mirando por detrás del telón, vestida de bailarina, esperando al niño que un día fui, por si volvía a rescatarte. En tu deliciosa retaguardia.

Mi niña. *Fantasía. Cascanueces*.

# ROMAN CUSO





**ESTACIÓN 35**  
EL SÍNDROME DE DIÓGENES PSÍQUICO.  
EL INCENDIO



*Shiny, shiny, shiny boots of leather*  
*Venus in furs, THE VELVET UNDERGROUND*

Mañana del quinto día. El Fiscal General de Bruma, Román Cuso, no podía salir de su asombro. Estaba frente a su cuartel general. Las gelatinosas manos del Fiscal abrieron la puerta del jardín a cámara lenta. Las bisagras emitieron un quejumbroso sonido, como si la misma madera le estuviera pidiendo al universo una mísera gota de aceite. Tras unos segundos de tensa espera, la rapada cabeza de mi Fiscal General asomó como la de un gusano. Al verme al otro lado del umbral, se limitó a aspirar aire, como si de alguna manera se temiera mi molesta visita. Le comenté entonces que consideraba necesario, y hasta cierto punto obligatorio, entrevistarme también con él. «¿Así que también me ve como un Vergonzante? Lo que hay que oír.» El cuartel general de Román Cuso, como no podía ser de otra manera, estaba sito en el Barrio Gris, a unos doscientos metros del hostel Le Fluoxetine donde habitaba Pertur, mi Yo Depresivo. He de decir que antes de llamar al timbre me había pasado un buen rato analizando la pequeña embajada. El Fiscal trabajaba en una especie de caserío tan antiguo que parecía haber sido construido el primer día en el que Adán y Eva fueron expulsados del paraíso. Toda la casa se mantenía manifiestamente torcida, como a punto de desplomarse. Le comenté

que la fachada me evocaba el universo visual de Tim Burton, pero Cuso me miró como si hubiera soltado una obviedad. Franqueé la puerta del jardín —silvestre y poco regado— y, al dirigirme hacia las cuatro escaleras que llevaban a la puerta principal, Cuso me detuvo con un golpe en el pecho.

—Será mejor que nos quedemos aquí. Tengo una mesita.

Nos dirigimos a una especie de patio repleto de artilugios extraídos como de la mismísima Inquisición, todos ellos dispuestos de manera un tanto descuidada. Esta vez, a diferencia de mi llegada a Bruma, era él quien se mantenía detrás de mí, como si hubiera invitado a un tipo con antecedentes criminales a su sacrosanto hogar. Nos sentamos en un par de sillas de un metal que en días pretéritos fue blanco. Una telaraña había creado una especie de velo permanente en mi cara.

—Y bien. ¿A qué se debe su visita? He de decirle que esto no estaba en los planes que diseñé para usted.

Sin mirarle a los ojos, le lancé la siguiente pregunta:

—¿Usted escribe, señor Cuso?

El Fiscal hizo un amago de sonrisa que fracasó en el intento.

—Bien sabe que sí. Pero la pregunta que usted debería formularse es la siguiente: ¿le interesa? Usted sabe que soy amargo, Equilibrista. Soy el que multa cualquier infracción que usted cometa ahí fuera. Como dijo una vez: «Escuadrones de moral judeocristiana, con su Culpabilidad, nos seguirán por tierra, por el aire y sobre todo por amar». Me pareció bonita esa mención a mi persona, lo reconozco. Pero otra cosa es que usted quiera saber lo que yo escribo.

—Hágame el honor.

—En fin. Si usted insiste.

—Le ruego que, por una vez, me tutee.

El Fiscal me miró como si fuera un incómodo marciano.

—Tutearte. Bien, como quieras, aunque esa informalidad no permitirá un acercamiento entre nosotros, te lo advierto. El caso es que precisamente ayer me encontraba persiguiendo al Joven Poeta Halley, ya sabes, aquel chaval que aún vive en tu interior y que te ha hecho perder tantísimo tiempo. Andaba haciendo guardia en un coche policial frente a su casa. Quería decirle a esa joven alimaña seudointelectual que cesara en su empeño de escribir en todas las

paredes de Bruma. Quería manifestarle que las palabras no son aquellos entes maravillosos que describe en ese poema llamado «Palabrera», sino que los vocablos, en sus dedos impulsivos, son comparables a aquel niño guarro que a la hora de la merienda lo ensucia todo de mermelada. La mayoría de ocasiones no son más que un despropósito narrativo al que bautizaría como «Palabrería». El caso es que el chico no salió de su casa. Desde el coche vi la luz de su buhardilla encendida e incluso pude atisbar su cara de poseído en el reflejo del ordenador. Así pues, maté el tiempo escribiendo yo también. Si quiere echarle un vistazo, aquí lo tiene.

Cuso me entregó un papel cuadriculado inundado de palabras con inmaculada caligrafía de psicópata. Decía así:

*¡Qué vida más miserable tiene el pocero que limpia las alcantarillas de tu alma, Román Spinelli!*

Acabé de leer aquel intento de poema. Observé, no sin cierto asco, los restos de telaraña en mis dedos.

—¿Y bien? —me soltó—. «Pocero del alma.» Es bonito, ¿verdad? En fin. Interpretaré esta reacción negativa como un halago hacia mi poema. Muchísimas gracias, Equilibrista. ¿Sabes? A veces pienso que es absurdo castigarte cuando en realidad te place ser humillado. Sincérate, Equilibrista. Tú no quieres pasear por la Avenida de la Luz porque no sabes gestionar la felicidad, y lo entiendo y lo comparto. A fin de cuentas, no hay nada más estéril para un creador que ese estúpido limbo, del todo traidor y engañoso. Tú tienes miedo a ser feliz porque siempre que te ha invadido la dicha te has relajado de tal modo que no las has visto venir. Jamás has intuido esa debacle que se cierne sobre un ser humano después de todo momento de plenitud. Es una ley universal inquebrantable que uno no aprende en el colegio, sino a base de hostias, algo así como una pendularidad kármica. Y has preferido permanecer en la insatisfacción perenne, agazapado en una esquina desde donde ves ir y venir el péndulo a distancia. Sincérate. Has preferido escuchar mis quejas antes que las estúpidas loas al amor y a los pajaritos de tipos como Román Feliz. Por otro lado, cuando te has sentido dichoso, te daba la sensación de que tu electricidad mental era más propia de un tipo subnormalizado por las endorfinas. A ti la

gente dichosa te parece odiosa e inconsciente. Un día escribiste: «De tan feliz, medio idiota». Te lo repito. Eres tú el único Culpable. Yo, tu Culpa, he sido tan solo un cómplice de tu desdicha, aquel a quien señalar con el dedo. Aquel tipo que te ha servido para justificar tu desasosiego.

—No intentes confundirme. Eres tú, sin mi ayuda. Sé reconocerte en mis pensamientos.

Cuso me observó de arriba abajo. Parecía una revisión psíquica.

—Maldita sea. Mira que llegas a engañarte a ti mismo. Claro que existe la Culpa. La tienes delante de ti. Mi espíritu es eterno y ha acompañado al hombre desde el inicio de los tiempos. Pero no me niegues la evidencia. Tú me has buscado. Incluso en tu vida exterior has provocado cosas sencillamente para torturarte luego. Es un caso que merece unas cuantas visitas al especialista del coco. Claro está, ahora me dirás que este viaje a Bruma es mucho más creativo que visitar a un puto psicólogo; total, tienes razón, esos tipos te hablan de honestidad, pero no conozco uno solo que no cobre en negro. Pues bien, digresiones aparte. Lo único que no sabes es que la Culpabilidad está tan anclada en ti desde niño que si intentaras desprenderte de ella sería como quitarle una camisa a un quemado por el sol. Me necesitas, ingenuo ser ponderado. Soy el ejecutor de tu conciencia, el que hace la faena sucia de poner a cada uno de vosotros, ridículas versiones de Román, en su sitio. Porque todos tenéis mucha tela.

—Sin embargo, tú eres tan perfecto...

—Yo soy aquella pistola escondida debajo de una gabardina, la piedra en el zapato, aquel que tras tus fracasos se reirá de ti mientras repite: «Te lo decía, te lo decía». Soy el que desea que nadie irrumpa en tu espacio vital, tu policía moral que ansía que te conviertas en un bloque de hielo a la deriva de las aguas gélidas que nunca pueda ni siquiera aspirar a rozarse con otro iceberg. Hablando de frío: soy el refrigerador que guarda tus testículos de toda tentación insana. Soy el que fondea en el muelle donde tú tiras todos tus cadáveres y te los devuelvo lanzándotelos a la cara. Soy esa parte de ti que tiene carácter de escorpión. La casa torcida en el Barrio Gris. Por cierto, puedes enviarle un recado a Satán a través de mí. Tengo línea directa. Soy como el hermano mayor que defiende al pequeño de todo intento de

linchamiento, pero que luego, a solas, ejerce una crueldad mucho más desproporcionada porque soy tu Caín Personal.

—Entonces reconoces que eres un sádico hijo de puta.

—Sin dudarlo. Soy el que, mientras el actor saluda al respetable, se encarga de cambiar el atrezo sin avisar para que se carcajee el público. Soy el camión que aplasta un juguete. Si existe Dios padre, hijo y espíritu santo, entonces yo soy el Dios suegro, bastardo y Espíritu Insano, el creador de los cielos tormentosos y las cucarachas de cocina. Soy el vicio que he heredado de nuestros ancestros. Ya sabes, de tal palo tal astilla, y de tal astilla tantas heridas en la piel. Besa a Jesucristo. Toca la imagen de la Virgen. No te servirá de nada, Spinelli, porque tú, mi querido siete de los dados, no crees en esas cosas. Pero en este siglo de divinidades blandas donde nadie se atreve a juzgar según qué inmoralidades, yo me levanto y me rebelo contra la modernidad y te digo: «No, señor. Por aquí no paso». Llámame anticuado si lo prefieres. Algún día me lo agradecerás. Mi misión es que no te conviertas en un puto animal autocondescendiente, Equilibrista. Me da igual que Los Vergonzantes me maldigan. ¿Qué me importa? Soy lo que debo ser y para lo que me has contratado. Ninguna dictadura es amada por todos, Equilibrista. ¿Recuerdas la oración? «Por mi Culpa, por mi grandísima Culpa.» Ni siquiera sé si mis valores son míos en realidad. Soy un mero funcionario, un mandado de los usos morales de cada siglo. Ahora mismo estoy de moda, Equilibrista. La Culpa pública, las confesiones, la calumnia, los pleitos infinitos, el considerar al personaje público como un criminal incluso antes de ser juzgado, esa Fiscalía mediática que tiende a viralizarse en décimas de segundo por todo el mundo, y de igual manera se olvida ante la aparición de otro escándalo. Estamos en una nueva Edad Media y, maldita sea, nos encantan las lapidaciones. Ya que nos hemos animado en el tema de mi escritura, tengo unos cuantos versos dedicados a tu penosa personalidad. Si me permites, yo te ayudaré a ver la luz, o mejor dicho, tu oscuridad. ¿Empiezo con mis versos dedicados a ti?

—En otro momento. Ahora quiero ver tu casa. Exijo ver lo que escondes detrás de esa jodida puerta.

—Negativo. O dicho de otro modo, tus narices no fisgarán en mi morada. Cuando eras un crío, Equilibrista, te mordías la lengua sin

querer. Recuerdo que una vez fue a la hora del patio y creíste que eras algo así como una especie de subnormal, un idiota merecedor de ser enviado a un centro especial, ya entonces pensabas que únicamente los idiotas eran incapaces de dominar sus actos reflejos. Recuérdalo, Equilibrista. La cara de cretino que tiene un tipo cuando se ha mordido su lengua es de libro. Ahora, pasados los años y con un nido de telarañas en tu pelo, has dejado de morderte la lengua, gracias a Dios. Porque se supone que algo has madurado, ¿verdad?

—Verdad.

—Semejante reflexión lingual tiene su porqué. Así como aprendemos a no mordernos a nosotros mismos, hay cierto tipo de averías adultas que son perdonables, incluso comprensibles. ¡Hasta cierta edad! Pero cuando leo algún escrito del hombre o la mujer adultos citando en sus redes sociales aquellas bonitas frases tales como «Mis errores me definen» o «Seguiré equivocándome porque ese es mi derecho como humano», la verdad es que, como Culpa, me quedo atónito. ¿Hasta dónde hemos llegado? A partir de cierta edad, cometer según qué tipo de errores no suma experiencia, sino que te resta credibilidad. Equivocarse de manera reiterada en tu madurez dice muy poco acerca de tu coeficiente intelectual, y sobre todo, pone en duda que tu experiencia haya calado en tus actos. Las personas tendemos a caer en el mismo tipo de error una y otra vez. Es poco común meter la pata simultáneamente en el amor, el trabajo y la amistad. Claro está que hay personas que hacen la colección completa de todos los errores imaginables, pero la mayoría de nosotros tenemos uno o, como máximo, un par de talones de Aquiles. Hemos valorado los pros y contras, y aun así nos hemos decidido por el error, así que de ninguna manera puedo considerar dichos actos como una equivocación, sino un acto perjudicial para nosotros mismos que la persona adulta ha aceptado como moneda de cambio. No obstante, si hemos caído en el error sin recordar el patrón, entonces tu problema es que eres tonto y encima olvidadizo. Tan imperdonable como morderte la lengua a partir de los veinte años. Dejémonos de falsos paternalismos de libros de autoayuda. Estamos en la época de la Autocondescendencia Absoluta. Apenas evolucionamos porque decimos sandeces tales como «No me arrepiento de nada de lo que hecho en mi vida». Ojalá pudiera escribir a algunas personas para

decirles que deben de tener muy poca memoria o que su vida ha sido anodina. Tú deberías arrepentirte de muchas cosas de las que has hecho en tu vida, y sigo pensando que muchos de tus errores bien poco te aportaron, ni siquiera una triste moraleja, excepto que idamas y caballeros del universo, Equilibrista es un imbécil integral! Sigues mordiéndote la lengua, una y otra vez, con tus errores crónicos y continuas poniendo aquella cara de subnormal cuando notas el dolor de tus actos. Persistes en tu obsesión por ser un poeta justito, un mago del tres al cuarto, un libidinoso de medio pelo, un perturbado obsesivo y un burgués adormilado. No has aprendido. Nada. Nada. Nada. Así pues, todos los expedientes que he ido recopilando de ti no dejan de ser un maldito *déjà vu*.

Miré a Cuso con odio. No me estaba diciendo que era un pecador, sino que acababa de añadir el adjetivo «predecible», y había aprovechado la coyuntura para llamarme un par de veces «subnormal». De todos modos, insistí:

—Creo que no me has entendido. No te estoy pidiendo permiso.

De repente, y sin dar tiempo a Cuso para reaccionar, arranqué a correr hacia la pequeña portezuela que comunicaba el jardín con la parte posterior de su casa. Nada más entrar me invadió un hedor insoportable. Encendí un interruptor. Todas las estancias estaban llenas de basura. Cubos y bolsas de inmundicia por encima de los muebles, los aparatos eléctricos, detritus desparramados por encima de las alfombras. Me invadió la náusea hasta el punto de tener que volver al jardín. Román Cuso observaba cómo vomitaba en el parterre de una magnolia de color gris.

—Tú has querido que fuera así.

No le hice caso. Cubrí mis fosas nasales con un pañuelo y volví a entrar. Todas las estancias eran igual de lúgubres y tenían las ventanas cerradas a perpetuidad mediante listones de madera. Subí al piso de arriba. Otro tanto de lo mismo. En el despacho principal del Fiscal decidí abrir una de las bolsas de basura al azar. Me sorprendí al descubrir que en su interior no existía ningún tipo de residuo orgánico, ni restos de pescado putrefacto ni envases de leche agriada. Eran simples papeles, anotaciones de todas las cosas que había hecho mal en mi vida exterior ¡desde mi nacimiento! En otros folios con tinta roja, la letra de Cuso había enumerado todas las ofensas y traiciones

que los demás me habían infligido. También encontré fotografías de mi recuerdo que habían perdido algo de color. Todas ellas eran escenas sumamente desagradables. Era insano. Los papeles olían a pura putrefacción. Bauticé la enfermedad de Román Cuso con las siglas SDP, o dicho de otro modo, Síndrome de Diógenes Psíquico. Rencores no resueltos. Coladores obturados. Alcantarillas espirituales anegadas. Basureros del olvido en huelga. La Culpa y el rencor padecían una enfermedad congénita: el Síndrome de Diógenes Psíquico.

Sin pedirle permiso, incendié su despacho.

Román Cuso me señaló con el dedo. Pero ya llovía sobre mojado.

Ya quemaba sobre incendiado.

El vecindario me aplaudió.



**ROMAN TODAS**



## ESTACIÓN 36

### EN BUSCA DEL MAGO



Por la tarde, y tras haber incendiado el cuartel general del Fiscal, volví a citarme con el Joven Poeta Halley. Sin embargo, antes de mi llegada a la cafetería La Bohemia, dediqué un tiempo a pasear por el Sector Astromántico de mi personalidad. Mientras andaba por aquellas calles repletas de alegría, recordé la última frase que me había dedicado el Fiscal tras ver su despacho arder:

«¿Sabes, Equilibrista? Con este incendio no arreglas nada. Sigues siendo un especialista en engañarte. Te deseo mucha suerte. Teniendo en cuenta cómo eres, estoy seguro de que la vas a necesitar.»

El Joven Halley llegó quince minutos tarde, todo un récord de seriedad. Apareció escuchando música en sus auriculares. Después de apagar el ochentero *walkman*, me estrechó la mano. Halley pidió un café solo con hielo antes de hablarme un buen rato de Robert Smith. Apenas podía prestarle atención. Verme de nuevo desdoblado en aquel joven espíritu seguía desconcertándome.

Halley arqueó las cejas.

—Ya sabes que en un futuro pienso componer temas, escribir versos. Pero para eso necesito ayuda, Equilibrista. Y conozco a alguien que puede darme más pistas sobre el camino a elegir que cien mil escritores puestos en fila india. Su nombre es Román Tôdas. Es el Mago de nuestro espíritu. ¿Te atreves a venir conmigo? Sé dónde vive.

El Mago. Por fin.

Asentí.

Para mi sorpresa, en mi viaje por la ciudad de Bruma me cercioré de que existía una réplica algo torcida de la casa de Les Punxes, aquel edificio que tan cerca se encontraba del bloque de pisos de la Avinguda Diagonal de Barcelona donde pasé mis primeros años y donde adquirí la conciencia de existir. Traslada en el tiempo y en el espacio al Arrabal de los Astrománticos, la réplica construida en mi sueño lúcido no había sido reconvertida en una sucursal bancaria, como en la vida real. En mi ciudad psíquica aquel monumento no era otra cosa que el hogar de un mago llamado Román Tôdas. Al llegar a la calle de enfrente, observé junto al Joven Halley las ventanas circulares del suntuoso edificio. Allí, en los miradores de una de las torres, descubrí al Mago observándonos. Tenía mi misma cara y mi misma edad. Como extraído de mi persona en un proceso de alquimia, lo imaginé generando secretas pócimas en un inocente proceso de conspiración ciudadana. El Mago nos invitó a subir por las agotadoras escaleras de caracol con un gesto decidido. Ascendí algo cansado, al contrario del joven e impulsivo Halley, quien desde hacía meses anhelaba un encuentro con nuestro Otro Yo mágico. Llegué al final de la torre un minuto más tarde que mi Yo adolescente. La puerta de la estancia estaba entornada. Comprobé que el Mago vivía como yo esperaba, entre centenares de cachivaches, tubos de ensayo, blocs de notas, instrumentos musicales y un sinfín de artefactos sacados, parecía, de una cacharrería.

—¿Cuándo duermes, Mago? —le dije de sopetón incluso antes de presentarme. Siempre tuve esa pregunta en la cabeza.

Román Tôdas me contestó sirviéndose de una sonrisa enigmática. Observé su punto de vista sobre la ciudad de Bruma. Desde sus alturas, aquel hombre con uniforme de guardia urbano de principios de siglo y sombrero de copa con un ojo dibujado en su chimenea oteaba los barrios oscuros de mi espíritu con unos prismáticos dorados, y con el mismo artefacto también echaba una ojeada a las antenas parabólicas de los barrios pudientes. El Mago se limitó a contestarme:

—Ahora dejad la mente en blanco.

Mi Yo poético y servidor nos arrodillamos, escépticos, al borde de la risa. Román Tôdas nos invitó entonces a entonar en voz alta una especie de oración. «Menuda ridiculez», pensé. No tuve más remedio que recordarle al Mago mi separación amistosa con ese concepto conocido por la mayoría con el nombre de Dios. También le confesé que desde los diez años había perdido el hábito de rezar. El Mago me pidió que dijera lo primero que se me pasara por la cabeza. Le hice caso a regañadientes:

—Espíritus de mis ancestros. Procurad que servidor deje de bailar un zapateado sobre un campo de minas.

El Mago me miró sorprendido. Me pidió que ampliara mi oración. Le contesté que era agnóstico. Me contestó que rezara en consecuencia.

—Dios de los agnósticos. En el caso de que existas, o no, ten piedad de este pobre subnormal. Siempre, claro está, que te salga de los huevos hacerme caso. Amén.

Mi joven Yo poético intervino:

—Dios. Aún no existes. Pero te rezo igual, que lo sepas, en tu condición aún fetal.

El Mago nos aplaudió:

—Claro que sí, todo os irá bien, Equilibrista, Joven Poeta Halley, la vida os ama con la misma intensidad que vosotros a ella. Ahora repetid conmigo: «Sé un puente. Entre dos mundos condenados a entenderse entre sí mismos. Sé de un puente...».

—No conozco el puente —le dije.

El Mago me corrigió:

—Lo conoces. De no ser así, no estarías aquí, en Bruma. El puente lo cruzaste tú, sin que nadie te dijera nada. Y entraste en este nivel de conciencia tan diferente al que tú empleas en la vida ordinaria. Y Bruma está plagada de puentes psíquicos. Puedes cruzar el río hacia la ira o hacia el sexo. O hacia la lírica. Los puentes unen barrios en principio antagónicos. Puedes combinarlos como te plazca.

—*Touché* —le dije—. Acabo de recordar que crucé un puente infinito para llegar a Bruma. Pero ahora cuéntanos cosas acerca de ti.

—Antes repetidlo, por favor. Y hacedlo en un futuro hasta que la frase os dé asco de las veces que la hayáis repetido.

El Joven Halley y yo hicimos caso al Mago. Al unísono, como si estuviéramos en la particular misa de Román Tôdas, nos hicimos eco de su extraña liturgia: *Sé un puente, entre dos mundos condenados a entenderse entre sí mismos. Sé de un puente.*

Al cabo de unas veinte repeticiones, Román Tôdas se sintió satisfecho y nos invitó a sentarnos mientras nos preparaba un café. El Joven Halley se sintió con fuerzas para expresarse:

—Apreciado Mago. Musa da contenido a mis días y a mis palabras. Empiezo a pensar en ella y acto seguido noto cómo se inicia dentro de mí una extraña energía, se condensa en las paredes de mis entrañas hasta que se forman gotas con forma de palabras. Y empieza una especie de fuga, un constante goteo. A veces es como si la inspiración me llegara desde el espacio exterior. Parece como si alguien me dictara palabra por palabra, acorde tras acorde. Otras veces surge del núcleo de mi deseo. Lo curioso del asunto es que, a medida que elaboro versos acerca de Musa, voy acumulando más y más ansia hacia todo lo que ella significa. Es como si mis escritos retroalimentaran mis deseos en una extraña espiral de indecencia. Como no la veo todo lo que quisiera, no tengo más remedio que masturbarme. Puedo hacerlo a la antigua usanza o canalizando todo lo que pasa por mi cabeza cuando mi cerebro es invadido por su cuerpo. Escribo, pues, como quien se masturba.

—Escribir para encontrar el placer —dijo el Mago—. Escribir para rellenar vacíos. En realidad, el hombre inquieto, una vez se da cuenta de que la relación con su entorno cercano puede convertirse en un caudal de frustración, empieza a buscar placer empleando los más variopintos recursos. Aquellos que jamás han encontrado desde su propio interior la manera de autosatisfacer su Hambre Invisible necesitan a excitadores profesionales. Y esto es lo que usted debe ser en un futuro. ¡Masturbador de mentes! O almas. Lo que importa es encontrar el clítoris de toda persona, empezando por el suyo.

—¡Exacto!

—Masturbador de mentes —repitió el Mago—. La sensación de tener algo bueno entre las manos, esa conexión entre los miembros de una banda cuando han quedado en un local de ensayo para crear; cualquiera que haya experimentado el placer de elaborar una idea en común o en solitario sabrá que, desde luego, tiene relación con

masturbar mentes. Te lo he dicho a veces. La música logra la sincronía y conexión con uno mismo o con varios seres que andan en la búsqueda de un placer sensitivo. Es un toma y daca de placer, usando instrumentos de música como instrumentos eróticos, por no hablar de la electricidad que se produce en un espectáculo en directo. Eso es algo cercano al sexo grupal. En realidad, es una sensación muy emparentada con el orgasmo. O un buen chute de algo muy ilegal. Un creador no deja de ser un ingeniero de emociones. Sus laboratorios, hasta la fecha, son legales, así que no hay problema, hermanos en la fe. Quizás todo está relacionado. Drogas, sexo, magia, creación... Si en un local de ensayo tienes la sensación de haber descubierto algo que vale la pena desarrollar, mi consejo es persistir, ya que esa pequeña llamada llamada «idea» o «inspiración» puede llegar a convertirse en algo grande y químicamente eficaz. En algunos casos podríamos definir esas canciones como antibióticos para el virus de la desolación. A través de pequeñas dosis de tristeza, como si fuera una vacuna a posteriori, podemos sanar un alma, o al menos bajarle la fiebre de la melancolía durante una noche. Es paradójico que alguien sienta alivio de su desolación interior a través de una minidosis exterior. Quizás es que nos reconforta pensar que no estamos solos.

»Me agrada vuestra visita, pero en realidad mi compañía preferida es la soledad. Mis queridos invitados. De todos Nosotros, Yo soy aquella parte que encuentra cosas. Sensaciones. Texturas. Eso es lo que soy, un trapero existencial y a mucha honra, nada más que un hallador entre el vertedero del presente y los recuerdos. Allí donde todo el mundo lanza sus sobras es donde descubro juguetes olvidados, les doy brillo, luego me los llevo a esta atalaya donde he instalado mi laboratorio. A partir de dichas piezas marginadas creo nuevos engendros y algunos de ellos ¡funcionan! Soy hallador y mezclador, y mis territorios son tan secretos como un buscador de trufas. Porque me gusta volver a la civilización y explicar lo que acontece entre sus sombras. ¿Quién no siente fascinación por un artefacto extraño? Dicho de otra manera, querido Equilibrista, entrañable Joven Halley, un mago como yo trabaja con lo que percibe en la **materia oscura**.

—¿Materia oscura? —le interrumpí.

—Menudo concepto, ¿verdad? No se extrañe, Equilibrista. Antes de que la ciencia descubriera la materia oscura, el artista ya llevaba

siglos trabajando con ella. Ahora mismo, la ciencia y el arte se han encontrado en ese inhóspito ámbito, ambos desde extremos opuestos, para llegar a los mismos objetivos. Encontrar respuestas. Ese material intangible, esa antimateria de la que os hablo, no es más que todo lo ignorado, cada cosa que existe y sin embargo aún no ha sido descrita, y de veras que está pidiendo a gritos nacer. Todos sabemos que lo que nos parece imposible de definir en este mundo adulto nos parece inservible, ¿verdad? No es de extrañar que la **materia oscura** tenga mucha parte de basurero metafísico. ¿Qué son todos aquellos miles de proyectos que han acabado pudriéndose hasta la desintegración por el desagüe del olvido instantáneo? Materia oscura. En ese basurero dimensional podemos encontrar flotando, por ejemplo, una idea revolucionaria que fue creada en un siglo inoportuno, o una canción compuesta por un pastor siberiano en su aislamiento. Son emociones que nunca se expresaron y se disiparon, como hijos que nunca vinieron al mundo. Todo lo que no aconteció, ¡pero desea ser! Créeme, Equilibrista. ¡Son combinaciones que nunca sucedieron y superan en una proporción escandalosa a las cosas que sí acontecieron! Sin embargo, en su estado límbico están de alguna manera latentes, sin forma clara, gritándonos desde el otro lado. El amor platónico hacia alguien: **materia oscura**. Cuando percibo ese tipo de energías siento una especie de inquietud positiva, un embarazo mental al que llamo el Hambre Invisible.

—Vaya.

—La obligación del mago consiste en reorganizar toda esa energía, ignorada debido a nuestros ojos no entrenados, y devolverla al mundo como quien saca un conejo de la chistera. Por cierto, la materia oscura la perciben todos los ciudadanos en sus primeros estadios de vida. Pero, con el paso de los años, la cáscara del huevo de nuestra percepción se cierra de manera hermética. A partir de entonces, por mucho que entornes tus ojos en la oscuridad no podrás volver a ver aquellos puntos de colores que emulaban un extraño universo en las bóvedas gemelas de tus pequeños párpados. ¿Recordáis aquel universo que veíais de pequeños cuando cerrabais los ojos?

—Lo recuerdo —le dije—. Si seguía los puntos con un lápiz imaginario, veía constelaciones. A veces transformaba mi ronroneo en

notas musicales y le daba mínimas formas de canción de cuna para mí mismo.

—Todo sale de ese primigenio desorden y se introduce en el mundo externo de la lógica. De hecho, algunas ideas sacadas de esa dimensión nos parecen a veces tan evidentes que nos extraña que nadie las haya plasmado en el pasado. Te da la sensación de que no las has inventado tú, sino que te has limitado a cazarlas al vuelo. Otras veces estás tan en contacto con ese mundo sutil que tienes la sensación de que la idea te ha venido regalada. Pero TODO estaba allí. Decidme, amigos, cuando pensamos en Oliver Twist, el flautista de Hamelin, Lolita, Robin Hood, Macbeth, el Quijote. Nos dan la sensación de que siempre han existido, ¿verdad? Pues no hay nada más cierto e incierto a la vez. Aquellos queridos personajes vivían en la materia oscura, como un embrión. Su éxito radica en que estaban en el inconsciente colectivo. El Artista-Mago, pues, pretende que todo lo que uno extrae de la materia oscura sea tan real que, cuando un personaje ficticio nace con fuerza, muchos lectores acaben imaginándolo cruzando la esquina de su ciudad, hasta el punto de que semejantes personajes acaban emparentados con la psique de toda una sociedad o incluso definiendo el carácter de una nación entera. Ahora mismo, la personalidad de Ziggy Stardust nos parece tanto o más real que la vaga idea que tenemos de vuestro vecino, aquel tipo de carne y hueso con el que nunca hablamos. Los personajes, hasta cierto punto, gozan de cierta impunidad conferida por la ficción. Esa libertad de movimientos es justo lo que buscaban sus respectivos creadores. Como dijo Oscar Wilde: «El hombre es menos sincero cuando habla por cuenta propia. Dadle una máscara y os dirá la verdad». Está claro, pues, que la ficción incide en la realidad y viceversa. El mago debe negarse a trabajar en un plano meramente platónico. Nosotros tenemos una función social: ejercer de puentes. Así trabajo yo, Román Tôdas, y otros muchos más encargados del departamento de magia en otras personalidades, cada uno desde sus laboratorios y con sus propios instrumentos. Disponemos de un guante mediante el cual extraemos cosas desde aquel mundo plateado y viscoso y las traemos a la dimensión más dura. Pero para poder conseguir eso el mago tiene que aislarse de alguna manera. No os hablo de un alejamiento físico, sino de intermitentes huidas mentales. ¡Lejos del engañoso ruido social!



Todos necesitamos tiempo y una atalaya. Me refiero a esa distancia prudencial y a ese tiempo en forma de ( ) desde donde podamos verlo todo con la suficiente calma y perspectiva. Una atalaya desde donde elevar tu pensamiento para hacer que las ondas entre emisión y recepción sean lo más nítidas posible. El Hambre Invisible de los magos es ese deseo de ir al **Más Allá** para traer al **Aquí Mismo** esa parte de energía que flotaba por encima de nuestras cabezas.

El Mago nos sirvió un café. Luego miró por los ventanales y suspiró. Mientras, en ese lapso de silencio, examiné la estancia. Mis ojos me dirigieron a un martillo gigante que descansaba en una de las estanterías. Fue entonces cuando me di cuenta de que aquella no era la primera vez que me encontraba con el Mago. Aquel martillo me llevó a mi primer día en Bruma, cuando un actor explicaba el misterio de la concepción a una cincuentena de niños. El Mago interrumpió mi descubrimiento:

—Ah, pero para hacer eso necesitamos inventarnos una especie de serpa, me refiero al Hambre Invisible por llegar más lejos de nuestras aparentes capacidades. Si el proceso creativo fuera una montaña ocho mil que hay que escalar, es necesario contactar con la parte de tu cabeza donde existe un poblado de expedicionarios; imaginadlo, amigos, un desdoblamiento de nosotros mismos de ojos orientalizados y piel maltratada por el viento del Everest. El mago es a la vez un serpa, aquel que toma ventaja en el ascenso hacia el conocimiento. A veces, el serpa se pierde. Sin embargo, cuando el serpa corona la montaña, no hace otra cosa que esperar a nuestro Yo Ególatra, el particular Sir Edmund Hillary de cada uno de nosotros. Aquel personaje que se lleva toda la gloria mundana, y por añadidura el elegido para pasearse por la Avenida de la Luz entre lluvias de confeti y una multitud aplaudiéndole a rabiar. Como mago-serpa nunca he salido en los periódicos y a ciencia cierta que no lo necesito. Mi campo de batalla es la ventisca, la hipotermia, las tormentas de nieve psíquicas que acontecen en nuestras propias cumbres mentales, tan agrestes para los demás como para nosotros mismos, andar desorientado por valles poco amables tras haberme perdido un par de meses por las tarteras de nuestros secretos, o sepultado por un alud de represión. Sin embargo, el hallazgo, amigos míos, aquel momento en

el que instalo la bandera en algunos picos de considerable altura, lo compensa todo. Sobre todo, a mi gran enemigo.

—¿De quién está hablando?

—Del fracaso. Si ansías crear algo nuevo, debes desarrollar tolerancia a la frustración. Porque el fracaso es el día a día de todo creador, mucho más que el éxito. Aquí pruebo, experimento y arriesgo mi físico empleando ácidos y humos de todo tipo de densidad. Así pues, al carecer de la rigurosidad y el método de un científico al uso, no es extraño que el laboratorio donde trabajo tenga la curiosa costumbre de explotar cada quince días. Pero un mago que se precie nunca desfallece. Sabe que la ley de la naturaleza se basa en prueba-error. Han tenido lugar miles de abortos para dar con el sujeto adecuado, el verso perfecto, la melodía considerada como una figura geométrica de bellas formas. El truco es fracasar siendo prolífico. El truco es fracasar siendo autocrítico. El escritor y compositor debe ser inconscientemente prolífico, tiene la obligación, al menos en un estadio inicial, de emborronar cientos y cientos de páginas o canturrear un ejército de melodías horrendas. El pintor debe lanzar al fuego del olvido miles de bebés deformes al óleo. Luego, cuando analices los resultados, vendrá la parte más dura. La autocrítica. Y luego...

—Mucho me temo que sé lo que viene a continuación.

—Se trata de practicar el autogenocidio con tus propias creaciones. Hay versos, canciones, cuadros, guiones que **deben volver al mundo de la Materia Oscura** si no han sido bien confeccionados. ¡Por mucho esfuerzo que nos hayan supuesto! Solución final, holocausto de ideas. Lamento emplear semejante símil, pero la experiencia me ha demostrado que las imágenes bruscas se incrustan en el cerebro de manera mucho más indeleble que las pueriles frases de un escritor de autoayuda. Hay que pensar en el bien común de la obra. Y debemos mantener nuestra mano firme. Nadie sabrá que aquel capítulo tenía en un principio veinte páginas en vez de doce. Hazlo, Joven Poeta Halley. Acepta el fracaso y el genocidio artístico. Sacrifica partes por el bien del todo. Ya verás que en el momento de máxima desolación, como si viniera del azar o por un asunto de justicia poética, surgirá en medio del cerebro un pequeño brillo de una cerilla que se resistirá a apagarse en tu cabeza. De los

muertos del fracaso artístico surgirán las semillas de otra buena idea. En otro orden de cosas, te sorprenderá ver que hay ideas que han surgido de ti en un instante, sin dedicarles apenas tiempo. Pensarás incluso que es injusto, porque entonces recordarás todas esas obras fracasadas a las que tantas horas dedicaste, tantos días de insomnio. Pero entonces tienes la absoluta seguridad de que esa idea veloz, esa chispa de genio, le debe su existencia a todas las que fracasaron. Te ruego que visualices el mundo de las obras artísticas como un invernadero. Algunas plantas crecerán en cuestión de días. Otras florecerán al cabo de una década. Tu obligación será observar cada espécimen y averiguar su momento de madurez. Y no menosprecies lo que te salga de repente porque, insisto, esa idea será fruto de muchas horas de fracaso y combinaciones matemáticas mal resueltas. En el momento de la idea rápida, sentirás un escalofrío que recorrerá todos tus poros como un viento fantasma. La sensación podrá venirte lejos del laboratorio donde trabajas, a toda velocidad, en un ascensor o en la duermevela. En esos momentos tendrás que sacar fuerzas de flaqueza y ponerte manos a la orden, parar en una gasolinera para grabar esa idea o salir de la cama a las tres de la mañana para anotar una breve línea. En un futuro, Joven Halley, te vendrá una canción a la cabeza llamada *Club de fans de John Boy*. Y la melodía te invadirá ni más ni menos que en una biblioteca. Allí, en medio del silencio sepulcral, deberás esconderte en un aseo para grabar esas notas musicales. Y te encomiendo que lo hagas, pues aún no sabes lo horrible que puede ser darte cuenta de que te has olvidado de una idea. Una chispa mental puede ser una deflagración. Somos atómicos, Halley, por eso no debemos menospreciar inada! Te lo ruego. Cuando dentro de quince años te encuentres en una biblioteca, haz caso de tu intuición, o si lo quieres llamar «recuerdo de una clase de magia que jamás sucedió en el mundo real», levántate de la mesa y escóndete en el lavabo con una grabadora. Te lo pido de rodillas.

—Tomo nota, Mago —dijo el Joven Poeta Halley mientras movía sus pies impaciente—. No le defraudaré.

—Aprende a ser viento.

Allí me encontraba, Edith, triplicado en tres personalidades, al lado de mi otro Yo poético y mi Áter Ego mágico. Como Equilibrista Mental llegué a la conclusión de que el Mago, mi mago o el tuyo (en el

caso de que lo hayas encontrado en tu ciudad), apenas dormía, ni siquiera cuando se encontraba inmerso en las tareas más terrenales. Comprendí que el mago de cada uno de nosotros es el antídoto ante la sobredosis de razón. ¡Suerte que en mi caso el sueño de la razón casi siempre era temporal!

Entonces, Edith, recordé mi vida exterior y mis esporádicos encuentros con el Mago. A veces me lo había encontrado demasiado tiempo encerrado en un mundo lógico y ¡había sido el propio Mago quien me había invocado a mí!, supongo que aburrido de su etérea inutilidad. El Mago me había llegado a hablar a las tres de la mañana: «¿No me pides ayuda, Equilibrista? Echo de menos cuando juntos elaboramos nuevos trucos y nos da por hacer malabarismos con las palabras, o encontramos esa nota justa en medio de una estrofa que, por mediación de la alquimia, parte en dos tu hipotálamo. Juguemos de nuevo, por favor». Sí. A veces el Mago se aburría por mi Culpa. Lo cierto es que con el paso del tiempo y las obligaciones mundanas es difícil encontrar un hueco para un encuentro furtivo con la parte mágica de cada uno.

Tiempo. Atalaya. Silencio.

El Joven Poeta Halley permanecía muy atento a todo lo que nos explicaba (y recordaba) el Mago. Aquel jovencuelo que un día fui no cesaba de apuntar aquellas premisas en un bloc de notas. Fue en aquellos momentos, y aprovechando un instante de distracción de nuestro Joven Poeta, cuando el Mago me llevó aparte.

—No olvides lo siguiente, Equilibrista. De todas tus personalidades, yo soy el único real.

Sonreí. Todos me decían lo mismo.

En aquellos instantes, el adolescente efervescente le dijo al Mago:

—Señor Tôdas, quiero saber si, como buen profesional, dispone de unas palabras mágicas. Quizás, si no es mucho pedir, me las podría prestar. Prometo no abusar de ellas.

Román Tôdas observó al Joven Halley de la cabeza a los pies, como la pintura de una estatua ecuestre de un noble que observara a un mozo de cuadra que le hubiera soltado una insolencia digna de ser respondida a base de latigazos. Luego cambió de expresión y buscó la complicidad en mi Áter Ego adolescente:

—Claro que tengo palabras mágicas. Sería un mago farsante si te respondiera negativamente. Te voy a dar una pista, Halley. Desde tiempos remotos se dice que las personas son esclavas de sus palabras. Yo te propongo que seas tú quien esclavice a las palabras. Fustiga el verbo, viola el pronombre, desubica el orden y el sentido hasta la locura, y luego añade una pizca de razón. Te estoy pidiendo que tires los vocablos al aire y que los recompongas dándoles, de repente, un sentido impensable. ¿Hay acaso alguna ley que impida que la palabra «asfalto» pueda simbolizar algo hermoso? Ah, ten cuidado, joven —le dijo el Mago con sorna—. Si practicas mucho, te costará horrores pensar a la antigua usanza.

—Acepto el consejo, pero insisto. Dígame las palabras mágicas.

—Mi apellido.

—¿Su apellido?

—Si me disculpáis, tengo cosas que hacer. Ha sido una tarde muy agradable, he de reconocer. *Voilà. Au revoir. Alehop.*

—¡No lo entiendo! —me dijo el Joven Halley tras la desaparición de nuestro mago entre una explosión de humo—. Ha dicho que las palabras mágicas son su apellido. ¿Acaso debo pronunciar Tôdas cada vez que invoque a la magia? ¡Me siento engañado! A no ser que me haya querido decir que las palabras mágicas son... ¡Todas!

De la nada surgió un cuarteto de violines interpretando un tema de Mahler. Entre dos edificios, una pareja llamada Oniria e Insomnia andaba por los cables, a cincuenta metros de altura, a punto de encontrarse para abandonarse de nuevo. En la calle, mi Áter Ego quinceañero seguía en estado de *shock* y con sus manos tocaba aquel humo en el que se había convertido el Mago. Sonreí al Joven Halley:

—Nunca te fíes de un ilusionista. Tienen esa maldita tendencia a tomarte el pelo a todas horas. Empiezan con un espectáculo, y al final toman la vida como escenario.

Halley se largó entre carcajadas mientras iba repitiendo:

—¡Todas! ¡Bendito cabrón!

## ESTACIÓN 37

### EL PRISMA DEL MAGO



Después del almuerzo volvimos a visitar al bueno de Román Tôdas. Como me vio algo superado, decidió prepararme un café. Me miró a los ojos y aprovechó la confianza adquirida para preguntarme si había sacado algo en claro de mis citas con Los Vergonzantes. Le contesté que hasta la fecha había visto de todo: ilusiones, cantinelas de frustración y acusaciones de todo tipo. También añadí que, exceptuando espectros femeninos de varios colores y formas, seguía sin saber dónde se escondía la Edith real. ¿Iba a salir de mi atolladero mental? Eso estaba por ver.

El Mago me sonrió:

—Créeme. Estás logrando salir del atolladero. Y para ayudarte, siempre podrás contar con el Joven Halley. O servidor, tu Mago. O tú mismo, poniendo orden a este cambalache. También estoy en condiciones de anunciarte que sucederá algo más que ayudará a que las tornas cambien. En primer lugar, volverás a recordar que cada aspecto de la vida lleva en sus entrañas un ritmo interno. Algunos ciclos parecen realmente eternos como una ópera de Wagner, mientras que otros se nos antojan tan vertiginosos como la apertura de *Carmen* de Bizet. A ti, Equilibrista, debería serte fácil recordar esta virtud porque eres músico. Un día la tuviste. En realidad, todo aquel que tenga cierto oído musical sabrá intuir el ritmo de cada relación, de cada empleo o de cada problema que se nos presenta. Abre de nuevo la

partitura de la vida, pero antes de empezar haz una lectura previa, como los buenos directores de orquesta. Luego incorpórate a la sinfonía y disfruta de cada pasaje. No tengas ninguna prisa por llegar al estribillo. Equilibrista. Todo, tanto la vida como nuestros proyectos, tiene un ritmo de crecimiento distinto. Semillas que parecen muertas, plantas que crecen en una sola noche. Paciencia y capacidad de observación... Saber aislarnos de esta época donde las prisas únicamente generan obras vacuas. Es muy meritorio tener paciencia hoy en día, una época donde acudimos a un buscador y en milésimas de segundo se nos ofrecen decenas de respuestas. Te estoy pidiendo que lo recuerdes, porque aprender no es más que recordar. Editasteis una considerable cantidad de discos con los que no sucedió nada y todo parecía tener el cadencioso y desesperante ritmo de un adagio. Pero, en realidad, la mayoría de nuestros éxitos los debemos al error. A cada equivocación, la alfombra roja se despliega un metro más hacia el descubrimiento.

—Curiosa frase. Nunca lo había mirado así.

—Uno puede estar siglos sin encontrar nada tangible a su alrededor que justifique tanta lucha, ya sea en nuestras relaciones personales o en nuestra profesión. En referencia a tu vocación, tan supeditada al agrado de un extraño ente llamado «público», el fracaso inicial es inevitable, y hasta cierto punto obligatorio. Pero cada paso suma. Puedes pasarte años actuando en salas vacías, llamando a tus amigos para que vengan invitados al concierto, haciendo entrevistas que no acabas de entender de qué te servirán. Pero estás edificando, aunque sea sobre ruinas. Luego, y sin apenas darte cuenta, has empezado a coleccionar algunos logros. Has pulido según qué defectos y el público empieza a aumentar, en un principio de manera tímida; acto seguido, de veinte en veinte. Sin saberlo, alrededor de ti están creciendo las aguas. ¡Entonces sucede! Una inmensa ola te empapa. A vosotros os pasó cuando ya estabais a punto de tirar la toalla. No os rendisteis cuando tuvisteis sobradas justificaciones. Vosotros supisteis interpretar aquel invisible *crescendo* que se cernía a vuestro alrededor. Fue como subirse a la ola de la vida. Ah, Equilibrista, si volviéramos a nacer, deberíamos aprender a surfear por las olas del tiempo. Quiero informarte, querido amigo, de que habrá otras olas esperándote. Limpia tu tabla, Equilibrista. Aún no nos iremos de la playa.

—Más, por favor. Lo necesito.

En aquellos momentos irrumpió en la guarida del Mago el Joven Halley. Había estado escuchando detrás de la puerta.

—Señor Tôdas, yo estoy en otra época. Apenas puedo aprender a través de mi experiencia. Así pues, deme algunos consejos teniendo en cuenta mi edad.

El Mago lo examinó con ternura.

—Querido Halley, esta tarde tan solo puedo dedicarte unas palabras. Escúchame: tienes una banda, ¿verdad? Pues debes saber que cada ente artístico debe seguir su propio camino sin dejarse llevar por lo que triunfa en cada momento. Mi querido Halley, en el arte no existe la medalla de plata. Un creador, con la mejor de sus intenciones, puede pretender sonar como sus bandas admiradas, y es probable que lo logre algún día. Pero para entonces aquel ídolo que imitabas y al que considerabas el alfa y el omega inamovible puede ser que haya mutado y se encuentre en esos momentos probando un estilo radicalmente diferente. Imitar puede pillarnos siempre a contrapié. La voluntad de mimetizarnos con las bandas que admiramos es comprensible en un primer estadio, como proceso de aprendizaje, pero jamás como la clave hacia el reconocimiento. Hasta cierto punto debes mantener tu núcleo intacto. Seguir el péndulo es un error inicial. Si persistimos en la imitación mutante, nos descubrimos como seres veleidosos, oportunistas y, en consecuencia, poco auténticos. Dichas bandas nunca llegan a nada porque correr detrás de un colgante es una idea nefasta. Nunca lo alcanzarás, o cuando gire puede impactarte en toda la cara. Es mucho mejor estar un lustro, incluso una década, sin saborear el agrado de la gente. Trabajar en silencio. Hablo de una espera activa, una paciencia no adormilada. Porque el péndulo de la moda, Joven Halley, cambiará de sentido. Entonces, con toda la tranquilidad del mundo, móntate en él. Que parezca que es el público quien ha girado los ojos hacia ti. Jamás al revés.

—Vaya —contestó Halley—. Reconozco que hasta la fecha he intentado, aunque fuera de una manera inconsciente, imitar lo que estaba funcionando.

—Y luego está el PRISMA. A veces tenemos todas las piezas, pero al juntarlas no forman un bonito prisma. Uno piensa: «Lo tenemos todo, pero da la sensación de que desprendemos una luz opaca,



empañada. ¿Cómo es posible?». En referencia al mundo del arte sucede muchas veces. Uno escucha a grupos formados por excelentes músicos. Y se dice para sus adentros: «Maldita sea. Estos músicos parece que lo tienen todo. ¿Por qué diablos no me gustan?». Halley, mi joven amigo. Puedes tenerlo todo y que te falte lo **esencial**. Muchas de estas entidades artísticas son tan perfectas que no transmiten nada, y en su perfección radica el error, porque no parecen humanos. En otros casos, la banda es excelente, pero el guitarrista es una fuente de malas vibraciones, y hasta que no desaparezca, el prisma no estará bien formado. Busca la pieza que falta, querido mío. Ahora deberías marcharte. Debo continuar hablando con Equilibrista.

En aquellos instantes el Mago me guiñó el ojo. Supe los motivos por los que Halley no podía ser informado de nada más. Aquello hubiera sido interceder en su formación y fastidiarle uno de los grandes momentos de su vida: el descubrimiento.

En nuestro caso, la pieza discordante era el idioma que usábamos para comunicarnos. Nos habíamos subido al vehículo equivocado. En realidad, nuestro problema era tan obvio que aún hoy me hago cruces al pensar el tiempo que tardamos en identificarlo. Pero al final lo hicimos. Cambiamos a un idioma propio, nos creímos el potencial de nuestra propia lírica, y de esta manera, aquella última pieza del prisma mencionado por el Mago se dispuso encima de la figura. Como por arte de magia, aquella pirámide de cristal avanzó unos centímetros por encima de la mesa en dirección a una ventana. Por primera vez se puso frente a la luz y, por tal motivo, empezó a desprender lo que el prisma contenía.

También recordé que las cosas se arreglaron porque hubo un momento en mi vida en que se produjo una explosión cerebral. Aconteció cuando el Mago, el Libidinoso y el Poeta Halley, después de un momento de crisis extrema, colisionaron entre ellos. De repente, todo encajó en una implosión interna, una especie de Big Bang personal cuyo Segundo Cero tuvo tal fuerza que aún me desplazo por el tiempo y el espacio arrastrado por su primigenia y lumínica fuerza. Unicidad mística y supernova mental. Dios y el Diablo haciendo el amor dentro del alma de un pobre mortal.

El Mago, cómo no, adivinó mis pensamientos:

—De esa explosión lumínica aún vives, Equilibrista. Cuando esa especie de epifanía nos invade, podemos pasarnos una década entera con una clarísima idea de lo que queremos hacer, porque jamás lo habíamos tenido tan claro. No es algo verbalizable. Es una visión. Preclara. Nítida. Una especie de chivatazo de un desconocido dios. El resto de mundo puede decirte que vas a estrellarte, pero tú avanzas como los tanques de un imperio a través de un inhóspito desierto dibujando en su horizonte el oasis. La fuerza de quien tiene una epifanía de semejante intensidad es imparable. Avanzas por la oscuridad como si tuvieras rayos infrarrojos. La luz del prisma atraviesa paredes, incluso los muros cerebrales del más escéptico. El extraño poder que uno siente no se puede describir con palabras, amigo mío, es puro goce. Te sientes capaz de decirles a los demás «Seguidme» sin saber describir hacia dónde vas. Y lo más curioso es que debes de reflejar una seguridad indiscutible, porque los demás deciden acompañarte, e incluso extraen lo mejor de sí mismos para que lleguemos a destino lo antes posible. Eso, mi querido Equilibrista, te lo recuerdo, es el instinto.

Román Tôdas añadió:

—Tú y el resto de tus personalidades empezasteis a trabajar en grupo. Dejaste de esconder a algunos seres que considerabas políticamente incorrectos. Dijiste, de alguna manera, a todo el mundo: «Este soy yo. Estos somos Nosotros».

—Esto me hace pensar.

—Eso es lo que quiero. Que pienses a través del recuerdo. Nunca vuelvas a olvidarlo, Equilibrista. Eres quien eres por tus particularidades. Y cuando juntas todas las fuerzas que habitan en tu universo interior, si conviertes tu noble deseo en una sana Hambre Invisible, entonces volverás a sentir aquella maravillosa sensación de invencibilidad.

## ESTACIÓN 38

### EL MAGO Y EL RÍO BRUMARIO



El Mago Román Tôdas nos invitó a bajar con él hacia la dura calle. Andando en silencio, llegamos al Puente del Pescador, desde donde bajamos unas escaleras de piedra para llegar por primera vez a la orilla del río Brumario.

—Equilibrista, Joven Halley —dijo—, os presento el cauce de nuestro pensamiento.

Entonces el Mago se calzó unas botas de pescar, desenterró una caña escondida al lado de un fresno y entró en las aguas del río Brumario. El Mago tenía querencia a adivinar formas en las nubes, como cuando éramos chicos, desde una silueta de león que fumaba un habano hasta un corredor de bolsa andando por los cielos a toda prisa. O «a toda prosa», como dijo el Joven Halley dándoselas de ingenioso. El Mago, a veces, tenía mucho miedo, nos confesó mientras se adentraba en el río, el mago nos señaló el cielo. El Mago tenía querencia a adivinar formas en las nubes, como cuando éramos chicos, desde una silueta de león que fumaba habano hasta un corredor de bolsa andando por los cielos a toda prisa. Pánico a volverse loco, a perder la razón.

Pero no se rendía nunca.

Ya empezaba a bajar la niebla. Nos quedaba como mucho una hora de visibilidad y, en el caso del Mago, de buena pesca. Delante de

nosotros teníamos a un brujo al que no le importaba remangarse los pantalones y enfrentarse al caudal del río Brumario en su parte más violenta; según Román Tôdas, la parte del río más generosa con respecto a su fauna acuática comestible. La corriente bajaba a una velocidad del demonio. A veces incluso daba la sensación de que el Mago estaba a punto de perder el equilibrio. En todos los ríos del pensamiento de todas nuestras ciudades interiores corren ideas como salmones, peces dorados, como dijo una vez David Lynch, de todos los colores imaginables. En mi caso, comprendí que el Mago esperaba el momento en el que las aguas del río Brumario se esclarecieran. Había un momento en el que la presa de la **Idea** se mostraba allí, delante de sus narices y su sombrero de copa, incluso parecía ansiosa por morder el anzuelo. Solo entonces, hubiera pasado el tiempo de la vida de una mosca de la fruta o media eternidad, el Mago Pescador lanzaría la caña con brutal precisión.

—Pero nunca se dejará llevar por las aguas —añadió leyéndome el pensamiento—. *Voilà*. Pesqué una pequeña trucha. Suficiente por hoy.

De repente, Román Bourgeois, nuestro Yo acomodado, surgió a nuestra espalda. Venía vestido al estilo de Michael Caine en *Ipcress* y con un pañuelo raspaba los fragmentos de tierra mojada de sus zapatos.

—No podía perderme el espectáculo del Mago —nos dijo—. También quisiera hacerle una pregunta: ¿usted cree que hoy en día alguien puede ser original?

—Las ideas, en su manera más pura, pertenecen a todos nosotros. Olvidémonos del ego tal y como lo conocíamos. En el siglo XXI todos andamos leyendo lo mismo. Visionando las mismas películas. Todos formamos parte de una suprarred neuronal que provoca situaciones increíbles: pensar en un relato y, mientras andas escribiendo sus primeras páginas, enterarte de que Hollywood va a estrenar una película icon el mismo argumento! Las coincidencias pueden llegar a ser apabullantes. La persona del siglo XXI empieza a tener la sensación de que existe una cierta telepatía generacional o, siendo malpensados, que algunas multinacionales del mundo del espectáculo te están robando las ideas. No es así. Es Culpa de un imaginario colectivo cada vez más y más homogéneo. Pese a nuestra variedad, andamos encaminados hacia la unicidad fantástica.

—¿Aplicamos entonces la expresión «Tonto el último»? —  
intervino Bourgeois intentando estar a la altura.

—No le aconsejo esa guerra a nadie. La única salida que puedo vislumbrar para seguir siendo originales es, y lo lamento mucho, aislarnos. Durante el tiempo que nos sea necesario. Y eso no resultará nada fácil y contará con la incompreensión de un entorno que ya lo basa todo en la idea de permanecer conectados. Aislarnos, amigos míos, será la nueva lucha de todo creador.

Con estas enseñanzas iniciamos el camino de regreso hacia su atalaya los cuatro Áter Ego de Spinelli: Román Bourgeois, aquel adolescente efervescente llamado Halley, el Mago y yo, Equilibrista. Delante de nosotros y justo en medio del Paseo Astromántico, Román Tôdas sacó sus dotes de prestidigitador. Sin embargo, el Mago se detuvo justo en medio del Paseo Astromántico para mostrar sus dotes de prestidigitador a los transeúntes. Convocó a su alrededor a una cincuentena de niños mediante cuatro palmadas. Con su sombrero de copa blanco y su abrigo tres cuartos, elaboró, presentó y finalizó trucos impensables, todos en forma de historias inverosímiles delante de una multitud de infantes con la boca mellada y abierta. En ese justo instante recordé la fecha en mi mundo exterior: 23 de abril. En centenares de tenderetes adyacentes en mi Barcelona, aquella maravilla de día en el que el mundo entero regalaba un libro a su prójimo, un anticuado artefacto que no tenía el tacto del silicio ni del cristal oscuro de nuestras pantallas, sino que olía a celulosa y a tinta virgen, por no hablar de esa rosa obsequiada días antes de languidecer. De una mágica manera, Barcelona y Bruma se entrelazaron en una misma dimensión y por un momento nos olvidamos del concepto innombrable, por decirlo de una manera elegante, consistente en que un día todos nosotros seríamos materia oscura. Y que, cuando fuéramos polvo, alguien debería sacarnos de allí mediante el recuerdo. Cuando terminó su *show*, el Mago nos dijo a todos:

—Dejad que las cosas fluyan. No temáis ser complejos ni convertiros en la Santísima Trinidad de vosotros mismos. No os conforméis con padecer una doble personalidad si podéis gozar de una triple. Rezad como si hicierais el amor. Haced el amor como si rezarais.

El Mago me dedicó un elegante gesto mientras yo seguía deseando ser él en todo momento. En todo momento.

## ESTACIÓN 39

### LAS VERDADES DEL BARQUERO



#### *Primera parte. Viajar al pasado para reescribirlo*

Mi tiempo en Bruma estaba llegando a su fin. Empezaba el tiempo de las deliberaciones, las conclusiones, las sentencias y las acciones finales. En tales cábalas me encontraba cuando el Mago se acercó a mi vera y me soltó:

—Debo decirte esto antes de que iniciemos otro tipo de conversaciones, Equilibrista. Te sonará a paradoja, pero de todas tus personalidades, este humilde ilusionista es el más real.

Me quedé mirándolo sin saber qué decir. Entonces me armé de valor y le solté en voz baja:

—Estoy de acuerdo. Pero tú muy bien sabes que la magia no consiste solamente en escribir un buen relato o en componer una buena canción. Quizás seas capaz de contentar a nuestro Otro Yo adolescente y mantenerlo ocupado durante una década aplicando tu curioso discurso sobre la materia oscura, los prismas, los ritmos de la vida o cualquier cosa que se te ocurra, pero yo sé que no has dicho ni una décima parte de lo que en realidad sabes. Te hablo de cambiar los acontecimientos. De generar encuentros que parecen casualidades. Del amor de Edith. De su desaparición. De escenas de la vida que consideramos finiquitadas pero cuya conclusión llega una década

después a través de un encuentro casual que nos explica otra versión de lo sucedido. Del destino mágico de cada uno de nosotros. Te lo ruego, contéstame: ¿por qué ha desaparecido mi inspiración?

—Ah, amigo Equilibrista. Hay algunas cosas que tienen que quedar entre tú y yo. Si sabes que la magia no es solo eso, ¿para qué necesitas mi confirmación? Tú y yo nos llevaremos bien en un futuro siempre que no desvelemos lo verdaderamente importante. Es una ley tácita. O dicho de otro modo, ¿acaso quieres dejarme sin trabajo? Mira, voy a soltarte tres verdades. Esto va a ser lo último que haga por ti en este viaje.

—Soy todo oídos.

El Mago me llevó hacia una mesita situada en el margen derecho del río Brumario. Encima de ella estaba la misma máquina de escribir que había encontrado en aquel *ring* de boxeo.

—Cierra los ojos, por favor. Elige una de las tres cartas que te voy a mostrar.

Elegí la del medio y la levanté. En el dorso estaba escrito: «Concluye la escena de Musa».

—Vamos, Equilibrista. Suéltate. En tus manos está cerrar el círculo. No hay tiempo que perder.

Bourgeois y Halley me observaban expectantes. Me acomodé y miré de soslayo aquel papel en blanco colocado en la máquina de escribir. Sin embargo, me sentía incapaz, minúsculo y, sobre todo, bloqueado para plantearme escribir una sola palabra. Había venido para buscar a Edith. El caso de Musa estaba tan enterrado en mi pasado que lo consideraba una auténtica pérdida de tiempo. Por primera vez, empecé a enojarme con el Mago.

Noté entonces cómo alguien me cerraba los ojos. Eran unas manos delgadas y ciertamente frías. Su energía no coincidía con la de ninguno de los presentes. Entonces, y como si aquella desconocida piel llegada del ciberespacio tuviera extraños poderes, di un salto en el tiempo y en el espacio. Empezó a sonar *Where are we now?* Las manos se apartaron de mi cara. Cuando abrí los ojos, todos los Áter Ego con los que compartía aquella fantástica velada habían desaparecido. La buhardilla del Mago se había convertido en la suite de un hotel. A mi lado, el espectro de Bowie vestido como el Duque



Blanco fumaba un cigarrillo y me sonreía. Sin perder su compostura me dijo:

—¿Te acuerdas de aquel sueño en el que te dije que algún día, cuando menos lo esperaras, te dejaría entrar en el cuerpo y el alma de aquella estrella que se llevó a Musa? Lo llamaremos John Boy.

—David. Era tal tu talento que llegaba a doler. Allí abajo te echamos de menos.

El Duque Blanco me dijo que valoraba las muestras de cariño que recibía desde «el otro lado». Por lo visto, el Duque se había instalado en una Estrella Negra y no descartaba aparecer en un futuro de las más insólitas maneras, siempre que notara que alguien lo invocaba. Eché entonces una ojeada a la suite de marras. Desde sus ventanales se podía atisbar el mismísimo puerto de mi ciudad exterior. Bowie se instaló en una cómoda cheslón de color rosado mientras fumaba un larguísimo cigarrillo. «Ahora ya no importa, amigo.» Las sombras generadas por la luz de una lámpara ultramoderna delineaban una especie de aura por encima de su sombrero inglés que se mezclaba con las pequeñas nubes de humo que iba expulsando. Había empezado a sonar *Life on Mars*. Me dijo que aquella noche era el día.

—La noche prometida ha llegado —me dijo sin mirarme a los ojos—. Vas a presenciar lo que sucedió aquella noche en la que tu querida Musa desapareció con aquella estrella del tres al cuarto, el gran telépata de Dublín. En breves segundos tu Musa, aquella chica de hace veinte años, entrará por esa puerta al lado de aquel cantante. Ponte cómodo. Tú y yo miraremos con la tranquilidad que otorga la invisibilidad de los fantasmas. No te impacientes. Ahora mismo están dando una vuelta por Barcelona subidos en una enorme limusina. Musa le está contando a ese cantante que un amigo suyo y ella habían corrido como locos para situarse en primera fila.

Recordé entonces cuando aquella noche de hacía tantos años la gran estrella del pop eligió a Musa entre decenas de chicas de la primera fila. También pude recuperar de mis recuerdos la sutil manera con la que la estrella del pop había señalado a su hombre de confianza que Musa era la elegida.

Entonces entraron, tal y como había vaticinado Bowie. Como fantasma primerizo, tuve la tendencia a esconderme detrás del Duque

Blanco. Pero, ni corto ni perezoso, él me dijo que ya podía gritar, o incluso empezar a dar saltos. No nos podían ver.

Me relajé y empecé a mirar.

Musa. No puedo creer lo que vi entonces. De hecho, tuve que mirar al espectro del Duque Blanco con el único objetivo de transmitirle a alguien mi absoluta estupefacción. Porque hace unos años me hiciste entender que en aquella majestuosa suite tú y la estrella del pop os habíais pasado toda la noche haciendo el amor. Sin embargo, la realidad que presencié en aquella suite, camuflado como un fantasma, es que te pasaste toda la santa noche sentada en el borde de la cama fumando y hablándole al desgraciado de John Boy acerca de un chico llamado Halley. De tus anécdotas a mi lado. De los errores, aciertos, afectos y celos de aquel joven que un día fui. ¿Por qué no me lo dijiste, Musa? En aquellos momentos, como el fantasma *voyeur* que era, llegué a pensar que aquella estrella de la música en cualquier momento iba a expulsarte de la suite, pero me sorprendí al comprobar la receptividad de aquel treintañero. Porque John Boy te escuchaba desde la lejanía de un psicólogo, su ventaja de edad y sus alturas mitológicas que tanto respeto te imponían. Comprendí entonces que, desde el viaje en limusina, aquella estrella del pop había visto en ti tan solo a una cría que jugaba a ser mujer. Y, ciertamente, vi que John Boy se enternecía con las palabras que dedicabas a una tercera persona en discordia. Ni más ni menos que aquel Joven Halley. Es probable que aquel John Boy también tuviera en su interior a su particular Joven Halley, y que aquello le recordara sus orígenes antes de que todo fuera empañado por intereses ajenos a la magia de la creación.

Visualizando aquella escena mágica de mi pasado, empecé a gritarle a Musa, aunque sabía que mi voz no podía llegarle:

—Maldita sea. ¿Por qué me tomaste el pelo? ¿Qué ganaste con toda aquella sarta de mentiras que me contaste al día siguiente?

Pero de alguna manera Musa parecía haberme escuchado. Porque entonces ella tomó aire profundamente y le dijo a John Boy que, al día siguiente, me mentiría acerca de lo ocurrido aquella noche, como así hizo. Recordé cuando Musa me dijo: «Quiero que la vida pase a través de mí». Entonces le explicó al bueno de John Boy que su relación con el Joven Halley había sido una hermosa manera de empezar toda esa extraña singladura que era el mundo adulto y sus relaciones. Pero las campanas doblaban a muerte, y el funeral llevaba mi nombre. Musa había llegado a la conclusión de que éramos demasiado jóvenes. Añadió que uno puede conocer a la persona ideal dos décadas antes de lo conveniente. En

definitiva, Musa concluyó que el hecho de quedarse conmigo nos pasaría factura cuando al cabo de unos años hiciéramos una lista de todo a lo que habíamos renunciado por seguir juntos. Se encendió un cigarrillo y siguió confesándose a John Boy. Le dijo que las cosas que empezaban con un halo épico necesitaban un buen final, aunque fuera del todo inventado. Argumentó que no había encontrado mejor manera de separar nuestros caminos que la gran excusa de abandonarme por una estrella del pop. Musa montó aquella improvisada performance para dejarme a lo grande. Recordé entonces que Musa siempre había sido una especialista en despedirse a la francesa. Aquella noche era la indicada, algo así como un hermoso colofón para el fatal destino que había intuido para nosotros. Porque lo vio claro desde el primer día en que nos conocimos. Decepcionarme de aquella manera era el salvaje modo que Musa había encontrado para que su recuerdo no acabara enterrado, como tantas otras personas de mi pasado, en el cementerio de Bruma de las personas olvidadas. De esta manera, mi rencor hacia ella la mantendría viva en mi recuerdo.

Y tenía razón. En todo.

El Duque Blanco me dijo entonces:

—Tengo otra escena para ti. Espero que te recuerde la magnitud de tus problemas, y que de paso, cuando vuelvas a dudar sobre tu vocación, lo que estás a punto de ver ahora te vuelva a la cabeza.

David encendió un televisor. En él aparecía una entrevista que Ari, diecisiete años y enferma de leucemia, había concedido a una cadena. Aquella escena pertenecía a mi inmediato pasado: Ari, junto a su entregada madre, había fundado una organización para recaudar fondos con el objetivo de comprar una máquina, que en aquel momento tan solo funcionaba en Estados Unidos y que servía para limpiar la sangre de los enfermos. Me quedé de nuevo maravillado con su sonrisa. Recordé entonces que, hacía muchos años, el actor Gene Wilder se sinceró en una entrevista diciendo que había potenciado su vertiente humorística a partir de la enfermedad de su madre. Los médicos le habían aconsejado a los Wilder que no le provocaran muchos sobresaltos, sino más bien alegrías. Era curioso enterarse de que el bueno de Wilder niño empezó a practicar el humor simplemente para hacer reír a su delicada madre. En aquellos instantes me vino a la cabeza que, justo después de la muerte del actor, comenzaron a aparecer una gran cantidad de *gifs* recordando sus mejores escenas. Las que compartió con Marty Feldman eran antológicas. Viendo esos *loops* me di cuenta de que, en una simple

muestra de cinco segundos, Wilder era capaz de metamorfosear la cara a partir de una sutil sonrisa repleta de malicia bondadosa. Fotograma a fotograma, se entendían muchas cosas que a menudo pasan desapercibidas a velocidad normal, cuando las expresiones de la gente se introducen en nuestro inconsciente como una suave llovizna que nos llena de un concepto, una vibración particular. Al final, nuestro veredicto es el siguiente: «Qué gracioso es este tipo» o «Qué encanto tiene esta chica». Miré al Duque Blanco. Entendía las motivaciones por las que había elegido mostrarme aquella escena televisiva. Porque, si hablamos de encanto, el que poseía Ari, por su coraje ante la adversidad, era para darle de comer aparte.

En la vida exterior, Ari nos había dejado, víctima de la leucemia. Volví a repasar la escena del concierto benéfico en el que nuestra banda participó con el objetivo de recaudar dinero. Era necesario, para Ari y otros muchos, adquirir esa máquina que identificaba las células potencialmente perjudiciales. El concierto en Luz de Gas se llenó. En cada metro cuadrado se percibía, flotando en el aire, la mismísima esperanza.

Seguí observando aquella entrevista. Ari albergaba en su expresión facial el candor de las primeras figuras de las compañías rusas de ballet. Combinaba explosiones de alegría propias de una joven con la madurez adquirida por sus circunstancias. Ari, como Gene Wilder, también expresaba muchas cosas en cinco segundos. Era como leer el libro de su vida en la ráfaga de un parpadeo. Pensé entonces que ojalá aquella dulce niña se encontrara en el «otro lado» con gente como Wilder. Que el actor consiguiera hacerla reír, al igual que hacía con su madre. Sin embargo, ignoraba aún qué tenía que ver aquella entrevista conmigo. Hasta el momento en el que, tras la pregunta de la entrevistadora acerca de aquel concierto benéfico, Ari pronunció el nombre de nuestra banda y sus pupilas se iluminaron como los de una niña. Y entendí entonces que lo que podíamos llegar a significar para muchas personas ajenas era tan desconocido e inabarcable como el mismísimo universo.

Entonces David, el Duque Blanco, me dijo:

—Ahora sí. Ha llegado el momento de largarnos.

## *Segunda parte. Agujeros de gusano*

Las manos del Duque Blanco habían vuelto a tapar mis ojos. Cuando las separó de mi cara, volvía a estar en la buhardilla del Mago. Miré a mi alrededor. De Bowie, como me temía, ni rastro. Tenía la máquina de escribir. Había unas cuantas páginas escritas por mí que detallaban todo lo que había acontecido en aquella suite. De alguna manera, había reescrito mi pasado, o acaso, años después, había quedado con Musa en la vida exterior, y allí, en alguna cafetería de Barcelona, me había contado la verdad. Pero, entonces, ¿por qué diablos no recordaba aquel encuentro?

El Mago volvió a adivinar mis inquietudes:

—En nuestro interior existen agujeros de gusano, Equilibrista. Son como puertas energéticas. De niño las intuías. Te sentías observado por tu Yo Actual. Sin embargo, hay otros agujeros de gusano enclavados en el presente y enlazados con el futuro. ¿Sabes dónde nos llevan?

—No.

—A los demás.

—¿?

—Llevas tiempo diciendo a todo el mundo que has perdido la inspiración. Y lo estás haciendo porque el miedo te está ganando la partida. El pánico a la opinión ajena. El horror a mostrarte como te sientes en cada momento, en detrimento de cómo crees que deberías sentirte para no decepcionar a tu entorno. Pero, mi querido amigo, hasta que no pierdas el miedo no volverá la espontaneidad, que no es más que la hija impulsiva de la honestidad. Para que esto ocurra necesitas volver al cauce de la valentía que significa narrar lo que ves y explicar lo que imaginas. Es posible fantasear y a la vez ser realista y honesto porque, al fin y al cabo, tus fantasías han sido creadas por ti y te pertenecen tanto como un hecho biográfico. Las has visualizado, has reído o llorado a través de experiencias imaginadas de una manera más extrema incluso que algunos hechos de tu realidad cotidiana en los que has activado algo así como un piloto automático. Equilibrista, atiende. Todos estamos hechos de lo mismo. En realidad, todos somos primos lejanos. Gracias a la honestidad con uno mismo, conectamos con los demás. Porque tus problemas particulares no son tales. Hay una vibración especial que notas en el momento de sacar la verdad que yace dentro de ti. Porque esa verdad pertenece a todos. Cuando te

comprimes, te expandes por el otro lado, el invisible. Aplícalo a la creación y a la nobleza de tus relaciones. Cuando vuelvas a componer como cuando eras un crío y agarrabas tu raqueta de tenis simulando una guitarra eléctrica, con aquella seguridad y desvergüenza infantiles, volverán las epifanías.

## ESTACIÓN 40

### EL PUENTE



El concepto «agujero de gusano» me había dejado sin palabras. Hubiera querido decirle: «Gracias, Mago Oficial de Bruma. Tú velas por nuestros sueños, los absorbes e intentas mejorarlos. Esta noche, como cada vez que actúas, una gran cantidad de ciudadanos se quedarán suspendidos sobre sus colchones. Las respiraciones narcóticas sustituirán a los agitados resuellos de las horas laborales. En ese preciso instante en el que la luna canta nanas silenciosas, miramos tu atalaya y nos tranquilizamos sabiendo que tu sobreático ha encendido las luces. Porque se inicia tu horario laboral, Román Tôdas, Mago, ilusionista, oteador de ventanas, ingeniero de emociones, y desde una terraza en particular crearás los sueños que adornarán la noche de nuestra ciudad: Bruma. Y probablemente los tuyos también».

Sin embargo, aquello no había finalizado. Quedaba una traca final en el cielo. Porque lo que vino a continuación, sencillamente, fue una catarsis. El Mago me dijo lo siguiente:

—Tengo una carta del Hada Helada. En ella te recuerda, Equilibrista, que hoy sin falta debes personarte en un puente, como ella te dijo. Aquí están las coordenadas. Por lo que veo, está al final de Bruma. Está ubicado en el lado opuesto de la estación a la que llegaste hace cinco días. ¡Rápido, Watson! ¡No hay tiempo que perder!

Cogimos un taxi. Mostramos las coordenadas del puente y urgimos al conductor a que condujera tan raudo como en los filmes policíacos. Sin embargo, me acordé entonces de que debíamos recoger a Perturbado. Por Culpa de aquel inconveniente, llegamos cinco minutos después de lo estipulado en las órdenes escritas por el Hada Helada.

Arribamos por fin al Puente Exterior. La bruma flotaba a la altura de nuestras rodillas, como si la tierra ardiera de frío. El Mago me hizo un breve resumen del sentido de aquel acueducto:

—Mi querido Equilibrista. Este puente no conecta barrios de tu ciudad interior, sino que es el camino por el cual enlazas con otros seres del exterior. Observa quién está en el otro lado.

Había un resplandor níveo que dificultaba la visibilidad. Utilicé mi mano derecha como visera. Diana: como me esperaba, en medio de aquel puente estaba Edith. Y no me refiero a uno de tantos otros espectros, sino a la Edith real. La había estado buscando como un loco por toda mi ciudad interior, y entonces comprendí que únicamente podría encontrar conceptos subjetivos de mi amada en Bruma. Pero aquella Edith, en el Puente Exterior, estaba fuera de la jurisdicción de mi espíritu. Era, por decirlo de alguna manera, una Edith objetiva, sin estar maquillada por opiniones personales o embadurnada por rencores pretéritos. Era, sencillamente, Ella.

Pero no estaba sola. Comprendí entonces las palabras del Hada Helada en referencia a un factor que se me escapaba de las manos. Allí estaba, junto a ella, gordo y expansivo, uno de los principales coautores de nuestra actual separación. Uno de sus principales Culpables. Se llamaba Román Ego. Lo rodeaba una multitud de personas que no cesaban de aplaudirle y saltar cada vez que abría la boca. Desde el extremo del Puente Exterior le grité:

—Así que usted es mi Otro Yo, el Ególatra.

—Al contrario. Usted es mi Otro Yo, el Equilibrado. Es usted el farsante, una copia barata de mí.

—En fin, como quiera. Supongo que ahora debería pedirle que me hablara de usted, como he hecho con los demás.

—Oh, no, no, no. Empezamos mal —me contestó aquel tipo—. Hablar de uno mismo a la primera de cambio sería lo que haría un ególatra de la categoría de los toscos, un cretino a quien las cosas le



han ido bien a pesar de su bajo coeficiente. Yo no soy de aquellos zafios que derivan cualquier conversación hacia su persona de manera impertinente, aunque eso suponga un viraje de ciento ochenta grados en el tema tratado en una tertulia. Hablar de uno mismo de manera continuada cotiza a la baja en esta sociedad, genera odios. Mi estrategia es mucho más sofisticada. Simplemente espero el elogio y permanezco en silencio como una puta en una esquina, hasta que el pez pica. Ya sabe. Que sean los otros los que hablen de mí. Así pues, elógieme.

—¿Así es como colaborará? Si empiezo a alabarle, ¿usted se sentirá feliz?

—Por supuesto. Inténtelo.

—Oh, señor Román. He de decirle que admiro a su banda. Y sus libros también han despertado en mí un grato interés.

—Oh, no, no, señor Equilibrista. Agradezco sus palabras, pero no es para tanto. Yo no encuentro más que defectos en todo lo que hago.

—Oiga, vamos a ver. Estoy haciendo lo que me pidió. Usted no está reaccionando como debería.

—No se equivoque. Es parte del juego. La antiventa. Usted me elogia y yo reacciono quitándome hierro con el objetivo de que usted contraataque insistiendo en mi talento. Así escucho sus elogios dos veces. ¡Vamos, continúe!

—En fin, lo intentaré. ¡Míster Ego, no se quite méritos, usted tiene muchísimo talento! Créame.

—Bueno, bueno, ya será menos.

—Maldita sea. Y sus frases. Tanta gente las ha adaptado a su día a día. Y sus juegos de palabras, menuda brillantez, Míster Ego.

En aquellos momentos comprobé que el volumen de Román Ego se había ensanchado un poco más y con él su masa corporal. A ojo de buen cubero, aquel tipo debía de pesar unos doscientos veinte kilos. Después de aquel hinchamiento, escuché cómo uno de los pilares del puente crujió como un hueso roto.

El Mago me dijo:

—Continúe.

Iba a soltarle alguna otra zalamería cuando Román Ego se adelantó:

—¿Sabe una cosa? Muchas de las frases que le gustan a la gente me han salido, por qué no reconocerlo, fumado.

—Bueno, pues le diré que no todo el mundo que fuma tiene esos ataques de ingenio. De la misma manera que toda una generación tomó LSD y solamente hubo un Jimi Hendrix. ¿Qué le parece?

—En eso no puedo contradecirle. No he sido más alto porque yo no lo he querido, ni más gallina porque no me ha salido de los huevos. Oiga, usted me cae bien. Siento una extraña conexión con su persona. Al principio he dudado, pero luego me he ido convenciendo de que usted podría ser mi amigo. Uno de mis mejores amigos. Aunque no quisiera engañarle: no soy un tipo de elogio fácil.

—Oh, ya sé que esto no es un camino recíproco, Román Ego. A usted le caigo bien porque estoy diciendo lo que le gusta escuchar. Por cierto, ¿podría definir la egolatría?

—No. Pero puedo decirle algo. A veces, mirando el firmamento de una noche estrellada de agosto, me emociono y exclamo: ¡Qué pequeño es el universo con relación a mi persona! Entonces me imagino a todas las estrellas mirándome y pensando: «Todos los problemas que tenemos pierden su importancia al ver allá *arriba* a Míster Ego. No somos nada, excepto astros que pasan por la vida en un santiamén de eones. En cambio, él es eterno. Nuestro tintineo de estrellas son sus lágrimas empañando su luz». Porque en aquel momento, Equilibrista, sé que las estrellas están pensando en mí. Sencillamente porque tienen buen gusto.

El puente volvió a crujir. Hubo un ligero temblor.

—¿Tiene defectos?

—Creo que, en realidad, la humildad. Y mi bonhomía. Me explicaré. No hago canciones para alimentar mi ego, sino por amor a la humanidad. Por cierto, algunos me llaman Sir, pero usted puede llamarme Lord. Con toda confianza.

—Increíble. Así que esos son sus defectos.

—Bueno. No le engañaré. Creo que soy un fraude.

—¿Usted un fraude?

—Me hicieron pensar que no valía. Y a veces sigo creyéndolo.

—¿Cómo pudieron hacerle pensar que no valía?

—Algunos indeseables —Míster Ego se puso entonces muy triste— me atacaron. Me ignoraron.

—Menuda injusticia. Con su talento.

—No, no. No hay para tanto. —Míster Ego sonrió con cierta perfidia.

En aquellos momentos noté que aquel tipo había vuelto a emplear la doble negación. Era un putito experto en la materia.

—¿Y ahora? ¿Cómo se siente ahora que las cosas le funcionan?

—Ciertamente en paz. Y algo vengativo, aunque nunca lo haya demostrado. Mi gran triunfo ha sido una colección de pequeñas victorias. Recuerdo que cuando las cosas funcionaron me sentí como James Dean en *Gigante*. Ya sabe, cuando se presentó delante de Rock Hudson embadurnado de petróleo, sonriendo como un enajenado. Se lo merecían, ¿verdad?

—Oiga, está engordando de nuevo. Usted es un fenómeno de feria.

—Oh, ¿lo dice en serio? No tengo ni idea de mi físico. Debería mirarme más al espejo. Sin embargo, el chico del otro lado no deja de repasarne de arriba abajo. Ejem. En fin, era una broma. Vayamos a algo serio. Sí. Me estoy hinchando. Es psicossomático. Es puro aire pero da el pego, ¿a que sí?

—Usted debe de padecer algún tipo de trastorno. ¿No le hicieron caso de pequeño?

—Era bajito. Los bajitos sufrimos mucho. Cuando pegué el estirón, ya estaba enfermito de la cabecita. El más enfermito de todos, claro está. Poseo el *number one* dentro del *top* de los trastornos de personalidad.

Estaba clarísimo. Una parte de mi personalidad llevaba demasiado tiempo ensimismada, como un tipo practicando una lenta y suave autofelación.

Frente a mis ojos, me di cuenta de que Román Ego había vuelto a crecer. El puente no tardó en resentirse. Aquel tipo ya debía de pesar media tonelada. Los cimientos crujieron por tercera vez y toda su estructura y lo que soportaba empezaron a tambalearse. Algunas piezas de granito empezaron a desprenderse. Vi que Edith se agarraba a la barandilla y me miraba a los ojos como diciéndome: «Ese hombre, obeso de sí mismo, eres tú».

Miré al Mago. Con un gesto me conminó a continuar:

—Usted es una maravilla de la naturaleza. Sus anomalías son bendiciones.

Mi Yo Ególatra recapacitó un momento.

—Podría ser, sí. La humanidad me debe unas cuantas, pero soy paciente. Podrían todos ponerse en fila para besarme el culo, como esa mujer hindú a quien todo el mundo pretende abrazar. Pues lo mismo, pero con un fogoso beso en mis pequeños y maravillosos glúteos pelados.

—Estoy de acuerdo.

—No, hombre, no, bromeaba. No hay para tanto... Creo.

Siguiente expansión corporal. Cuarto temblor. Aquella sacudida fue semejante a la de un terremoto. Tenía al lado a Perturbado. Me dijo que aquello ya pasaba de castaño oscuro. El Mago me advirtió:

—Ahora ya sabes qué hacer.

Me encendí un cigarrillo. Miré a Román Ego y le grité:

—Oiga, estuve escuchando el otro día el disco de esa banda. Esos, los que prometen tanto. Todo el mundo habla de ellos. Pueden desbancarle.

—Ah, ya. Me temo que habla de...

—Esos mismos. Están que se salen.

—Están que se salen, dice. Veo que para usted «salirse del mapa» se reduce a sacar un par de temas audibles, a los que añaden ocho canciones de relleno. Será posible...

—Bueno, me gusta todo lo que hacen. No se equivoque.

—¡Faltaría más que no tuvieran ideas! Si acaban de empezar, como quien dice. —Adelgazamiento—. Por cierto, su cantante es imbécil. Un idiota de libro. —Adelgazamiento—. No sé de qué coño va ese puto engreído. ¡Si es un ególatra! —Adelgazamiento—. Bien, creo que ya he tenido suficiente. Muy buenas tardes. Retiro eso de que me ha caído bien. Usted es pernicioso para mí. —Reducción.

—¿Sabe que detrás de usted está Edith?

—¿Quién? —Menguamiento.

—Aquella persona a la que usted le debe tanto.

—Oh, no, no. ¿Usted cree que le debo algo a Edith?

—Desde luego. Ha sido su musa.

—Oiga, no le debo nada. Pongamos por ejemplo la canción *Angie*. Esa melodía estaba allí, en el aire. Si no hubiera aparecido *Angie*, hubiera sido *Elisabetha*, ¿cierto?

—A medias. En realidad, no estoy de acuerdo. En absoluto.

—No entiendo qué tiene que ver Edith conmigo. —  
Adelgazamiento, reducción y menguamiento.

—La tiene a su espalda. La he estado buscando todo este tiempo, pero su magnitud, Román Ego, tapaba todo lo demás.

—Es normal. Ni en mi interior ni en mi exterior cabe algo más que yo.

—Hasta hoy.

Román Ego ya tenía entonces el tamaño de una mandarina.

—Oiga, antes de que desaparezca, ¿no quiere una foto?

Y así fue como Román Ego se esfumó como una burbuja de jabón. Pero el Puente Exterior estaba en ruinas, a punto de desplomarse por completo y matarnos a todos.

Desde el otro lado, el Mago me gritó:

—¡Sigue hablando con Edith! ¡Recuerda los agujeros de gusano!

«Agujeros de gusano.» «Honestidad.» Las palabras brotaron de mi alma como una fuente cuya abertura exterior hubiera estado bloqueada durante siglos. Finalmente, aquel ser ponderado conocido como Equilibrista también quería decir la suya. Hasta ahora se había limitado a escuchar y, en algunos casos, a debatir con el resto de personalidades que anidaban en su interior. Pero aquel era su momento.

Miré a Edith mientras iba avanzando por aquel maltrecho puente.

—Te voy a hacer memoria de una escena, Edith. Sucedió meses antes de la caída y de nuestra catástrofe personal. Era el mes de junio. Con la banda habíamos hecho un alto en el camino. Me encontraba a tu lado en el amplio y luminoso Passeig de Gràcia de Barcelona, más o menos a las cuatro de la tarde, tomando un café en una terraza de precios prohibitivos. La tensión entre los dos era perceptible para todo humano con olfato de mediador de conflictos. Tú te alisaste la falda y me preguntaste quién era yo en realidad. Te contesté lo siguiente: «No soy quién para decir quién soy yo. No tengo la suficiente perspectiva como para poder ser y, al mismo tiempo, observarme. ¡Tampoco puedes ser tú quien me diga quién soy yo! A lo sumo, puedes explicarme cómo es tu versión, la cual, tras escucharla con atención, será sellada y archivada con el número de expediente A-79.428 en la estantería de “Opiniones acerca del Equilibrista Román Spinelli” junto a otras que he llegado a escuchar... Ni siquiera las personas que

pertenecen al entorno más inmediato de uno pueden opinar sobre la totalidad del observado. Todos conocemos una décima parte de los demás. Si te sirve de algo, yo solamente conozco un quince por ciento y, a veces, porque soy olvidadizo, apenas llego al cinco. No obstante, si insistes, tan solo puedo lanzarte al aire un adjetivo que, lejos de rebelarse como un tópico para definir al ser humano en general, quizás en mi persona adquiere dimensiones más extremas o, si quieres, grotescas: la palabra, sin duda, es “complejo”. En aquellos momentos, mi querida, reconozco que me vino una frase a la cabeza que procedí a apuntar en mi libreta: «La gente dice que soy un rompecabezas. Porque a todos los que me quieren montar, siempre les falta una pieza».

Edith parecía escucharme, agarrada en la baranda de aquel maltrecho puente.

—Edith, pensé que me estabas sometiendo a un incómodo interrogatorio. Sabía lo que andabas buscando, claro que sí, pero no estaba dispuesto a ponértelo fácil. No estábamos pasando por una buena racha y te dije que, si seguías convencida de la utilidad de tu pregunta, te convirtieras en la cirujana de mi alma e intentaras diseccionarme. Podía ser divertido escucharte cuando le explicaras al mundo que al entrar en el quirófano psíquico no te encontraste con una persona inconsciente esperándote en la camilla, sino a un hombre con alma de cebolla. Añadí: «La enfermera no podrá sino secar tus lágrimas. Porque para conocerme tendrás que llorar».

Hablaba con Edith a la vez que iba avanzando por aquel puente en ruinas. Edith no me miraba. Simplemente esperaba mirando al infinito.

—Tú negaste con la cabeza. Siempre ha sido el movimiento corporal que delata que me das por imposible. Acto seguido me dijiste: «¡Todos somos complejos, como un prisma con millones de lados y aristas! ¿Acaso crees que eres diferente del resto de seres humanos, Román? Pero, por lo que respecta a nosotros, tu complejidad no se manifiesta. Me estás apartando de tu vida de manera unánime. Quizás algún día te des cuenta de que esto nos concierne a los dos. Me temo que aún no has asimilado que esto se trata de Nuestro Viaje».

Seguí avanzando, cada vez más decidido, haciendo caso omiso a los temblores.

Empezó a llover.

—Ahora sé que tenías razón. Ni siquiera en mis peores momentos pensé que podían concernirte o afectarte. Mi error fue pensar que tú eras ese coche que circulaba a mi lado en la autopista de la vida. El individualismo es lo que tiene. Raras veces he visualizado la idea de compartir el mismo vehículo. Por cierto, un día te prometí un cuento. Allá va, Edith.

Extraje entonces unos folios cuarteados del interior de mi chaqueta. Los llevaba en el momento de mi accidente en la vida exterior y decidí llevármelos en mi viaje a Bruma, por si se daba el milagroso caso de encontrarla.

—En Bruma he intentado explicar mi Hambre Invisible desde unos cuantos prismas, y me he quedado corto. Simplemente quiero que comprendas que esa ansia no es una falacia. Convivir con la insatisfacción a todas horas es insoportable. El inconformismo te gasta antes de la cuenta. No pretendo justificarme, pero necesitaba que mi vida fuera intensa a todas horas, como el cauce vertical del mismísimo Iguazú. Pero ahora he llegado a un remanso de agua, Edith. Empiezo a notar cómo todo se ralentiza. Y, a decir verdad, pienso que ya era hora.

»Siempre has sido parte de la tierra firme, Edith. Y yo siempre he sido viento. Tú, razonablemente anclada y poéticamente sensata. Deseabas que las cosas no se movieran demasiado, y yo, como todo ser de aire, estaba preso desde mi mismo nacimiento de mi volátil naturaleza. Tú eras una flor crecida en medio de tu propia tierra, y yo nada más que una brisa despreocupada. Créeme cuando te digo que, hasta que no te encontré, era simple viento urbano, huérfano de sentido. Al conocerte, decidí quedarme el resto de mi vida girando siempre a tu alrededor. Ambos nos retroalimentábamos formando un curioso ecosistema. Hasta que llegó el éxito. El giro de mi propio torbellino me convirtió en huracán. Debería estar escrito en mi naturaleza, pero hasta entonces lo ignoraba. A partir de entonces, girar únicamente a tu alrededor empezó a parecerme insuficiente. Recuerdo una mañana de domingo. Estábamos en la terraza. La ropa tendida se balanceaba como si se arrullara a sí misma. Entonces una especie de ciclón se posó encima de nuestras cabezas. Se llevó una pieza de ropa. Intentamos asirla, pero no hubo manera. El viento se la había llevado

consigo y no pudimos hacer nada más que observar cómo se alejaba, dentro de aquel torbellino, en la infinidad del azul celeste.

»Con el paso del tiempo me convertí, ufano de mí, en un ente destructor. Arrasé parte de tu tallo e hice volar algunos de tus pétalos. Cuando el huracán, con su único ojo enfurecido, constata el daño que ha dejado en tierra firme mediante la observación del desastre, en el justo instante en el que nos visita el perito emocional y enumera en su informe que todos los techos de la confianza han sido levantados y que los cimientos de una supuesta seguridad han sido sesgados de tajo, y casas enteras de proyectos urbanísticos han sido arrastradas por un canal de barro, entonces, el huracán empieza a languidecer desde sus alturas hasta la vergüenza. Las intensidades de una catástrofe natural son temporales, pero parecen eternas. Sin embargo, la brisa, Edith, ah, la brisa se mantiene, ya que es mi elemento primigenio. Tras ver el desastre causado por mi ego, he recordado cómo era en mi estado primigenio. Me he visto de nuevo como aquel pequeño torbellino que giraba a tu alrededor y, por primera vez en años, estoy empezando a recobrar la paz. He decidido volver a ser brisa, tu brisa, porque, a fin de cuentas, el viento está compuesto en su mayoría por la dulce nada. Por el lado contrario, tú eras todo, tierra, savia, sal, realidad y sueño. Eras y eres belleza, dabas y das sentido a mis vueltas concéntricas. La brisa no es nada sin una rama a la que mecer cuando ya anochece y la flor se queda sola. Y sería feliz viendo cómo, día a día, puedo gozar al ver cómo te reconstruyes tras la catástrofe. Tal es tu naturaleza, dulcemente anclada en la tierra. Tú, mi epicentro, mientras yo espero, de nuevo, tu frescura.

»Dios, así lo quiero ver.

Avancé un par de metros más. Me sentí con fuerzas de leer lo siguiente:

—Después de conversar con todo el variado elenco teatral que anida en mi persona, he entendido que mi desconfianza hacia tu persona había sido injusta. Me has querido en mi normalidad, cosa que yo no hice conmigo mismo. Tú querías mi núcleo. Yo, Edith, quería sublimarme. A veces quería decirte que andabas con un boceto de persona, pero resulta que ese borrador de humano te encantaba. Quizás preferías el boceto antes que la realidad en la que me convertí. Lo supe cuando, días antes del accidente, escuchabas en modo



repetición *Cualquier otra parte* de Dorian, justo cuando la canción dice: *Entraría en tu luz con una canción sencilla...*, y me dijiste que aquella letra te recordaba a ti y a mí en nuestra veintena, deseosos los dos de escapar de nuestra realidad juntos, subidos a aquella moto destartada, sencillos como una canción, directos hacia la luz, empujando con nuestras manos el maldito horizonte, para así tener un camino más largo. *Estaría tan lejos de ti que ya no recuerdo el momento en el que te dije por última vez que el cielo se está abriendo y se abre bajo tus pies, y quiero que vengas conmigo a cualquier otra parte.*

»Y como en las clases de Filosofía, me recordaste quiénes fuimos, de dónde veníamos y hacia dónde íbamos. A cualquier otra parte.

»Me hiciste llorar. He tenido que reiniciar mi alma, invadido por la sensación de que la respuesta verdadera puede llegar como una broma, justo cuando hemos olvidado la pregunta. Entonces me venció el desánimo y pensé que no deberíamos volvernos a ver jamás. Escribí en un papel: “Quisiera dejar en tu recuerdo una sensación imborrable. Que tus entrañas sonrieran cuando alguien te hablara de mí”.

Dos pasos más hacia el centro del puente.

—¡Edith, Edith, perdona a aquel tipo que un día fui! Estaba metido de lleno en un bucle de pensamientos realmente destructor. ¡Menuda época y menudo desastre! Nunca te dije que te amaba, por no tener que retirarlo. Así fui. Un avaro, un desconfiado, un supersticioso. Obré como un mal aprendiz de faroles en una pésima partida de cartas, como si al decir «te amo» me posicionara en el lado de los vulnerables, los abandonables en potencia. ¡Qué ironía! Era la partida de mi vida y durante demasiado tiempo actué como si no hubiera puesto toda mi felicidad futura encima del tapete verde y todo me diera exactamente igual. Normal que en tantas ocasiones tuviera miedo a que me dejaras. Pero era miedo, Edith. Y el Mago me ha hecho ver que el miedo es como un virus que se alimenta de un organismo. Y es tal su voracidad que no le importa que el propio organismo del que se nutre acabe muriendo.

Tres pasos más hacia el centro del puente. Edith ya se atreve a mirarme, aunque emplea un orgulloso disimulo, así, como de soslayo, aprovechando que un mechón de pelo ha tapado sus ojos.

—Sé que, a pesar de seguir junto a mí, te dejé abandonada en algún lado como quien olvida a su hijo en un centro comercial. Ahora quisiera decirte que el día no ha terminado. Aún el libro de nuestra vida no ha finalizado, ni hemos dado todo de sí. No ha acabado de llover y el viento sigue con las fuerzas intactas. Y si no saltamos del barco, quedará río para seguir remando y capítulos que solo tú y yo podemos seguir llenando. ¡Te hablo de guiones imposibles!, Edith. En la recámara de mi conversación nocturna quedan unas cuantas anécdotas para seguirte exagerando, como a ti te encanta que haga. Para nada ha llegado el invierno, y las palabras aún no se han evaporado. El pozo no se ha secado y sigue girando el planeta. Quisiera decirte que, por lo que queda del día, me vas a tener animándote. En silencio, apretando mis puños contra los tuyos. Así entenderás lo que quiero decirte sin tener que mover los labios. No sé si quiero morir a tu lado. Pero en el caso de que así sea, deseo que nos entierren juntos, tú y yo, como los viejos esquimales que se postraron en una nevada montaña y cuyos cuerpos dieron de comer a alguna hambrienta manada. Y en la tierra mojada permanecerían la dulce mermelada de nuestras afrutadas entrañas y nuestros complicados sesos, mientras nuestros antiguos cuerpos, cogidos de los huesos, aún se besarán, mientras llega otra mañana.

Cinco pasos más. Última parte.

—Edith, recuerda aquel viaje a aquella ciudad repleta de rascacielos. Te fuiste corriendo hacia la orilla del río para no tener que asesinarme dentro de aquella habitación de moqueta naranja. Hacía algo de frío. Te seguí. Las corrientes de aire de Nueva York expulsaban al visitante y hacían que se sintiera como un invitado inesperado entre aquella orgía de cemento y acero. El cauce del río bajaba, salvaje, entre rascacielos que se erigían como templos a la inhumanidad. Tú mirabas el puente de hierro, tan hecha de carne, y, sin mirarme a los ojos, adiviné que te sentías ajena a todo.

»Luego hablamos, de regreso, como personas civilizadas, pero temiendo que estuviéramos heridos de muerte. Sin embargo, ahora te digo: reinterpreta la escena, vívela de nuevo conmigo y permíteme que añada todo aquello que en la Gran Manzana no fui capaz de verbalizar. Piensa en nuestra vida juntos en el mundo exterior. Fíjate, Edith, caminando sin hacer demasiado ruido, hemos llegado a la orilla de

nuestro particular Riverside. Frente a nosotros no hay más que agua fría y hostil, y un banco vacío. ¿Final del viaje? Para nada. Te propongo que nos sentemos un poco, para tomar fuerzas. Te pido que demos la vuelta para caminar, sí, caminar de nuevo hacia el oeste hasta llegar a la orilla del río Hudson. Tú me dirás: “Oh, eso ya lo hemos hecho, es absurdo”. Pero no es así, Edith, porque te contaré de nuevo las canciones que me emocionan desde el prisma de “nuestro ahora”, y prometo escuchar todo lo que salga de tus labios. También te aviso que a todas horas intentaré besarte como si fuese una broma. No, no será aburrido nuestro viaje. Ni el río es jamás el mismo ni el retorno a los orígenes tendrá los mismos testigos. El sol rebotará en otros rascacielos y las corrientes de aire de nuestro particular Manhattan nos acariciarán en la otra mejilla. ¿No ves que no será lo mismo? Tampoco lo seremos nosotros. Mejores o peores, más desilusionados o de nuevo implicados, no, no seremos los mismos. Ambos tenemos parte de responsabilidad en lo bueno y lo malo que nos ha acontecido. Me siento liberado de Culpa. Por fin he visto que la persona con la que he sido más injusto ha sido conmigo.

»Edith. No sé cuántas veces te he mirado mientras dormías en todos estos años, mi querida niña. Infinidad. Y no sé cuántas veces te habré dicho frases que al despertar he olvidado, o no me he sentido capaz de articular sin caer desmayado de la vergüenza y el amor propio. O no he encontrado el momento. ¡Qué sé yo! Como quien tiene un regalo guardado y al final lo olvida. ¿Qué te parece si te digo, ahora, que tu sonrisa rejuvenece al mundo? ¿Que tus risas hacen eco en mi alma y que tu trono es inamovible? Que, dicho sea de paso, eres una entrañable imbécil amada por un estúpido integral. Que son tan sólidas y amables las paredes de esta sala que construiste con tu piel que ya no me instigan a huir como antaño, sino a girar la llave con una sonrisa para así poder pasear tranquilo por sus interiores delimitados, paso a paso de las yemas de mis dedos. Como si la cárcel fuera el resto de mundo. Permíteme informarte que no entiendo de estados de ánimo apetecibles si a ti te veo inquieta. Que me gustaría acompañarte por tu tupida selva de inseguridad, cortar ramas, despejar dudas. Encontrar trozos brillantes entre las ruinas del puente que se ha ido destruyendo. Si estos cimientos se desplomaran, seguiría cruzando el

río a nado. Ordenaré reconstruir el puente, Edith. En cualquier otra parte.

Fue entonces, a dos metros de Ella, cuando observé cómo de entre la cima de los rascacielos iba descendiendo un elemento extraño en vuelo anárquico. Le señalé el fenómeno a Edith. Poco a poco, y después de realizar no pocas espirales, descubrimos de nuevo aquella camiseta que había salido volando de nuestra terraza hacia la friolera de diez años. Ella también había estado viajando por las nubes, cruzando Atlánticos en medio de la noche, desplazándose desde la realidad hasta esa dimensión llamada Bruma. También, a buen seguro, había tenido rumbos inciertos. Lo interpreté como una señal, una ley de los ciclos inaprehensible para los humanos.

—Quizás tú no lo ves, pero yo ando sediento de buenas señales. Y ese elemento que flota por los aires y que desciende, cobrando forma, es una de ellas.

La camiseta tiene a bien regresar a sus dueños aterrizando justo delante de nuestros pies humedecidos. Se planta en la barandilla que da al río, como si lo mirara.

—Hay que tener clara la naturaleza de cada uno. Yo no peso nada, muy a mi pesar. Por eso, si nos soltamos de la mano, escúchame, Edith, si me sueltas entre tanto viento, como una vez pensé en decirte en una terraza soleada, lo único que quedará de mí será una pieza de ropa colgando de un semáforo de cualquier Quinta Avenida, y aunque siga cerca, ya seré solamente un recuerdo.

»Y eso no puede volver a suceder. Necesito cuerda, pero también anclaje. Porque cada vez que aprietas mi mano, cada vez que me sonríes, bombas toda mi sangre.

»Y mi corazón delega. Lo que nos roba el viento, el mismo viento nos lo devolverá en el otro lado.

Finalicé la lectura de mi escrito. En aquel Puente Exterior, en aquel lugar intermedio entre la disculpa y la aceptación del otro de sus particulares errores, Edith y yo nos dimos un abrazo y nos besamos.

De nuevo sus lágrimas y las mías se juntaron en un mismo cauce. Y empezó a llover a cántaros.

# ROMAN EL NIÑO



**ESTACIÓN 41**  
**CARTAS DE UN NIÑO**  
**A SU NOVIA DESDE LA TRINCHERA**



*La verdadera patria del hombre es la infancia.*

RILKE

*Goodbye, blue sky.*

PINK FLOYD

Estaba en el Puente Exterior, abrazado a Edith, cuando el Joven Halley me tocó la espalda. Me dijo que había llegado el momento de ir en busca de Román Niño, como le había prometido. Halley me pidió que lo acompañara hacia las afueras del este de Bruma, donde todo estaba completamente desolado. Me despedí de Edith y prometimos vernos en la vida exterior. Junto a Halley, atravesé la ciudad de Bruma sin mediar palabra.

En cuestión de media hora llegamos al descampado. Encima de una columna partida por la mitad, el Joven Halley encontró una carta escrita con la torpe caligrafía de un niño eterno. Decía así:

Mi amiga, mi querida amiga, quizás mi primera esposa de esa infancia que quedó mal resuelta. ¿Estás ahí? Quería hacerte unas preguntas y, si me las contestas, te dejaré que sigas jugando a ser mayor, porque ser adulto a veces no es más que una imposición, un juego perverso que no hemos tenido más remedio que aceptar.

Mi primera pregunta es la siguiente: ¿Te imaginas que no hubieran empezado a caer las bombas? Entonces, nuestro patio de juegos se habría mantenido impecable hasta hoy y habríamos sido nosotros los que decidiéramos, sin injerencia del mundo adulto, cuándo era el momento de abandonar las horas de recreo. Pero fue el campanario de la Cripta Gaudí el que nos avisó de que ya era hora de sacar nuestros pies del agua, de cesar en

nuestro empeño por comparar las diferencias de color de nuestra piel, tú, tan translúcida que podía dibujarte las venas recorriendo tu interior, tus pies reflejados en el agua del estanque entre un pequeño ejército de peces que se acercaban y luego huían despavoridos tras nuestras maliciosas patadas. Te hablo de cuando nos salpicábamos sin otra intención que molestarnos, o acaso anhelábamos tocarnos como lo hacían los adultos, pero tan solo podíamos hacerlo delegando aquel placer en las gotas de agua. ¿No será que nuestro verdadero afán era parar el tiempo en una tarde de agosto? ¿Lo recuerdas? El mundo de nuestros padres permanecía en la retaguardia, y los bombardeos eran aún muy lejanos. Pero fueron acercándose, verano tras verano, inmisericordes.

Tuvimos que decirle adiós al cielo azul. Ahora y aquí, solo en la trinchera, entre las ruinas de nuestro antiguo pueblo, perdido entre los cimientos de una antigua civilización que empezara a emerger, como si hubiera sido anegado por un pantano. Pero todo sigue siendo del color ocre de algunas películas posnucleares, y yo sigo sin encontrarte, agazapado, asustado, llevándome las manos a los oídos para no quedarme sordo de tanto bombardeo. Me consuelo pensando que, en mi recuerdo de eterno infante, nada ha cambiado entre nosotros, y te recuerdo a mi lado, pequeña Edith, divagando los dos, sentados en la escalera de mi casa, ya sabes, cuando te decía cada dos por tres: «¿Te imaginas?», ya que era así como me apodaban algunos amigos, el Teimaginas. Te hablo de aquellas noches de agosto en los escalones de mi casa a las doce de la noche, cuando empezaba a soltarte una ristra interminable de ocurrencias, a cada cual más disparatada, un homenaje al absurdo, como la imagen de estar nadando en una piscina y de repente sorprender a tus padres con un salto por encima del agua, de esos que hacen los delfines y uno arranca a aplaudir como si tuviera un resorte, o te hablaba de tener una casa con jardín repleta de muñecos con la cabeza atravesada para intimidar al ladrón, y por si fuera poco semejante advertencia a los maleantes, construir esos altares que tan solo puede idear un loco, ornamentados con flores secas y vírgenes extrañas que lloran sangre. O cuando te amasaba pan con arcilla y el viento alisaba tus cabellos en ese paraíso de silencio. Nuestras rodillas, siempre heridas, bellamente encostradas y hasta el orgullo sucias. Me acuerdo ahora cuando me decías que había gente que engendraba hijos porque él se quedaba dormido encima de su mujer, o de esos días en los que organizamos aquellas olimpiadas donde me las ingeniaba para ganarte a toda costa. Cuando inventábamos películas o nos colgábamos de un columpio hasta que los músculos del trapecio se desgarraban y entonces nos soltábamos y olíamos el hierro en nuestra piel. El destino adquiriría el color del óxido, mientras que las

líneas de la palma de nuestras manos aparecían igual de anaranjadas que el mismo sol del atardecer. También me viene a las pupilas aquel día en el que logré mediante pedradas que un enjambre de abejas te persiguiera hasta picarte en una mano y tu lógico enfado. Desde la trinchera, recuerdo cómo miraba tu piel translúcida donde autovías de pequeñas venas recorrían tu clavícula y bajaban por tu camiseta en ramificaciones azuladas. La vejez era algo ajeno, desagradable, un castigo a una serie de malas obras. El hecho de hacerse viejo era un concepto lejano, incluso nos parecía que uno se hacía anciano porque a lo largo de su vida había hecho cosas rematadamente malas. Era tan extraño eso de incorporar arrugas a tu cara como el hecho de mirar al cielo y no saber si aquel punto brillante era una estrella o un avión, aunque en nuestro caso siempre se trataba de una nave invasora que se acercaba sigilosamente para raptarnos. Todo esto lo pensábamos tirados en el asfalto, justo en medio de una calle donde nunca pasaban coches. Luego volvíamos a mi casa de verano entre truenos de agosto que resonaban a tambores golpeados por arcángeles enfurecidos, esas noches en las que los cuadros del pasillo se iluminaban con la mera ayuda de un relámpago. Mi pequeña. Sigo teniendo en mi cabeza la música inquietante de *La clave* y su grandioso Balbín fumando en pipa, anunciando junto a sus tertulianos blanquecinos y miopes el inminente visionado de *Drácula* de la productora Hammer. La vimos juntos, ¿lo recuerdas? A los dos se nos pusieron los pelos de punta, maldita sea, teníamos siete y ocho años, eran las doce de la noche y andábamos solos en la enorme casa de mis abuelos donde habían sucedido tantas cosas en el mundo de los adultos. Nunca olvidaré que después de ver aquella película de terror tuve que acompañarte a tu casa, y la manera en que yo, aparentando tranquilidad y ansias proteccionistas, te acompañé hasta el umbral haciéndome el machito por la calle. Cuando cerraste la puerta, yo, como un héroe de pantalón corto finalizando su horario de sopetón, volví a casa pies para qué os quiero, sin mirar nunca atrás. Pero en aquellos momentos no sabía que era otro monstruo el que nos perseguía: se llamaba Tiempo.

Todo esto sucedía durante aquellos meses de agosto. La canícula era un suave aire de velo y duelo por los familiares ausentes en las calles perfectamente diseñadas por el Comte Güell. Agosto era el mes de trepar por las torcidas columnas de la Cripta Gaudí y en ese no-lugar, ese no-tiempo tan cercano a la idea de la eternidad, la posibilidad de que todo fuera posible era tan real como las formas que había diseñado aquel arquitecto tan famoso. Quizás la continua cercanía de su obra nos hizo pensar que vivir con pensamientos retorcidos y modernistas era lo más normal del mundo. Agosto.



Todo rebosaba mitología, pasado reciente, revolución industrial, guerra civil, rojos perdonados y abuelos fugados. Por otro lado, aquel mundo adulto repleto de un cinismo atroz, aquella impureza hasta en el gesto más innecesario, aquel sacarle punta a todo acontecimiento y cortar cabezas por mero aburrimiento, Dios, era algo propio de aquellos tipos impuros llamados «familiares». Sin embargo, dichos menesteres no eran de nuestra incumbencia. Nosotros no empleábamos su lenguaje ni éramos tan imbéciles de perder el valioso tiempo de nuestra niñez en cinismos. Y puedo evocar los crucifijos en las paredes de algunas habitaciones, o el Misalito Regina, un catálogo sadomasoquista donde los haya, hablando sin tapujos de todos los martirios de todos los santos. Nosotros sabíamos diferenciar el bien y el mal por mero instinto. Como en un juego, adivinábamos la maldad en quien la llevaba incorporada en su mirada de una manera meridiana, o en aquel asesino televisivo llamado Míster Hyde. Sin embargo, no alcanzábamos a reparar en la mezcla atómica que conlleva toda acción adulta, en los intereses escondidos de todo halago, ni en los nobles gestos hechos a la fuerza ni en los odios y rencores velados en un almuerzo de domingo. El mal y el miedo eran simplemente puros, eran el contraluz de un busto romano después de un relámpago de julio. Para mí, el mal eran las preguntas familiares nunca respondidas de manera satisfactoria: ¿De qué murió el abuelo? Silencio. ¿De qué murió el abuelo? Fumaba demasiado. ¿De qué murió el abuelo? Fue atropellado. Ahora está en el cielo. ¿En ese avión? Sí, mi niño, en ese avión. El concepto del patriarca y su misterio personificado en un cuadro enorme en el que aparecía perfectamente trajeado, portando en una de sus muñecas un pequeño reloj de oro, sus brazos cruzados reflejando su respetabilísima imagen. El patriarca, y el sinfín de anécdotas que escondían en realidad la gran mentira de su final. La mirada de aquel ser legendario me seguía por toda la estancia del despacho como un fantasma que aún no sabía si quería maldecirme o protegerme. El mal también era el rumor de un ciprés quebrando mi espalda, o el desasosiego que producía aquel ángel de la guarda de mármol llorando desconsolado por el deceso de su humano protegido, aquel ser que había adquirido dones legendarios, te hablo de ese nicho donde el patriarca estuvo durmiendo durante sus dos primeros años como inquilino de la muerte, de aquella lápida que presidía su recuerdo antes de que fuera trasladado a un suntuoso panteón, del cual ahora, como era de esperar, nadie quiere hacerse cargo. Y ya me ves que cuando era niño, por Todos los Santos, entraba junto a mi familia al panteón familiar. Entonces mi abuela cumplía su extraña tradición. Daba unos cuantos golpes con los nudillos al mármol en cuyo interior dormían los restos de su marido y lo llamaba por su nombre,

momento en el que, ignorante de mí, no podía dejar de reírme por debajo de la camiseta. Recuerdo que a treinta metros se hallaba otro mausoleo donde descansaba un torero de principios de siglo al que nadie visitaba. El olor a resina de todo el cementerio se mezclaba con el tinte azulado de mis dedos por cada piñón roto con una piedra en las escaleras de casa, yo era niño, yo era aromas, mancha de barro en los poros de mi camiseta, yo era el eco de aquel enjambre de avispas en la esquina del tejado azul o la grasa en mis dedos de la cadena de mi bicicleta oxidada. ¿Yo y el mundo? No había diferencia alguna. Todo estaba en mí, todo lo acogía. Y de esta guisa me presentaba el día de Todos los Santos, sucio y vital, para rendir honores a los desaparecidos en el combate de vivir.

Esto que te voy a contar lo ignoras, pequeña Edith. Como me aburría soberanamente visitando aquel panteón, tenía por costumbre contar todos los nichos aún vacíos. Incluso por aquel entonces me resultaba reconfortante pensar que algún día, muchos años después, cuando la mayoría de ellos estuvieran ocupados en riguroso orden natural, es decir, por generaciones, llegaría yo dentro de una caja, el penúltimo huésped, y me imaginaba todas las voces del pasado dándome la bienvenida a la postrera casa familiar, mi morada definitiva. Recuerdo que contaba todas aquellas literas de yeso y calculaba el sitio exacto donde me tocaría descansar. Ya postrado en aquel hueco rectangular y blanquecino, iluminado por la luz de la vidriera de un levitante Jesucristo resucitado, pues, ¡no te lo vas a creer!, me ponía en horizontal para saber qué se siente cuando eres tú el fiambre. Entonces me preguntaba si sentirían algo aquel par de niños que nacieron y a los que, de haber sobrevivido, podría haber llamado hermanos, me refiero a aquel que vivió unas pocas horas y que por lo visto fue bautizado a toda prisa por una monja macabra, y el tercero que dejó de existir dentro del vientre materno. El mayor sigue descansando junto a mi abuelo, un pequeño ataúd blanco situado al lado de otro, enorme y oscuro, una especie de Tetris mortífero. Un pequeño texto atestigua la presencia de ÉL. Créeme, mi pequeña Edith. Es muy inquietante ver tus mismos apellidos en una lápida. Entonces me cuestionaba si, desde su pequeña caja, él sentía el cambio de las estaciones o el rumor de sus familiares visitándolo una vez al año. Y pensaba, como lo sigo pensando en estos momentos, los motivos por los cuales tanto el uno como el otro no tuvieron la oportunidad de realizarse en esta vida, de tener amigos, de compartir esas tardes de agosto junto a ti y junto a mí, de pelearse conmigo a pedradas como hubiéramos hecho tres hermanos, y me invadía una tristeza terrible, indescriptible, insondable. Me sentía solo hasta límites insospechados. Aquellas visitas al panteón empezaron a gestar dentro de mí

una idea tremendamente dañina: yo era una anomalía. Había sido el único de los tres que seguía respirando, el único de los tres que en realidad podía pensar acerca de tales cuestiones. Me sentí Culpable por vivir, mi pequeña Edith. ¿Puedes creértelo? No sabía la manera de justificar que yo hubiera sido el elegido. ¿Por qué yo debía llevar esa ambigua carga? De esta manera, tumbado en esa litera blanqueada, me conjuré para que mi vida fuera elevada al cubo con respecto a su intensidad. Me prometí que siempre los recordaría y que, en su honor, mi vida se justificaría a través de una intensísima existencia. ¿Una vida? Mejor tres. Justicia poética infantil. Con todo esto quiero decirte que allí, tumbado en aquel nicho, surgió mi primera Hambre Invisible, la necesidad de SER a todas horas, de justificarme en todo momento, pero también en aquel panteón, en el pecho de aquel niño dispuesto en horizontal haciéndose el muerto, se gestó la soberana Culpa por haber nacido, el Pecado Original bíblico. Meses después, ya en el crudo invierno y doce kilómetros lejos de ti, mi pequeña Edith, concretamente en el laboratorio de Ciencias, vi ese feto de unos seis meses nadando en formol. Tuve que apartarme de la fila y largarme a un rincón para disimular que me estaba tambaleando. Mientras el profesor nos hablaba de la tabla periódica, yo andaba en mis propios pensamientos. Los años se sucederían. Por aquel laboratorio pasarían no pocos niños riéndose, pellizcándose, faltándole al respeto al profesor de turno mientras que aquel bebé eterno, aquel testigo silencioso, flotaría ingrávido dentro de un frasco al lado de microscopios y otro tipo de objetos. Me vino de nuevo la imagen de mi hermano mayor descansando en un miniféretro de color blanco, ajeno al transcurrir del mundo, al motor de los coches, a las risas de los patios, al abrazo de una madre y a los chuts del padre directos a la puerta del garaje. El Hambre Invisible es para mí, Román Niño, la conciencia de estar vivo a través de la observación de los muertos y la necesidad de justificar mi existencia mediante heroicidades vitales. Mi pequeña Edith. Todo esto se fragua lentamente en la mente de un niño impresionable, y algunos niños lo son más que otros. Un Hambre Invisible cuya fuerza intuyo que arrastraré hasta edades invadidas por la senectud.

Edith. Te hablo de un segundo antes de que llegaran los bombarderos. Nadie nos dijo que buscáramos una trinchera. Simplemente nos empujó la intuición de que todo estaba cambiando. Ningún soldado bueno vino a buscarnos mientras los proyectiles caían silbando y dejaban catedrales y edificios como esqueletos sin entrañas. Recuerdo que, en medio de la catástrofe, intenté alimentar a mis famélicos ánimos coleccionando fotografías de los periódicos en los que aparecían buenas noticias: un bebé que había nacido a pesar de los muchos problemas acontecidos en el

quirófano, las expresiones de un par de ancianos tras haber ganado la lotería o Diego Armando Maradona vistiendo por primera vez la camiseta de mi equipo. Guardaba todos esos recortes en mi cartapacio de solfeo. Me ayudaban de alguna manera. Sin embargo, cometí el brutal error de abrir la carpeta delante de un grupo de chavales cuatro años mayores que yo. El impertinente de turno la arrancó de mis manos y empezó a mostrar las fotos que coleccionaba. Las fue extrayendo, de una en una, con los brazos elevados para que me fuera imposible arrancárselas de sus sucias manos. Como colofón, el chaval tuvo a bien desparramar aquellas fotos por todo el suelo del aula de música. Aquel grupo de veteranos seguían riéndose a mansalva mientras que yo, sin mirarlos, las recogía en silencio, humillado y resignado ante aquel cruel abuso de poder. Ya ves, Edith. Siempre subestimamos la crueldad. Por tales causas, a partir de esa guerra de adultos, nuestros juegos se convirtieron en buscar refugio. El escondite no era un asunto baladí, debía estar lo suficientemente alejado, y eso me forzó al exilio. Así fue. Me inventé otra distracción consistente en jugar al gato y al ratón con las bombas que portaban el napalm de la vida adulta y el queroseno de la decepción. Los árboles a los que trepábamos se desplomaron de raíz. Los hierros de los toboganes se fundieron. Algunos de nuestros compañeros de juegos murieron abrasados y renacieron entre las ruinas como adultos. Cuando cesaron los bombardeos, regresó el aire puro. Pero los soldados del mundo adulto siguen buscándome, enfundados en sus máscaras antioxígeno. Todos fueron desfilando hacia fábricas, talleres, oficinas, con sus recién estrenadas barbas y sus voces tan graves que provocaban terremotos, pero yo, maldito como un espectro, fui alcanzado parcialmente. De esa manera, el adulto se separó de mí y tan solo quedó el niño desdoblado y desprotegido, escondiéndose, ya no como un juego, sino por necesidad de supervivencia. Ahora me alimento cuando puedo e incluso he aprendido a valorar la belleza de la ruina. Y aún hoy, pequeña Edith, a sabiendas de que moriste a mi lado y renacistes hecha una mujer para todo lo que se terciara, sigo con un botón de tu vestido que recogí después de la deflagración.

Salir de tu infancia antes de lo debido es como una deportación del paraíso.

Siguen los bombardeos de realidad, pero el niño, ya con facciones de viejo, aguanta sin levantar la bandera de la rendición.

Tan solo habla para sí mismo.

Los niños, en las trincheras, también escriben cartas a sus pequeñas novias.

## ESTACIÓN 42

### SUMARIO

(Ego me absolvo)



De repente, escuchamos un ruido. Era Román Niño, quien nos observaba tembloroso, escondido tras los restos de una columna que ya no sostenía nada. Al principio nos examinó del todo atemorizado. Finalmente, el Joven Halley le dijo:

—Te prometí que un día vendría a buscarte.

Aquel lugar, fuera de mis mapas psíquicos, era como el recuerdo cinematográfico que tenemos de una ciudad sitiada, una especie de Varsovia a punto de ser «liberada» por los soviéticos. Ya se acercaba Niño para darnos un abrazo, pero una bomba impactó muy cerca de su escondite. Niño, equipado con una máscara antigás, desapareció de repente entre una nube de humo. Halley y yo escuchamos entonces cómo clamaba ayuda entre el alud de escombros. Corrimos por aquel devastado páramo buscando el emplazamiento exacto donde había quedado sepultado. Me dejé llevar por el oído, pero aquel desierto de piedras era cada vez más percutido por los proyectiles. A cada segundo, el sonido de las bombas generaba una campana sónica de horror. El amianto se levantaba por los aires como si fuera harina, mientras a mil metros de altura las hélices de aquellas avionetas portaban orgullosas en sus alas el símbolo del imperio del mundo adulto y volaban en círculo alrededor de aquel campo devastado imitando con sus movimientos a los mismísimos buitres. Parecía que

el objetivo fuera Niño. Escuché la voz del Mago a mis espaldas: «Es el Ejército de la Realidad Hiriente». Al girarme, me encontré de bruces con Román Bourgeois, el hombre del bastón, mirándome con su eterna sonrisa. A su lado permanecían inmóviles el treintañero con el pasamontañas conocido como Líbid, el Joven Halley, el treintañero Perturbado y, más allá, como si pretendieran quedar al margen, la Santísima Trinidad de los Romanes dichosos: Román a las Finas Hierbas, Román Feliz y el Mago del sombrero. Poco a poco fueron incorporándose el resto de mis Otros Yoes en aquel escenario apocalíptico. ¿Habían acudido para presenciar cómo años después me encontraba de nuevo con aquel niño y disfrutar viendo cómo lo desenterraba de los escombros? Nadie, excepto el Joven Halley, me ayudó en mi tarea. Se limitaron a crear un círculo a mi alrededor, como la primera vez que los vi en el Circo. Yo escuchaba el llanto de aquel infante, y a través de él llegaba su miedo. En medio de los escombros, me fijé en un trozo de metralla del tamaño de un obús partido. Por lo visto, el Ejército de la Realidad Hiriente había bautizado cada bomba con nombres diferentes, o habían sido firmadas con dedicatorias tales como «1982. Verano». «A cada cual le toca interpretar su propia biografía», pensé para mis adentros. Las bombas de Realidad Hiriente, cada una de ellas, segundos después de su ignición, desprendían una mezcla entre el aroma del azufre, el gas pimienta y la más pestilente de las pólvoras.

Fue entre el esqueleto de un antiguo garaje del que tan solo quedaban cuatro fémures verticales de metal donde, cubierto por una sábana de cemento, encontré a Niño. Permanecía agazapado en posición fetal, rebozado en granito, pelo ceniciento y envejecido como un enano televisivo. Las ruinas habían caído sobre él como en un aguacero, pensé, y mientras iba sacando trozos de ladrillos y metralla de encima de su cuerpo, miré a mi alrededor por si nos estaba vigilando algún soldado de la Realidad Hiriente. Sin embargo, a mi espalda me encontré con el resto de mis Personalidades sonriendo como espectros. Entonces agarré a Niño con una sola mano y lo levanté del suelo. Con la ayuda del Joven Halley intenté que se mantuviera erguido, pero Niño era poco más que un muñeco descosido. Los brazos le colgaban como rendido a su agonía. Con su dedo índice me hizo ver que le dolía el estómago, donde algunos

proyectiles lo habían dejado casi sin respiración. Era mi obligación curarlo, lavarle las heridas, administrarle antibióticos; en definitiva, hacer de mi propio padre. Allí, en las afueras derruidas de aquella ciudad, recuerdo implorar al hombre del bastón si conocía de la existencia de algún hospital en la Avenida de la Luz o, por el contrario, debía infiltrarme en los barrios oscuros y preguntar allí por curanderos y medicamentos caducados. Sin embargo, Román Cuso, mi Fiscal, ataviado como el almirante de una flota aérea, había llegado al descampado. Se quitó el casco que llevaba y me dijo lo siguiente:

—No es el momento de llevar a este asqueroso infante al hospital. Antes que nada, tienes que acompañarnos.

El Fiscal conminó a todos los presentes a dirigirnos hacia una especie de muro que había permanecido parcialmente en pie. Allí se alinearon todas mis Personalidades, dispuestas frente a aquella pared como si de un patíbulo se tratara. Román Cuso me dijo:

—Hoy es tu último día. Aquí tienes la pistola. ¿Recuerdas aquel concepto llamado Suicidio Parcial? Creo que sí, Equilibrista. Así que adelante. Todos tuyos. Dispara. Están todos los elementos propios de una escena sumarisima. El muro. Ellos. Y tú, como verdugo justiciero.

De repente advertí que una muchedumbre se había congregado frente al muro, pendientes de mi decisión. Román Cuso me dijo:

—Aquí los tienes. Todos forman parte de ti. Suicidalos. Te lo ordeno. No han hecho nada bueno por salir de la indómita cárcel de tus errores. Te han complicado la existencia y te han condenado, he de decir que no pocas veces, idemasiadas veces! Está claro que han sido ellos, y no tú, los que te han impedido gozar de la tranquilidad de la vida anodina que tanto anhelas y obtener el salvoconducto para poder entrar, pasear y gozar, para siempre, de la Avenida de la Luz. Tienes frente a ti a todos los sospechosos: por ejemplo, el ilusionista que te engaña con sus promesas de magia. ¿Qué me dices?

Le contesté al Fiscal que, en caso de fusilar al Mago, mi mundo dejaría de tener sentido. Está claro que no es correcto engañar a la gente con falsas ilusiones, pero ese engaño, a fin de cuentas, es tan cierto como todas las mentiras que se han colado en los libros de historia como verdades irrefutables.

—Y el Niño, por ejemplo. ¿Qué me dices del Niño? ¿Acaso hay alguien más ridículo que un infante que no desee crecer?

Ni siquiera me tomé la molestia de contestarle. Detecté, por sus temblores, que Román Cuso había empezado a inquietarse. Entonces señaló a aquel joven efervescente llamado Halley y soltó que aquel payaso de pelo revuelto y aires de poeta ¡sin serlo! era un farsante afectado, y que la evolución de la especie humana no daba cabida a semejantes muestras de sensibilidad. Le dije que me resultaba imposible plantearme la vida sin la belleza.

Entonces el Fiscal señaló a Román Líbid. Me dijo que, por Culpa de aquel ser tan primitivo, los demás se le antojaban incluso más Culpables de lo que en realidad eran, que el vicioso hedonista era el mismo mal y que nadie excepto él merecía pasar al otro lado sin abogado que lo defendiera. Me argumentó que él era la fruta podrida que había acabado con mi serenidad, como un paquete de carne magra que hubiera decantado mi balanza mental hasta lograr que yo, Equilibrista, cayera de la cuerda. Líbid me miró y me dijo:

—Tan solo recuerda lo que hemos vivido juntos y dime si no sientes el dulce mareo del opio invadiendo tus venas, la piel erizada en el estado de preorgasmo eterno.

Apunté mi pistola hacia el cielo fingiendo que aún dudaba. El Fiscal me chilló:

—Entonces, Perturbado tiene que fallecer. ¡Maldita sea, hazlo!

Perturbado asintió resignado. Cerró los ojos, esperando el disparo, mientras me decía:

—Si eso es lo que deseas, si mi desaparición contribuye al bien global, lo aceptaré gustoso, Equilibrista. Por mí no te preocupes.

Le contesté con el silencio. Por el momento, mantenía la pistola en mi mano, pero ni siquiera había empezado a apuntar a ninguna de aquellas cabezas.

—¡Pues dispara a Román Feliz! Ese tipo te engaña. La felicidad no es real, es ignorancia supina camuflada por la química. ¡Cuántas veces has dejado de trabajar para hacerle caso! O fíjate en Román Bourgeois. Es un maldito resabido. O en Román Augustus. ¡Qué manía por ensuciarlo todo con su frívola alegría!

Todos aquellos tipos ni siquiera intentaron defenderse. Un empequeñecido Míster Ego me miraba desde el bolsillo de la americana de Román Bourgeois. Lo único que hicieron fue sonreírme.

Román Cuso me dijo entonces:



—Me queda otro. La madre del cordero. Si te fijas, hay una figura translúcida en el muro. Estás a punto de conocer por primera vez en tu vida a la que denominas el Hambre Invisible. Está allí, al lado de Líbid. Conocemos su presencia por el hilo de babas que deja en el suelo como un chacal.

La mismísima Hambre Invisible, forma de tigresa, desde su mundo translúcido, interrumpió sus acusaciones:

—Escúchame, Equilibrista, quiero morir. Pocas emociones me faltan por descubrir y sentir una bala en mi sien es una de ellas. No te cortes. Experimentar es siempre un placer.

El Fiscal estaba a un punto de la desesperación:

—¡Dispara! ¡Ingenuo monigote! Por contentarlos a todos acabaste enfadado con la vida. Por saciarlos acabaste tú sediento. ¡No es justo! Cárgate de una vez a esta orgía. ¡Dispara! ¡Te he dicho que dispaes!

Y entonces cerré los ojos. Ya había emitido un veredicto.

El Fiscal cayó derrumbado.

Acto seguido disparé a Pertur.

No los maté. Simplemente me limité a dispararles en sus respectivas rodillas. Con ese gesto les dejé claro que, en cierta medida y aunque fuera difícil de creer, los apreciaba, del mismo modo que los consideraba útiles en mi vida. Hubiera podido matarlos, pero temí que sin la presencia de aquellos tipos mi eterna contradicción desaparecería, y por añadidura, mi creatividad. Los quería vivos, sí, pero siempre a distancia. La Culpa y la depresión siempre tras de mí, siempre cojeando.

Orden de alejamiento.

Para siempre.

Atrás. Escuchándolos, pero nunca alcanzándome.

Román Cuso aullaba de dolor. Sin embargo, Perturbado me sonrió desde el suelo. Parecía agradecido. Daba la impresión de que lo había entendido todo a través de aquel balazo. Por su parte, Román Bourgeois empezó a aplaudir como si hubiera finalizado una obra de teatro. Líbid, Halley, Román Feliz y Román Augustus se abrazaron. En aquellos instantes, un tipo que nunca había visto me tocó la espalda. Tenía mi edad, rostro afable y tirando a delgado. Me llamó la atención su manera de saltar. Se movía con increíble agilidad por aquellas ruinas. Parecía ingrátido.

—Quería presentarme ante usted, Equilibrista. Acabo de nacer. Me llamo Román Liberado.

Le estreché la mano. Acto seguido, hice una señal a toda la comitiva. Era hora de alejarnos de las ruinas. Volvíamos a la ciudad, como los protagonistas de *El mago de Oz*. Cada uno de ellos permanecería en su barrio. A mí me esperaba un tren de regreso a Barcelona.

Sin embargo, antes de marcharme tenía que conseguir curar a Niño. Dejé unos metros atrás al resto de mis personalidades, excepto a Halley, que lo llevaba en sus brazos. El infante le dijo a Halley:

—¿Dónde has estado todo este tiempo? En otras épocas fuiste capaz de sostener mi pequeño cuerpo mientras avanzabas. Nos pasamos años escapando de este continuo bombardeo y formamos un gran tándem. Tú corrías, y yo te avisaba del lugar donde caería otro proyectil. Así ambos logramos mantenernos vivos y parcialmente ilesos. Luego, de repente, me dijiste que te aguardara en una esquina y desapareciste. Supongo que tenías que cuidar a otros. O quizás dejaste de preocuparte de mí. Tengo sed. Y tengo hambre.

Entonces, en la Plaza de los Universos Infinitos, encontramos una tienda destartalada donde logré comprarle algo fácil de ingerir en un bocado y un litro de agua azulada. En aquellos momentos el mismísimo Mago me llamó la atención por la espalda:

—Oye, Equilibrista. En este viaje parece que yo sea el único que sepa hacer trucos. Pero quiero decirte que tengo la grandísima sospecha de que Musa es Edith, y viceversa. Incluso Lavinia también es ella. Todas las mujeres son Edith, y Edith es todas las mujeres. Creo que por fin has aprendido que cada uno de nosotros es, a la vez, cualquier habitante de este mundo. Hay un nexo, un cemento invisible, que nos une, ahora y siempre, por los siglos de los siglos. Empiezas a sospechar que no existe un «ellos». ¿Me equivoco?

Sonreí al Mago y seguí hacia delante.

Mientras avanzábamos hacia el Puente Exterior, noté cómo Niño se adormecía en mis brazos, por primera vez, tranquilo. Susurró:

—Mi querido adulto, mi valiente artista de circo. El Hambre Invisible durará siempre, tienes que saberlo. Disfruta todo lo que puedas, haciendo equilibrios sobre la cuerda floja como el resto de personas de allí fuera, pero no olvides nunca que si el Hambre

Invisible muere, si el deseo agoniza en tu alma, nosotros seremos los siguientes.

—Lo he entendido todo. Créeme. Estás en buenas manos.

Román Niño me contestó:

—Ahora quiero que me cuentes otra vez esa historia de una ciudad llamada Bruma. Mi ayer, tu hoy, nuestro futuro. La eternidad.

—Lo haré. Y luego te llevaré a la Avenida de la Luz. Para que te vean todos.

Y se durmió sonriendo.

## EPÍLOGO

### SIGUE LLOVIENDO

Está lloviendo, y sabes que Dios te mira. Es el mes de mayo y tienes cuarenta y pico años. Estás frente a tu antiguo colegio mirando a otros chavales. El partido de fútbol se ha interrumpido por una lluvia cálida y brusca. En cuestión de segundos el patio del colegio se ha convertido en un inmenso charco. Los niños han huido despavoridos hacia los porches justo al lado del edificio de bachillerato. La vieja pelota de cuero descansa en una de las esquinas valladas que separan el campo de fútbol sala de la cancha de baloncesto. Sin embargo, un chaval se ha quedado en el patio. Ni siquiera ha notado que está solo. Ha empezado a cantar *Singing in the rain* inventándose todas las palabras. Las berrea a todo pulmón mientras baila, con los ojos cerrados o mirando al cielo, en círculos concéntricos imitando a Gene Kelly. Parece ser que a él también le gusta el caos. En el desastre se encuentra como pez en el agua. ¿Qué más da si llueve cuando la vida LE PERTENECE? Aquel chaval piensa que es el actor principal de su propio destino. Recibe la lluvia como una bendición. Está claro que, como tú, a él también le complacen las cosas inesperadas que alteran las rutinas. Es primavera, tiene la vida por delante y esa vida le encanta. Está claro que Madre-Vida lo ama con desmesura.

Una lluvia de mayo no puede sino celebrarse. El niño está vivo, huele, palpa, mira y, lo que es mejor, es consciente de todo ello de una forma pueril y holística. Tiene la intuición de que los problemas reales están lejos tanto de este colegio como de su vector temporal. El olor a óxido de las porterías, los zapatos completamente empapados, los calcetines convertidos en una especie de marsopa de algodón. Su pelo son algas. Las gotas de lluvia le caen por la cara haciendo eslalon por

su pequeña nariz. Canta *Singing in the rain* como un desesperado. No puede parar de sonreírle al cielo. El partido de fútbol estaba resultando algo aburrido. El niño da patadas a los charcos como si bailara claqué. Está claro que aún no sabe —como tú hace treinta años — qué son los prejuicios. Sencillamente, le ha salido del alma.

Termina el temporal como si hubiera sido una broma.

El niño abre los ojos.

Está en medio del patio.

Solo. No se había dado cuenta en ningún momento de que estaba solo. Esta es la primera vez que el niño se cerciora de que, ante muchas de las percepciones que tendrá en la vida, estará solo.

Miras hacia el porche, treinta años después, desde la Calle de los Adultos. A cubierto, cientos de niños están mirando al niño. Tienen los ojos como platos y la boca entreabierta, como si alguien les hubiera extraído una flauta.

Todos lo miran.

Nadie te mira a ti.

Las gotas de la lluvia se han mezclado con tus lágrimas.

Te acabas de dar cuenta de que sigues siendo raro.

Y te encanta.

## NOTAS

1. Era comprensible que albergara serias dudas acerca de escribir semejante libro, y a la vez sabía que estaba completamente vendido. ¿Por qué diablos Román Escritor había empleado tanto protocolo si casi siempre nuestra vida en común se había caracterizado por mantener una diferencia absoluta de opiniones con respecto a los temas que tratar en mis escritos? Siempre acababa obedeciendo sus órdenes, pero ¿no era acaso aquel proyecto de libro otra reiteración en el mismo error? ¿Tenía que caer en el abismo de nuevo? ¿Vaciarne otra vez y mostrar mis entrañas a los demás? La historia que me encomendaba ESCRITOR no trataba acerca de fantasear hasta arriba de hierba, como en otros experimentos pasados. Esta vez consistía en sacar a la luz no solo a la persona que uno veía cada mañana, sino al resto de energúmenos interiores que me atosigaban por las noches.

2. Aquella era la segunda vez que uno de mis personajes internos me preguntaba acerca del Hambre Invisible. En una primera instancia dudé sobre si engañar a Perturbado o soltarle la cruel verdad. Podía haberle animado rogándole que no se rindiera. Podría haberle chivado que, a raíz de una novela que Perturbado escribiría en 2003, lo llamaría la agencia literaria Carmen Balcells, le dirían que su estilo les resultaba interesante y como consecuencia le preguntarían si quería colaborar con dicha agencia como lector. Un año después de aquella crisis, la llamada de Ramón Conesa consiguió que Perturbado encontrara un cierto avituallamiento anímico. Décimas de segundo después pensé que podía exagerar la historia diciéndole que dicha agencia literaria había colocado su novela en una editorial y que había vendido decenas de miles de ejemplares. Quizás hubiera tenido que animar a ese pobre desgraciado con una mentira de tal calibre, pero eso habría alterado la evolución de mi presente, así que cerré el pico y dejé que la duda lo consumiera. No importaba. Ese tipo de 2002 estaba acostumbrado al silencio como respuesta.

*El Hambre Invisible*  
Santi Balmes

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© del diseño de la portada, Sergio Mora  
© de la ilustración de la portada, Sergio Mora

© Santi Balmes, 2018

© del prólogo, Cesar Pérez Gellida, 2018

© de las ilustraciones, Sergio Mora

© Editorial Planeta, S. A., 2018  
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona  
[www.editorial.planeta.es](http://www.editorial.planeta.es)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Primera edición en libro electrónico (epub): septiembre de 2018

ISBN: 978-84-08-19505-4 (epub)

Conversión a libro electrónico: J. A. Diseño Editorial, S. L.



¡Encuentra aquí tu próxima  
lectura!

# NARRATIVA CONTEMPORÁNEA

---



¡Síguenos en redes sociales!

